RÓBAME EL ALMA

DIANA A. HICKS

Róbame el Alma

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR

ELIZABETH GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Róbame el Alma

COPYRIGHT © 2023 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica o reseña.

Historial de publicación

ISBN Digital 978-1-949760-70-5

Edición especial Paperback ISBN 978-1-949760-71-2

ISBN de BN Paperback 978-1-949760-72-9

ISBN de Paperback 979-8-859861-76-7

Diseño de portada: The Author Buddy

Traducción: Elizabeth Garay garayliz@gmail.com

[*Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones*]

Índice

Acerca de la autora
Reconocimientos para Diana A. Hicks

1. Demasiado tarde
2. Un hogar para Max
3. Éramos extraños
4. Adiós, Derek Cole
5. ¿Quién es ella?
6. ¿Qué has venido a ver?
7. Te prometo que lo harás
8. Él no está en la lista
9. Él iba a odiarme
10. Pídemelo
11. Un riesgo que no puedo correr
12. La vida familiar
13. Mi problema con Derek Cole
14. Mi mundo, mis reglas
15. Di que sí
16. Déjalo ir
17. Sigues siendo nada
18. Es solo café
19. La señora Cole lo sabe
20. Enamorado de ella
21. Di que me crees
22. Una verdad diferente en sus ojos
23. ¿Pagaste por mí?
24. Supera a Derek Cole
25. Culpable o no
26. Bridget ganó
27. El toque de una mujer
28. Un largo día
29. Corazón delator
30. Cásate conmigo
31. Epílogo

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora de apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspenso.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta el kickboxing, hot yoga, viajar y se da el gusto de los placeres simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos y su esposo.

¡Visita mi librería!

No olvides suscribirte a mi boletín para mantenerte al tanto de mis últimos lanzamientos, contenido gratuito y otras novedades.

¡Subscríbete ahora a mi lista VIP!



Reconocimientos para Diana A. Hicks

"La primera entrega de Hicks en su serie Monzón del Desierto es sólida y confiable con una narración intensa, personajes llenos de matices y una dinámica mezcla de romance y suspenso".

— RESEÑAS EN KIRKUS

Lo que hace de cualquier novela romántica una gran lectura no es el hecho de que dos personas atractivas se conozcan y se enamoren. Son los episodios que provocan el enamoramiento y los lugares inesperados a los que la experiencia lleva a los personajes lo que hace que sea una lectura agradable. Diana A. Hicks sabe cómo hacer que esto suceda.

— READERS' FAVORITE

CAPÍTULO 1

Demasiado tarde

DEREK

«¡Derek!», gritó ella detrás de mí.

Crucé el césped a grandes zancadas hasta llegar a la casa principal, y me alejé de la cabaña tanto como pude. No era que la distancia ayudara. Lo que vi allí ya había quedado tatuado en mi cerebro. Mi esposa y mi amigo desnudos en la cama... qué maldito cliché. Lo peor fue que ahora no podía dejar de verlo en mi mente. Y cuanto más los veía besándose y follando en mi cabeza, más me daba cuenta de que esto había estado sucediendo durante mucho tiempo, posiblemente incluso antes de que nos casáramos.

¿Por qué ella haría esto? ¿No había sido suficiente todo para ella? Disminuí la velocidad para contemplar el paisaje frente a mí: la piscina olímpica, la mansión de estilo andaluz y acres y acres del desierto de Sonora detrás de mí.

«Derek, estás exagerando». Su pequeña mano en mi hombro se sentía como cenizas quemando mi camisa.

Me solté de su agarre y me volví para mirarla. Eso fue un error. Lo último que necesitaba ver era a mi futura exesposa envuelta en una sábana blanca, aparentemente desnuda. Se cubría el pecho con la tela sobrante y se mostraba erguida, como tratando de mostrar que no tenía nada que ocultar o de qué avergonzarse, como si no le importara lo devastado que me sentía o lo jodida que era la situación.

«¿Lo estoy haciendo?». Me acerqué a ella y tuvo la decencia de dar un paso atrás con horror en sus ojos. La había visto sin ropa tantas veces. Pero nunca la había visto como realmente era. Porque, incluso ahora, cuando sabía que había metido la pata, no veía ni una pizca de arrepentimiento en sus ojos, ni siquiera amor ni odio.

«¿Ese había sido tu plan desde el principio?». Señalé hacia la cabaña al fondo del patio trasero. La pequeña casa que había construido para ella, para que pudiera trabajar en su arte.

«¿Te follabas a Jacob desde antes de traerlo a mi empresa?».

«¿Tu empresa?», ella frunció el ceño. Ahora estaba enojada. «Nuestra empresa. Te ayudé a construir CCI desde cero. Es mía, tanto como lo es tuya.

«¿'Cole Communications' es tuya? Yo soy Derek Cole, no tú».

«Derek, hablemos de esto».

«Acabamos de hacerlo», tragué el nudo en mi garganta. «Me voy. Cuando vuelva, ya no estarás aquí».

«Derek».

«Sal de mi maldita casa», dije con los dientes apretados, señalándola a ella y luego al cabrón que estaba de pie medio desnudo al otro lado de la piscina.

«Los dos. Están despedidos». Hice ademán de irme, pero me volví y escudriñé el área hasta que me detuve viendo de frente a mi contador, quien seguía de pie allí, como si no acabara de joderme la vida.

«Te envió para que hicieras el trabajo sucio por él. ¿Eso es lo que yo era para ti? ¿Trabajo sucio?», señalé.

Ella dio un paso hacia mí, sacudiendo la cabeza, con la boca abierta como si quisiera decir algo. Pero se le habían acabado las mentiras. O tal vez se dio cuenta de que ya tenía mis ojos completamente abiertos. Bajó la mirada y dejó que la sábana cayera hasta su cintura, en un último esfuerzo por salvar su trasero.

«Ahórratelo». Volví a la casa a grandes zancadas, cerrando de golpe las puertas francesas dobles. A mi derecha, justo afuera de la cocina, se encontraba mi ama de llaves, Em, quien me miraba con lástima en sus ojos. El hecho de que no se registrara sorpresa en sus ojos me encabronó aún más. ¿Era yo el único imbécil que no entendía el chiste? Dios mío. Me dirigí hacia el garaje y me subí a mi Ducati.

Salí a toda velocidad de mi camino de entrada y bajé la montaña hacia las luces de la ciudad de Tucson. El aire caliente de Arizona soplando en mi cara parecía una buena manera de terminar el día. Pero como mi vida estaba a punto de joderse, la lluvia me golpeaba la cara un instante antes de caer a cántaros. En dos minutos exactos, estaba empapado, aunque sabía que necesitaría algo más que lluvia para poder tranquilizarme.

En la siguiente curva, dejé los dedos sobre el embrague para reducir la marcha, pero en el último segundo decidí tomar la curva tal como estaba. Entre la carretera resbaladiza y la alta velocidad, la moto se derrapó a la derecha, luego a la izquierda, antes de enderezarse de nuevo sobre el asfalto. La sangre me corrió por el cuerpo y, por unos instantes, me sentí yo mismo de nuevo. Supongo que, siendo honesto, ese vacío en mi pecho había estado ahí durante mucho tiempo, mucho antes de aquella noche en la que Bridget irrumpió en mi oficina y se quitara la ropa, mucho antes de que me dijera que deberíamos casarnos, mucho antes de que me engañara.

Tenía que admitir que esa rabia que se agitaba en el fondo de mi estómago era la más grande que había sentido en años.

¿Cuándo dejé de prestar atención a todo lo que me rodeaba? ¿Cuando gané mi primer millón, o tal vez los primeros mil millones? ¿O tal vez sucedió cuando dejé a mamá en Atlanta para que se encargara sola del negocio familiar?

Los relámpagos aparecían en silencio en el cielo. Un segundo después, un trueno retumbó en la distancia, sacudiendo la tierra debajo de mí. La lluvia no había parado y ahora era casi imposible ver. Giré la motocicleta en la siguiente curva y luego salí de la carretera sobre ramas de árboles muertos y pequeños arbustos secos. Como había hecho recientemente con todo en mi vida, simplemente me dejé llevar por los golpes, manteniendo el manillar firme hasta que pude detenerme.

¡Puta mierda!

Miré hacia la solitaria carretera. El camino que había recorrido no era más que un abismo oscuro, mientras que el camino que tenía por delante brillaba con las luces de la ciudad. No estaba listo para volver a casa, así que seguí hacia Tucson, a pesar del aguacero torrencial y la poca visibilidad. Cuando llegué al borde de la universidad, me detuve y me quité el casco para recuperar el aliento justo afuera de una cafetería.

Fue entonces cuando la vi. La hermosa desconocida junto al gran ventanal. Sin ninguna razón en absoluto, mantuve mi atención en ella hasta que mi respiración volvió a la normalidad y toda la tensión abandonó mi cuerpo. Parecía tan inocente, libre y sin preocupaciones en el mundo. Y

eso me hizo pensar en la época en la que yo estaba menos corrompido y era menos cínico.

Mi mente se quedó en blanco cuando bajé el caballete, me bajé de la moto y me dirigí hacia el interior de la cafetería. El calor del interior se adhirió de inmediato a mi ropa, relajándome aún más.

«¿Qué te ofrezco?», me sonrió la barista. «¿Café? ¿Una toalla?», se rió.

«Americano cuádruple», me burlé. «¿Tu baño está por aquí?», señalé hacia la parte de atrás.

«Sí, adelante».

«Gracias». Asentí y fui al baño para secarme lo mejor que pude. Mi chaqueta de cuero estaba empapada, pero mi camiseta y la parte superior de mis jeans parecían haberse salvado. Me peiné el cabello con los dedos y usé una toalla de papel para limpiarme las botas.

Cuando regresé al mostrador, la barista tenía mi café listo. Le pagué y luego me di la vuelta para mirar a la extraña sentada junto a la ventana. Estaba muy concentrada en un libro de finanzas. Solo podía suponer que era una estudiante de la Universidad de Arizona. Demasiado joven. Y demasiado frágil para alguien como yo. Pero su serenidad era contagiosa. La necesitaba ahora mismo. No solo eso, sino que tampoco podía alejarme.

Genial. Ahora podía agregar acosador espeluznante a la larga lista de cosas jodidas en mi vida. Bebí un sorbo de café y me senté en la mesa junto a la suya, dejando mi chaqueta y mi casco en las sillas. Con un suspiro de resignación, le envié un mensaje de texto a mi ama de llaves para avisarle que mi motocicleta y yo necesitaríamos que alguien nos llevara a casa más tarde esa noche.

Ella respondió al instante, como si hubiera estado esperando noticias mías. Me sentí mal por haberme ido sin una explicación, pero estaba seguro de que ella sabía que estaba muy enojado, no solo con Bridget o con ella, sino conmigo mismo también.

Em: ¿Se encuentra bien?

Yo: Sí, ¿por qué?

Em: Por nada. Enviaré al conductor ahora mismo.

Yo: Gracias.

Empecé a escribir, *¿se ha ido?*, pero luego lo pensé mejor. Bridget era una mujer inteligente. Sabía que empeoraría las cosas si se quedaba en la casa y trataba de discutir conmigo sobre esa estúpida idea de que mi empresa también era suya.

Em: Se ha ido.

Yo: Genial.

Quería preguntarle si sabía sobre Bridget y su amorío. Pero ¿qué importaba? Mi matrimonio había terminado. Sintiendo que la sangre me hervía de nuevo, arrojé el teléfono sobre la mesa y me recliné en la silla. Cuando levanté la vista, vi el reflejo de la mujer en el cristal de la ventana. Y así, el nudo que tenía en el pecho se deshizo. Sacudí la cabeza y me pasé las dos manos por el pelo húmedo, preguntándome cuánto tiempo podría quedarme allí, disfrutando de su serena energía.

Permanecí sentado en la pequeña silla durante una hora entera antes de que dejara de llover y el petricor que emanaba de la calle entrara por la puerta principal. La hermosa desconocida sonrió a la ventana y, al instante siguiente, se levantó y empezó a recoger sus libros y su portátil. Mierda. Se marchaba. Me froté las manos en los jeans mientras pensaba en las implicaciones de hablar con ella.

Era demasiado tarde. Estaba demasiado hastiado para alguien tan dulce como ella. Si la hubiera conocido hace unos tres años, las cosas podrían haber sido diferentes. Pero no teníamos el tiempo de nuestro lado. Se echó el bolso de su computadora al hombro y se apretó contra el

respaldo de mi silla. Me incliné hacia delante y fingí no haber percibido su olor.

Olía a gardenias.

Un coche se detuvo junto a la acera y abrió la puerta. Me puse de pie de un salto, dispuesto a saltar delante de una bala por esta perfecta desconocida. Cuando llegué a la puerta, ella ya había entrado. Lo último que oí fue el timbre único de su voz y su risa contagiosa. Se iba a casa con otra persona.

Había reaccionado demasiado tarde.

CAPÍTULO 2

Un hogar para Max

VALENTINA

6 meses después…

El señor ‘Americano cuádruple’ dobló la esquina de enfrente. Cuando llegó a la acera, dio unos golpecitos en su reloj y se secó el sudor de la cara con el dobladillo de su camiseta.

«Gracias». Envolví mis dedos alrededor de la taza caliente y bebí un sorbo de mi latte descremado.

Todas las mañanas, antes de mi clase de comercio electrónico, me sentaba junto al ventanal del Café Triste y lo esperaba. El hombre nunca me decepcionaba. Siempre puntual. Siempre increíblemente guapo. Siempre hipnotizante en su forma de caminar hacia la cafetería, como si no tuviera otro lugar donde estar más que aquí conmigo. Mi pulso se aceleró de anticipación un segundo antes de que mirara en mi dirección. Ni siquiera me inmuté. Simplemente dirigí mi mirada a la pantalla de mi computadora portátil y escribí tonterías en el teclado.

Tranquila.

Había estado haciendo esto durante un tiempo. Desde hace seis meses que irrumpió por primera vez en el Café Triste. Ese día, el hombre había estado conduciendo su motocicleta bajo la lluvia torrencial. Cuando se detuvo frente al lugar, estaba empapado hasta los huesos. Se quedó sentado en su Ducati, con la mandíbula apretada y luciendo intimidante como el infierno. Cuando un relámpago atravesó el cielo seguido de un trueno particularmente fuerte, se quitó el casco y entró apresurado.

El agua de lluvia goteaba por su rostro y brazos mientras avanzaba hasta el mostrador y pedía un café americano cuádruple. El hombre irradiaba testosterona pura y todo lo que pude hacer fue quedarme sentada allí y contemplarlo. Entonces, de la nada, un zumbido en mi pecho se extendió y me llenó de un tipo de deseo que nunca había sentido en mi vida. Del tipo que ni siquiera sabía que existía.

Por suerte para mí, después de que terminó de secarse en el baño, regresó y se sentó en la mesa junto a mí. Tal vez era una ilusión pensar que alguien tan atractivo como él me deseara, pero juro que algo en el aire cambió esa noche. Me sentí atraída por él. Si mi vida no fuera un caos constante, le habría pedido que se sentara conmigo. Pero, como estaba, mi vida era un espectáculo de mierda.

Eso no había cambiado desde entonces.

Al día siguiente, volvió a aparecer, y luego al siguiente, y al siguiente. A la misma hora. El mismo pedido. La misma mesa.

Fiel a su estilo, había vuelto esta mañana.

Al otro lado de la calle, ‘Americano cuádruple’ colocó ambas manos en sus delgadas caderas,

de donde colgaba su sudadera negra. Su camiseta gris se arrugó bajo sus largos dedos, exponiendo un poco de piel. Apuesto a que era suave y cálida. Nadie se veía tan bien con ropa deportiva, ciertamente yo no. Supongo que había pasado horas en el gimnasio a una cuadra de distancia, en el límite del campus. O tal vez este era su aspecto habitual, musculoso y sudoroso.

El semáforo se puso en verde y corrió directo a la entrada, donde la barista se puso firme en cuanto cruzó el umbral. Un poco demasiado ansiosa en mi opinión. Un momento. ¿Así me veía yo mientras miraba con lujuria al tipo? Mierda. Aparté la mirada de él y la volví hacia la pantalla.

«¿Cómo estás esta mañana?», preguntó con una voz profunda y arrastrada que se escuchó por toda la pequeña cafetería.

No tenía idea de dónde era, pero un acento como ese se destacaba en una ciudad universitaria como Tucson. Supongo que provenía del sur. Toda sonrisas y mejillas sonrojadas, la barista le pidió su orden.

«Café americano cuádruple, por favor…».

Y agua fría, dije en voz baja, al mismo tiempo que él. El desayuno de los campeones.

Exhalando, se sentó en su mesa habitual, su figura de más de un metro ochenta se giró hacia mí, con los codos apoyados en sus rodillas. Me hundí en mi asiento para ocultarme detrás de la pantalla de mi computadora portátil. No es que importara. Él nunca me veía, estaba demasiado ocupado mirando el mundo fuera de la ventana. Pero no me importaba. Esta era la parte favorita de mis mañanas, cuando podíamos compartir un poco de paz.

Volví a echar un vistazo a mi computadora y a hacer clic en cosas al azar en el blog de mi amiga, hipnotizada por los bíceps que estiraban las mangas de la camiseta con el pequeño esfuerzo de quitar la tapa de su vaso de agua. Se bebió la mitad de un trago y luego se le formó una lenta sonrisa en los labios antes de que mordiera un trozo de hielo... con fuerza.

Por Dios, Valentina. Haz lo correcto y mira hacia otro lado.

Es más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo cuando los rayos de sol que rozaban su perfil me invitaban a seguir mirándolo. A veces venía bien afeitado, pero hoy tenía una barba incipiente que brillaba con una mezcla de marrón claro y oscuro en las mejillas. El mismo color que el pelo que le salpicaba el pecho. Esa camiseta no dejaba nada a la imaginación. No es que necesitara ayuda en ese aspecto. Este tipo me hacía soñar con cosas que estaba segura de que no eran posibles.

Sonó su teléfono. Se quedó mirándolo durante varios timbres antes de colgar, luego se pasó una mano por la cara y el pelo. Los mechones atrapados entre sus dedos captaron la luz del sol y brillaron como el oro. Apostaría cualquier cosa a que también eran suaves al tacto.

Dos segundos después, su teléfono volvió a sonar. Esta vez, colgó la llamada con un toque rápido, con el ceño fruncido y los labios fruncidos. Quienquiera que hubiera llamado estaba definitivamente en su lista negra. Se desplomó en su asiento y tuve una fuerte necesidad de correr dos sillas y preguntarle si estaba bien. Bueno, no. Tenía que salir de aquí. Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos. El tiempo de mamá había terminado.

Con un suspiro, miré la hora en mi computadora portátil. Sí, era hora de irme. Bebí el resto de mi latte, tamborileando en el fondo de la taza para que la espuma se deslizara hacia mi boca, sorbiendo un poco cuando la espuma se deslizó lentamente y tocó mis labios. El primer y el último sorbo siempre eran los mejores.

Agarré mi bolso y metí mi computadora portátil en el panel frontal. Todo el tiempo mi mirada se dirigió de nuevo al sexy extraño. En el siguiente instante, mi teléfono vibró en mi bolso, y me hizo dar un respingo en respuesta. ¿Por qué me ponía tan nerviosa cuando él estaba

cerca? No estaba haciendo nada malo. Él estaba muy lejos, y yo estaba muy lejos en mi propio mundo, haciendo lo correcto, a pesar de que había pasado los últimos diez minutos pensando en todas las cosas incorrectas que podríamos estar haciendo juntos. Lancé una rápida mirada hacia la parte trasera de la cafetería y el almacén.

Con mi corazón latiendo rápido, rebusqué en mi bolso.

«Hola, mamá», respondí sin aliento.

«Oh, gracias a Dios. Te encontré antes de que entraras a clase».

«Casi. Si no me voy ahora, llegaré tarde».

Cuando mamá se aclaró la garganta, mis instintos de mamá entraron en acción.

«¿Qué pasa? ¿Max está bien?».

Mamá nunca llamaba entre semana. No, si podía evitarlo. Quería que me concentrara en la escuela. Ese había sido el trato que había hecho con mis padres, o más bien el trato que me convencieron de cumplir con ellos: mi hijo, Max, se quedaría con ellos hasta que terminara la universidad. Si me estaba llamando, era porque había sucedido algo malo. Me incliné hacia adelante, empujando mi bolso para hacer espacio en la mesa. Mi taza vacía cayó al suelo, pero no me molesté en recogerla. Agarré mi teléfono, con la boca seca. Si algo le pasaba a Max, sería mi culpa. Necesitaba estar conmigo todo el tiempo, no solo los fines de semana.

«¿Terminaste?», 'Americano cuádruple' recogió la taza y me la ofreció.

Lo despedí con un gesto, asintiendo.

«Valentina, relájate. Él está bien», otra pausa. Solo escuché un largo zumbido antes de que mamá volviera a hablar.

«Lo siento, cariño. Pero tu solicitud de alquiler fue rechazada. El dueño de la casa llamó. Parece que tu crédito es cuestionable. Aceptó al siguiente solicitante de la lista».

«¿Qué? ¿Por qué no me llamó?», pasé mis fríos dedos por mi frente. Había pasado meses buscando una casa de alquiler que pudiera pagar. Tucson no era una ciudad cara, pero encontrar un alquiler decente y asequible había sido un verdadero desafío, incluso después de tener en cuenta el trabajo que me esperaba después de la graduación. Había sido un verdadero milagro encontrar este lugar. Estaba en la zona escolar correcta, cerca de mi nuevo trabajo, con el jardín más lindo y, lo más importante, dentro de mi presupuesto.

«Lo hizo. Pero no contestaste».

Cierto. Había estado demasiado ocupada siendo egoísta, mirando con lujuria a un atractivo extraño.

«No se lo digas a Max, ¿sí? Llamaré al propietario y averiguaré cuál es el problema. ¿De acuerdo?».

«Lo siento, cariño. Cuídate».

Terminé la llamada, rebusqué en mi bolso y saqué mi lista de cosas por hacer de hace un año. La que hice cuando Max me preguntó por qué todos los demás niños de su clase de preescolar vivían con sus madres. Por qué tenía que vivir con la abuela mientras yo estaba fuera toda la semana. Mi respuesta ese día había sido una promesa de llevarlo a casa. Le prometí que seríamos solo los dos después de la graduación.

Con una opresión en el pecho, miré la lista. *Encontrar una casa* ya estaba tachado. Respiré profundamente para tranquilizarme, presioné el ícono de *Recientes* e inmediatamente vi el número del dueño de la casa. Maldita sea. Presioné su nombre en la pantalla y esperé a que respondiera.

«Hola».

«Hola, Sr. Mendez. Soy Valentina».

«¿Recibió mi mensaje?», dijo, con su voz completamente monótona, como si estuviera demasiado cansado para lidiar conmigo.

Al diablo si me importaba.

«Lo hice. Pensé que el contrato de alquiler estaba arreglado. ¿Qué cambió?».

«Su crédito».

Las lágrimas me picaban los ojos. Parpadeé y me sequé las mejillas mientras se me revolvía un nudo en el estómago. No podía perder esta casa. Tal vez si él supiera por qué tenía una deuda tan grande, lo entendería. La gente en la cafetería lanzaba miradas furtivas a la chica de la esquina que sollozaba. Dos sillas más allá, 'Americano cuádruple' miraba por la ventana; era el único en el restaurante que no me notaba. Me giré en mi silla para darle la espalda y cambié al español. Tenía la atención del señor Mendez durante treinta segundos, como máximo. Debía hacer que valiera la pena.

Apreté mi mano en un puño, arrugué mi lista de cosas por hacer y la enterré en los pliegues de mi falda. Tenía que pedirle una pausa, un favor a un completo desconocido. Cuadré los hombros y me tragué mi maldito orgullo.

«Escuche, mi hijo de cinco años se cayó el año pasado. Ya está bien, pero su cirugía de pierna no fue barata. Le prometo que las facturas médicas son la única deuda que tengo, y nunca me he retrasado en los pagos».

«No lo sabía. Por eso seguí adelante», dijo secamente.

«Por favor», le rogué.

«Señora, no me lo haga difícil. No es mi culpa». Colgó.

Maldita sea.

Un sonido entre un gemido y un hipo escapó de mis labios. Apreté mi cara contra el suave forro de franela de mi mochila en el momento en que la primera lágrima corrió por mi mejilla. Llorar en público era vergonzoso, pero en este punto, no me importaba. Le había fallado a Max. Se me revolvió el estómago al pensarlo. ¿Cómo podía decirle que tenía que quedarse con su abuela hasta que pudiera arreglar mi historial crediticio o conseguir un aumento? Una imagen de sus grandes ojos marrones revoloteó en mi mente, tan confiados e inocentes.

Le había hecho una promesa. No podía decepcionarlo.

Dios, por ahora, un apartamento no sonaba tan mal. Pero si el señor Mendez, un propietario normal, tenía un problema con mi historial crediticio, estaba segura de que con un complejo de apartamentos sería lo mismo. Si no es que peor. Con picazón en los ojos y probablemente ya hinchados por el llanto, agarré la vieja lista y la rompí en pedacitos, saqué mi cuaderno y escribí en la parte superior de la página en mayúsculas, repasando las letras tres veces para que resaltaran.

Lista de pendientes

1. SUPERAR LA SEMANA de exámenes finales.

2. Hacer una lista de nuevos prospectos de alquiler. Una unidad de dos habitaciones, con un jardín. Vivir al norte de Speedway, si es posible. ¿Pedir un aumento?

Taché esa última parte. ¿Quién pide un aumento antes de empezar un nuevo empleo?

3. Conseguir más dinero para el alquiler en el presupuesto.

Quizás si ofreciera pagar dos o tres meses por adelantado, mi crédito no sería un problema.

4. Averiguar cuánto gasto en lattes. ¿Cuánto sería si los preparo en casa?

5. Investigar escuelas en otras áreas.

6. Programar visitas para ~~final~~ principio de la semana próxima.

LLAMÉ A MAMÁ para ponerla al día.

Max respondió.

«Hola mamá», unas semanas antes era ‘mami’. Max estaba creciendo rápidamente y yo me lo estaba perdiendo.

«Hola, querido. ¿Qué estás haciendo?».

«Empacando», respondió con su boca llena de comida. «Tengo diecisiete días antes de que pueda irme a vivir contigo. No, espera. Dieciséis días. Este día ya no cuenta».

Me temblaba el labio. Me tapé la boca con una mano y me tragué las lágrimas.

«Te va a encantar nuestra nueva casa», cerré los ojos y me imaginé la casa que había perdido hacía apenas diez minutos. Aferrarme a esa imagen hacía que la mentira pareciera un poco más cierta. Todavía tenía tiempo para darle la vuelta a la situación y empezar a recuperar el tiempo perdido y todos los errores que había cometido. Esta vez, Max estaría orgulloso de mí.

«Va a ser épico. Muy bien, aquí está la abuela. Te quiero, mamá».

«Yo también te quiero», dije, pero él ya no me escuchó.

«¿Te encargaste de resolver eso?», preguntó mamá con verdadera alegría en su voz.

Negué con la cabeza, con el pecho apretado.

«No. Por favor, no se lo digas a Max».

«Ay, cariño, sabes que no lo haré. Pero tengo que decir que me rompe el corazón verlo empacando para una mudanza que puede que no se realice», hizo una pausa por un momento mientras yo sollozaba.

«No seas tan dura contigo misma. Sabes que siempre puedes venir a quedarte con nosotros hasta que encuentres otro lugar».

«Gracias. Pero puedo encargarme, mamá. De verdad».

«¿Al menos nos dejarías ayudarte a empacar tu dormitorio?»

«Estoy bien», forcé una risa. «No te preocupes. Todavía tengo dos semanas antes de tener que mudarme. Mucho tiempo para encontrar un nuevo alquiler». Esa última parte salió demasiado precipitada, como una gran mentira. Pero mamá no insistió más. Sabía que, si fallaba, terminaría en su casa. Otra vez.

«Está bien, cariño. Te veo el viernes».

Terminé la llamada, las lágrimas nublaban mi visión. Mamá nunca lo diría, pero había esperaba en silencio que Max y yo fuéramos a vivir con ella y papá de manera más permanente después de la graduación. Su sueño era mi pesadilla. Tenía veinticuatro años. Mudarme con mis padres sería un gran paso en retroceso. Estaría atrapada en Casa Grande, un pueblo donde siempre sería la chica que había quedado embarazada en su primera semana en la universidad. Mis músculos se tensaron al imaginar sus miradas de lástima y decepción, mientras recordaba todos esos meses que había pasado oculta en mi habitación.

Mudarme con mis padres no era una opción. Tenía que seguir adelante. Incluso si eso significaba bajar un poco mis estándares. Bueno, tal vez mucho. Miré mi lista y agregué un comentario al punto dos.

2. Hacer una lista de nuevos prospectos de alquiler. Incluir complejos de apartamentos.

Luego agregué un punto final en letras grandes.

7. Elegir un hogar para Max.

CAPÍTULO 3

Éramos extraños

DEREK

Me froté la mano contra la parte delantera de la camiseta, luchando contra el impulso de acercarme a la mujer sentada en la esquina de la cafetería con la mejilla apoyada en la mochila de su computadora. Ese pelo largo y oscuro suyo se extendía sobre la mesa y un rizo tocaba su rodilla desnuda. ¿Qué había pasado para que llorara así? No, eso no podía importarme. Hoy no era el día en que mi resolución de mantenerme alejado de ella se desmoronaría.

«¿Deseas más agua?», preguntó la mesera, parada a mi lado.

«Claro. Gracias». Le entregué mi taza y la seguí hasta el mostrador. Necesitaba salir de allí antes de hacer algo estúpido como hablar con Valentina, que era el nombre que llevaba bordado en la mochila de su computadora. El nombre le sentaba bien. Me crucé de brazos, me apoyé en el mostrador y la miré de reojo.

Había recuperado la compostura y jugaba con un rizo largo mientras escribía en su cuaderno, con sus bonitos ojos castaños todavía húmedos, los pómulos altos rojos y manchados. Para mi decepción, el hoyuelo que había aparecido cuando estaba hablando por teléfono había desaparecido. Cuando soltó el mechón de pelo, este rebotó y se enroscó alrededor de la curva de su pecho. Mis terminaciones nerviosas se agitaron y mi pulso latió con fuerza. Por voluntad propia, mis pies se arrastraron hacia ella.

«Aquí tienes». La barista me tocó el brazo, algo entre una palmadita y una caricia. Cuando me volví para mirarla, me entregó el agua.

«Gracias». Tomé la taza y me dirigí a la puerta. Tenía que salir de allí. Lo último que necesitaba en este momento eran más problemas femeninos. Un momento, ¿ella estaba haciendo una lista?

No. No te involucres.

¿No fue la curiosidad lo que mató al gato? Genial. Ahora me estaba comparando con un maldito gato. Pirate apreciaría eso. Gato inútil. Valentina tendría que lidiar con sus propios malditos problemas. Yo ya tenía los míos. Muchos de ellos. Salí corriendo de la cafetería. Claro, fui un idiota por no ofrecerle un poco de amabilidad, pero dejarla en paz era lo correcto.

Últimamente, todo lo que tocaba se convertía en mierda.

Cuando llegué a mi auto al final de la cuadra, busqué el llavero en mi bolsillo. Qué mierda. Había desaparecido. Introduje el código de entrada en el teclado del auto para desbloquearlo y me subí. Busqué el maldito llavero por todas partes: entre los asientos y debajo de ellos, incluso en el maletero. Hice una lista mental de dónde había estado desde que estacioné y solo eran dos lugares.

Miré hacia el gimnasio que estaba al final del estacionamiento. Con un poco de suerte, que

no había tenido mucha últimamente, habría dejado caer la llave allí y no en el Café Triste. Azoté ligeramente la cabeza sobre el reposacabezas, justo cuando mi teléfono sonaba por décima vez esta mañana. Respondí sin mirar la pantalla.

«¿Qué?».

«Ya era hora de que respondieras, hombre», dijo Dom, mi abogado y mejor amigo.

«Estaba ocupado».

«O tal vez pensaste que tenía malas noticias. No, amigo, solo quería saber cómo estabas. Salgo de Nueva York por la mañana y me encontraré contigo. Hablaremos cuando llegue. ¿De acuerdo? Perdón por haber tardado tanto. Tenía un montón de cosas de las que ocuparme antes de la mudanza».

Después de casi seis meses, finalmente convencí a Dom de que viniera a trabajar para mí. Si alguien podía sacarme de esta maldita pesadilla con Bridget, era él.

«Gracias por hacer esto».

«Ni lo menciones. Lo que me recuerda. ¿Recibiste la última propuesta de mierda de Bridget?».

«Mmm», me pellizqué la nariz y cerré los ojos con fuerza. Había visto otro sobre legal sobre el montón de correo que se acumulaba en la cocina, pero no me molesté en abrirlo. Todos eran iguales. Una cosa estaba clara para mí: este divorcio me iba a costar más que dinero. Respirando por la boca para que la opresión en mi pecho desapareciera, cerré los puños.

«No, ¿qué piensas?».

«Creo que es una perra conspiradora y despiadada».

Hizo una pausa al otro lado de la línea.

«Pero estás hablando de la propuesta. Bueno, creo que es una tontería. La pregunta que debes responder es cuánto quieres que esta mujer se vaya de tu vida».

«La quiero fuera de mi vida de la peor manera posible».

«Está bien. Hablé con su abogado y le dejé muy claro que ya no le harías concesiones... porque es así. ¿Podemos estar de acuerdo en eso? No más Sr. Buen Tipo. Por ahora, ella aceptó dejarte quedarte con tu casa».

«Me importa una mierda la casa. Puede tenerlo todo por lo que a mí respecta, pero no mi compañía.

«Nada de esto fue tu culpa, Derek. ¿Puedes meterte eso en tu cabeza tonta? Deja de decir que puede tenerlo todo. Es exactamente por eso que estás en este maldito lío. Al igual que tú, todo lo que ella quiere es CCI. Se lo pusiste fácil cuando te marchaste».

«Necesitaba distanciarme de ella. Ya lo sabes. ¿Cuándo terminará esto? Y no me fui. Ella convenció a la junta directiva de que no era apto para dirigir la empresa en *mi estado*. Votaron a su favor cuando vieron fotos de la cabaña».

Maldita sea. Mis músculos se tensaron y golpeé el volante con la palma de la mano. ¿Qué haría falta para que Bridget dejara la empresa? Mucha gente dependía de mí y del éxito de CCI. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la arruinara solo para fastidiarme?

Después de una larga pausa, Dom se aclaró la garganta.

«Lo siento, amigo. No quise hacerte sentir culpable. No te desanimes. Ahora que sabemos exactamente lo que quiere, podremos resolverlo. Por ahora, no hables con ella y, por el amor de Dios, no la dejes entrar en tu casa. O también la perderás. Te llamaré cuando aterrice», y colgó.

Respiré lenta y constantemente, me froté la frente y presioné el botón de encendido, pero no pasó nada. Salí del auto y me dirigí al gimnasio para buscar el llavero.

«Sr. Cole, bienvenido de nuevo», la recepcionista me saludó.

«Hola de nuevo, Sam».

Golpeé con los dedos el mostrador. Ella agachó la mirada, sonrojándose, así que sonreí para calmar sus nervios.

«¿Alguna posibilidad de que alguien haya entregado un llavero de BMW en las últimas horas? Parece que perdí el mío».

«Déjeme averiguarlo por usted, señor Cole», ella se fue.

Caminé por el vestíbulo principal, sabiendo muy bien dónde había dejado caer el llavero. Debió haberse caído de mi bolsillo cuando recogí la basura de Valentina.

«Lo siento, señor...», Sam regresó.

«Sí, lo sé». Alcancé la puerta.

«Gracias, de todos modos», dije por encima del hombro.

Me quedé de pie en la esquina, esperando que la luz se pusiera en verde. Eran más de las ocho, pero Valentina todavía estaba allí. Al otro lado de la ventana de la cafetería, estaba sentada en su mesa, escribiendo frenéticamente. ¿Cómo lo hacía? Quince minutos atrás, parecía que todo su mundo se estaba desmoronando a su alrededor. Pero ahora estaba concentrada, escribiendo como si su vida dependiera de ello. Crucé la calle y abrí la puerta con el hombro.

El llavero se encontraba a unos centímetros de su pie con sandalias y pedicura. Joder, incluso sus pies eran bonitos. Pasé la mano por mi cabello mientras mi mirada se movía hacia la falda corta con volantes metida entre sus piernas. Y sí, me quedé allí como un pervertido y miré su musculoso muslo.

Esto se estaba acercando demasiado al fuego. Tal vez debería pedirle a la mesera que me ayudara a buscar la llave. Una chica educada como ella nunca se negaría. Entonces sería fácil señalarle la dirección correcta y…, pero *¿qué diablos estoy haciendo?* Hablar con Valentina no haría daño a nadie. Todo lo que tenía que hacer era ser breve, explicarle que había dejado caer mi llave y seguir adelante. Era mejor terminar con esto rápidamente. Ya llegaba tarde a mi día de no hacer nada.

Me acerqué a ella y me arrodillé al borde de la mesa. Cualquiera que nos espiara pensaría que estaba tratando de mirar debajo de su falda. Ella ciertamente lo pensó. Cuando la miré, tenía esos grandes ojos marrones fijos en mí. Sus labios carnosos, rojos e hinchados por el llanto, formaban una O perfecta.

Ay, cariño.

Mi corazón se aceleró y la sangre se precipitó a mis dedos de los pies y las manos. Así, con una mirada, alejaba todo lo malo. ¿Cómo lo hacía? Mientras me balanceaba sobre mi rodilla, sus cejas se juntaron en un ceño fruncido.

«Se me cayó la llave», Dios, sonaba como un idiota.

Ella asintió y corrió su silla hacia atrás. Sentí una extraña urgencia de agarrar su pierna para detenerla. Las mujeres normalmente no huían de mí. ¿Qué demonios? Me puse de pie. Sus ojos siguieron los míos hasta que su largo cuello y clavícula suave quedaron expuestos. Atractiva. Ahora era mi turno de dar un paso atrás. La distancia me pareció una buena idea. Le sonreí y puse mis manos en mis caderas para mantenerme bajo control.

Nuestras miradas se encontraron y tragué saliva, con los pies pegados a las tablas de madera.

«Hola, soy Cole», le ofrecí mi mano. «Derek Cole».

Valentina arqueó una ceja de forma perfecta. No usaba maquillaje, pero su piel era suave y radiante.

Mis dedos picaban por tocarla, por ceder, y…

«Quiero decir, me llamo Derek, pero mis amigos me llaman Cole». Eso generalmente sonaba

mucho más suave.

«Encantada de conocerte». Puso su mano en la mía. Gardenias. Olía a gardenias. «Soy Valentina de Cordoba».

Su mano era pequeña, pero apretó la mía con firmeza. Aquí estaba una mujer que sabía lo que quería, que no le tenía miedo a nada. ¿Por qué lloraba entonces? El primer día que la vi, una sonrisa se dibujó en la comisura de mi boca y una ráfaga de adrenalina me recorrió el cuerpo. Una sensación que solo tenía cuando escribía código. De repente, solté su mano como si se hubiera convertido en un trozo de carbón caliente.

«Bueno, me tengo que ir». Le mostré mi llave. La señal universal para *esto es la única razón por la que volví*. Tenía que irme antes de hacer el ridículo y romper la única regla que me mantenía a flote en este momento: nada de apegos, especialmente del tipo femenino.

«Buena suerte con tu lista». Me di la vuelta para irme.

«Necesitaré un poco más que suerte para recuperar mi casa», murmuró, con los ojos llenos de lágrimas de nuevo.

Mierda. Maldita sea.

A través de la ventana, una nube cruzó el cielo y tapó el sol por un momento. El cambio de iluminación me detuvo en seco. Mierda. Esto era una mala idea. En ese momento, descarté de mi mente cualquier fantasía que alguna vez había tenido sobre Valentina, antes de caminar hacia la barra de condimentos y agarrar un par de servilletas. Cuando volví hacia ella, caminé lentamente y me tomé mi tiempo para sacar la silla a su lado. Seguí esperando que me despidiera, pero nunca lo hizo. En cambio, me miró boquiabierta como si de repente me hubiera crecido una cabeza extra.

«¿Qué pasó?», le ofrecí el manojo de servilletas.

No podía involucrarme con ella ni arrastrarla conmigo a este divorcio interminable, pero eso no significaba que tuviera que ser un idiota. Cinco minutos, podía darle cinco minutos de mi tiempo.

«No importa», dijo ella.

Las lágrimas contenidas hicieron que sus ojos parecieran un espresso perfectamente preparado. Alargó la mano hacia las servilletas, manteniendo su mirada en mis dedos, como si temiera que las arrancara de un jalón.

«Encontraré otra».

La falsa bravuconería provocó algo en mi pecho. Entendía bien la desolación que encontraba en su expresión. Pero por mucho que quisiera ayudarla, no sabría cómo. Sería mejor que volviera a llamar a su madre.

Las lágrimas rodaron por su rostro nuevamente. Cuando inclinó la cabeza para ocultarlas, me desarmó. Unas gotas habían caído sobre su falda de flores. *Por favor, no llores*, quise decir, pero en lugar de eso, miré hacia la puerta.

«Tengo que irme», dijo, arrancando y doblando la página de su cuaderno.

Los pliegues del papel eran uniformes y prolijos. Se podía saber mucho de una persona por cómo manejaba sus efectos personales. Todo en ella estaba ordenado y organizado. Sabía lo que quería.

Se puso de pie y luego metió su lista en uno de los bolsillos exteriores.

«Fue un placer conocerte, Derek».

«Por favor, llámame Cole».

Me puse de pie de golpe y luego hice una mueca. No debería haber dicho eso. No éramos amigos. No podíamos serlo. Tal vez, en un año. Pero ahora, solo la lastimaría. Y obviamente no

se lo merecía. Me froté la mandíbula, golpeándome los labios con los dedos. Valentina se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Mi pulso se aceleró y algo pesado se instaló en mi estómago. Se marchaba. Si perdía su hogar, ¿quién sabía cuándo volvería al Café Triste? Y la necesitaba aquí. Necesitaba que ella cambiara los días, que me diera una razón para levantarme por la mañana y salir de casa. Pero ella no lo sabía. Para ella, yo era un extraño. Éramos extraños. Ella no me debía nada, y viceversa. Me pellizqué el puente de la nariz.

Déjala ir.

Mordiéndome el labio, me froté la nuca.

«Tengo un apartamento en alquiler que podría interesarte», solté.

Ella se dio la vuelta, frunciendo el ceño, con la boca ligeramente abierta.

Mierda.

CAPÍTULO 4

Adiós, Derek Cole

VALENTINA

Dios, tenía una voz sexy.

Lo miré fijamente. ¿Lo escuché bien? Me estaba ofreciendo un lugar para vivir. Las cosas nunca me caían directo. Ese tipo de pura suerte no existía. *Entonces, ¿cuál era el truco, Derek Cole?* Seguí de pie, deteniéndome, mientras él lanzaba una rápida mirada al techo y apoyaba ambas manos en sus caderas.

Cambiaba de opinión. Por supuesto que lo hacía.

«Aquí es donde preguntas por el alquiler», mencionó.

Una sonrisa se dibujó en sus labios antes de dar un paso atrás.

«A menos que ya tengas otras perspectivas», añadió.

No se movió, como si esperara que saltara de emoción y le agradeciera por su generosidad. Esta era, de lejos, la conversación más incómoda que había tenido con un extraño.

«Lo siento. No puedo», contesté.

«¿Por qué no?», frunció el ceño.

Realmente no tenía una buena razón para decir que no, aparte de que mi instinto me decía que este tipo podía ser un problema, del tipo en el que podía caer. Lo último que necesitaba era *volver* a caer con el chico equivocado. Una cosa era admirarlo desde lejos, pero tenerlo como mi casero significaría que podría visitarme. Los caseros atractivos hacen eso, ¿no?

Una cálida sensación de hormigueo me recorrió el vientre y la entrepierna. Derek Cole en mi habitación, alto y guapo, sin camiseta; eso sí que sería un espectáculo. ¿Por qué siempre terminaba *allí* con él? Dios mío.

Me sequé las palmas sudorosas en la falda, me aclaré la garganta y bajé la voz.

«Ni siquiera te conozco». ¿No era esa la verdad?

Se inclinó para captar mis palabras y percibí su aroma. Su olor era embriagador. Era una mezcla de gel de baño, limón y verbena tal vez, y sudor masculino. Estaba invadiendo mi espacio personal y no me importaba. La habitación había pasado de fría a caliente y no quería nada más que quitarme el suéter y tocarlo.

Pero no me atreví a moverme. En cambio, junté las manos y las escondí en los pliegues de mi falda.

«Y tú no me conoces. No sabes si podría tener a diez personas viviendo conmigo.

«Buen punto». Asintió con su rostro a centímetros del mío.

De acuerdo, terminemos. A las tres. Uno, dos, tres.

«Gracias, de todos modos».

Me dirigí hacia la salida.

Me agarró el codo antes de que alcanzara el pomo de la puerta. Sus dedos largos y cálidos sobre mi piel enviaron una descarga de adrenalina por todo mi cuerpo. Me quedé quieta, luchando contra el impulso de arrojarme sobre él. Un centímetro a la izquierda y su antebrazo rozaría mi pecho. Mala idea. Terrible.

«Espera».

Me dio una sonrisa brillante con dientes perfectos y esos ojos azules profundos que parecían un poco hinchados, como si no hubiera dormido mucho la noche anterior.

¿Por qué?

Espera. No. No me importaba si dormía o no. O con quién se acostaba.

Corre, gritó mi estómago.

«Si lo piensas», dijo, «tampoco conoces a los otros propietarios».

«Buen punto», miré su mano.

Después de echar otra mirada furtiva hacia la puerta, me soltó. Tuve que apretar los puños con más fuerza para evitar extender la mano. Quería huir. Reconocí la expresión de su rostro porque yo sentía lo mismo. Pero por más que lo intentaba, no podía entender por qué seguía allí, disfrutando del calor que emanaba de este magnífico desconocido.

Me miró a los ojos.

«La propiedad se construyó hace poco. Solo necesita algunos retoques».

Esperó a que yo comentara, pero cuando no dije nada.

Él continuó.

«Tiene unos ciento cincuenta metros cuadrados, dos habitaciones, un baño. Con tina».

Añadió esa última parte, como si eso fuera a sellar el trato conmigo. Pasándose dos dedos por la barba incipiente justo debajo de la mandíbula, se mordió el labio inferior por un momento.

«¿Qué más? La cocina es pequeña, pero la sala de estar tiene una buena cantidad de espacio e iluminación. Esta cabaña estaba destinada a ser un estudio de arte, pero estoy seguro de que se adaptará a tus necesidades».

Suspiré con fuerza. Esta cabaña sonaba como un sueño hecho realidad.

«Suena decente».

Los clientes entraban y salían apresuradamente, a medida que la prisa matutina diaria llegaba a su máximo apogeo. Mientras la multitud aumentaba, Derek tuvo que esquivar a una mujer para despejar el pasillo y dejar entrar a más gente.

Así de cerca, tuve que levantar la vista para mantener el contacto visual.

«¿Eres artista?».

«No». Se tocó la palma de la mano con el pulgar.

«Fue construida para otra persona. Pero esa persona ya no la necesita. Así que pensé que podrías usarla».

«¿Quieres decir que aún no la has ofrecido?».

«No. Por supuesto que sí».

Se cruzó de brazos, manteniendo su mirada en mí. «Solo quería decir que podría ser algo que podrías aprovechar. Incluso si no tú no pintas».

«No pinto». Sacudí la cabeza. «En absoluto».

Se encorvó un poco, mirándome con interés.

«¿A qué te dedicas? Quiero decir, puedo decir que eres estudiante. ¿Cuál es tu especialidad?».

«Oh».

Nunca nadie me había mirado así, como si mi respuesta fuera importante, como si significara

todo para él.

«Sistemas de información».

Intenté retroceder, pero la fila para hacer pedidos se había extendido hasta el área de asientos. Por eso siempre me iba quince minutos antes de las ocho. El lugar era un manicomio después de la primera hora de clases.

Se rió, sacudiendo la cabeza.

«Cosas de computadoras, ¿eh?».

«Sí. Aunque ya tengo un trabajo de verdad esperándome. Quiero decir, ahora tengo un trabajo real. Solo que, ya sabes, no una carrera».

¿Por qué le dije eso? No necesitaba su aprobación.

Él asintió, como si supiera exactamente lo que quería decir.

«Impresionante. No todo el mundo consigue un trabajo *de verdad* justo después de graduarse».

«Empecé a hacer entrevistas desde el semestre pasado».

«Déjame adivinar. Eso estaba en tu lista. Encontrar empleo. Tachado». Dibujó una tache en el aire, haciendo una combinación de una pequeña risa con una sonrisa traviesa.

Mierda. Este hombre hermoso estaba coqueteando conmigo. Sonreí al suelo mientras me salían aleteos desde mi interior. Lo miré, haciendo un mal trabajo para ocultar mi risa.

«Oye, no te burles de mi lista. Así es como hago las cosas».

«Ni lo soñaría».

Escondió sus manos detrás de su espalda. Su mirada se movió de mis ojos a mis mejillas antes de posarse en mis labios, y mi estómago dio un rápido vuelco.

«Perdón», un chico se metió detrás de mí y me empujó directamente hacia los brazos de Derek.

«Cuidado», Derek me atrapó.

Me arrastré un poco más hacia adelante, frotándome contra su frente musculosa. Derek me rodeó la cintura con el brazo y usó el brazo libre para crear una barrera entre el tipo que intentaba pasar y yo. Técnicamente hablando, Derek me estaba abrazando, como se abrazan las parejas, con mi mano apoyada en su duro pecho y mi pierna tocando la suya. Dios mío. Inhalé y aspiré su olor. Quería pasar mi mano por su bíceps y enterrar mi cara en el recodo de su cuello y hombro. Lo deseaba tanto que mi piel se sentía caliente y viva. Mierda, era peligroso. Necesitaba salir de allí.

«También tiene un jardín privado», susurró en mi oído.

«Está bien». Hice todo lo posible por no cerrar los ojos y fundirme en él.

«Está bien, ¿qué?».

«Te agregaré a mi lista. Tu propiedad, claro está», articulé como pude.

Di un paso atrás, ignorando el jalón, la extraña necesidad de estar en sus brazos. Había pasado demasiado tiempo desde que alguien me sostenía tan cerca.

Asintió y exhaló. ¿Había estado conteniendo la respiración?

¿Cómo podía alguien a quien apenas conocía hacerme sentir así? Era cierto que no era un completo desconocido. Lo había visto lo suficiente en los últimos meses para saber que era cortés, pero no demasiado amistoso. Se atenía religiosamente a su rutina matutina y bebía café espresso diluido en agua. El hombre me intrigaba. ¿Qué lo hacía quedarse y hablar con una chica que lloraba a mares en una cafetería? Cualquier otro tipo habría salido huyendo. Lo sabía por experiencia.

Quería saber más acerca de él, pero no tenía el valor para preguntar. Su aspecto pulcro decía

que tenía éxito en lo que fuera que hiciera. Y llevaba una billetera de seiscientos dólares en sus pantalones de chándal. La que siempre colocaba en la mesa junto a él, con un llavero de BMW encima. ¿De verdad los hombres se compran billeteras caras? Derek no me parecía de ese tipo. O tal vez alguien se la había dado como regalo. Miré su mano izquierda. Sin anillo. Sin esposa. No es que me importara.

«Entonces, ¿dónde está ubicado ese increíble alquiler? ¿Cuál es el alquiler mensual?».

Levanté una ceja con un movimiento que aprendí de mamá. La mujer podía dominar una habitación con solo sus cejas.

Su pecho se expandió ligeramente y podría jurar que su temperatura corporal subió unos pocos grados. Relajó su postura y buscó en su bolsillo delantero, lo que hizo que sus pantalones deportivos se deslizaran hasta donde su escote en V se hundía debajo de la cintura. Me sequé las manos sudorosas en mi falda mientras hacía mi mejor esfuerzo para contener la tormenta que se agitaba en mi interior. ¿Realmente podría aceptar su ayuda sin acercarme a él?

Si su oferta era legítima, le debía a Max al menos considerarla. Debería pedirle a papá que hiciera una verificación de antecedentes. Que verificara su historial. Papá era un policía retirado, pero todavía tenía muchos amigos en la fuerza. Todos ellos más que dispuestos a realizar verificaciones de antecedentes si se los pedía.

Derek sacó su billetera, tomó mi muñeca y colocó su tarjeta de presentación en la palma de mi mano. Su toque, cálido y suave, viajó hasta mis dedos de los pies. Froté la cartulina gruesa entre mis dedos, mientras miraba su nombre impreso en letras blanquecinas sobre un fondo gris oscuro. ¿Cuándo había sido la última vez que había aceptado el número de un chico?

La amenazante voz del padre de Max resonó en mi cabeza. *No eras nada cuando te encontré. Y sigues siendo nada.* Las yemas de mis dedos se enfriaron mientras acunaba mi mejilla y daba la bienvenida al dolor fantasma, un recordatorio de cómo los errores pueden lastimar a las personas que amo. Mi interior se estremeció y, de repente, no pude recuperar el aliento.

Maldita sea. ¿Qué estaba haciendo? Había sido suficiente enamorarme del chico equivocado una vez. Derek parecía agradable, pero eso podía cambiar en un instante. No, no podía aceptar su ayuda y no podía llamarlo ni enviarle un correo electrónico. No necesitaba este tipo de distracción en mi vida, el tipo que fácilmente podría convertirse en dolor.

Después de todos estos años, era hora de que Max y yo fuéramos una verdadera familia. La tarea de *conseguir empleo* en mi lista estaba tachada. Solo necesitaba encontrar una casa. Ya casi estábamos allí. No podía cometer más errores. Max era mi única prioridad y eso no dejaba lugar para nadie más. No podía flaquear ahora, solo porque un guapo desconocido con una mandíbula cincelada me dirigía una sonrisa deslumbrante. El amor no era para mí y eso me parecía bien. Lo había aceptado hacía mucho tiempo, antes de que Max naciera. No podía perder de vista lo que era importante.

«¿Estás bien?».

Derek ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. Se le formó una arruga en la frente cuando su mano se estiró hacia mi rostro, pero se detuvo a mitad de camino cuando asentí y me aparté de su alcance.

«Envíame un correo electrónico a esa dirección. Te enviaré los detalles y podemos programar una reunión». Su tono era seguro y decidido, lo que solo podía suponer que era su voz de negocios.

«Gracias». Metí la tarjeta en mi bolso, solo por cortesía, y me di la vuelta para irme. Sus dedos rozaron mi codo, pero no dejé que me detuviera esta vez. Sin mirar atrás otra vez, salí apresurada por la puerta.

Adiós, Derek Cole.

CAPÍTULO 5

¿Quién es ella?

DEREK

Bueno, mi instinto estaba en lo cierto.

Otro día y ella no había vuelto al Triste. Habían pasado dos semanas desde que Valentina salió corriendo de la cafetería. Le había ofrecido mi cabaña en un momento de maldita debilidad. Y, sí, en ese momento, me arrepentí de haberlo hecho e incluso deseé no haberlo hecho. Pasé días pensando en formas de librarme de ello. Excusas que pondría si ella llamaba o enviaba un correo electrónico. Excusas que nunca llegué a usar porque nunca se comunicó conmigo.

Me recliné en mi silla y miré por el ventanal. La imagen de ella cruzando la calle ese día estaba tatuada en mi mente. Su cabello largo ondeando en la brisa, su falda fluyendo salvajemente con cada paso, exponiendo sus piernas tonificadas. Como un idiota, mantuve mis ojos fijos en la esquina de la calle, como si mi puro deseo pudiera hacerla aparecer de repente.

Revisé mi teléfono nuevamente. Hasta ahora, estaba seguro de que no me enviaría un correo electrónico. Y aquí estaba yo, pensando que había sido demasiado encantador ese día. Tal vez había perdido mi toque. O tal vez ella era testaruda como el infierno. Testaruda y hermosa. Valentina se había ido, y no podía soportarlo. La idea me tomó por sorpresa. No debería importarme si la volvía a ver o no, aunque daría cualquier cosa ahora mismo por saber qué la había mantenido alejada las últimas dos semanas.

«¿Quieres que te sirva más café?», preguntó la barista, quitando las tazas vacías de la mesa. Su rodilla rozó la parte exterior de mi muslo mientras se inclinaba hacia adelante para limpiar la mesa.

«No, gracias». Empujé mi silla hacia atrás y me puse de pie.

Apretó los labios con fuerza y la decepción se apoderó de su rostro. Sí, ya éramos dos.

Abrí la puerta de la cafetería con el hombro y caminé lentamente hacia mi auto. No tenía prisa por llegar a casa para otro día sin hacer nada. Los días se hacían cada vez más largos. Sin Valentina para poder pasarlos, el tiempo se había detenido. Para colmo, tampoco había tenido noticias de Dom. No después de que me llamara para avisarme que estaba en la ciudad y que se ocuparía de todo.

La hora punta casi había terminado, con mucho tráfico solo en las intersecciones principales, pero logré alargar el viaje a casa. Batí mi récord anterior y agregué casi una hora a mi viaje de regreso al norte. En mi mente, vi los grandes ojos marrones y llorosos de Valentina mirándome. Agarré el volante con fuerza. ¿Por qué no llamaba? Según entendí por su conversación con su madre, necesitaba un lugar para vivir. Urgentemente. Lo suficientemente urgente como para hacerla llorar. Le había ofrecido exactamente lo que quería, pero ella se había negado. ¿Por qué?

La idea de Valentina en la cabaña, tan cerca de mí, me hizo sentir completo de nuevo. Sin

querer, había abierto la caja de Pandora que era la pequeña casa en mi patio trasero. Si tenía que ser honesto, no estaba listo para lidiar con lo que había dejado allí. Pero tenía que enfrentar el pasado en algún momento. Había pasado mucho tiempo pensando en la cabaña, mi divorcio y mi siguiente mudanza. Aunque Valentina nunca llamara, tenía que limpiar el lugar y empezar a avanzar de alguna manera.

Ya era el maldito tiempo de hacerlo.

Ingresé por el camino de grava que aplastaba a mi alrededor mientras los neumáticos rodaban un kilómetro cuesta arriba. Estacioné el auto cerca de la puerta principal y entré a buscar a mi ama de llaves.

«Buenos días», dijo Em, poniendo la mesa en la sala de desayunos.

No tenía idea de lo temprano que se levantaba todas las mañanas. Cuando me iba antes de las cinco, ya estaba vestida con ese uniforme gris que insistía en usar, su cabello blanco recogido en un moño ordenado. Dios, no le pagaba lo suficiente para que me cuidara. Y mi maldito desastre. Mis ojos se posaron en la sala de estar ahora impecable. La noche anterior se había salido de control. Cada vez que intentaba recordar lo que pasó después de salir del bar, mi cabeza palpitaba en protesta.

Después de que Bridget se mudó hace seis meses, salí con muchas mujeres para apaciguar esta maldita soledad que se negaba a ceder. Y por un tiempo, funcionó. Pero ninguna cantidad de sexo podría llenar el vacío o compensar todo lo que había perdido. Todo lo que quería ahora era que la gente dejara de preguntar por lo que había pasado, que dejara de sentir pena por mí. Quería mostrarles que había seguido adelante, incluso si no era cierto. Esta ira en la boca de mi estómago todavía carcomía mi maldita cordura.

«Buenos días». Miré a mi alrededor, rascándome la sien. «¿Para quién es el segundo servicio?».

Em entrecerró los ojos antes de susurrar.

«Para su invitada. Pensé que tendría hambre».

Hice un gesto.

«Mierda. Lo olvidé».

«Claramente».

Caminó hacia la cocina y regresó con una caja llena de correo, que incluía un sobre grande de tamaño legal.

«Coloqué el correo más reciente encima. En caso de que tenga ganas de revisarlo hoy».

«Mañana. Lo prometo». Me froté el pecho.

«Es hora de que recupere su vida, ¿no cree?».

«Necesito una ducha».

Me saqué la camiseta por la cabeza.

«¿Puedo pedirte dos grandes favores?».

Me dio una sonrisa cómplice.

«Me encargaré de *Martes*… Oh, lo siento. Hoy es miércoles. Me encargaré de *Miércoles*. ¿Cuál es el otro favor?».

Me lo merecía. Dejé escapar un suspiro lento.

«No hicimos nada».

Levantó las manos.

«Eso es asunto suyo. Yo solo trabajo aquí».

Puse los ojos en blanco. Em era más que un ama de casa. Era familia.

«¿Podrías limpiar la cabaña? Necesito sacar todo antes de que termine el día».

Y ahí estaba. La compasión en sus ojos llenó la habitación.

«Por supuesto. Considérelo hecho. ¿Qué debería hacer con las cosas?».

«PUEDES DONARLO, QUEMARLO. NO ME IMPORTA».

Corrí escaleras arriba para limpiarme. No sabía por qué sentía que necesitaba una ducha fría. Lo que pasaba en Arizona era que el agua fría era solo una ilusión. Nada estaba frío aquí, no como en el este. Puse la temperatura del agua a 16ºC. Nunca llegaría allí, pero el sistema al menos lo intentaría.

Coloqué ambas manos en la pared de azulejos y dejé que la ducha fría me golpeara el cuello y la espalda. El agua rociaba mis músculos doloridos y, como de costumbre, mi mente formó una imagen de Valentina. Esta vez, la sensación de sus manos sobre mí, su aroma y la suavidad de su piel estaban allí para completar la imagen. Me había acercado demasiado ese día. Y ahora mi cuerpo ansiaba más.

Me alegraba que hubiera decidido no aceptar mi oferta. Era una complicación que no necesitaba. Ahora, si tan solo pudiera dejar de pensar en ella.

Cerré el agua, tomé una toalla del perchero y volví al dormitorio. Las puertas francesas estaban abiertas de par en par, dejando entrar un montón de aire caliente. En la terraza, justo afuera de mi suite, Em había preparado el desayuno en una de las mesas de piedra. Probablemente para poder inventar alguna historia de mierda para Nikki, o *Miércoles*, como la llamaba Em. Usaría la excusa habitual. El señor Cole tuvo que salir apresurado a la oficina para una reunión temprana.

Me puse una camiseta y unos jeans y luego caminé hacia la terraza. Con el sol en la cara, me dejé caer y comí. Tenía que hacerlo. De lo contrario, Em me regañaría por no comer más tarde. Mastiqué la tortilla de queso de cabra y tomate, sin saborear realmente nada. Al otro lado del patio trasero, en el borde de mi propiedad, Em trabajaba en la cabaña. Tenía varias bolsas de basura llenas de ropa y Dios sabe qué más. Caminé hasta el muro bajo y me senté a horcajadas sobre él.

¿Quién sabe cuánto tiempo estuve allí sentado sintiéndome mal por ello? Aturdido, observé cómo Em ordenaba a dos guardias de seguridad que se llevaran las bolsas de basura. Ponían los ojos en blanco cada vez que ella dejaba más cosas para que se las llevaran. El trabajo manual estaba por debajo de ellos, pero no se atreverían a decirle que no. Tendrían que responderme si no hacían lo que ella decía.

De vuelta en el dormitorio, sonó mi móvil. Al principio no me moví. Estaba demasiado sobrio para socializar. El teléfono dejó de sonar molestamente. Unos minutos después, volvió a sonar. ¿Quién podría querer hablar conmigo a esta hora? Excepto por..., se me encogió el estómago cuando corrí al dormitorio y alcancé el teléfono a tiempo de ver aparecer el mensaje de llamada perdida.

La llamada había venido de un número no disponible. Exhalé y esperé a que sonara de nuevo. No sonó. Esto era ridículo. Necesitaba sacarme a Valentina de la cabeza. Bajé los escalones de piedra de la terraza hasta el patio trasero. El sol ardiente brillaba sobre la piscina y me dio la ilusión de que afuera no hacía 37ºC. Un poco de lluvia sería genial ahora mismo. Necesitábamos ese respiro.

«¿Viene a ayudar?», preguntó Em cuando llegué a la puerta principal de la cabaña.

Sacudí la cabeza, apoyé el hombro en el umbral y miré hacia adentro.

«Me vendría bien un poco de ayuda», dijo por encima del hombro, llevando un montón de

papeles y lienzos a un montón de basura en el césped.

Todo se veía exactamente como lo había dejado hace seis meses. El enorme agujero en la pared, los muebles rotos y los papeles esparcidos. Tal vez sería bueno que Valentina no llamara. Cruzando los brazos, caminé con dificultad hasta el centro de la habitación y recogí un gran trozo de papel del suelo. Se sentía pesado en mi mano, costoso. Un autorretrato de mi futura exesposa. Bridget, pintora y extraordinaria gerente comercial. Levanté otra hoja. Éste era un desnudo, otro autorretrato. Parecía que eso era todo lo que le importaba pintar o dibujar.

Seguí el rastro de papeles por la casa y los metí todos en una bolsa de basura que encontré en la cocina. Había hecho un gran desastre ese día. Había bebido mucho alcohol desde entonces para hacer que los detalles de esa noche desaparecieran, aunque la ira desgarradora todavía estaba allí. Quería que todo desapareciera, incluido el recuerdo de ella y lo que había hecho. Arrojé la bolsa de basura contra la pared.

En el baño, observé la grieta en el azulejo. El cabezal de la ducha estaba roto y el goteo del agua incesante. Al igual que ese día, su rostro estaba a centímetros del mío otra vez. Tan cerca que su aliento a cerveza rancia sopló contra mis fosas nasales dilatadas. El sonido de su cabeza golpeando la pared resonó en mi cabeza. Cerré los ojos con fuerza e intenté borrar la imagen de los dos juntos en la cama.

Me deslicé hasta el suelo y esperé a que la imagen desapareciera. Había sido un idiota, pero ya se había acabado. Estaba terminado. Si Valentina llamaba, este lugar volvería a tener un propósito. A estas alturas, estaba seguro de que ella había encontrado un nuevo lugar y una nueva vida después de la graduación. Probablemente yo necesitaba hacer lo mismo.

«Mierda». Me puse de pie y recogí la bolsa de basura.

Recorrí cada habitación hasta que todos los dibujos estuvieron fuera del piso y las paredes. La mesa de café y las sillas rotas fueron las siguientes. El trabajo se sintió como un cierre. Tiré todo, ignorando la gran sonrisa de Em. No estaba de humor para su compasión. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró cuando mi teléfono sonó nuevamente.

«¿Qué?», respondí.

Un suspiro resonó en el otro extremo, seguido de un carraspeo. El sonido pertenecía a una mujer.

«Sr. Cole, buenos días».

Mi cuerpo reaccionó. La tensión se mezcló con… *Jesús.*

«Soy Valentina de Cordoba. Probablemente no me recuerdes, pero nos conocimos en el Café Triste hace una semana o algo así».

Oh, cariño, te recuerdo. Y ha pasado más de una semana.

Caminé de regreso a la cabaña, lejos de los oídos curiosos de Em.

«Mmm. Lo siento. No quise». Estaba siendo un idiota. Lo sabía. ¿Por qué me hizo esperar tanto tiempo?

«Bueno, dijiste que tenías una propiedad en alquiler que podría interesarme. Tengo tu tarjeta de presentación». Sonaba desesperada pero esperanzada al mismo tiempo.

«Oh, sí. Sí. Eres la estudiante de informática que busca una casa. ¿Es correcto?».

Se aclaró la garganta de nuevo. La luz del sol golpeaba la ventana de la cocina e iluminaba la habitación. Imaginar sus grandes ojos marrones y ese pequeño hoyuelo en el costado de su boca me calentó las entrañas.

«Bueno, si la propiedad todavía está disponible, me gustaría echarle un vistazo. Ahora».

¿Ahora? Su tono era tan sutil que casi no lo capté. Me estaba dando órdenes.

Un gran peso se levantó de mis hombros con solo imaginar su sonrisa.

«Estoy bastante ocupado ahora mismo. Pero, déjame revisar mi agenda y ver si puedo hacerte un espacio».

«Claro. Estoy disponible todas las tardes hasta el viernes. Entonces saldré de la ciudad».

¿Adónde iba? Mi pulso se aceleró.

«Bueno, en ese caso, ¿qué te parece esta noche? ¿Qué tan temprano puedes llegar aquí?».

«Trabajo hasta las cinco. Puedo salir de aquí en cuanto termine».

Estaba en el trabajo. Miré mi móvil y guardé su número en mis contactos. Por si acaso necesitaba contactarla más tarde. No iba a cometer el mismo error de antes. De vuelta en la cafetería, supuse que llamaría de inmediato y no pensé en conseguir su número antes de que me dejara plantado.

«Eso puede funcionar».

Un suspiro y el rasgueo de un bolígrafo contra un papel flotaron en mi oído. O tal vez esa parte la imaginé. Sin duda estaba añadiendo notas a su lista.

«¿Nos vemos en la propiedad?», preguntó. «¿Cuál es la dirección?».

Sentí escalofríos. Podría escaparse de nuevo si se enteraba de que la cabaña estaba en mi propiedad.

«Seguro. Te enviaré un mensaje de texto con la dirección». Eso sonaba bastante vago.

«Perfecto. Te enviaré un mensaje de texto cuando salga del trabajo».

«Perfecto», repetí sus palabras. «Te veré esta noche, Valentina de Cordoba». Tragué una bocanada de aire. Era bueno respirar de nuevo.

«¿Qué pasa?», Em estaba de pie en el umbral. Las líneas alrededor de su boca se endurecieron en un ceño fruncido con curiosidad. Prefería eso a la lástima cualquier día de la semana.

«Estoy haciendo caso al consejo de mi contador sobre alquilar este lugar. Es una buena deducción de impuestos».

Ella apretó los labios. El sexto sentido de la mujer era intolerable. ¿Qué diría si descubriera que una recién graduada se mudaba a la cabaña?

«¿Quién es ella?».

Hice un gesto de sorpresa. Bien podría terminar con esto y decírselo ahora.

«Es una recién graduada. La residencia universitaria la echó después de la graduación. Necesita un lugar», me encogí de hombros.

Al menos eso fue lo que deduje de la llamada de cinco minutos de Valentina con su madre y ese tipo que la hizo llorar. Tenía un empleo, pero no un lugar donde vivir debido a algunas facturas médicas. Mi español no era muy bueno y ella había hablado increíblemente rápido ese día. Probablemente a propósito para que nadie pudiera seguir su conversación telefónica.

«Así que, después de meses de hacer desfilar mujeres por esta casa para llenar ese vacío en tu pecho, pensó que la manera de arreglar realmente todo lo que está mal en su vida ahora mismo era tapar este agujero», señaló la pared, «con una persona real».

«Mi vida no necesita arreglos. Sí, he estado saliendo mucho últimamente, pero eso es porque no tengo nada más que hacer. ¿Recuerdas? Ya no tengo trabajo al que ir».

«Mmm», fue todo lo que dijo.

Realmente no necesitaba este tipo de dolor en mi vida.

Con un suspiro, se acercó a mí.

«Lo sé. Lo siento». Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y yo la abracé de vuelta. Su cabeza apenas llegaba a mi hombro.

«Prométame que no lastimará a esta mujer. Parece muy joven. Demasiado joven para usted.

Entiendo que necesite algún tipo de conexión. Pero primero debe encargarse de lo que hay aquí dentro». Me clavó un dedo en el pecho. «Entonces, podrá empezar a pensar en el amor de nuevo. ¿Entiende eso?».

«Uno, tengo veintiocho años. No puedo ser mucho mayor que ella. Y dos, ¿quién dijo algo sobre el amor? No estoy buscando ningún tipo de relación. Ni con ella ni con nadie. Solo pensé que era hora de darle un buen uso a este lugar». Levanté las manos. «Parecía que necesitaba ayuda. Solo la estoy ayudando».

Em me miró con los ojos entrecerrados.

«Está bien. Usted es el jefe. Y si este contrato de alquiler lo hace enfrentarse a todo esto», hizo un gesto hacia el agujero, «estoy totalmente de acuerdo». Cuando terminó la frase, estaba sonriendo con menos compasión en sus ojos.

«¿Dónde me necesitas?».

«Empezaré con el baño», se rió. «Usted termina aquí».

«*¿Qué?*».

«No creo que alguna vez lo haya visto limpiar uno de sus desastres. Pero si me permite hablar libremente...».

«No, no puedes hablar libremente», respondí.

Hizo un gesto con la mano hacia mí, sacudiendo la cabeza.

«Si alguna vez hubiera un desastre que tuviera que limpiar, sería este». Sus ojos brillaron antes de darse la vuelta y caminar por el estrecho pasillo hacia los dormitorios de la parte de atrás.

Me froté la cara y el pelo con la mano.

«Em».

«¿Sí?».

«Ella no está aquí para tapar ningún agujero».

«Por supuesto que no».

CAPÍTULO 6

¿Qué has venido a ver?

VALENTINA

‘Americano cuádruple’, o Derek Cole, no me envió una dirección por mensaje de texto. En cambio, me envió instrucciones largas y complicadas sobre cómo llegar al apartamento en alquiler. Me sorprendió que no hubiera incluido árboles cantantes y piñas danzarinas. Las instrucciones me llevaban mucho más al norte, más lejos de lo que quería estar. Pero si el alquiler era el adecuado, un largo viaje matutino al trabajo sería un pequeño precio a pagar. Sin mencionar que después de dos semanas de mirar apartamentos, había llegado a aceptar que mis opciones eran prácticamente nulas. En este punto, podía vivir con mis padres o en ese complejo “Miracle Mile” con la alfombra infestada de insectos. Ambas opciones me revolvían el estómago. Amaba a mis padres, pero Max y yo necesitábamos nuestro propio lugar. Se lo había prometido.

Giré a la derecha en Skyline Drive y a la izquierda en Craycroft. Desde allí, juré que Derek estaba tratando de confundirme para que no encontrara el camino de regreso. Pequeños caminos me llevaron a lo alto de la montaña. El último camino con nombre era “Las Nubes”. Otro giro a la izquierda me llevó a una calle sin nombre que finalmente me llevó a Cole Drive. El nombre de la calle era su apellido. Esto significaba que o bien él fue el primero en construir aquí o bien su casa ocupaba toda la calle.

Un kilómetro después, me detuve frente a una puerta privada y oculta que se abrió cuando me acerqué. Mierda. Él era el dueño de toda la calle.

Me apoyé en el volante para ver mejor. El nerviosismo que había tenido en la boca del estómago desde que salí de mi dormitorio se disparó hasta mi pecho. ¿Por qué me parecía una mala idea? Mi pierna temblaba sobre el acelerador mientras le daba un empujoncito a Gris, mi Honda Civic gris, para que siguiera adelante. Tan pronto como ingresé por el camino de entrada, su casa se vislumbró a lo lejos, en lo alto de una colina. Siguiendo el camino de grava, rodeé una fuente de agua y me detuve frente a la casa de estilo andaluz, enorme con sólidas puertas dobles talladas a mano.

¿Esta era su casa?

Vivía en una casa sacada directamente de la revista *Architectural Digest*. Las montañas Catalina se alzaban majestuosas bajo un cielo cubierto de tonos rosa y morado con nubes blancas esparcidas por el paisaje. A pesar de la increíble vista, varias alarmas sonaron en mi cabeza. Suspiré cuando me di cuenta de que no conocía a Derek en absoluto.

De todos modos, salí del auto. Solo para echar un vistazo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Ya estaba aquí. Gris parecía tan fuera de lugar estacionado en la entrada de Derek. Tal vez yo también. No necesitaba investigar mucho para saber que las escuelas de la zona eran las mejores del estado.

De ninguna manera podía quedarme. Esto era buscar problemas. Con una última mirada rápida a la increíble vista, corrí de regreso a mi auto.

«¿Estás huyendo?», se escuchó la voz profunda de Derek desde el umbral de su hacienda, o lo que fuera donde vivía. ¿Mansión, palacio? «Pensé que estabas hecha de algo más duro».

«No sé qué te dio esa idea», me volví para mirarlo.

En realidad, había estado llorando a mares cuando me conoció. No podía pensar que yo era *dura*.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, con el hombro apoyado contra el marco de la puerta. Era muy bueno sosteniendo mi mirada. ¿Eso era algo muy propio de él? No podía moverme cuando me miraba con esos ojos increíblemente azules. No creía que fuera posible, pero estaba más guapo de lo que recordaba.

Se encogió de hombros y se apartó de la puerta. No lo había visto en semanas. Verlo bajar los escalones de piedra arrastrando los pies, descalzo, con unos jeans gastados y una camiseta blanca muy fina me provocó una intensa oleada en el vientre. Dios, lo había extrañado. Había extrañado ver su rostro. Y maldita sea, si no se veía tan increíblemente sexy caminando hacia mí. Esas piernas largas se tomaban su tiempo con cada paso, como si tuviéramos toda la noche.

No era así.

«Lo siento. Esto no es lo que tenía en mente cuando te llamé. Pensé que habías dicho que tenías un apartamento de alquiler y que nos reuniríamos allí».

«Sí, Y LO HAREMOS». Me dedicó una sonrisa infantil. «Vamos». Me hizo un gesto para que lo siguiera. «Te aseguro que no soy un psicópata. ¿Siempre eres así de desconfiada?».

«Tengo que serlo».

Ahora estaba a centímetros de mí y, por alguna razón, sonreía.

«Es bueno verte de nuevo», me ofreció su mano.

Sin pensarlo, extendí la mano para estrecharla. Cuando me aparté, apretó su agarre. Su mano era cálida y suave. El gesto se sintió íntimo y, por un momento, deseé que fuera real.

«Vamos. Déjame mostrarte el lugar y luego podrás decidir».

Dejé que me llevara un par de pasos hacia su casa antes de retirar mi mano. Mi pulso se aceleró. ¿Cómo llegamos aquí? Hace unas semanas, ni siquiera sabía su nombre. Era solo ‘Americano cuádruple’. Y ahora estaba aquí, en su casa.

Me hizo pasar por la entrada abovedada hacia una gran sala. Sus pies golpeaban el suelo de cemento pulido de colores mientras se dirigía a una mesa de café, que estaba frente a la enorme chimenea de piedra. El tipo de chimenea que solo había visto en las películas, de aspecto muy europeo y antiguo. Costoso.

El instinto me hizo mirar hacia mi auto. O tal vez solo necesitaba asegurarme de ubicar la salida. A mi derecha, una escalera conducía a un ático, una biblioteca con estantes de pared a pared llenos de libros y sillones de cuero a lo largo de la ventana en forma de arco.

Dios mío.

A través de la puerta abierta, vi a Gris. Si estuviéramos en una caricatura, en este momento estarían sus llantas temblando. Miré hacia abajo a mis dedos temblorosos.

Vete. Ahora. Corre tan rápido como puedas.

Buena idea. Pero antes de que pudiera dar un paso hacia adelante, Derek se plantó frente a mí, bloqueando la vista hacia mi auto y la única salida. Su aroma a madera era una gran distracción. Y allí estaba de nuevo, ese zumbido que sentí la primera vez que lo vi. Quería lamer

ese rincón entre su cuello y hombro, ver si sabía tan bien como olía.

Un momento. ¿Qué?

Sacudí la cabeza un poco para concentrarme en lo que estaba diciendo. Me dio una media sonrisa burlona, entregándome un sobre grande.

«¿El contrato de alquiler? Necesitaremos uno. Revísalo antes de que te muestre la cabaña. No tiene sentido enamorarse del lugar si no puedes pagar el alquiler, ¿verdad?».

Tragué saliva y tomé los papeles. Después de pasar un mes mirando alquileres, estaba aprendiendo bien a leer contratos. El contrato de alquiler era bastante estándar y el alquiler se ajustaba a mi presupuesto.

«Esto es…».

Una puerta crujió debajo de la biblioteca y salió una bomba rubia en ropa interior. ¿A las seis de la tarde? Parecía somnolienta, pero le dirigió a Derek una sonrisa brillante tan pronto como lo vio. Definitivamente, ese era un dormitorio del que había salido. Ni siquiera podía imaginar lo que hacían allí dentro. De hecho, sí podía. Y lo hice. Maldita sea.

«Oye». Derek le dio un medio ceño fruncido antes de dar un paso a su derecha. «¿Em?», gritó.

«Esto es incómodo», dije.

Derek parecía un niño al que habían pillado con la mano en el tarro de galletas. Uno alto e increíblemente sexy. Cuadré los hombros para estar más erguida. Con un metro ochenta de altura, no era exactamente baja, pero me sentía pequeña a su lado.

Una señora mayor apareció de la nada, reprimiendo una sonrisa.

«¿Serán tres para la cena de hoy, señor?».

Derek entrecerró los ojos.

«No, Em. Gracias. Estoy en medio de una reunión de negocios».

«Me olvidé». Ella le dirigió una mirada inocente.

La tarrina de galletas sexy finalmente se dio cuenta de que no se suponía que estuviera allí.

«Oh, lo siento. Me iré si estás ocupado».

Con una mirada de disculpa, se dio la vuelta y volvió a entrar al dormitorio debajo de las escaleras. Ni una sola vez intentó cubrirse. Belleza y confianza. Bien por ella. Así que ese era el tipo de Derek. Básicamente, lo opuesto a mí. Saber que no podía estar interesado en mí hizo que las cosas fueran más fáciles, incluso si me dolía un poco después de todo el coqueteo que tuvo en la cafetería. Alisé mi falda de tubo gris, deseando haberme puesto algo más moderno. Pero yo había venido aquí justo después del trabajo. Había estado tan nerviosa por verlo que no pensé en traer un cambio de ropa. No es que hubiera hecho una diferencia en comparación con la rubia sexy y desnuda en su habitación.

Sintiéndome desanimada, me dejé caer en el sofá. El elegante material de chenilla se sentía suave y acogedor, como toda su casa. Algo en él era muy hogareño, completo con el olor de galletas recién horneadas.

«Puedo volver otro día si necesitas ocuparte del caso de la chica desnuda». Ni siquiera podía estar celosa. No era mío. Lo había dicho justo antes. Esta era una reunión de negocios.

«No. No te vayas. No lo hicimos..., ella duerme así». La punta de su lengua tocó su labio inferior antes de morderse. «Esto se ve mal. Lo sé. Por favor, no te vayas».

¿Cómo podía decir que no a eso? Me quedé congelada en el lugar mientras se giraba hacia la señora mayor.

«Em, ella es Valentina. Está interesada en alquilar la cabaña».

«Es un placer conocerla, querida». Me dio una cálida sonrisa y me estrechó la mano con

suavidad. «Estoy segura de que le va a encantar la casa. Ahora, si me disculpa, tengo que ocuparme de *Miércoles*».

«Em», su tono estaba teñido de advertencia mientras la veía salir de la habitación.

«Parece agradable», dije.

«Puede serlo. ¿Vamos?», Derek señaló las ventanas que iban del suelo al techo del lado opuesto de la gran sala. «Prometí darte un recorrido».

Me puse de pie, me alisé la falda y salí a un patio cubierto. Me quedé boquiabierta al contemplar la serena vista. Las montañas Catalina proporcionaban el telón de fondo perfecto para la gran extensión del hermoso desierto, con sonidos de agua corriente y pájaros cantando. Un conjunto de escalones conducía a una piscina de gravedad cero y un amplio césped verde. Más allá, una gran escalera de piedra rodeaba la casa y parecía conducir a una elegante terraza.

«Hay una entrada lateral que puedes usar y un estacionamiento en el otro extremo de la cabaña».

Mantuvo la distancia, pero, aun así, su profunda voz me hizo sentir escalofríos en los brazos.

«Está justo al otro lado de la piscina».

Seguí su línea de visión hasta un jardín en el otro extremo del patio trasero, donde la cabaña estaba oculta en la esquina. Era perfecto. Y demasiado bueno para ser verdad.

«¿Por qué estás haciendo esto?», pregunté.

«Necesito alquilar el lugar y tú necesitas un lugar donde quedarte. Lo estoy haciendo por el dinero».

«Porque obviamente necesitas más de eso».

«Todo el mundo quiere más dinero. Eso es lo que hace el dinero». Metió la mano en el bolsillo trasero. A la luz del sol, bien podría estar sin camiseta. El material fino de su camiseta no cubría mucho su torso musculoso, y me perdí contando las marcas de sus abdominales.

«Adelante, echa un vistazo».

«Lo siento. ¿Qué?», me aclaré la garganta.

Me mostró una llave. Una sonrisa de complicidad apareció en su rostro por una fracción de segundo.

«¿Qué has venido a ver?».

«Oh». Si no lo supiera, diría que estaba coqueteando. Como si lo estuviera haciendo. Eché un vistazo a la casa principal y al tarro de galletas calientes que lo esperaba en ropa interior escasa. Tomé la llave y caminé lentamente hacia la casa, ignorando el sudor que corría por mi espalda.

La cabaña era una habitación grande, con una pequeña cocina a la izquierda y una linda chimenea centrada en la pared derecha, al lado de un enorme agujero.

«¿Qué pasó aquí?», miré hacia adentro.

«El desgaste normal».

No tenía que darme explicaciones, pero no pude evitar preguntarme qué había pasado. Me estaba dejando ver algo muy íntimo. ¿Por qué sentía la necesidad de abrazarlo, de acariciarle la mejilla?

«¿En serio? Porque parece que le hubieran dado con un mazo».

Se rió con una risa profunda e irresistible que me derritió las entrañas.

«Mi puño. Pero lo arreglaré antes de que te mudes».

Hizo un gesto hacia el kit de parches de placas de yeso y otros materiales que estaban en la esquina de la habitación.

«Quedará como nuevo».

Derek me estaba ofreciendo una casa de ensueño para Max. Lo mínimo que podía hacer era

ayudar con este pequeño trabajo. Ya había arreglado algunas paredes en mi vida. Esta me recordaba la vez que Max lanzó una pelota de béisbol en la pared de la sala de estar de mamá, en su práctica de bateo. El agujero que dejó ese niño era digno de elogio.

«No te preocupes por eso. Puedo arreglarlo por ti».

Su rostro se puso serio, con líneas de cansancio a ambos lados de su boca.

«No tienes que hacer eso. Puedo encargarme de ello yo mismo».

«Es tu casa», me encogí de hombros y caminé por el pasillo, donde continuaban los pisos de terracota. Eran hermosos y bastante nuevos. La primera puerta a la izquierda era un baño completo con una combinación de ducha y bañera de azulejos. Alguien había roto el cabezal de la ducha y había dejado que el agua se escurriera durante meses.

«¿Más desgaste normal?», pregunté con una sonrisa.

«Lo arreglaré antes de que te mudes. Te lo prometo. El dormitorio principal está al final del pasillo, por aquí». Me hizo un gesto para que lo siguiera.

La habitación era de buen tamaño, con un vestidor y una puerta corrediza que conducía a un patio privado en la parte de atrás. Obviamente una mujer había diseñado este lugar. Miré su mano de nuevo. Todavía sin anillo.

Fruncí los labios para ocultar mi sonrisa. *Miércoles* no vivía aquí.

«Ciento cincuenta metros cuadrados, dos dormitorios y un baño», dijo. «Como prometí». Abrió la puerta del segundo dormitorio. «Si necesitas algo más, puedes pedirlo a Em o a mí». Me guiñó el ojo.

Mi pecho se llenó de burbujas cuando vi lo que sería la habitación de Max. Tenía una gran ventana y un pequeño armario. El espacio era perfecto. No sabía cuándo, por qué, ni cómo, pero estaba lista para firmar su contrato. Había algo en Derek que me hacía confiar en él. Tenía buenas intenciones. Su atractivo sería un problema, pero todo lo que tenía que hacer era mantenerme alejada de él. Esta propiedad era lo suficientemente grande. Mantenerlo fuera de nuestras vidas no debería ser demasiado difícil.

Regresé a la sala de estar principal, donde saqué el contrato y puse los papeles en la isla de la cocina.

«Una última cosa», dije respirando profundamente.

«¿Qué es?», cerró el espacio entre nosotros. Su voz era suave, como si no quisiera asustarme.

«Está bien». Este era un momento tan bueno como cualquier otro para contarle sobre Max.

«Mi hijo, Max. Vivirá conmigo». Había esperado cinco años para decir eso. Dios, se sentía bien.

Sonrió, apoyando su brazo en el granito. La luz que entraba por la ventana de la cocina le tocaba la cara y hacía que sus ojos parecieran zafiros. ¿La luz natural seguía a este tipo?

«Así que eso es todo. ¿Por eso llorabas?». Por la forma en que hizo la pregunta, hizo que pareciera que Max era un gran secreto que había estado guardando.

Asentí. «Ha estado esperando mucho tiempo para venir a vivir conmigo. No podía fallarle con esto».

Respiró profundamente. «Bueno, tendré que hacer una verificación exhaustiva de tus antecedentes. Pero si los apruebas, no veo por qué no pueda vivir aquí contigo».

«Ah. Bien, si encuentras algo, házmelo saber. ¿Quién sabe qué estarán haciendo él y mis padres durante la semana cuando no estoy yo allí?».

«Me aseguraré de hacerlo». Dio un paso adelante para pasar la página. Esa sonrisa sexy suya ahora estaba a todo lo que daba.

«Hay una hoja de información personal en la parte de atrás. Tendrás que completarla

también».

Deja de mirarlo.

«Debería decírtelo. Mi puntaje crediticio no está donde debería estar. Pero te juro que nunca me atraso con los pagos».

«Valentina», me entregó un bolígrafo. El calor se apoderó de mis mejillas. Cada vez que decía mi nombre, el aire se llenaba de una carga eléctrica que lentamente envolvía mi interior y silenciaba cualquier pensamiento lógico.

«Solo firma».

CAPÍTULO 7

Te prometo que lo harás

DEREK

Me senté en una tumbona en la terraza y encendí mi portátil. Por supuesto, Bridget había intentado revocar mi acceso a mi propia empresa, pero no pudo. Nunca entendía lo que yo hacía. Todo lo que sabía era que manejaba una enorme red de datos. El cómo nunca fue importante para ella. Eso ya no importaba. Hoy, tenía una razón diferente para espiar en mi red.

Cuando la computadora terminó de inicializar, encontré el camino a los archivos de personal y tenía el perfil de Valentina en la pantalla. Mi corazón se había saltado un latido ayer cuando en la solicitud de alquiler había escrito que CCI era su empleador. De una forma u otra, Valentina estaba destinada a ser parte de mi mundo. Si no nos hubiéramos conocido en el Café Triste, en algún momento nos habríamos conocido en el trabajo.

Escaneé el resto de su página de empleado. Era una estudiante de sistemas de información con énfasis en redes de datos. Tenía una especialización en astronomía y era bilingüe. Buena chica. Sus transcripciones mostraban que tenía un promedio de 4.0. Sonreí a la pantalla, volviendo mi atención a la pestaña de funciones. La habían asignado a contratos e informes. Un buen lugar para empezar, pero encajaría mejor en el grupo de desarrollo. Con sus listas, apuesto a que Valentina podría gestionar proyectos de cualquier tipo.

Su salario era ridículo, digno de vergüenza. Bridget y yo a menudo nos habíamos peleado por lo que cada uno creía que eran salarios justos. Pero como directora ejecutiva, siempre tenía la última palabra. No había tardado mucho en corregir el asunto en el momento en que la junta me echó. No era de extrañar que Valentina no tuviera suficiente dinero para pagar su deuda y encontrar una vivienda decente.

«Está de buen humor esta mañana», sobre la mesa, Em colocó una canasta de sus tartas de manzana con hojaldre.

«Hoy me ocuparé de las reparaciones en la cabaña», observé hacia la pequeña casa al otro lado del patio.

Después de que Valentina firmara el contrato de alquiler anoche, tardó dos minutos exactos en volver a subirse a su pequeño auto y salir a toda velocidad de mi entrada. La había dejado ir porque sabía que volvería. Según mis cálculos, eso sería el domingo a más tardar, lo que significaba que tenía tres días para arreglar la casa. Contratar a alguien para que arreglara la pared y se ocupara de los daños causados por el agua sería fácil, pero Em tenía razón. Era un desastre que tenía que arreglar yo solo.

Em apretó los labios en una media sonrisa. «¿Y el correo? Sé que no le gusta que diga esto, pero hay un sobre nuevo esperándole».

«Sí, echaré un vistazo». Por una vez, la idea de ocuparme de los papeles del divorcio no me

revolvió el estómago. Cogí una tarta y le di una mordida. La suave dulzura de la manzana y el picante de la canela del relleno tibio se arremolinaban en mi boca en una especie de baile. No me gustaban mucho los dulces, pero estos pasteles eran difíciles de resistir.

Reclinándome en el sillón, miré hacia la cabaña. Ciertas cosas en la vida eran simplemente eso: irresistibles… como la boca de Valentina. Me lamí la yema del pulgar. ¿Cómo sería besar sus labios?

Me incorporé. *Jesús, no puedo llegar a eso*.

Tener a Valentina tan cerca me traía paz. Tenía algo que me hacía sentir vivo cada vez que estaba cerca de ella. Eso era todo lo que necesitaba. Durante seis meses, me senté a su lado en la cafetería, y eso había bastado. Sí, ahora éramos vecinos, y si tenía que ser honesto, la forma en que me miraba a veces me hacía hervir la sangre. En el buen sentido. Pero involucrarme más con ella arruinaría lo que teníamos.

Lo arruinaría.

Mierda. Tenía que encontrar una manera de mantener mi distancia. Valentina no merecía quedar atrapada en todas mis tonterías. No quería ser yo quien le causara más dolor. Ella ya había pasado por mucho. El aleteo habitual recorrió mi vientre. Estaba allí cada vez que pensaba en ella. Cada vez que veía deseo en sus ojos, no es que ella hiciera algo al respecto. Sonreí. Nunca había visto a nadie con ese tipo de autocontrol. ¿De dónde salía? ¿Qué la estaba frenando?

«Parece que está tramando algo». Em colocó el desayuno sobre la mesa.

«¿Qué?», me reí. «No sé de qué estás hablando».

«Tiene que dejarla en paz. Parece una buena chica. Una chica que ha pasado por mucho». Juntó las manos y me miró por encima del borde de sus anteojos.

«Yo también lo pensé», me incliné hacia delante, alcanzando el café. «¿Qué crees que le pudo haber ocurrido? Camina como si cargara una pesada armadura. Como si estuviera gravemente lastimada».

«No», Em negó con la cabeza. «No voy a ayudarle a seducirla».

Me atraganté con el líquido caliente. Tosiendo, agarré la copa de agua y bebí un sorbo entre la tos. Después de recuperarme, tragué y levanté el dedo índice para dejar en claro mi punto.

«Uno. No necesito tu ayuda en ese departamento. Y dos. Ya había decidido mantenerme alejado de ella. ¿Qué clase de idiota crees que soy?».

«Del tipo que sufre y que haría cualquier cosa por un poco de alivio».

Sentí un puñetazo en el estómago. Solté el aire.

«No voy a hablar de esto contigo». Me subió el calor a las mejillas. Tal vez fuera por la veracidad de su declaración o tal vez porque estaba hablando de sexo con Em, una mujer de sesenta y cinco años.

Resopló mientras colocaba un segundo servicio frente a mí.

«Tengo meses sacando a mujeres desnudas de su habitación de invitados, ¿y esto es lo que lo avergüenza?». Sirvió más café en mi taza.

«No voy a hacer esto», jalé la servilleta sobre la mesa y me incliné hacia atrás. La mujer podía ser imposible a veces.

«¿Para quién es esto?». Se estaba pasando de la raya con el servicio extra y la comida.

«Piénselo. Tiene otras cosas de las que ocuparse primero».

No tenía nada en qué pensar. Valentina necesitaba un lugar donde quedarse, y yo tenía uno. Solo eso. No tenía planes de seducirla. La necesitaba cerca de mí. Eso era todo.

«El portero llamó hace diez minutos. Dom viene de camino hacia aquí».

«De hecho, llevo abajo desde hace un rato. Mierda, estos muffins están buenos». La voz profunda de Dom resonó mientras subía los escalones de piedra. Había salido por la puerta del patio en la sala de estar y había subido para encontrarme en la terraza.

«Hombre, me había olvidado de lo enorme que es este lugar». Primero, se dirigió a Em para abrazarla. Su figura de un metro ochenta y tres la superaba, aunque a ella no parecía importarle mientras le rodeaba la cintura con los brazos con una gran sonrisa en el rostro. Le dio un último apretón antes de soltarla.

«¿Este imbécil te está tratando bien?».

«¿No tienen barberos en Nueva York?», Em estiró ambas manos para agarrar el pelo oscuro que le crecía sobre las orejas. «Necesitas un corte de pelo y una afeitada». Le frotó la barba incipiente de las mejillas.

Él se rió entre dientes.

«A las mujeres no parece importarles».

«Estoy segura de que no», sacudió la cabeza. «Ahora que estás aquí, tal vez puedas hacer que entre en razón. Siéntate y come. Tengo más tartas horneándose». Le dio unas palmaditas en la barriga y volvió a entrar.

«Veré qué puedo hacer», gritó él detrás de ella.

Me levanté y lo saludé con un abrazo.

«Lo lograste, hermano».

«Sí. Por fin me has traído hasta aquí. Qué hay con este maldito calor, ¿eh?», se sentó frente a mí y arrojó un sobre legal sobre la mesa. «Es la última propuesta de Bridget. Léela».

Con el estómago revuelto, respiré hondo para tranquilizarme y lo abrí. Bridget y yo estuvimos casados diez meses, pero por alguna puta razón, ella no creía que irse con la mitad de mis bienes fuera compensación suficiente. Quería más. Mis músculos se tensaron mientras miraba el documento con rabia. Quería mi empresa, la que construí desde cero. Cuando vino a trabajar para mí, yo ya era una marca. Su trabajo era dirigir el negocio mientras yo me concentraba en las cosas que realmente me importaban: mi personal, mis clientes. ¿Qué sentido tendría ser el jefe si no podía hacer lo que realmente me gustaba?

«Han pasado siete meses», me concentré en el documento que tenía delante. «¿Soy yo o de repente tiene prisa por finalizar los términos de nuestro divorcio?». Dios, estaba harto de esta mierda.

«Esta es la segunda propuesta en las últimas dos semanas. Yo diría que se siente motivada para terminar esto».

Seguí leyendo. La propuesta estaba cargada de jerga legal, pero en el fondo, la voz de Bridget estaba ahí, concisa y calculadora. Todo se leía como si le hubiera dictado el texto completo a su abogado. Estaba dispuesta a renunciar a sus derechos sobre la mayoría de las propiedades que yo poseía, pero seguía sin considerar ceder en lo referente a la empresa de comunicaciones. ¿Por qué no?

El tono subyacente de sus palabras era difícil de pasar por alto. Me culpaba por el fracaso de nuestro matrimonio. Y probablemente tenía razón, pero de ninguna manera eso justificaba lo que hacía. Si no era feliz en nuestro matrimonio, todo lo que tenía que hacer era pedir un maldito divorcio, no esperar a que la encontrara en la cama con nuestro contador. Ese imbécil sin carácter. Al final, lo que más dolió, o, mejor dicho, lo *único* que dolió fue su traición. Éramos socios. Pensé que a ella le importaba CCI tanto como a mí. Fui un idiota por no ver que Bridget solo se preocupaba por sí misma.

La pregunta se mantenía. ¿Estaba listo para renunciar a mi empresa a cambio de mi libertad?

¿Tenía la fuerza para empezar de nuevo, construir una nueva empresa? No estaba seguro. Me tragué el nudo en la garganta y me froté los ojos. Mi libertad era algo que solo Bridget podía devolverme. Ella había ganado.

«¿Cómo estás?», Dom me devolvió a la realidad. «¿Qué vas a hacer?».

Tomé la propuesta y la firmé.

«Dile que estoy de acuerdo con sus términos». La necesidad de seguir adelante con mi vida había ganado.

«Vaya, qué putada». Se inclinó hacia adelante, sus cejas oscuras estaban fruncidas. «Qué tal si le damos otros treinta días, ¿eh? Ese es el tiempo que nos dieron para responder».

«Pensé que querías que firmara», dije.

«No. Quería que me dijeras lo que querías hacer para poder aconsejarte. Soy tu abogado. Déjame darte un maldito consejo».

Me reí. Había conocido a Dom en la universidad. Un chico de Jersey, era un tipo sencillo y sin tonterías. Leal. Mi tipo de amigo. Cuando nos conocimos, a Dom no le importaba nada, por eso me sorprendió cuando decidió ir a Columbia después de la universidad. Pero resultó que esa era realmente su vocación. Hasta que lo atraje a Arizona, había sido uno de los mejores abogados de la ciudad de Nueva York, probablemente porque no le importaba nada.

«Adelante, aconséjame». Hice un gesto hacia él.

«Me encontré con Bridget ayer durante el almuerzo. Estaba comiendo en el mismo restaurante que Nikki, por cierto. Me pregunto si sabe sobre ustedes dos. Em me dijo que Nikki pasó aquí la noche el otro día. Otra vez». Movió las cejas.

«Nikki y yo no somos nada».

«¿En serio? Quiero decir, sí, ella es problemática, pero amigo...», exhaló el aire. «Ella es otra cosa».

«No me interesa».

Se encogió de hombros.

«Si tú lo dices. De todos modos, Bridget y yo hablamos un rato, ¿y sabes qué? Parecía desesperada».

«¿A qué te refieres?».

«Se me insinuó». Hizo un escalofrío fingido y me señaló con el dedo. «Esa mujer está escondiendo algo. Ya contraté a un investigador. Si tiene algo sospechoso cocinándose, lo vamos a averiguar».

«¿Sospechoso? ¿Como qué?», me incliné hacia delante.

La desesperación era algo que Bridget no sabía muy bien cómo manejar. Ella estaba acostumbrada a salirse con la suya. ¿La larga espera finalmente la estaba afectando?

«No sé. Todo lo que sé es que está desesperada».

«Está bien, eso podría ser bueno para nosotros. Lo haremos a tu manera por ahora. Avísame si surge algo».

«Lo haré». Se puso de pie.

«Oye. ¿Quieres tomar algo más tarde esta semana?», dijo como una forma de despedirse.

«Seguro. Ven cuando quieras».

«No es eso lo que quise decir». Colocó sus manos en sus caderas.

«Baja de esta torre de marfil tuya. Tomemos un par de tragos como tipos normales, en un bar».

«Sí, está bien». Tenía razón. Un poco de normalidad estaría bien. Miré hacia la cabaña, deseando que Valentina no se hubiera ido ayer.

«Avísame cuando tengas tiempo». Se dirigió hacia los escalones de piedra.

«Estoy disponible todas las noches». Lo seguí para acompañarlo a la salida.

«Ahora me siento como un idiota». Se dio la vuelta para mirarme de frente, pasándose una mano por el pelo. «Voy a arreglar esto por ti. ¿Me oyes?».

«Gracias». Asentí.

«Tomemos unas copas esta noche. A las siete, no, mejor a las seis».

«Hecho», dije.

«Hecho». Puso su mano sobre mi hombro. «Quédate. Puedo salir yo solo. Quiero ver si esas tartas ya están listas». Se dio la vuelta y se fue por donde había entrado.

Desde el primer día, Bridget no soportó a Dom. Solía decir que su personalidad la mareaba. Soltar una grosería cada tres segundos era poco profesional e irrespetuoso en su mente. Tal vez tenía razón. Pero la falta de filtro de Dom fue lo que me hizo confiar en él, en primer lugar. Con él, siempre podía contar con recibir la verdad, sin endulzantes, sin agenda oculta. Si ella se le insinuaba, tenía que estar desesperada. Quería algo con todas sus fuerzas. ¿Pero qué sería? ¿Qué quería que no estuviera ya en el acuerdo de divorcio?

Me senté a horcajadas sobre el muro de piedra bajo y miré hacia la casa de Valentina. Algo que no reconocí revoloteó en mi pecho. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que sentí algo?

«Mierda». Me incliné hacia adelante para tener una mejor vista de la cabaña.

Entonces lo vi. Las huellas de neumáticos en el camino de grava junto a su casa eran difíciles de pasar por alto. ¿Por qué no lo había notado antes? Bajé corriendo sin un plan. Cuando llegué a la puerta principal, estaba abierta de par en par, al igual que las ventanas.

Valentina estaba en casa.

Sobre la encimera de la cocina se encontraba un pequeño altavoz que sonaba a todo volumen "*She Looks So Perfect*" (Ella se ve tan perfecta). Al lado había una hoja de papel, con una de sus listas escrita en ella. Miré hacia atrás antes de echarle un vistazo. Según la lista, Valentina se mudaría el sábado. Me froté la barba incipiente en la cara, sonriendo. Así, todo lo malo de mi vida quedaba en silencio.

Ayer, no había podido darme una fecha de mudanza. Dijo que tenía que hablarlo con su madre. Tenía la sensación de que a su madre no le gustaba demasiado que Valentina y su hijo vivieran solos, lo que explicaría por qué no había podido encontrar un apartamento. Una recién graduada con mal crédito necesitaría un aval. Apuesto a que sus padres dijeron que no a eso, que sería la forma más fácil de mantenerla a ella y a Max en casa.

Pero Valentina ya había demostrado que se merecía un lugar propio. No estaba seguro de por qué, pero algo me daba la impresión de que había estado tratando durante mucho tiempo de compensar su único error de hace seis años. Tal vez fue su cara cuando me habló de su hijo, Max. Había sonado como una especie de confesión.

Había asumido que el padre de Max no estaba en la foto. Pero ahora que lo pensaba, ella nunca explicó realmente lo que estaba pasando allí. Apuesto a que la abandonó. ¿Qué clase de imbécil deja embarazada a una mujer y luego se larga? Como si ella no importara.

Recorriendo la cocina, abrí los armarios. Ella ya había metido algunos platos, probablemente los que tenía en su dormitorio. El refrigerador también estaba lleno de leche, fruta y verduras, y dos botellas de vino espumoso. Seguí su voz hasta el baño. Estaba en la ducha, limpiando los azulejos oxidados con un cepillo de dientes. ¿Quién sabe cuánto tiempo había estado allí parado, mirándola cantar alegremente una canción de una banda de chicos? ¿Cómo podía verse tan sexy con un par de pantalones de yoga y una camiseta sin mangas mientras limpiaba la ducha? Ayer,

había usado una falda tubo gris con un top corto azul marino y tacones altos que me mantuvieron despierto toda la noche. ¿Cómo sería tener esas piernas largas envueltas alrededor de mi cintura? Ahora estaba descalza.

¿Cómo se vería cubierta de espuma y nada más?

Mierda.

No era un idiota, pero eso tampoco me convertía en un santo. Tenía que salir de allí.

«Oh, Dios mío, me asustaste». Se giró para mirarme; sus mejillas se sonrojaron.

«Buenos días». Me froté la nuca, habiendo encontrado la decencia de sentirme avergonzado por acecharla en su propia casa.

«Lo siento. La puerta estaba abierta y escuché música. Yo… ¿qué estás escuchando?».

«¿Qué? Oh, es la estación de las cincuenta principales».

«Te refieres a la estación de radio para adolescentes». Caminé a la cocina con el pretexto de apagar la música. En realidad, solo quería alejarme de la escena actual. Busqué su dispositivo, pero me bloqueó, poniéndose entre su móvil y yo. Bueno, esto no era una mejora. Ahora la tenía a mi alcance, y ese olor a gardenia que tenía estaba causando estragos en mis pantalones.

«Sigue siendo buena música».

«Sabes que esos chicos tienen como dieciséis años, ¿verdad?».

Su risa era ligera y despreocupada.

«*No* es verdad».

«No sabía que estarías aquí hoy». Cambié de tema antes de que se diera cuenta de que estaba celoso de una banda de chicos.

«Quería empezar con la limpieza». Me dio una sonrisa brillante. «Me gustaría estar instalada para el sábado. ¿Te parece bien?».

Cierto. Su lista lo decía. Apuesto a que sucedería tal como ella lo había planeado. Debería intentarlo alguna vez. ¿Cómo sería mi lista?

1. Salir a correr

2. Desayunar

3. Ayudar a Valentina a limpiar la cabaña

4. Llevarla de regreso a mi habitación

5. Besarla suavemente hasta que me suplicara que la desvistiera

6. Tener sexo

Eso era fácil. Tal vez había algo que decir sobre las listas. Le sonreí. Dios, si ella supiera lo que pensaba.

«Por supuesto. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?». Quería terminar con lo que había que componer.

Me giré hacia la pared y miré dos veces. Ella ya lo había arreglado. Un gran peso se levantó de mi pecho. La habitación estaba completa de nuevo. Una mancha blanca mostraba dónde había estado el agujero, pero la superficie estaba lisa y lista para ser pintada. Me obligué a exhalar cuando una quemadura lenta se extendió dentro de mis pulmones.

Caminó a mi alrededor y me dio una brocha. «Podrías empezar a pintar. Todavía estoy limpiando el daño del agua en el lavabo y la bañera».

«Esto es nuevo».

«¿Qué?», preguntó, toda mejillas sonrosadas y labios fruncidos.

Dios.

Envolví mi mano alrededor de su muñeca, y su respiración se entrecortó.

«Que aceptes mi ayuda sin quejarte ni pienses en dirigirte a la puerta calculando tu escape», le tomé la brocha.

«Solo tengo un par de días para terminar». Jaló su brazo y sus dedos se deslizaron entre mi agarre.

«Claro. Tu lista». Señalé el mostrador.

Su rostro pasó de sonrosado a rojo.

«No te burles de la lista». Su hoyuelo apareció de nuevo en el costado de su boca. Quería tocarlo. Besarlo.

«No lo estoy haciendo. ¿Ves? Estoy pintando». No podía dejar de sonreír.

Darle un nuevo propósito a este lugar había sido una buena idea. Ahora todo lo que tenía que hacer era dejar de pensar en Valentina. Podía irme, pero ¿qué haría con el resto de mi día? Mojé la brocha en la paleta que ya había preparado y comencé a pintar desde arriba, asegurándome de que la línea fuera recta.

Cuando Valentina se unió a mí, estaba aplicando la primera capa de pintura. Ella tomó un rodillo y se puso a trabajar en la pared opuesta, avanzando lentamente hacia mí.

«¿Qué?», me miró de reojo.

«Solo me preguntaba». Me encogí de hombros. «No veo un anillo en tu dedo. ¿Qué le pasó al padre de Max?».

Sus ojos se oscurecieron y las líneas alrededor de su boca se endurecieron. Había tocado un nervio. Su gesto fue como una patada en los huevos, pero la necesidad de saber qué había pasado hizo que fuera imposible sentir pena por preguntar.

«Se asustó cuando le dije que estaba embarazada. Su respuesta fue mecánica, como si hubiera explicado ese pequeño hecho un millón de veces. «Nunca más supe de él».

«Vaya, un imbécil de proporciones épicas».

Se rió, una risa profunda que me calentó hasta la médula. Se encogió de hombros, pasó el rodillo de adelante hacia atrás sobre la lata de pintura y se volvió hacia la pared.

«¿Fue en tu primer año en la universidad?». Sabía que tenía veinticuatro años por su solicitud de alquiler, lo que significaba que tenía diecinueve cuando el imbécil la dejó.

Infló las mejillas antes de exhalar.

«Terminé el año escolar, pero luego abandoné después de que nació Max. No sería justo para él, ¿sabes?».

«Pero volviste a la escuela».

Ella asintió, radiante. Max eliminaba todo lo demás que era malo en su vida.

«Sí. Mis padres estaban dispuestos a ayudar. En realidad, no tenía ninguna razón para no hacerlo. Y tenía que terminar. Por Max».

«Dios. No puedo imaginarme abandonando a mi hija».

«¿Quieres decir que si *Miércoles* se queda embarazada, te casarías con ella?». Ella levantó una ceja y una linda arruga recortó el rabillo del ojo.

«Su nombre no es *Miércoles*». Me odiaba a mí mismo por dejar que Nikki se invitara sola a mi casa el martes por la noche. Toda la escena me hacía parecer un mujeriego. Sin duda, esa era la intención de Em cuando durante días “olvidó” sacar a Nikki de la casa.

«Oh, no. Eso ya lo entiendo». Su risa era contagiosa.

«No es lo que piensas. En absoluto».

«Bueno, creo que traes a una chica diferente a casa todos los días. Em no puede llevar la cuenta de ellas, así que las llama por el día de la semana. ¿Es así?».

«Está bien. Así que es exactamente lo que piensas. O lo era». No era el momento de explicar lo jodida que estaba mi vida en este momento. Nikki era un reemplazo para algo, o alguien, que no podía tener. Hasta ahora. «De todos modos, nunca podría quedar embarazada».

Se quedó sin aliento, dejando caer el rodillo en la charola. Me congelé cuando tomó mi mano. Su olor era calmante y estimulante. Golpeó mi mano contra la pared. La dejé aflojar, una explosión de risa acumulándose en mi pecho.

«Nunca digas *nunca*. Te maldecirás tú mismo».

«Lo siento». Golpeé la pared. No había razón para tentar a los dioses de la maldición.

«¿Qué te hace pensar que nunca podría suceder?».

«Nunca lo hago sin condón. Así que las posibilidades de tener un bebé son extremadamente escasas. Quiero decir, aquí estaríamos hablando de un bebé milagro». Se sonrojó ante mis palabras. ¿Por qué demonios estábamos hablando de sexo? «Pero si por alguna razón sucediera, me haría responsable del bebé. El matrimonio no era realmente para mí. Pero definitivamente estaría allí. Hasta el final».

Se miró las manos. No debería estar animando este momento. Cerré el espacio entre nosotros y acuné su rostro para que me mirara. Tan cerca, sus iris parecían más chocolate que espresso. No sabía que los ojos marrones podían cambiar de color.

«No me arrepiento de lo que hice. Nunca me arrepentiría de tener a Max». Se tragó las lágrimas y se recuperó rápidamente.

«¿Es por eso que te esfuerzas tanto?». Mi mano izquierda rozó la suya y ella la envolvió con sus dedos. «Cariño, no tienes nada de qué disculparte».

De pie en el medio de la habitación, Valentina encontró mi mirada y todo lo demás se desvaneció, la soledad y el dolor. Las lágrimas inundaron sus ojos nuevamente. Seguí el rastro húmedo hasta el hoyuelo que se formaba cerca de sus labios. Cuando bajó la mirada, la luz del sol le tocó el rostro en un ángulo, lo que se sumó al brillo de sus pómulos. Podría quedarme allí el resto de mi vida, simplemente observándola y robando su serenidad.

«Debería irme». Me miró, y sus ojos se movieron lentamente hacia mi boca.

Sí. Esa era la mirada.

«Tengo que irme a casa», dijo.

«Valentina, estás en casa», susurré.

Y antes de que la lógica entrara en acción, me incliné y besé su arco de Cupido.

Tanto por mantenerme alejado.

Solo quería consolarla. Pero separó los labios ligeramente y no pude resistirme a tomar lo que me ofrecía. Cubrí su boca con la mía y mi corazón latió con fuerza cuando no me rechazó. La necesidad que despertó en mí era fuerte y dolorosa. La deseaba más de lo que creía posible.

Se le escapó un gemido silencioso mientras presionaba sus pechos contra mi pecho y deslizaba su mano debajo de mi camisa. Su tacto era como cera caliente derramándose sobre mi piel. Enterré mis dedos en su suave cabello y besé su cuello mientras bajaba hasta la parte delantera de su blusa, saboreando el sudor en su piel con aroma a gardenias.

«No», susurró en lo alto de mi cabeza, luego dio un paso atrás.

Y así, toda mi lista de cosas por hacer se desmoronó. Asentí y metí mis manos en los bolsillos de mis jeans, mientras mis pulmones luchaban por respirar.

«Derek, eres mi casero. ¿Recuerdas? Además, piensa en tu novia. ¿Cómo crees que se va a sentir con esto?».

«Maldita sea, Valentina. Ella no es mi novia. Lo sabes».

«¿Ella lo sabe?».

«Sí. Ese es el trato». Inhalé para recuperar el aliento. «Quieren divertirse. Soy su chico. Si quieren más, deben seguir adelante sin mí».

«¿Se supone que esto me hará querer besarte otra vez?». Me dio una risa nerviosa, sacudiendo la cabeza.

«Sé que quieres», susurré.

«Lo que yo quiera es irrelevante aquí. No puedo. Estoy aquí por Max. Nunca podrás ser más que mi casero. Si crees que no puedes aceptar estos términos, dímelo ahora. Y me iré al siguiente apartamento de la lista».

«No hagas eso. Por favor», se me secó la boca. «Lo haremos a tu manera. Tus reglas».

«Prométeme que no volverás a hacer esto». Sus cejas se fruncieron al encontrarse con mi mirada.

Ella necesitaba esto tanto como yo, así que asentí con la cabeza en señal de acuerdo.

«Lo prometo». Di un paso más cerca de ella. Un hoyuelo apareció en su mejilla, como si estuviera a punto de decir algo, pero me adelanté.

«No te volveré a besar hasta que me lo pidas».

Dejó escapar un largo suspiro y su hoyuelo desapareció.

Ay, cariño, te prometo que lo harás.

CAPÍTULO 8

Él no está en la lista

VALENTINA

Fue un milagro que todavía tuviera la ropa puesta.

Dios, quería que sus manos me tocaran de nuevo. Todavía no estaba segura de lo que había pasado. Un minuto estábamos pintando, y al siguiente, me estaba besando. Realmente me estaba besando, como si no pudiera respirar, como si me quisiera desnuda ahora. Volví a revisar mi blusa y mis pantalones, alisando la tela.

Guau.

Tomó mi mano, con las mejillas sonrojadas, los labios rojos e hinchados.

«Valentina...», repitió mi nombre.

«¡Lo siento! Llego... tarde». Annie, mi mejor amiga, estaba de pie junto a la puerta principal, con el ceño fruncido.

La luz del sol de la tarde entraba por las puertas y creaba un halo polvoriento alrededor de su cabello lacio y oscuro. Se quedó boquiabierta mientras su mirada pasaba de Derek a mí y de nuevo a Derek. Sin duda su mente iba a cien kilómetros por minuto, tratando de averiguar en qué se había metido. Frunció los labios. Mierda, lo sabía. Y por alguna razón, ella no estaba feliz. Annie, quien durante los últimos seis años me había estado presionando para que saliera en una cita y consiguiera a alguien, como me lo había insistido.

«Eh», dije para ganar unos segundos para recuperar el aliento, «no te preocupes. Cole ha estado ayudándome». Hice una mueca ante eso. No tenía derecho a llamarlo así.

«*¿Cole?*», articuló con una ceja ligeramente arqueada antes de que la comisura de sus labios se torciera en una sonrisa burlona.

Quería decirle que un beso no nos hacía nada, pero él no esperó mi respuesta y se volvió hacia Annie. «Hola, soy Derek Cole». Le estrechó la mano.

«Sé quién eres», dijo. «Eres el dueño del centro comercial donde trabajo».

«¿Cuál?». Se acercó un poco más a mí, aunque su atención estaba en mi mejor amiga.

Un destello de luz se inclinó sobre su perfil y sobre sus pestañas increíblemente largas y sus labios carnosos. Dios mío, había besado esos labios.

«Saigon Cafe en Swan», dijo Annie más alto de lo necesario, sacándome de mi trance.

«Me encanta ese lugar. Su ensalada de papaya verde es increíble. ¿Trabajas allí?».

«Ella es la dueña del lugar», dije. «También es la bloguera de moda en todo Tucson». La rodeé con mi brazo. Annie y yo habíamos sido mejores amigas desde el jardín de infantes. Ella había estado ahí para mí cuando quedé embarazada y tuve que volver a vivir con mis padres, después de mi primer año de universidad.

«Y la madrina de Max». Dejó su cartera y varias bolsas de plástico en la encimera de la

cocina.

«Qué lindo lugar tienes aquí». Se volvió hacia mí. «Mucho mejor que esa alfombra peluda con paredes».

La miré significativamente. Derek no necesitaba saber que en realidad no había otro apartamento en la lista. ¿Qué habría hecho si me hubiera descubierto?

Él se rió. «Aún necesita un poco de trabajo, pero lo estamos logrando».

Miró el agujero tapado y las paredes a ambos lados, las que habíamos estado pintando durante las últimas cuatro horas. Con las manos en los bolsillos, se giró para mirarme. Sus ojos se clavaron en los míos, como si quisiera explicarme telepáticamente lo que había pasado, disculparse. Quería decirle que ya lo habíamos superado. Que mientras no lo intentara de nuevo, estaríamos bien. Pero los ojos de Annie seguían fijos en mí y no tenía idea de qué decir.

«Bueno, odiaría ser el tercero en discordia», me sonrió, «y puedo ver que ustedes, chicas, tienen mucho de qué hablar. Las dejaré ahora».

«Te veo luego», solté, mientras recogía torpemente las bolsas que Annie había traído.

Sacudió la cabeza una vez, mordiéndose el interior del labio inferior. ¿Qué esperaba? Que nos besáramos. ¿Y qué? Annie, por otro lado, se compadeció de él, lo cual era algo poco común. Ella siempre trataba a los hombres con mano firme. Así fue como se volvió tan exitosa justo después de la universidad. Nunca se dejaba intimidar por nadie.

«Espera», dijo ella. Sus tacones altos rasparon las baldosas de terracota mientras caminaba pavoneándose hacia la cocina. Buscó en una bolsa y sacó un recipiente de poliestireno.

«Ensalada de papaya verde», se inclinó y susurró, «extra picante. También es su favorita».

«Gracias». Tomó el recipiente y se fue, guiñándome un ojo en lugar de hacer una señal con la mano.

Annie y yo nos quedamos en silencio en la cocina durante un minuto entero. No lo habíamos hecho desde que estábamos en la escuela primaria y nos castigaron por hablar durante un examen.

«¿Qué diablos, Valentina?», ella rompió el silencio primero.

«¿Qué?», levanté las manos.

«No me dijiste que estabas viviendo con *EL* Derek Cole».

«No estoy viviendo con él. Solo alquilo su cabaña». Miré hacia la puerta principal. ¿Por qué sentía que estaba viviendo con él? Fui al fregadero y llené un vaso de agua. De repente, me dio sed. «Ahí sí que hay una diferencia».

«De acuerdo, de acuerdo, te lo concedo. Pero ¿qué pasó con lo que vi? Vamos. Podrías cortar la tensión con una brocha», señaló la brocha en el suelo para dejar claro su punto.

«No ha pasado nada», mi risa fue algo entre un resoplido y una tos. Sabía que esa sería su siguiente pregunta.

«Mierda. Lo besaste. Lo hiciste, ¿no?», sacó los recipientes de comida de las bolsas.

Evité su mirada y fui a coger un par de platos de la alacena. La cocina fue lo primero que desempaqué cuando recién llegué. Annie colocó la comida en cada plato, trabajando con destreza los palillos como si fueran una extensión de sus manos.

«Técnicamente, él me besó», dije cuando puso un plato frente a mí. No tenía mesa de comedor, así que nos quedamos de pie alrededor de la isla de la cocina.

«No digo que no me alegro de que finalmente hayas decidido poner fin a tu sequía de seis años. Y estoy segura de que el todopoderoso Derek Cole besa espectacularmente».

Espectacular no era suficiente. Una corriente cálida recorrió mis piernas, tan intenso que tuve que apoyarme en la encimera para sostenerme y esperar a que pasara.

«Pero, cariño, tienes que empezar de a poco. Este tipo te comerá como refrigerio matutino y luego se olvidará de todo a la hora del almuerzo. Sin preguntar, caminó hacia el refrigerador y sacó una botella de champán que compré en Bashas', de camino hacia aquí. Tomó un par de copas de vino y sirvió.

«Puedo cuidarme sola. Fue solo un beso. Simplemente, ambos quedamos atrapados en el momento». Me detuve para inhalar, con la esperanza de quitarle el tono defensivo a mi voz y ocultar lo absorbente que había sido el beso de Derek, cómo su cálido aliento en mi cuello y la sensación de sus abdominales duros bajo las yemas de mis dedos todavía me quemaban hasta el fondo. El calor subió a mis mejillas y mis piernas se debilitaron de nuevo.

Mierda. Annie tenía razón. Estaba muy jodida.

«¿Atrapados en el momento? Estaban pintando. Eso difícilmente es una situación para el romance».

«Sabes que no tengo tiempo para ese tipo de cosas. Él sabe en dónde nos encontramos ahora. Se acabó». Bebí un sorbo de mi copa de vino y me metí un bocado de la ensalada de papaya en la boca.

«Está bien, cariño», sacudió la cabeza. «Oye, te traje algunas cosas». Mordió su rollo primavera y luego regresó a la sala de estar para buscar las bolsas que había dejado junto a la puerta.

Me había traído ropa de diseñador.

Su blog realmente había despegado en los últimos años. Tanto así que los diseñadores locales le enviaban muestras con la esperanza de aparecer en su sitio. Generalmente yo terminaba con esa ropa. ¿A cambio de qué? Tenía que proporcionarle Polaroids sin mostrar mi cabeza usando los atuendos para su página. Ella decía que hacía que el blog se viera más profesional si tenía sus propios modelos. Algo me decía que solo quería darme la ropa gratis sin herir mi orgullo.

«Y como empiezas un nuevo trabajo el lunes, decidí formar un atuendo de trabajo de jornada completa. Conseguí algunas cosas increíbles». Rebuscó en la bolsa, frunciendo el ceño. «Aquí hay una minifalda de lentejuelas. Te vas a derretir cuando te la pruebes. Úsala con esa camiseta blanca que te traje la semana pasada». Agitó la falda frente a mí. «¿De acuerdo?».

«Gracias». La rodeé con el brazo y tomé la ropa que me ofreció. Nunca me resistía demasiado. La ropa gratis triunfaba sobre el orgullo. «¿Pero podemos hacer las fotos más tarde? Estoy toda sudada».

«Sí. Claro. Mmm...», tomó un largo trago de champán, «también tengo un trabajito para ti. Hay una recaudación de fondos el próximo sábado. Necesito que unas diez chicas usen los vestidos que se subastarán esa noche. Los presentaré en el blog... solo estoy tratando de hacer algo diferente, ¿sabes? Dar vida a la moda». Ella movió los hombros. «Las Polaroids se están volviendo un poco anticuadas».

«Oh, no», dije. «No tengo problemas con las Polaroids sin cabeza, pero participar en algo real. Lo siento. Sabes que no puedo. ¿No puedo simplemente trabajar como mesera otra vez? Eso fue divertido». Me reí entre dientes.

«Vamos. Esto también será divertido. Y estaré contigo todo el tiempo. Una hora máximo. ¿Por favoooor?».

«Estoy segura de que tienes otras chicas que están mucho más calificadas». La idea de modelar me revolvía el estómago.

Miró hacia otro lado por un momento antes de estallar en risas.

«Eres la única que trabaja para conseguir ropa. Todas las demás quieren dinero o que su cara aparezca en la página de destino. Yo apenas gano dinero aquí».

Me miró con sus tristes ojos de cachorrito. Una mirada que solo usaba con su madre y conmigo.

«Está bien», dije. Annie había hecho mucho más que proporcionarme un vestido a lo largo de los años. «Una hora. Y no voy a hablar con nadie».

«Sí, claro. Mañana te enviaré los detalles por correo electrónico». Dio un último mordisco al rollito primavera y metió los envases vacíos en una bolsa.

«Entonces, ¿cuándo traerás a Max aquí?», me preguntó.

«El próximo sábado. Ya lo inscribí en el campamento de verano». Solté una risita. Finalmente estaba sucediendo para nosotros. Max y yo íbamos a ser una familia, por nuestra cuenta.

«Bien por ti, cariño. Pero ¿por qué no esta semana?».

«Mamá pensó que no sería una buena idea tenerlo aquí mientras arreglo la casa y me mudo».

Puso los ojos en blanco.

«Amo a tu madre, lo sabes, pero ¿no crees que es hora de que se aparte?».

«Ella solo está haciendo lo mejor para Max», dije con desdén, pero sabía a qué se refería. En un intento por compensar la falta de una familia normal, mamá se había convertido en una abuela demasiado entusiasta. A veces se excedía protegiendo a Max, pero sus intenciones eran buenas.

«El próximo sábado llegará antes de que te des cuenta. Se lo merecen muchísimo». Me dio unas palmaditas en el brazo.

«Todo es gracias a Derek, ¿sabes?».

«No tienes que defenderlo delante de mí». Me dio una sonrisa cómplice.

«No lo hago. Estoy muy consciente de quién es».

Por supuesto, Annie también tenía razón sobre él. Por el amor de Dios, su ama de llaves se refería a su novia como *Miércoles*, y él ni siquiera se molestaba en negar que tenía varias mujeres rotando durante la semana. La imagen de la increíblemente sexy rubia pavoneándose fuera de su dormitorio ayer todavía estaba pegada en mi cabeza, en repetición. Pasé mis dedos por mi cabello. Yo era un bocadillo matutino, como Annie había dicho. Nada más. Cuidaba mi cuerpo, pero nunca podría competir con una chica así. Ella rezumaba sexo y confianza, obviamente algo que atraía a Derek. No tenía ninguna posibilidad en el infierno. No es que quisiera una.

Sin embargo, si tenía que ser honesta, había sentido curiosidad por cómo sería besarlo. Dios, había sido todo lo que pensé que sería. No, más, mucho más. Sus labios carnosos eran suaves y fuertes. ¿Y si lo hubiera dejado seguir? Dejar que me besara los pechos. ¿No era eso a lo que se dirigía cuando lo detuve? Mi corazón se aceleró al pensarlo y se me puso la piel de gallina en los brazos. Pero nada de eso importaba.

Por mucho que me doliera decirlo, él no estaba en mi lista. Él no era un objetivo. Todo lo que necesitaba hacer era mantenerme fuerte y concentrada. Derek era como cualquier otro chico que había intentado hacerme acostar con él. Tal vez no exactamente como los demás. Era ridículamente atractivo con los abdominales y los hombros de un semidiós. También podía romperme el corazón en un millón de pedazos. Apenas sobreviví la última vez que alguien me pisoteó el corazón. No podía pasar por eso otra vez.

Annie se sirvió un poco de mi ensalada, mirándome con los ojos entrecerrados como lo hacía cuando podía saber lo que estaba pensando.

«Te conozco desde hace mucho tiempo. Si dices que puedes superar esto, entonces puedes».

«Hablas de él como si realmente me quisiera. Es solo mi casero y lo sabe. Creo que sintió pena por mí». Tomé un largo sorbo de mi vino. «¿Así que, realmente lo conoces? ¿Cómo?».

«Entre el restaurante y el blog, tengo que mantener cierta vida social», me guiñó el ojo. «Lo he visto por ahí, he oído cosas».

«¿Como qué?», cuando me miró, añadí, «es mi casero. Necesito saberlo».

«Me sorprende que tu padre no haya investigado sus antecedentes».

«Puede que haya omitido los detalles de la ubicación de la cabaña», bajé la mirada y me metí en la boca el último bocado de rollito de huevo.

Sacudió la cabeza y sonrió.

«Tengo que decir que me encanta esta nueva faceta tuya. Debes querer saberlo de verdad».

«Solo dime lo que sabes».

«Está bien». Se secó las manos con una servilleta. «Tiene muchas propiedades por todo el país, pero se ha estado estableciendo aquí en Tucson, comprando bienes raíces aquí y allá. *Todo* mi centro comercial, entre otras cosas, como estacionamientos y espacios de oficina. Pero su verdadera pasión, como me dicen mis fuentes, son las cosas acerca de la informática. Ya sabes, como los gigantes financieros que envían transacciones por Internet». Bebió de su vaso.

«Las transacciones financieras no se envían a través del acceso público», estaba empezando a dudar de sus fuentes.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

«Ojalá me hubieras dicho que él era el tipo con el que habías estado tomando café durante los últimos seis meses. Habría investigado más».

«Me parece que ya sabes mucho. ¿Qué más?».

Se rió.

«Pensé que eras tú la friki de la informática».

«¿Qué tiene eso que ver?».

«Valentina, CCI es su empresa. Es el jefe del jefe del jefe de tu jefe. Estoy segura de que me salté algunos jefes ahí».

«Mierda. ¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste antes?».

«No tenía idea de que era el mismo tipo del que estabas hablando. Nunca me diste un nombre».

«Porque no lo sabía. ¿Qué significa esto? ¿Crees que él lo sabe?». Me puse la mano sobre la boca.

Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

Por supuesto que lo sabía. Puse a CCI como mi empleador en la solicitud de arrendamiento. ¿Por qué no dijo nada?

«La verdadera pregunta es, ¿cómo se te escapó esa información? Tal vez tu cabeza no está donde debería estar cuando se trata de tu casero», me reprendió.

«Eso no es verdad». Sí, claro que estaba jodida.

«Ahora veo por qué no mencionaste este lugar hasta anoche. Sabías que intentaría disuadirte».

«Basta de chicos», dije. «¿Cómo está tu mamá? ¿Se siente mejor?».

«Está bien. ¿Tú vas a estar bien?».

«Sí». Asentí, mirando por la ventana. De un lado, tenía una vista de su increíble terraza panorámica. Del lado opuesto, tenía un paisaje verde y más allá de eso, el hermoso desierto de Sonora con el telón de fondo de las montañas de Santa Catalina.

«¿Por qué no lo estaría?», pregunté.

¿Y qué si Derek era dueño de la empresa para la que trabajaba y de mi nuevo hogar? Mientras me quedara en mi lado del césped, estaríamos bien.

«No te enamores de este tipo», me advirtió.

«¿Qué?».

«Las burbujas del vino subieron hasta mi nariz y me hicieron toser. Me aclaré la garganta un par de veces antes de recuperar la voz.

«Yo no. Tú lo sabes», como pude respondí.

Ella conocía mi historia con el padre de Max mejor que nadie. Sabía que, si me enamoraba del tipo equivocado otra vez, nunca me recuperaría.

«¿Estás segura?», dudó.

«Annie. Él no está en la lista. Prometo que no me enamoraré de él».

CAPÍTULO 9

Él iba a odiarme

VALENTINA

El sonido de los teclados y las voces susurrantes llenaron la oficina. Tragándome la risa que se me quedó atascada en la garganta, tomé un sorbo de mi café con leche y me senté en la silla de mi escritorio. Mi orientación como nueva empleada había terminado. Todo lo que tenía que hacer era pasar el resto del día sin hacer el ridículo.

Mi cubículo asignado estaba en el otro extremo del tercer piso, en uno de los muchos grupos de oficinas divididas con paredes bajas en el enorme edificio estilo almacén. Según el orientador de la mañana, todos teníamos acceso a salas de juegos, áreas para dormir la siesta, desayuno y almuerzo gratis en el segundo piso.

Para cualquiera que se quedara después de las siete de la noche, la cocina tenía sobras del almuerzo envueltas en porciones individuales. Café, pasteles y fruta estaban disponibles todo el día en las distintas salas de descanso. La prioridad de Derek era cuidar de su gente. Su pasión por la empresa tocaba cada rincón, y descubrí que quería ser parte de todo esto más de lo que había pensado al principio.

Sin quererlo, Derek ahora desempeñaba un papel importante en mi vida. Gracias a él, tenía un hogar, un trabajo y un medio para darle a Max la vida que se merecía. Me toqué los labios y sentí un calor y un hormigueo por todas partes. No. Basta. No más besos. Si quería darle las gracias al chico, podía hacerle unas galletas. Más besos no eran la respuesta, aunque fuera lo único en lo que podía pensar últimamente.

Apreté los ojos para evitar que me temblara el estómago. Cuando pasó el momento, volví mi atención al gran montón de contratos que tenía que leer. Sonriendo como una niña de cuatro años en una tienda de golosinas, agarré la primera carpeta de ocho centímetros de grosor y empecé a revisarla. Además de toda la jerga legal, había fórmulas específicas para calcular y determinar el nivel de nuestro éxito. Justo lo que necesitaba para sacarme a Derek de la cabeza. Lo escribí todo en mi cuaderno y trabajé con los ejemplos que proporcionaba el texto para poder entenderlo mejor.

Horas después, la pantalla de mi portátil parpadeó un par de veces antes de quedarse en blanco. No era la pantalla azul de la muerte, sino una pantalla negra con un cursor que se desplazaba por la parte inferior de la pantalla, dejando un mensaje de texto de un "DC" en su camino.

"¿Cómo va tu primer día?".

Mi cabeza se disparó hacia la galería de operaciones, mi corazón latía con fuerza. Nadie miraba en mi dirección, así que tuve que asumir que esto no era algún tipo de broma. Miré hacia atrás solo para estar segura. Por alguna razón, pensé en Derek. Era el dueño y probablemente

tenía todo tipo de acceso y autorización de seguridad. Sonreí a mi pantalla mientras escribía una respuesta.

"¿Es aquí donde me dices que la respuesta está ahí afuera?».

"Podría, pero eso ya lo sabes. Solo tengo curiosidad por saber cómo va tu día, eso es todo".

Eso parecía bastante inocente, pero miré hacia atrás de todos modos. Me tapé la boca para reprimir una risita. Una risita de verdad. ¿Cómo lo hacía? Dos líneas de texto fueron todo lo que necesitó para socavar mi determinación de mantenerme alejada de él.

"¿Derek?".

"Pasé por la cafetería esta mañana. No estabas allí. Extraño ver tu cara".

"Ahora tengo un trabajo de verdad. No puedo permitirme quedarme sentada en cafeterías, esperándote".

«¿Eso era lo que hacías antes?".

Mierda. ¿Acababa de confesar que iba al Café Triste para verlo?

"¡Cuidado!".

Mis dedos tocaron el teclado, pero la pantalla se aclaró y Windows volvió a aparecer. Me recliné en mi silla, con el ceño fruncido. Se había ido. Comprendí cómo me había encontrado en la red. Lo que no entendía era por qué.

«Hola, soy Christopher». Un hombre con el pelo largo y rizado y perilla se acercó por detrás de mí.

«Hola, encantada de conocerte», me levanté para estrecharle la mano.

Según los papeles que me habían entregado esta mañana, este era mi nuevo jefe.

«Lamento no haber pasado antes. Ha sido un día de locos».

«No te preocupes. Me he estado manteniendo muy ocupada». Le di unas palmaditas al montón tambaleante de contratos que había sobre mi escritorio.

«Bueno, puedes terminarlos más tarde. Vamos». Me hizo un gesto para que lo siguiera.

No tenía idea de adónde íbamos, pero agarré mi cuaderno y mi bolígrafo por si acaso. Caminamos hasta el extremo opuesto del edificio, donde una oficina con paneles de vidrio ocupaba todo el ancho del piso. A través de la primera puerta, llegamos al área de recepción, donde una mujer de mi edad estaba sentada atendiendo el teléfono.

«¿Está lista para recibirnos?», preguntó Christopher, luego se volvió hacia mí cuando la mujer contestó el teléfono. «Bridget Cole es la presidenta de la empresa. Le gusta conocer a todos los empleados nuevos. Pidió verte. Será rápido». Me hizo un guiño tranquilizador.

Asentí, inspeccionando la oficina. Algo en ella gritaba Derek. ¿Por qué él no estaba aquí? Ahora que lo pensaba, pasaba la mayor parte del tiempo en casa.

«Adelante». La recepcionista nos llevó a la oficina de Bridget y cerró la puerta detrás de nosotros. Christopher dejó de moverse nerviosamente el tiempo suficiente para presentarme.

«Es un placer conocerla». Le estreché la mano fría y huesuda con la mía, húmeda.

Bridget respondió con un gesto formal y brusco. Para alguien a quien le gustaba conocer a sus empleados, ciertamente no parecía demasiado interesada en mí. Se apoyó en su escritorio y presionó un botón programado en su teléfono.

«Sigo esperando ese café». Soltó el botón y se alisó el pantalón oscuro antes de enfrentarse a Christopher.

«¿Has conseguido poner en orden esos nuevos informes de uso?», clavó sus grandes ojos azules en mi jefe.

Cuando él no respondió de inmediato, frunció los labios formando una fina línea y parpadeó lentamente, lo que acentuó el hueco de sus pómulos. Se apartó un rizo rubio de la cara, donde

quedó suspendido cerca de la oreja. Rizos similares cubrían toda su cabeza. Todo perfectamente peinado y con el pelo lacado. Su maquillaje era del mismo estilo, con cejas perfectamente delineadas y labios brillantes de color cereza oscuro.

«Ya tienes tu cuerpo», dijo. «No me digas que sigues sin poder hacerlo».

Christopher me miró con las cejas fruncidas. Supuse que yo era el cuerpo al que se refería. No había tenido tiempo de explicarme los informes antiguos, y mucho menos los nuevos. Entendí su vacilación, esta mujer era aterradora.

«Debería tener los diez informes adicionales configurados para el final de la semana».

Sacudió la cabeza, apretó su agarre en el borde del escritorio y le dirigió otro parpadeo lento. Su cabello no se movió ni un centímetro, excepto el único rizo, que volvió a apartarse de la cara.

«Hemos hablado de esto varias veces».

Él asintió rápidamente y con firmeza.

«Los tendremos configurados para el viernes».

«Oh, bien, estás de vuelta», dijo por encima de nuestras cabezas. «No puedo hacer que esta ridícula máquina funcione».

La recepcionista corrió hacia la máquina de café expreso en la esquina de la oficina, donde había una estación de café. Retiró un par de vasos mientras hurgaba en los armarios. Con cada puerta que abría, miraba en nuestra dirección, con las mejillas rojas y brillantes. Di un paso hacia ella, pero Christopher extendió su mano a la altura de la cintura para interrumpirme.

«Que sea un cuádruple», dijo Bridget.

Un americano cuádruple. La bebida de café de Derek. Mi estómago dio un vuelco rápido. *Bridget Cole*. ¿Era familia o…?

«¿Algo más?», le preguntó Bridget a Christopher, atrayéndome de nuevo a su conversación.

«No, es todo». Abrazó su carpeta contra su pecho.

«Fue un placer conocerla», dije.

«Quédate», dijo sin apartar la mirada de la computadora mientras escribía.

Me volví hacia Christopher. ¿Se refería a él o a mí?

Él se encogió de hombros y dio un paso adelante. «Tienes…».

«No tú, ella». Mantuvo sus ojos en su pantalla.

«Está bien. Búscame cuando hayas terminado aquí». *Buena suerte,* articuló en silencio antes de darse la vuelta y salir apresurado con la recepcionista pisándole los talones.

Cuando cerró la puerta, Bridget apartó la mirada de su computadora. Mis orejas se pusieron calientes bajo su mirada. Sí, nadie podía decirle que no a esta mujer. De una manera retorcida, una parte de mí quería ser como ella.

«Esta mañana estuve revisando tu perfil de empleado».

Asentí, agarrando el respaldo de la silla.

«¿Cuándo te mudaste a mi cabaña?».

«¿Disculpe?».

Mierda. ¿Su cabaña? ¿*Ella* construyó la cabaña? Me miró muy seria. No podía soportarlo, así que me concentré en mis zapatos. Mi corazón hizo piruetas en algún lugar a mis pies. Algo grande había sucedido en esa casa. El agujero en la pared, la ducha rota. ¿Ella tuvo algo que ver con eso?

«Eh. Derek me alquiló el lugar la semana pasada».

«¿Derek? Vaya, eso no le tomó mucho tiempo, ¿verdad?», ella levantó una ceja, apretando los dientes. «¿Te estás acostando con él?».

«No». Mi voz subió una octava. Así no era como quería que fuera mi primer día en el

trabajo. Tragué saliva y escondí una mano temblorosa detrás de mi falda. «Lo prometo. Este es un acuerdo estrictamente profesional».

Me sonrió, las líneas duras alrededor de su boca desaparecieron.

«No tienes nada de qué preocuparte. Probablemente no sabías que Derek no tenía autoridad para alquilar la propiedad. No hasta que nuestro divorcio se hubiera resuelto y se haya determinado la titularidad de la propiedad. ¿Estoy en lo cierto?».

Le di tres rápidos asentimientos.

Puta mierda, Derek está casado.

«Me gusta cuidar de mis empleados. No te preocupes. No te echaré a la calle». Ella se rió como si hubiera contado un chiste muy divertido. «Sin embargo, me gustaría pedirte un pequeño favor».

«Por supuesto. Cualquier cosa». Aunque todo lo que quería hacer era arrastrarme debajo de la alfombra y nunca salir de ahí.

«Necesito que te acuestes con mi esposo». Hizo una pausa y nuestras miradas se encontraron.

Mi estómago se revolvió antes de caer al suelo. Abrí la boca para hablar, pero las palabras no salieron.

¿Qué?

«Es solo una sugerencia, por supuesto. Siéntete libre de improvisar. Pensé que serías una buena distracción. Necesito que convenzas a Derek de firmar los papeles del divorcio antes de fin de mes».

«Lo siento, pero Derek… el Sr. Cole y yo no estamos. No lo estamos. Quiero decir, no creo...», tragué saliva y me aclaré la garganta. «Quiero decir, ¿por qué me haría caso?».

Ella soltó una risa estridente.

«Estoy segura de que lo resolverás», frunció los labios y bajó la mirada hacia mi pecho. «Odiaría tener que anular tu contrato de alquiler».

Me crucé de brazos y me alejé de ella.

«No hemos... hecho nada», pero eso no era del todo cierto.

«Avísame cuando esté listo», volvió su atención al monitor.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer con esto? No tenía idea de lo que estaba pasando entre Derek y Bridget. Y estaba segura como el infierno que no tenía derecho a entrometerme en la vida privada de Derek. Si no había firmado los papeles del divorcio, tenía que haber una buena razón para ello. Me ayudó cuando más lo necesitaba. No podía traicionar su confianza. Por supuesto, eso sería suponiendo que Bridget tuviera razón y yo tuviera la capacidad de convencerlo de firmar sus papeles de divorcio antes de fin de mes, en dos semanas para ser exactos. Esa era un gran, *no*, una suposición colosal de su parte.

Algo estaba claro para mí. Bridget Cole no era de las que hacen amenazas al aire. Había amenazado con quitarme todo por lo que había trabajado tan duro. Max iría a casa en tres días. No podía perderlo todo antes de que él llegara. Mierda.

«¿Vas a quedarte ahí parada todo el día?», preguntó, escribiendo rápidamente en su teclado.

Mi cuerpo se estremeció ante sus palabras.

«No. Lo siento. Me voy ahora». Por algún milagro, rígidas mis piernas me sacaron de su oficina.

Cuando regresé a mi escritorio, Christopher estaba allí.

«¿Qué quería? Es demasiado intensa, ¿no?».

«Solo quería darme la bienvenida. Eso es todo», le di una risa nerviosa. «Pensé que habías dicho que no tenía nada de qué preocuparme. Ella da miedo». O más bien, está loca.

«No quería asustarte». Se sentó en mi escritorio, dándose palmaditas en la frente con el dorso de la mano. «Pero ahora que la peor parte ha pasado, podemos ponernos a trabajar».

«Seguro». Me puse una sonrisa en mi cara. «Si me muestras los informes, puedo empezar a programarlos».

«Me acabas de alegrar el día». Se puso de pie de un salto. «Volveré enseguida con los dos, el viejo y el nuevo. Pero te lo advierto. Los nuevos son una locura. Dios, extraño a Derek. Él nunca hubiera accedido a nada de esto. Es como si ella quisiera que fracasemos», murmuró mientras se alejaba.

Me senté en mi silla, con el corazón latiendo tan fuerte que todos los demás ruidos a mi alrededor se silenciaron. ¿Qué acababa de pasar? Pasé ambas manos por mi cabello y me tragué las lágrimas. La pantalla negra apareció de nuevo. A estas alturas, era seguro asumir que Derek no solo podía enviarme un mensaje directo, sino que también podía verme.

"No has salido corriendo por la puerta. Bien".

"Conocí a nuestra apreciada presidenta. ¿Alguna relación?".

"Más o menos. Esposa. Exesposa, en realidad».

Crucé los brazos, los músculos de la espalda los tenía dolorosamente tensos. Esperaba que dijera que ella estaba mintiendo sobre estar casada con él. No podía imaginar a alguien como Bridget con Derek. Un acuerdo extraño, sin duda. ¿La amaba? ¿Es por eso que hizo un agujero en la pared de un puñetazo?

"¿Sigues ahí?".

"Sabes que aquí estoy".

"Me di cuenta demasiado pronto, ¿no?".

"Tengo que volver al trabajo".

"Claro. Te veo esta noche".

La pantalla de Windows volvió a aparecer después de su aparentemente inofensiva despedida. Me quedé mirando mi computadora, con la boca abierta. ¿Quería verme esta noche? ¿Qué significaba eso? Sacudí la cabeza para ahuyentar los pensamientos, agarré una carpeta y la puse en mi regazo. ¿Cómo demonios se suponía que iba a convencer a Derek de que firmara sus papeles de divorcio?

Él iba a odiarme.

CAPÍTULO 10

Pídemelo

DEREK

«¿Se ha decidido acechar a la pobre chica?», Em colocó un vaso alto en la pared de la terraza.

La tarde era perfecta para lo que había planeado. Con un poco de suerte, el tiempo seguiría cooperando durante el resto de la noche también. Mi estómago se revolvió, una sensación que no había desaparecido desde que besé a Valentina hace cuatro días. No verla durante todo el fin de semana había sido una tortura pura, pero quería darle espacio. Excepto que ahora, necesitaba disculparme por no haberle contado sobre Bridget y explicarle toda la mierda del divorcio. ¿Esperaba que también me liberara de mi promesa de no besarla otra vez? Por supuesto, pero había que dar un paso a la vez.

«Vivo aquí. ¿Cómo que la estoy acechando?».

«¿De verdad cree que es una buena idea?».

La grava aplastada bajo el peso de los neumáticos del coche era música para mis oídos.

«No lo estaría haciendo si no lo creyera». Me incliné sobre la escalera, estirando el cuello para tener una mejor vista del camino de entrada privado de Valentina. Cuando la vi, agarré mi bebida y corrí a la tumbona más cercana. Un minuto después, Valentina caminaba por el sendero, pasando por la piscina. Se veía más que sexy con una falda tubo de cintura alta y un top de seda transparente.

Tomé un sorbo de mi bourbon y le hice un gesto despreocupado con la mano cuando me miró. Podría haber jurado que estaba sonrojada, pero desde esta distancia, era difícil saberlo.

«Em, ¿estamos listos?».

«No».

«¿Qué?», me di la vuelta para mirarla. «Recuerdo claramente haber sido extra encantador cuando lo pedí».

La mujer se mantuvo firme y me dio esa mirada que reservaba para cuando no estaba de acuerdo con mi comportamiento. Estaba bastante familiarizado con eso.

«Está bien. Improvisaré», le dije a su figura que se alejaba.

Una hora después, llamé a la puerta de Valentina. No respondió de inmediato, lo que me hizo preguntarme si tal vez se había quedado dormida. Qué espectáculo sería. Valentina en la cama, con algo sedoso y translúcido. La repentina oleada de deseo me tomó por sorpresa. Estaba aquí para darle una explicación y nada más. Tal vez no era una buena idea.

«Hola», dijo sin aliento, secándose la frente con el dorso de la mano.

En lugar del camisón que esperaba ver, llevaba un par de pantalones de yoga y una camiseta sin mangas. Sin embargo, se veía igual de sexy. Me sentí como un idiota. Ella seguía trabajando

en limpiar la cabaña, y yo estaba preocupado por nada más que el calor que latía en mis pantalones.

«Lo siento. No quise interrumpir».

«¿Necesitabas algo?».

«¿Quieres dar un paseo? Nunca llegué a mostrarte el resto de la propiedad». Ahora que esta parte estaba fuera, exhalé. Ella no me había echado. Eso tenía que significar algo.

Un rubor cubrió sus mejillas, y el hoyuelo en el costado de su boca apareció unos segundos antes de que ella hablara. «Déjame tomar mis zapatos».

Apoyé el hombro en el marco de la puerta. Si entraba, no creía que pudiera cumplir la promesa que le había hecho. Cuando regresó, se detuvo a unos metros de mí.

«Vamos». La insté a que me siguiera, pero no me aparté.

Se escurrió por el pequeño espacio que había entre el marco y yo. Su hombro rozó mi pecho y todo lo que pude hacer fue mantener mis manos alejadas de ella. Y allí estaba otra vez. Más allá del deseo, en lo más profundo de mi alma, estaba la paz que sentía cada vez que estaba cerca. Necesitaba eso más que cualquier otra cosa. Y por primera vez en mi vida, no sabía qué hacer para conseguir lo que quería.

Este era un juego en el que nunca había participado. Por alguna razón exasperante, Valentina no podía decidirse sobre mí. Me deseaba. Eso estaba claro. Pero algo la detenía. ¿Sería tan indecisa si no estuviera viviendo prácticamente en mi patio trasero?

«¿Adónde vamos?», se giró para mirarme.

«Por aquí». Le hice un gesto para que siguiera el camino que había detrás de la cabaña. Em llamó a mi propuesta “desvergonzada” cuando le pedí que preparara un picnic en el mirador, a un kilómetro del camino. La vista desde el borde del barranco era un afrodisíaco.

«Te debo una explicación», aclaré.

«No tienes por qué hacerlo», soltó.

«Sí, te lo debo». La miré a los ojos. «*Estoy* casado. Un error colosal que ni siquiera puedo empezar a explicar. Todo lo que puedo decirte es que se resolverá en el próximo mes o así».

Ella asintió.

«Está bien. No tienes que darme explicaciones. No es como si fuera tu novia ni nada».

«Cierto. No eres mi novia. Simplemente no quería que pensaras que te estaba engañando ni nada». Genial. Ya empezaba a divagar. No había sido así como había pensado que hoy se desarrollaría todo en mi cabeza. Valentina tenía una forma de descontrolarme.

«Firmé los papeles del divorcio el otro día».

Aunque todavía no se habían presentado, estaba cerca de recuperar mi vida. Quería que ella lo supiera, aunque todavía no hubiera descubierto por qué. Presioné una mano sobre mi pecho y dejé escapar un suspiro, sintiéndome liviano, más ligero de lo que me había sentido en meses.

Sus ojos me miraron con sorpresa.

«Tengo que admitir que la noticia me tomó por sorpresa. Ciertamente no pareces casada ni actúas como tal».

«Solo estuve casado durante diez meses. No fue tan difícil volver a la normalidad». Eso se escuchaba mal. No estaba ayudando en mi caso. ¿Qué demonios? Normalmente lo hacía mucho mejor que esto.

«Sí, ya lo entiendo», se rió. Luego se detuvo en seco, con la boca ligeramente abierta.

Dios, quería besar esos labios otra vez.

Siguiendo su línea de visión, me giré para ver qué la había hecho detenerse de esa manera, luego me di cuenta de que no lo había hecho. Por un lado, no me había dado cuenta de que ya

estábamos en el lugar. Había perdido la noción del tiempo. Y dos, Em había mentido. Había hecho lo que le había pedido que hiciera, y más.

Todavía teníamos una hora de luz del día, pero Em había colgado luces alrededor de la pérgola y el palo verde al borde del barranco, donde viejos saguaros salpicaban el terreno y un olor a tierra flotaba en el aire por la lluvia de la noche anterior. En una mesa de café junto a un par de sillas Adirondack, había dejado un plato de queso cubierto y una botella de champán fría. Los rayos del sol moribundo brillaban en el horizonte, tiñendo el cielo de un tono rosa y violeta claro que solo había visto en lo profundo del desierto de Sonora. Y como los dioses del desierto estaban de mi lado hoy, el árbol detrás de nosotros nos proporcionaba suficiente sombra para mantener nuestra zona de picnic unos grados más fresca.

«¿Esto es para nosotros?», ella recompensó mis esfuerzos con una gran sonrisa, mostrando un hoyuelo en cada mejilla.

Asentí y agradecí en silencio a Em, al clima y a los dioses del desierto. Le hice un gesto para que tomara asiento y ella obedeció, mientras mantenía sus ojos fijos en la increíble vista.

«¿Tienes hambre?», pregunté.

«Muero de hambre». Dejó de jugar con el dobladillo de su blusa y estaba más relajada que cuando salimos de su casa.

Sostuve su mirada. De repente, tenía hambre de algo más que queso y vino. Esta incesante necesidad de tocarla hacía que me doliera todo el cuerpo.

«Déjame prepararte el bocadillo perfecto». Acerqué mi silla un poco más a la mesa de bambú. Compartir mi bocadillo favorito con Valentina se sentía más íntimo que decirle que estaba pasando por un divorcio. Debería estar muerto de miedo, pero en lugar de eso, sonreí como un idiota y unté una rebanada de pan francés tostado con higos, le puse un poco de queso brie y lo cubrí con una rodaja de manzana verde.

Apoyó un codo en su rodilla, tomó un plato y me lo acercó.

«Gracias», dijo cuando puse la *bruschetta* sobre él.

«Espera. Todavía no está listo. Miel de Savannah».

Dejé que el espeso líquido ámbar se deslizara desde la cuchara de miel para crear un patrón en zigzag en la pulpa blanca de la manzana.

«Mamá me envía botellas de esto todos los meses».

«Gracias». Se lamió los labios.

«¿Qué piensas?», pregunté mientras me ocupaba de la botella de champán.

Esto sería más fácil si ya hubiera pasado una noche en mi cama. Pero hasta entonces, tendría que aguantarme. Mantuve la mirada fija en el horizonte. Aunque nuestras sillas estaban tan cerca, su perfume floral tentaba mis sentidos. Mi corazón se aceleró y me encontré deseando que ella sintiera lo mismo.

«Mmm», se quitó la miel de los labios y se lamió la yema del pulgar. En mi cabeza, eso se escuchaba más como un gemido.

Es cierto que no había traído hasta aquí a Valentina con las más nobles intenciones en mente. Pensé que comeríamos. Me disculparía por no haberle contado sobre el divorcio y ella me recompensaría liberándome de mi promesa de no besarla. Pero lo que tenía en mente ahora…

«Guau, eso estuvo delicioso».

«Sí».

Le ofrecí una copa de champán. Ella tomó un sorbo y se pasó la punta de la lengua por los labios. *Jesús.* Tenía que controlarme. «¿Qué dicen tus padres sobre tu situación de vivienda actual?».

«¿Quieres decir si les parece bien que viva en el patio trasero de un hombre que es conocido por seducir a las mujeres?».

Las burbujas bajaron por el lado equivocado y tosí sin control.

«Me preguntaba por qué no firmaron un contrato para que pudieras comprar un apartamento o una casa de verdad», le pregunté cuando recuperé el aliento.

«No les pedí que lo hicieran».

Había asumido que sus padres no querían ayudarla, pero estaba equivocado. Ese era el tipo de mujer que era Valentina. No quería que le regalaran cosas, quería ganárselas. Sonreí y ella me devolvió el gesto. Debería dejarla en paz.

«¿De dónde sacaste una idea tan ridícula sobre mí? No *seduzco* a las mujeres». Me crucé de brazos, sonriendo. «¿Cómo sé que no eres tú quien está aquí para seducirme?», bromeé.

Se le cortó la respiración. Se presionó una mano en la clavícula, tosió un par de veces y bebió de su copa, tomando dos grandes tragos para aclararse la garganta.

«Annie cree que me comerás como refrigerio en el desayuno y te olvidarás de mí antes del almuerzo».

«No tengo idea de lo que eso significa. Pero supongo que no es bueno».

Ella negó con la cabeza.

«No debería haber venido aquí».

Por un momento, pensé que iba a salir corriendo. En cambio, se puso de pie y caminó hasta el borde del mirador. El sol se había puesto, dando paso a las luces de la ciudad de Tucson debajo de nosotros, pero ella no estaba mirando hacia abajo. Estaba mirando hacia arriba. Tomé nota mentalmente de pedir un telescopio y volví a llenar su copa casi vacía antes de unirme a ella.

«¿Crees que este es mi gran juego de seducción?», le ofrecí el champán. Cuando lo tomó, me incliné hacia adelante y susurré, «solo estamos tomando un refrigerio».

La verdad es que nunca había pasado de ese punto en lo que a juegos de seducción se refiere. La determinación de Valentina era verdaderamente encomiable. Por suerte para mí, su cuerpo aún no había recibido el mensaje. Con ese ajustado top de yoga, sus generosos pechos me decían lo que no diría. Los picos endurecidos sobresalían a través del material, y ella se esforzaba por mantener la respiración constante. Pero no podía evitarlo. De vez en cuando exhalaba, y sus montículos perfectamente redondos subían y bajaban mientras intentaba mantener la compostura. Hipnotizado, me incliné hacia delante. La promesa que le había hecho no decía nada sobre tocarla. Busqué su mano y envolví mis dedos alrededor de los suyos.

Demasiado, demasiado rápido esta vez, ella se alejó. Mi mente corría, mientras trataba de averiguar qué decir para que se quedara. Dejó su copa y se volvió hacia mí.

«Gracias por el champán, por todo. Fue agradable».

«No me dejes», coloqué mi copa junto a la suya. ¿De dónde salía eso? Lo que había querido decir era “No te vayas todavía”.

Miré de soslayo el cielo oscuro, donde unas nubes grises se cernían rápidamente sobre nuestras cabezas. Un trueno rugió y la detuvo en seco. Cerré el espacio que nos separaba en dos zancadas y la agarré del brazo.

Se quedó mirando mi mano.

«Suéltame. Cometí un error. No puedo hacer esto. Lo siento», murmuró.

Su mirada se movió lentamente de mi brazo a mi cara y el calor palpitó en mi pecho y en mis malditos pantalones. La lujuria en su expresión era clara. Me deseaba.

«No», dijo. «Yo no soy así».

«¿De qué estás hablando? Relájate. No te voy a besar». La atraje hacia mí y presioné mis labios contra su cabello.

«Valentina. Pídemelo. Y libéranos de nuestro sufrimiento».

CAPÍTULO 11

Un riesgo que no puedo correr

VALENTINA

¿Libéranos de nuestro sufrimiento? ¿Él deseaba esto tanto como yo?

A ese hombre no se le debería permitir usar jeans o remeras blancas. Ni hacer ejercicio. Maldita sea. Debería haber seguido mi primer instinto y esconderme en el baño hasta que se fuera. Pero me había visto llegar una hora antes, así que fingir que no estaba en casa habría sido infantil. Y todavía tenía que lidiar con ese asunto de Bridget.

Su penetrante mirada azul me desnudó, como si no le importara que no estuviera en jeans de diseñador o lencería sexy. Ese era su don. Tenía la habilidad innata de hacerme sentir como la criatura más hermosa de la Tierra.

«Valentina».

Su voz me hizo volver, enviando una ráfaga de adrenalina por mis piernas y matando efectivamente el pequeño zumbido que me producía el champán.

Puse mi mano sobre su pecho para empujarlo, pero en lugar de eso, deslicé mis dedos por su frente y acaricié sus abdominales esculpidos, amasando cada plano. Un calor lento y delicioso recorrió mi piel mientras pasaba la yema de su pulgar por mi brazo. Dios, el hombre sabía lo que estaba haciendo. La forma como me afectaba. El deseo que había reprimido durante los últimos seis años cobraba vida y silenciaba todo lo demás. Por un momento, no me importó la amenaza de Bridget o que, si cedía, sería oficialmente lunes. El día más odiado de la semana.

Este momento tenía que terminar. O más bien, tenía que terminarlo. Lo empujé lo más lejos que pude. Al menos pensé que lo hacía. Cuando miré mi mano, tenía su camisa agarrada con fuerza. Ondulaciones bailaron en mi estómago cuando cubrió mi mano con la suya. Esa sonrisa infantil suya me invitó a entrar.

Después de otro fuerte estruendo de truenos, las nubes cumplieron su promesa. La lluvia enfrió la necesidad que crecía en mi interior. Me aferré a esa sensación y lo intenté de nuevo. Esta vez, logré poner distancia entre nosotros. Bridget, vete a la mierda. Hacer lo que me había pedido no era tan fácil como acostarse con el jefe del jefe del jefe de mi jefe. Mis sentimientos se interpondrían en mi camino y terminaría con el corazón roto de nuevo.

Derek se frotó la nuca, forzando la respiración.

«Eres increíblemente atractivo, realmente abrasador», dije. «¿Pero esto?», señalé entre nosotros. «Este es un riesgo que no puedo correr. No se trata de mí».

El aguacero amortiguó mis palabras, pero tenía que decir lo que debía. Él tenía que entender por qué no podíamos serlo, haciendo a un lado el contrato de Bridget. Me lamí el agua de lluvia fría de los labios.

«Si no tuviera a Max, sí, claro, no hay problema. Sería tu *Lunes*. O cualquier día que tengas

disponible en tu rotación semanal. Pero ese no es el caso. Crees que me quieres porque te estoy rechazando. En realidad, tú... no me quieres. ¿Cómo podrías? Apenas me conoces».

La comprensión de lo ciertas que eran mis palabras llenó mi corazón de una lamentable tristeza.

«Sé que eres valiente y decidida».

Pensó un momento, frunciendo el ceño como si finalmente se hubiera dado cuenta de la motivación detrás de mi negativa. Max.

«Si pudiera darte más, lo haría», me respondió.

«No estoy pidiendo nada». Hice un gesto con la mano en la dirección general del camino que habíamos tomado para llegar aquí.

Había perdido nuestro hogar antes de que Max llegara. Pero no podía hacer esto. No podía quedar atrapada en medio del juego enredado que Derek y Bridget estaban llevando a cabo. Por un lado, esta no era yo, ni como quería que Max me viera. Y dos, no podía enamorarme del tipo equivocado otra vez. En todo esto, tenía mucho más que perder que Derek. ¿Por qué lo dejé acercarse tanto?

Eché una última mirada a las luces de la ciudad y al magnífico paisaje desértico que nos rodeaba.

«Adiós, Derek».

Me di la vuelta y comencé a caminar por el sendero, dando grandes zancadas. Eso no era huir, ¿verdad? Cuando llegué a la cabaña, fui directo a la cocina, agarré la bolsa llena de ropa nueva de Annie y salí de nuevo. Espacio, era lo que necesitaba. No confiaba en mí misma para estar tan cerca de Derek y no salir corriendo a rogarle que me besara, para que finalmente me diera un poco de alivio de esa necesidad que tenía de él.

La grava crujía bajo mis zapatillas empapadas mientras me dirigía a mi coche. Me subí a él y me fui. Mis neumáticos giraban mientras luchaban por encontrar su agarre, al igual que los pensamientos en mi cabeza: lo que quería, lo que tenía que hacer, lo que él me hacía sentir, nada tenía sentido.

Media hora después, me encontré en el restaurante de Annie en Swan Road. Me quedé dos pasos dentro del restaurante de moda estilo cafetería con agua encharcada a mis pies. La mirada de horror en su rostro cuando me vio me hizo daño. Estallé en lágrimas, con fuertes sollozos, nariz mocosa... todo. Afortunadamente, los lunes eran tranquilos y el lugar no estaba lleno.

«Ay, cariño, ¿qué pasó?».

Me acompañó hasta su oficina, en la esquina trasera del comedor, murmurando unas palabras en vietnamita por encima del hombro.

«Déjame adivinar... Derek Cole».

Asentí.

«No pudimos hacer nuestras Polaroids durante el fin de semana. Pensé que quizás querrías trabajar en ello ahora».

«Ya hablaremos de eso más tarde. Pero sabes que no necesitas una excusa para venir a verme. ¿Él...?».

Un solo golpe a la puerta me salvó de la serie de preguntas que tenía preparadas para mí. Ella esquivó su escritorio y abrió la puerta.

«¿*Bún riêu*?», preguntó cuando regresó.

Asentí en silencio, acerqué mi silla al escritorio y dejé que la sopa humeante de cangrejo y tomate me calentara. Con mucho cuidado, ella mezcló brotes, pimientos picados adicionales y cilantro en el caldo. Tomé los palillos que me ofreció y comencé con los fideos.

Mientras comía, ella se ocupó de los papeles que había en su escritorio, mirándome de vez en cuando. Me concentré en la tarea que tenía frente a mí y me metí pequeños bocados en la boca, esperando que la sopa calmara la opresión en mi pecho.

«Mentí. Lo deseo». Solté un suspiro y la miré a los ojos.

«Por supuesto que sí, cariño. ¿Qué vas a hacer ahora?».

«¿Alejarme?», dudosa respondí.

«¿Intentó hacerte algo?», preguntó preocupada.

Asentí, levantando una ceja.

«Tan bueno, ¿eh?».

«No tienes idea». Mi cuerpo tembló al recordar sus manos sobre mí.

«Bueno, odio decirlo, pero podría cambiar de opinión después de que Max venga a vivir contigo».

«Pensé en eso. Puede que tengas razón. Eso si seguimos allí el tiempo suficiente».

«¿Qué quieres decir?», ella frunció el ceño.

No podía soportar la compasión en sus ojos. Era la misma mirada que tenía cuando le dije por primera vez que estaba embarazada. Era como si quisiera mejorar todo, pero no supiera cómo.

«Oh», dio una palmada en el escritorio. «Casi lo olvido. Investigué un poco. Está casado».

«Lo sé». Me senté en la silla y me cubrí la cara con las manos.

«Y está pasando por un divorcio desagradable». Su respiración se entrecortó. «Dios mío, te acostaste con él».

Levanté la vista de golpe.

«¿Qué? No. Aunque lo consideré seriamente».

Suspiró.

«Aparentemente, la esposa quiere quedarse con su compañía. ¿Puedes creerlo? Algunas mujeres tienen los ovarios del tamaño de Plutón».

«Espera, ¿qué?», le pregunté.

«Ya sabes lo que quiero decir», se encogió de hombros.

«No, lo otro que dijiste. ¿Ella quiere quedarse con su compañía?».

«Eso es lo que escuché. ¿La conociste? ¿Cómo es ella?».

Tomé los palillos chinos en una mano y los moví sin importancia.

«¿Escalofriante?». En realidad, era fuerte, llena de confianza, perfecta.

«Otra razón por la que no debes involucrarte. Ya te lo digo, los hombres solo son problemas. Incluso cuando no están casados».

Me alcanzó y me apretó la mano.

«Solo mantente fuerte, y todo esto desaparecerá. Concéntrate en Max. Los hombres como Derek, se cansan rápidamente».

«¿Quiero que se canse?», pregunté.

«Sí», entrecerró la mirada. «Hay más, ¿verdad? Dímelo».

«Su esposa sabe que estoy viviendo en la cabaña, en .... su cabaña». Me removí incómoda en mi silla.

«Y… ella quiere que yo le haga firmar los papeles del divorcio. Aparentemente, acostándose con él resolvería el problema. Como si fuera así de fácil», me burlé.

«Claro. Para que ella pueda quedarse con la compañía», Annie se puso de pie y caminó de un lado a otro de su oficina.

«Eso supongo. Ella también tiene prisa. Tengo dos semanas para lograr que él firme».

«No vas a seguir adelante con esto, ¿verdad?», sacó coles de mi tazón y se las metió en la boca.

«Por supuesto que no».

«Tienes que decirle. Cuéntale lo que Bridget te pidió que hicieras. ¿Por qué te lo pediría siquiera?».

«Me amenazó con echarme de su cabaña».

Cerró los ojos y se pellizcó la nariz. Era agradable saber que alguien estaba de mi lado.

«Tienes que contárselo».

«Está bien», dije con una fuerza renovada que, honestamente, no sentía.

Cambié el tema. «¿Quieres hacer las fotos? Estoy segura de que mi cara es un desastre, pero...». Necesitaba hacer algo para dejar de pensar en Derek.

«Sí, déjame agarrar mi cámara».

Mientras esperaba, busqué en la bolsa y saqué la falda de lentejuelas. Me quité los pantalones y me puse la falda. Era cómoda y sexy. Apostaría a que Bridget tenía muchos conjuntos como este. Un bonito conjunto no haría que Derek me amara, pero la idea de que él pudiera estar sufriendo tanto por un deseo no realizado como yo, me hacía sentir mejor.

«Estaba pensando». Annie cerró la puerta de la oficina detrás de ella. «En lugar de hacer fotos de cuerpo entero, quiero hacer primeros planos. Empecemos por las piernas», suspiró. «¿Estás segura de que estás lista para esto esta noche?».

«Es mejor que quedarme en casa pensando en Derek y lo cómodo que debe estar en su cama hecha de oro».

«Eso suena incómodo», se rió. «Algunas personas tienen demasiado dinero».

«Me gusta que se haya ganado su dinero».

«Espera. Pensé que lo estábamos odiando».

«Lo odiamos». Me paré frente a ella mientras se arrodillaba para inclinar la cámara, apuntando hacia mis muslos. Bajé la barbilla e imaginé los largos dedos de Derek rozando la parte interior de mi rodilla.

«Estás pensando en él», dijo, con el rostro sonrojado frente a la cámara.

«No lo hago».

«La piel de gallina en tus piernas dice lo contrario», me miró. «Solo aclara tu mente».

«Está bien».

«Ah, y oye. Buenas noticias. Encontré una modelo para la recaudación de fondos del sábado. Estás libre de responsabilidades».

«Gracias. Ahora mismo no tengo tiempo para fiestas. Lo siento».

Respiré profundamente e hice una lista mental de todo lo que todavía tenía que terminar de hacer antes del fin de semana.

Relájate. No te voy a besar. Las palabras de Derek resonaron en mi cabeza.

Annie tenía razón. Derek definitivamente perdería el interés tan pronto como se diera cuenta de que cualquier imagen que se hubiera formado en su mente sobre mí era solo parcial. No era como sus otras chicas de entre semana. Yo era mamá. Mis sentimientos por él no importaban. Max era mi única prioridad. No tenía espacio para nada más, no cuando estaba tan cerca de cumplir mi promesa a mi hijo. Finalmente podía ser la madre que Max necesitaba. Echar eso a la basura por una magnate sexy con abdominales increíbles sería más que egoísta de mi parte.

«¿Crees que me odiará?». Tenía que mantenerme alejada de él, pero eso no significaba que quisiera que me odiara por este asunto con su esposa.

Annie me agarró por la cintura e hizo que me sacudiera, lo que me hizo reír un poco.

«No lo sé, cariño. Pero ¿por qué lo haría? Esto no es tu culpa. Solo díselo antes de que su esposa lo haga, tergiverse las cosas y lo haga echarte».

CAPÍTULO 12

La vida familiar

DEREK

«Tenías razón. ¿Es eso lo que quieres que diga?», le pregunté a Em.

«Disculpe, señor».

«No me trates por "señor". Ya sabes de qué hablo». Me dejé caer en la tumbona junto a la piscina.

Nadar había mejorado un poco mi estado de ánimo, pero las miradas furtivas de Em hacia la cabaña me recordaron la última noche que había pasado con Valentina. Tratar de seducirla con champán caro y queso estúpido no había sido una de mis mejores ideas. Posiblemente fuera una de las peores.

«He notado que se ha mantenido reservada toda la semana».

¿Había pasado solo una semana? No podía decirlo. Los días se estaban mezclando de nuevo. Los últimos siete días se habían sentido como un solo día muy largo. Em dejó el bourbon que había pedido hacía dos horas en la mesita que estaba a mi lado. Ella había empezado a negarme el alcohol antes del mediodía. Claro, podría haber entrado y haberme servido mi maldita bebida. Pero no muy en el fondo, sabía que tenía razón. Otra vez.

«Ella piensa que soy un idiota». Tomé un largo trago de bourbon con soda. «Me mantendré alejado de ella. En serio, esta vez lo haré».

«No sabía que tenía un hijo».

«Sí. Olvidé decírtelo», me froté la cara.

Ella levantó la mirada. Su sonrisa pasó de un pequeño jalón en el costado de su boca a una amplia sonrisa. Mi corazón se aceleró. Por un momento, esperé que Valentina lo hubiera reconsiderado y estuviera de camino hacia mí para disculparse por salir corriendo. Me giré lentamente en mi silla.

«Ahora que se queda en buena compañía, volveré a la cocina y prepararé algo de comer». Al salir, se detuvo para acariciar a Pirate.

El estúpido gato había regresado, flácido y todo. Caminó lentamente alrededor de la piscina y saltó casualmente sobre mi regazo. Como si no hubiera estado fuera durante toda la semana.

«¿Dónde diablos has estado?».

Su respuesta fue un largo ronroneo mientras reajustaba su peso para sentarse sobre mi pecho. Le rasqué detrás de la oreja y revisé su pata retorcida.

«Vaya mascota que eres».

«¿Ese es tu gato?», el chico que estaba parado frente a mí me sobresaltó.

Mi casa era lo más parecido a una fortaleza. Nadie entraba a menos que tuviera mi permiso. Me miró fijamente con ojos que había llegado a conocer muy bien en las últimas semanas. Tenía

que ser Max.

«No, no es mi gato». No quería hacerme amigo del chico. Mantenerme alejado de Valentina significaba también mantenerme alejado de Max. Además, no me gustaban mucho los niños. «Ni siquiera me gustan los gatos».

«¿Estás seguro?».

«¿Seguro de qué? Por supuesto, no me gustan los gatos».

«Parece que es tuyo». Max era curioso y directo. Inteligente y pragmático. Como su madre.

«Solo vive aquí, ¿de acuerdo? No es de nadie».

Alargó la mano para coger la pata herida de Pirate. El gato frotó su cabeza contra la mano de Max, haciéndole maullar.

«Me encanta. ¿Puedo cargarlo?».

«¿Por qué me lo preguntas?», me encogí de hombros.

Max levantó a Pirate de encima de mí, y el maldito gato se lo permitió. El muy traidor.

«¿Qué le pasó a su pata?», preguntó el niño.

«No lo sé. Empezó a venir aquí hace menos de un año. Su pata ya estaba así», le informé.

«Tal vez estaba buscando comida».

«Sí, creo que sí». Me incliné hacia delante para tocar la pata de Pirate. «Al principio, no me dejaba acercarme a él. Me llevó días ganarme su confianza. O más bien, darme cuenta de que le gustaba el atún enlatado. Ha estado aquí desde entonces. Viene y va cuando le place».

De alguna manera, ahora estábamos teniendo una conversación.

«Es el mejor gato del mundo. ¿Cómo se llama?», me preguntó.

«Lo llamo Pirate por la mancha negra que tiene en la cara y, bueno, por la pata».

«Y porque es muy peludo». Max apretó fuerte al gato. Incluso hizo un movimiento de balanceo al final.

Pirate, por otro lado, era un peso muerto en los brazos del niño. Tal vez era la peor mascota porque yo era un mal compañero humano.

«¿Y tú, niño? ¿Tienes un nombre? ¿Cómo superaste mi seguridad?».

Se rió, luciendo como una versión más pequeña y joven de Valentina.

«Soy solo un niño humano. No puedo pasar por todos esos policías».

«Son guardias de seguridad», fruncí el ceño.

«Mi mamá me trajo aquí. En su auto». Señaló hacia la entrada privada de Valentina, apartando el cabello castaño y ondulado de sus ojos.

«¿Y cómo te llamas?», esperaba intimidarlo con una serie de preguntas.

«Soy Maximiliano Andres de Cordoba». El niño era divertidísimo. Y muy serio para un niño de cinco años.

«Vaya. Ese es un nombre bastante especial. ¿Puedo llamarte Max?».

«Claro», se encogió de hombros. «¿Cómo te llamas tú?».

«Derek Weston Cole», dije, pero mi respuesta carecía de su convicción.

«Max?», la voz de Valentina se escuchó a través del patio.

«¿Qué?», se puso de pie de golpe.

Pirate se dejó caer al césped y corrió hacia él. Para cuando me levanté de mi silla, el gato ya estaba dentro de la casa.

«Esa es mi mamá. Tengo que irme».

Se fue sin despedirse ni preguntar por qué estaba allí, lo que me llevó a creer que su madre le había hablado de mí. El pensamiento trajo una sensación cálida a mi pecho. Con un suspiro, tomé una toalla del estante detrás de mí y me sequé el cabello. Si me apresuraba, podría almorzar

con Pirate. Siempre comía en la cocina con Em mientras ella cocinaba. Me di vuelta para irme, pero las risas me detuvieron en seco.

Valentina bajaba por el sendero, toda piernas y cabello, luciendo una sonrisa que no había visto antes. Mi corazón se apretó con fuerza y me froté el pecho para aliviar el dolor. Max tenía su brazo alrededor de su cadera. Era alto para su edad, pero se veía pequeño a su lado. Formaban una buena pareja. Tenían el mismo cabello oscuro y ondulado y los ojos marrones. Me senté en la silla y tomé un largo sorbo de bourbon, sintiendo una especie de paz que no había sentido desde que besé a Valentina.

«Buenas tardes», dijo desde la distancia. Se había detenido en el pequeño trozo de césped al otro lado de la piscina.

«Es el amigo del que te hablé». Max señaló con entusiasmo. «Vive con Pirate».

Me reí entre dientes. «El gato vive conmigo. No al revés».

Él asintió. «¿Quieres jugar béisbol con nosotros?».

Valentina extendió la mano para evitar que me invitara a su juego. Se volvió hacia mí y murmuró una disculpa. *Lo siento.*

Oh, cariño, dilo. Di que lo sientes por enviarme lejos.

«Max, estoy segura de que el señor Cole tiene muchas cosas que hacer. Juguemos nosotros, ¿de acuerdo? Me puse cómodo y los miré jugar. Em regresó, cargando un almuerzo lo suficientemente grande como para alimentar a un país pequeño. Pirate la siguió como si estuviera terminando una conversación que no habían culminado en la cocina. Estacionó el carrito junto al toallero y procedió a poner la mesa. No le había dicho que estaba listo para comer y ella sabía que nunca comía junto a la piscina. ¿Qué estaba haciendo? Al otro lado del césped, Valentina y Max habían cambiado a jugar a la pelota. Tenía un buen brazo y muchos consejos para darle a Max.

«Parece que ella sabe mucho de béisbol». Em apiló sándwiches en un plato. Reprimió una sonrisa mientras agregaba algunos sándwiches de mantequilla de maní y mermelada.

Casi quería disculparme con Valentina por Em haciendo de casamentera, excepto que Valentina ni siquiera se había dado cuenta del banquete de almuerzo en el que estaba trabajando Em. Max tenía toda su atención.

«Solías jugar béisbol, ¿verdad?», comentó Em.

«Eso fue hace mucho tiempo». Terminé mi bebida de un trago.

Cuando dejé el vaso, Em lo reemplazó con una copa de agua. También la bebí de un trago, manteniendo mis ojos en el guante de Max. Lo tenía demasiado inclinado. Una pelota con más velocidad fácilmente rebotaría en su mano y lo golpearía en la cara. Las narices sangrantes eran algo con lo que estaba familiarizado.

Antes de poder pensar en lo que estaba haciendo, corrí por el camino a lo largo del borde de la piscina y me dirigí hacia ellos. Los ojos de Valentina se agrandaron más de lo normal y sus labios se separaron. Parecía asustada. ¿Cuándo fue la última vez que vio a un chico sin camisa? Max, por otro lado, me estaba sonriendo, listo para darme la bienvenida a su juego.

«Está bien, chico. Déjame mostrarte un truco».

«Disculpa». Valentina se colocó entre Max y yo mientras mantenía sus manos alejadas de mí, esforzándose por mantener su respiración estable. «Creo que lo estamos haciendo bien».

Tomé la pelota y el guante de ella. Ella extendió la mano para mantenerlo, pero la mantuve a distancia.

«Déjame enseñárselo. Seré rápido», le guiñé un ojo.

Se cruzó de brazos, pero no me dijo que me fuera a la mierda. Bien. Era un progreso. Volví

mi atención a Max.

«Tienes que cargar la pelota. No esperes a que venga hacia ti. Da un paso y agárrala. ¿Lo entiendes?». Le mostré el movimiento. Con el rabillo del ojo, vi a Valentina cubriendo una sonrisa. «Esa también es una buena filosofía de vida». Le levanté una ceja.

«Estoy segura de que piensas que lo es».

En toda mi vida nunca he tenido miedo de dar un paso y alcanzar mis metas. Durante los últimos meses, había tenido miedo de avanzar, de seguir mi propio consejo, hasta que Valentina me recordó cómo era luchar por sueños locos.

«¿Lo entiendes?», le pregunté a Max. «Intentemos algunos lanzamientos».

El guante de Valentina me quedaba pequeño, pero metí la mano en él lo mejor que pude. Le di unos cuantos apretones antes de mostrarle la pelota a Max.

«Atención». Le lancé un tiro elevado. Esperó demasiado. Para cuando se abalanzó, la pelota había tocado el césped.

«Casi la atrapo», dijo.

«Tienes que ponerte por debajo». Valentina recogió la pelota y se la lanzó. Luego se dio la vuelta para mirarme. «Le tiene miedo a la pelota».

«Está bien, Max, intentémoslo sin el guante».

«No lo creo. Se me va a despellejar la mano».

Valentina se reía y me encontré riéndome con ella. El revoloteo en mi estómago regresó con renovado vigor. Y como un drogadicto, sucumbí a la euforia.

«Está bien. ¿Puedes enseñarme?», preguntó Max, y bloqueó eficazmente todas las fantasías que giraban en mi mente.

«Lánzala de vuelta», dije.

Lo hizo. Dios, el chico tenía un buen brazo.

Valentina sonrió, acercándose a mí. «Duele, ¿no?».

«Ay». Golpeé la muñeca antes de lanzar la pelota de nuevo.

«No la esperes», le grité.

Cuando la atrapó, saltó alto y la atrapó en el aire.

«Mamá, ¿viste eso? Lo hice».

Seguimos haciéndolo durante más de una hora, hasta que Max se tiró al suelo y anunció que necesitaba un descanso.

«Estoy cansado», dijo el niño.

«¿Qué? Vamos. Acabamos de empezar». Estaba animado. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que jugué a la pelota. El chico no se movió, pero yo no estaba listo para dar por finalizado el día.

«Bien. ¿Qué tal si comemos algo?».

«No, no queremos ser una molestia», respondió Valentina rápidamente, como si hubiera estado esperando la invitación para poder rechazarme. Otra vez.

«¿Molestia? ¿De verdad vas a dejar que se desperdicie toda esa comida?».

«Por favor, mamá. ¿Podemos comer sandía?», preguntó Max.

No podía decirle que no al niño. ¿Qué haría falta para que dejara de decir no a ella misma? La semana pasada, me hizo entender por qué no podía estar conmigo. Todo esto era por Max. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que comprendiera que ella también importaba?

«¿Estás seguro de que está bien?», me preguntó.

Asentí y le ofrecí mi brazo. Para mi sorpresa, lo tomó y me permitió acompañarlos a las dos al otro lado de la piscina. No pensé que estuviéramos listos para decir que esto era un progreso,

pero era algo. Su mano en mi brazo me puso la piel de gallina por el hombro y la columna vertebral. Tomé un gran riesgo y puse mi mano derecha sobre la suya. Ella chocó su hombro contra mí juguetonamente, sus ojos se notaban suaves y brillantes. Esto ya era diferente. Había recibido todo tipo de miradas de mujeres. La gratitud no era una de ellas.

Max llegó a la mesa primero y rápidamente comenzó a trabajar en el tazón lleno de trozos de sandía. Esto provocó que Valentina se alejara de mi lado para ayudarlo con un plato. Cuando me uní a ellos, ella tenía un plato lleno de sándwiches, frutas y verduras listo para mí.

«Gracias», dije. «No tenías que servirme».

«Por favor. Es lo menos que puedo hacer».

Me hizo un gesto para que me sentara.

«¿Siempre comes sándwiches de mantequilla de maní y mermelada en el almuerzo?», me preguntó.

Me reí entre dientes.

«Nunca. Esta fue idea de Em».

«Me aseguraré de agradecerle. Gracias a ti por las lecciones de béisbol». Ella me sirvió otro plato. «¿Eres entrenador o algo así?».

«No. Jugué en la universidad».

«Oh. ¿Fue hace mucho tiempo?», ella bajó la mirada.

Me gustó la implicación de su pregunta.

«Tengo veintiocho años, si es eso lo que estás preguntando. ¿Me veo tan viejo?».

Su risa, la que hacía que todo a nuestro alrededor se desvaneciera, volvió a flotar en el aire.

«Para nada», dijo con las mejillas sonrojadas. «Es solo que has logrado mucho en tan poco tiempo. No estaba segura».

«¿Estás impresionada?». Me incliné hacia adelante para captar su mirada.

«¿Un cumplido no es suficiente?». Se reclinó en su silla y me miró fijamente.

Lancé una rápida mirada a Max, que todavía estaba ocupado en el tazón de sandía.

«Parece que eso es todo lo que puedo conseguir en estos días. ¿O has cambiado de opinión?».

Su respiración se entrecortó. «Max. No comas del tazón de servicio. Déjame prepararte un plato».

Max asintió con la cabeza con grandes mejillas de ardilla.

«Sí, por favor». Un líquido rojo escurría por el costado de su boca.

Me miró de nuevo. «No puedo mirar», dijo ella.

«¿Qué pasa?». Tomé un gran trozo de sandía y me lo metí en la boca. Ella miró hacia otro lado, reprimiendo una risita.

«Eso es repugnante», Max se echó a reír.

«Así es como se come la sandía». El jugo tocó mis labios. Me incliné y presioné mi boca contra su cuello.

«Oye».

«Qué asco, es asqueroso», Max se acercó y le plantó besos en la cara, dejándole una sustancia pegajosa por todas partes.

«Oh, no, Max. Hemos hecho un desastre. ¿Sabes lo que necesita?», le dije.

La idea se le ocurrió de inmediato, pero estaba demasiado emocionado para verbalizarla. Saltó en el lugar, señalando la piscina, con los ojos moviéndose de Valentina al agua resplandeciente. «Ella… ella necesita un baño», dijo finalmente con una voz que era medio chillona.

Valentina dejó la silla a una velocidad increíble. Dando tres pasos largos, la bloqueé antes de

que llegara al camino que conducía a su cabaña. Luego la levanté y la puse sobre mi hombro.

«Hazlo», Max me animó.

«Pequeño pillo». La falsa ira de Valentina hizo que Max se riera aún más fuerte.

Ella se apretó contra mi espalda desnuda con sus brazos presionando mis hombros. La estaba perdiendo. Mis manos se deslizaron por sus piernas, esas piernas largas y deliciosas, hasta su trasero. Dios, se sentía bien. Apreté mi agarre sobre ella. Su rostro estaba a solo unos centímetros del mío, sus pechos suavemente presionados contra mi pecho. Su proximidad era demasiado para mí. Saltar a la piscina ahora era más que una buena idea. Era una necesidad. Dejé que la sensación cálida persistiera un par de segundos más. Luego, avancé directamente hacia el agua.

Cuando llegamos al fondo, mis manos fueron a sus caderas y ella no me alejó. Pateé y la llevé conmigo de regreso a la superficie. Se veía bien mojada, riendo y libre de su armadura habitual. Nuestras miradas se encontraron mientras pasaba sus manos por su cabello mojado. Por una fracción de segundo, pensé que se inclinaría y me besaría.

«Estás castigado». Se giró para mirar a Max y luego nadó hasta el borde.

«¿Cómo que voy a estar castigado? Él empezó». Max me señaló con un dedo acusador.

El pequeño cabroncito. Si no hubiera estado aquí, nunca habría hecho esto.

«Deberías quitarte esa ropa mojada».

No podía recordar la última vez que me divertí tanto.

«¿Eso te funciona alguna vez?», me miró con los ojos entrecerrados.

«Todas las veces». Nadé hacia ella, pero antes de alcanzarla, rápidamente salió de la alberca.

«Bueno. Ya has comido suficiente», le dijo a Max. «Volvamos adentro». Comenzó a caminar por el sendero, apartándose los mechones mojados de la cara y jalando su ropa empapada. Max me hizo una señal de despedida con la mano antes de salir corriendo hacia la cabaña. Me quedé en el agua, hipnotizado por la visión de Valentina. En cuanto se fueron, un silencio sofocante cayó a mi alrededor. La alberca estaba demasiado tranquila sin ellas. Me empujé contra la pared y dejé que mi cuerpo flotara sin rumbo.

Así que, ¿esto era todo? Esta era la vida familiar por la que Valentina lloraba el día que nos conocimos. Todo su duro trabajo, sus reglas locas, todo tenía sentido ahora.

¿Cómo diablos se suponía que debía mantenerme alejado de ella?

CAPÍTULO 13

Mi problema con Derek Cole

VALENTINA

Entré corriendo a la casa, empapada y con la sangre retumbando en mis oídos.

«Eso fue muy divertido».

Max se dejó caer en el sofá frente a la pantalla plana con su sándwich de mantequilla de maní y mermelada pegado a la mano y le dio un gran mordisco.

«Sí, lo fue». Me quité los zapatos mojados. ¿Quién lo hubiera pensado? El hermoso Derek también era divertido. «¿Puedes ver una película mientras limpio?».

«Claro», murmuró Max, ya absorto en su película de dinosaurios.

Fui directo al baño y cerré la puerta detrás de mí. Una ducha parecía una buena idea en ese momento, para refrescarme más que cualquier otra cosa. Mi cuerpo todavía zumbaba por la conmoción posterior del toque de Derek. No podía creer lo mucho que reaccionaba mi cuerpo a todo y cualquier cosa que me hiciera. ¿Y quién podría culparme? Se veía increíblemente atractivo en traje de baño, cabello mojado y brillantes músculos de acero. Mi corazón, y parte de mi resolución de mantenerme alejada de él, se derritieron cuando jugó a la pelota con Max.

Maldita sea. Bajé la tapa del inodoro, me senté y hundí la cara en las manos. Esto se estaba saliendo de control. Tenía horas para advertirle sobre Bridget y ni siquiera se me ocurrió pensarlo. Mi cerebro se convirtió en papilla en el segundo en que dejó su sillón y se paseó por el césped sin camisa.

Lo peor fue que me estaba quedando sin tiempo. Ayer, Bridget se había acercado a mi escritorio y me había preguntado si ya *lo* había hecho. Casi le dije que no tenía intención de jugar su estúpido juego, pero la mujer era aterradora y no quería causar una escena en el trabajo. Seguía siendo la novata... aunque probablemente no por mucho tiempo. Con todos los cambios que estaban ocurriendo en la oficina, no me sorprendería que CCI se desmantelara y se vendiera por kilos antes de fin de año. Incluso mi jefe, Christopher, estaba preocupado. Tenía mucha más información sobre lo que sucedía en la empresa. Si estaba actualizando su currículum, tenía una buena razón para hacerlo.

Resoplé. Derek no se merecía esto. Christopher había mencionado muchas veces lo duro que Derek había trabajado para que CCI fuera un éxito, para cuidar de todos los que trabajaban para él. CCI era su legado. ¿Por qué Bridget quería quitarle eso? ¿Por despecho? Ella no parecía de ese tipo. ¿Dinero? Tal vez. Pero estaba casada con Derek. ¿Cuánto más dinero podría necesitar?

Esto no podía esperar más. Me puse de pie. Los músculos de mi estómago se tensaron y un aleteo recorrió mi pecho. Tenía que decírselo, hoy. Si se enojaba conmigo, me odiaba por eso, que así fuera. Coloqué ambas manos en mis caderas y miré a la mujer en el espejo. Oh, no. Mi blusa era completamente transparente. Las curvas de mis pechos eran visibles, incluidos mis

pezones endurecidos. *¡Él me vio así!* Mis mejillas ardían. Hice una mueca, presionando mis dedos fríos en mi cara para hacer que el rojo desapareciera. Tal vez no se había dado cuenta. Pero ¿qué había pasado con la mirada oscura que me lanzó cuando salí de la alberca? El azul de sus iris apenas era visible. Oh, me vio, de acuerdo.

Me acerqué a la ducha y abrí el agua caliente. ¿Y qué si me había visto? No me importaba. Mierda, sí me importaba. Me encantaba que me deseara tanto. El deseo en sus ojos cada vez que estábamos cerca el uno del otro se había convertido en una especie de droga para mí. Lo ansiaba y me asustaba muchísimo, aunque eso no me impedía desearlo más de lo que jamás pensé que podría desear a alguien. No es que tuviera mucha experiencia en ese departamento. La única vez que pensé que me había enamorado, terminó rápida y dolorosamente. Me limpié la cara con el dorso de la mano. Había terminado de llorar por eso.

Me quité la blusa y me la pasé por la cabeza. El sujetador transparente que había debajo era como papel de seda pegado a mi piel. Me quité los pantalones cortos y la ropa interior y arrojé todo al lavabo. ¿Derek era diferente? ¿O mis sentimientos por él estaban estrictamente relacionados con la lujuria?

Deja de hacer eso. Ni siquiera consideres eso.

Maldita sea. Demasiado tarde. Ya estaba pensando en eso.

Me metí en la ducha y me apoyé en la pared de azulejos. El agua caliente goteaba por mi frente. Mi respiración se volvió irregular de nuevo, solo de pensar en Derek y en mí en la alberca, en nuestros cuerpos entrelazados, la forma en que había podido tocar cada plano de su espalda desnuda. Había estado agradecida por el chapuzón inesperado. Honestamente, no pensé que lo haría. Pero si no hubiera saltado a la piscina, quién sabe lo que habría hecho... ¿Rogarle que me besara? La intensa necesidad que había despertado en mí me torturaba día y noche.

¿Y si se lo permitía? Solo una vez. Cerrando los ojos, apoyé un lado de mi cabeza en la pared y pasé la esponja vegetal por mi vientre para hacer una abundante espuma. Mi mano vagó más abajo, luego el chorro de la ducha se convirtió en pinchazos helados y abrí los ojos de golpe. Dios, incluso mi calentador de agua sabía que esto era una mala idea. Cerré el agua y salí rápido.

Todavía temblando, me envolví en una toalla y me apoyé en el lavabo, pasándome una mano por el pelo. Todos estos años, pensé que esta parte de mí estaba acabada. Entre mi corazón roto y el parto, me había convencido de que nunca volvería a amar. Nunca más querría a nadie. Estaba equivocada.

Quería estar con Derek.

Si él podía hacerme sentir así cuando no estaba en la habitación, no quería pensar en cómo sería si estuviera aquí en persona. ¿Cómo podía rechazarlo ahora que sabía cuánto lo deseaba? Dejé caer la cabeza entre las manos y respiré profundamente. No. Concéntrate. Todo lo que tenía que hacer era mantenerme fuera de su camino. La próxima vez que Max y yo saliéramos al patio, si Derek estaba medio desnudo junto a la alberca, correría lo más rápido que pudiera en la dirección opuesta.

Sí. Eso era todo. Miré a mi alrededor en busca de algo en lo que escribir. Definitivamente debería hacer una lista de lo que debía hacer para asegurarme de que la próxima vez hubiera suficiente espacio y ropa seca entre nosotros. Una lista era la solución a mi problema con Derek Cole.

Un golpe en la puerta me devolvió a la realidad. «¿Mamá? ¿Estás ahí?».

«¿Qué pasa, cariño?».

«La tía Annie está al teléfono. Quiere hablar contigo».

«Dile que la llamaré en un minuto. Necesito vestirme, ¿de acuerdo?».

Al otro lado de la puerta, Max seguía hablando con Annie, sin darle mi mensaje. Me puse mi bata de baño y abrí la puerta. Dios mío, le estaba contando sobre el incidente con Derek.

«Está bien. Ya me puedo encargar yo». Traté de coger el teléfono, pero él se dio la vuelta y extendió la mano para mantenerme a distancia.

Su plan era entretenerla hasta que yo estuviera lista. Bien. De todos modos, era demasiado tarde para detenerlo. Ya le había contado sobre el chapuzón en la alberca. Saqué un par de pantalones de yoga y una camiseta de la cómoda. Cuando me vestí, le hice señas a Max para que se acercara a la cama. Hablaba tan rápido que dudé seriamente de que Annie entendiera de qué estaba hablando.

«Está bien, adiós», dijo por el altavoz antes de volver a su película.

«Vaya, eso fue todo un sermón», dijo Annie. «Parece que se lo está pasando genial con tu ardiente casero».

«¿Cómo estás hoy?». No estaba lista para hablar de Derek y nuestro pequeño episodio junto a la alberca.

«Genial. Y me gustaría mucho escuchar tu versión del episodio de la alberca. Pero por ahora, estás libre de responsabilidades».

«Gracias». Miré mi teléfono. Nunca estaba libre de responsabilidades con Annie.

«Necesito un gran favor. Esta noche».

«¿Esta noche? ¿Qué pasa?».

«La recaudación de fondos de la que te hablé la semana pasada, ¿recuerdas? Necesito que uses uno de los vestidos».

«Pensé que habías encontrado a alguien más. No tengo a nadie que cuide a Max».

«Anda. Una de mis modelos se fue. Y ya me comprometí con este evento. Los vestidos se subastarán y tengo la exclusiva. Es un gran negocio para mi blog. Y no te preocupes por Max. Mamá dice que puede pasar la noche y cuidarlo. No lo ha visto en mucho tiempo. Sé buena amiga, por favoooooor».

«No lo sé».

«Está bien. Entonces, el cuidado del niño corre por mi cuenta y un vestido impresionante para que te pongas por la noche. ¿Por qué decir que no?».

¿Acababa de darme un pisotón?

«No lo haré». Me dejé caer en la cama.

«¿Qué? Sí, lo harás».

«No tengo ganas de ir a una fiesta. Siempre es muy incómodo sentir que tengo que hablar con la gente». Me acosté y cerré los ojos. La idea de ir a una fiesta esta noche me hacía sentir cansada.

«No estás obligada a hablar con nadie. De hecho, creo que es mejor si no lo haces. Le da al vestido un cierto encanto», ella se rió. «Anda. ¿A qué hora pasamos por ti?».

«Está bien. Max se va a la cama alrededor de las siete. Así que a cualquier hora después de eso».

«Genial. Estaremos allí a las seis en punto. Lávate el pelo y ponte rulos. Te ayudaré con el peinado y el maquillaje». Ahora, era todo negocios.

«Annie, dos horas máximo. Y dije siete, no seis».

«Claro. Listo. La subasta termina a medianoche. Tendremos que devolver los vestidos entonces. Trae un atuendo de repuesto. Te veo en unas horas». Colgó antes de que pudiera preguntarle algo más.

Dejé el teléfono a mi lado y me deslicé hacia las almohadas. Me quedé mirando el techo

hasta que Max vino a buscarme, todavía masticando su sándwich.

«¿Puedes terminarte eso ya?».

«Está bien. Está bien», se metió todo en la boca.

«No quise decir… Olvídalo. ¿Quieres tomar una siesta conmigo?».

«Sí». Saltó y se metió bajo las sábanas.

«La tía Annie y yo vamos a cenar esta noche. La señora Hwang se quedará contigo hasta que yo regrese. ¿Trato hecho?».

«¿Puedo ir?», sus párpados ya estaban caídos.

«Es solo para adultos. Pero tú y yo podemos comer pizza mañana. ¿Qué te parece?».

«Si me porto bien y me cepillo los dientes, ¿puedo comer una paleta con mi pizza?». Se acurrucó a mi lado. También me estaba dando sueño.

«Claro, ¿por qué no?».

«¿Mamá?».

«¿Sí?».

«Pasé un buen momento con mi nuevo amigo. Ojalá todos los fines de semana fueran como este».

¿No sería genial si todos los fines de semana pudieran ser así? Sin la frustrante tensión sexual, por supuesto. Definitivamente podría vivir con menos de eso. Pero ¿qué pasaría cuando Derek decidiera que había terminado con nosotros? Cerré los ojos con fuerza. La idea de que Max saliera lastimado era demasiado para mí.

«¿Podemos quedarnos aquí para siempre?”

«No podemos. Cuando se acabe nuestro contrato de alquiler, tendremos que encontrar otra casa».

«Me gusta esta casa».

«Pero no es nuestra. Esto es temporal. ¿Entiendes eso?».

No respondió. Su carita estaba completamente relajada mientras se quedaba dormido. Limpié la mermelada de su mejilla y lo abracé fuerte. Acariciándole el cabello, miré mi reloj. Todavía tenía un par de horas antes de tener que prepararme para la elegante fiesta de Annie, lo que significaba que tenía tiempo para hacer una llamada. Tenía que contarle a Derek sobre Bridget.

Era hora de averiguar cuán temporales eran nuestros arreglos de vivienda. Tomé el teléfono de la cama y marqué uno en el marcado rápido para la casa principal.

Em respondió antes del segundo timbre. «Hola, Valentina».

«Hola». Me incorporé, frunciendo el ceño. ¿Cómo sabía que era yo? Ah, claro, Em conocía este número. «Hola, Em. Muchas gracias por el almuerzo».

«Fue un placer, querida. ¿En qué puedo ayudarte?».

«¿Está Derek por ahí?». Me sentí como una niña preguntando si mi amigo podía salir a jugar.

«Acaba de salir. Tiene un compromiso esta noche. Se fue temprano, pero puedes comunicarte con él en su móvil si es urgente».

«No. Está bien. Hablaré con él mañana. Gracias». Colgué y dejé caer la cabeza sobre la almohada.

Esta noche estaría libre de preocupaciones.

CAPÍTULO 14

Mi mundo, mis reglas

DEREK

«¿Recuérdame otra vez por qué estamos aquí?», le pregunté a Dom, golpeando con los dedos el mostrador mientras las luces láser del lugar brillaban en el piso frente a nosotros, reflejando las letras *DCF*.

Mujeres vestidas con lencería intrincada hacían un baile hipnótico en pequeñas plataformas en varios puntos de la galería del tamaño de un almacén. Sus movimientos estaban sincronizados con la música del club y se repetían cada ocho tiempos, el mismo ritmo que hacían en todos mis eventos.

Una ráfaga de aire con aroma a vainilla entró rápidamente desde algún lugar por encima de nuestras cabezas. Juré que el oxígeno adicional era lo único que me mantenía despierto esta noche. Cuando miré hacia arriba, un acróbata descendió lentamente del techo de seis metros y me ofreció un trago de vodka. Sacudí la cabeza y cambié mi atención a las otras chicas vestidas con leotardos de cuerpo entero, colgando del techo, girando junto al costoso arte que estaba en subasta esta noche.

«Te ayudará con tu divorcio. Ya sabes, muéstrale al juez que te preocupas y esas cosas». Dom tomó el trago de la acróbata. Sus ojos excesivamente maquillados se posaron en su rostro mientras bebía más de las dos onzas habituales. «Además, la Derek Cole Foundation está organizando esta fiesta».

«Dios, me siento como un niño de cinco años poniendo su nombre en las cosas». Me pellizqué la nariz, sintiéndome agotado. Tal vez necesitábamos bombear más oxígeno al aire.

«Hace que la fundación parezca agradable». Apartó los ojos de la mujer que se arremolinaba sobre mí para mirarme. «Es genial que estés ayudando a los niños. Estás bien, amigo».

Irónicamente, la recaudación de fondos para ayudar a los huérfanos tenía más que ver con la decadencia que con los niños. Según Nikki, mi organizadora de eventos, el sexo, el alcohol y las mujeres semidesnudas impulsaban a los hombres a gastar un montón de dinero en arte. Los rostros de niños hambrientos y abandonados hacían que la gente, hombres y mujeres por igual, salieran corriendo.

Sin embargo, la Derek Cole Foundation en realidad debería llamarse Fundación Em. Em fue a quien se le ocurrió la idea en primer lugar. Y luego me puso en contacto con el orfanato donde había pasado la mayor parte de su infancia. En ese momento, la agencia había estado en problemas debido a su considerable deuda. La cantidad de intereses adeudados los estaba llevando lentamente a la quiebra. Como era un idiota, me había estado quejando con Em sobre la cantidad de impuestos que tenía que pagar ahora que CCI estaba ganando dinero. Fue entonces cuando ella me sugirió que hiciera un buen uso de ese dinero y evitara entregárselo todo al Tío

Sam. Fue una combinación perfecta.

Miré mi reloj de nuevo, mis ojos se detuvieron en el segundero. Juro que, por cada segundo del tictac, retrocedía tres.

«Echas de menos los días sencillos, ¿eh? Renovando los enrutadores en el sótano de tu madre, ganando centavos por cada dólar».

«No echo de menos eso. Estoy orgulloso de lo que he hecho. Solo desearía poder hacer más, ¿sabes?».

«Te llevaremos allí. Te lo prometo». Echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta.

«Deja de beber mi bebida.

«No puedo decirle que no a ella», sonrió a la acróbata, que ahora estaba a varios metros sobre nuestras cabezas, girando con una pierna larga tocando la nuca.

«Dijiste que habías tenido noticias del investigador. ¿Algo que pueda hacerme recuperar mi empresa?».

«No exactamente», frunció el ceño. «Ayer Bridget voló a Las Vegas. Gastó varios cientos de miles de dólares en una sola mesa de blackjack. Pero nada que hiciera que la junta directiva cambiara de opinión sobre dejarte volver».

«Eso sería lo normal», me encogí de hombros.

A Bridget le gustaban los juegos de azar, tanto que pasamos nuestra luna de miel en Montecarlo. Nunca vi el exterior de los casinos allí. Ella jugaba toda la noche mientras yo me sentaba en la barra.

«Tienes razón», asintió. «Ella ha estado haciendo esto durante algún tiempo. Un hábito caro».

«No me importa lo que haga con su dinero». Maldita sea. Apoyé los brazos en la barra y se me hizo un nudo en el estómago. Después de mi conversación con Dom la semana pasada, pensé que todo esto se solucionaría rápidamente. No tenía tanta suerte.

«Claro. Pero eso me hizo pensar en sus finanzas. Pensé en husmear un poco por ahí. Te lo digo, está escondiendo algo».

«¿Estás seguro de que quieres perder el tiempo con esto?». Toda esta espera parecía inútil. Mis opciones seguían siendo las mismas. Mi empresa o mi libertad.

«Todavía tenemos dos semanas. Voy a seguir hasta que el tiempo se acabe». Sus ojos se habían vuelto obsidiana con determinación.

Por eso lo había contratado como mi abogado. Estaba demasiado cerca de todo y no podía ver el panorama general. No es que quisiera a Bridget. La verdad era que, después de todo lo que había pasado, finalmente había llegado a comprender que nunca la había amado. Después de todo, el matrimonio había sido idea suya. Simplemente, yo lo acepté, pensando que era lo mejor para CCI. De alguna manera tenía sentido estar casado con la mujer que dirigía mi empresa.

Después de todo el asunto desagradable de su infidelidad, me di cuenta de que no estaba enojado con ella porque la amara. Estaba enojado porque ahora mi bebé sufriría. CCI era la razón por la que había renunciado sin desafiar a la junta directiva, por la que había dejado que el acuerdo se prolongara tanto tiempo. Era mi legado y mucha gente dependía de su éxito. Pero ahora necesitaba mi libertad más que cualquier otra cosa. Necesitaba la capacidad de entregarme a alguien, si eso era lo que quería hacer, suponiendo que hubiera alguien y que ese alguien sintiera lo mismo por mí. Mi pecho se apretó con fuerza ante la idea, y juré que olía a gardenias en el aire.

«Entrando». Dom me dio un codazo en las costillas. «Algo en los ojos de Nikki me decía que había más en ella que vestidos elegantes y pasarelas».

«Lo sé». Asentí y miré mi reloj.

Diez minutos más antes de poder ir a casa y tener un poco de paz y tranquilidad. O tal vez de darme otro chapuzón en la alberca. Esta vez, con ropa opcional.

«Nikki, ¿cómo estás?», Dom la saludó primero, babeando sobre su vestido blanco contra su piel ligeramente bronceada.

No importaba lo que dijera sobre Nikki, siempre había tenido debilidad por ella. Definitivamente tenía un don con los hombres, incluyéndome a mí. Una mujer como ella podía tener a cualquier hombre que quisiera. ¿Por qué se molestaba conmigo? Debajo de todo ese juego de diosa del sexo, ella era una mujer inteligente y calculadora. Seguramente, ella entendía que no podía darle lo que quería.

«Envejeciendo, esperando que tu amigo me llame o me envíe un mensaje privado o algo así». Nikki, o *Miércoles*, como la llamaba Em, besó a Dom en ambas mejillas, luego se giró para rodearme el cuello con sus brazos. «He estado haciéndome la difícil, pero ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que te vi. Me estás rompiendo el corazón, cariño». Tenía una voz ronca, como algo sacado de una película de los cuarenta.

«Nunca dije que te llamaría de vuelta». Aparté sus brazos de mi alrededor y empujé su rodilla lejos de mi entrepierna. Ella sabía exactamente cómo llamar mi atención.

«Una chica puede soñar». Suspiró en mi oído, sus pechos presionados contra mi costado.

«Bueno, antes de que esto se vuelva incómodo, voy a ver si puedo conseguir su número». Dom señaló hacia arriba, moviendo las cejas.

Me reí. «Buena suerte. Y gracias».

«Solo estoy haciendo mi trabajo».

«¿Me invitarías al menos a una copa?», dijo Nikki, haciendo pucheros. «No me has dicho lo que piensas de la fiesta. Ya batimos el récord del año pasado».

«Nunca he visto una fiesta benéfica como esta. Gracias». Le di la espalda y le hice un gesto al mesero para que se acercara.

«¿Qué puedo traerle, señor Cole?».

«Bourbon con soda. Y para la dama...», le hice un gesto para que pidiera su bebida. Por más que me esforzaba, no podía recordar lo que estaba bebiendo la noche que la llevé a casa.

«Martini, dos aceitunas». Las lágrimas se acumularon en sus ojos. El mesero se inclinó hacia delante, con la palma extendida como si le ofreciera ayuda. Ella recompensó sus esfuerzos con una dulce sonrisa antes de volverse hacia mí. «Hemos tenido cinco citas, ¿y todavía no puedes recordar mi bebida? Realmente *estás* rompiendo mi corazón».

Ya había terminado de jugar e iba por el ataque final, acariciando mi rostro con su mano derecha mientras sus labios brillantes subían para besarme. Era buena. Hermosa. Pero ya no sentía nada por ella. Agarré sus dos muñecas y la alejé suavemente de mí. Ella frunció el ceño, las falsas lágrimas no derramadas desaparecieron. Me reí. «Sabías en lo que te estabas metiendo desde el principio».

«Después de nuestra última conversación, pensé que tal vez habías reconsiderado nuestro acuerdo. No estoy pidiendo matrimonio, Derek. Solo un poco de exclusividad. Realmente no puedes terminar con las relaciones».

«Probé la monogamia durante diez meses completos. No auguró nada bueno para mí. Así que sí, he terminado». En este momento, la única relación que me interesaba era una con mi bourbon.

El mesero colocó las dos bebidas frente a nosotros. «Martini, dos aceitunas. Y un bourbon».

«Gracias», dije, y luego casi derramaba ambas bebidas sobre Nikki.

Valentina parecía salida de la película *Casablanca*, parada junto a la entrada. Mi corazón

latía tan fuerte que no podía escuchar, o tal vez toda la habitación se había quedado en silencio al verla. Llevaba un vestido rojo largo hasta el suelo que sujetaba firmemente sus pechos en su lugar y abrazaba holgadamente su cintura y caderas en una tela sedosa. El color complementaba su piel morena y cabello oscuro. Estaba deslumbrante y muy sexy. Y parecía que estaba esperando a alguien. Di un paso adelante, un ardor lento se extendió desde mi estómago hasta mi pecho. Si estaba aquí con un chico, él no permanecería aquí.

Escaneé la habitación en busca de un guardia de seguridad. ¿Dónde diablos estaban? Con una sonrisa brillante que solo la había visto otorgarle a Max, miró por encima del hombro a alguien junto a la puerta. Pero la entrada estaba oscura y no podía ver quién era. Se dio la vuelta, dándome una vista completa de la parte trasera del vestido. Mi mirada se detuvo en sus hombros desnudos, luego recorrió el camino sedoso hasta la caída de su cintura y finalmente se posó en su trasero bien formado. Después de lo que parecieron horas, Annie entró por la puerta.

«Oh, bien. Annie está aquí con sus modelos». Nikki tomó un sorbo de su bebida y dejó la copa sobre la barra.

Qué mundo tan pequeño. Tenía que ser. Valentina estaba allí con Annie. Toda la tensión se liberó de mi cuerpo y dejé escapar un largo suspiro.

«Mark», llamé al mesero. Él dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia mi lado desde la barra.

«Dos copas de champán, por favor. Y envía el resto de la botella a mi apartado».

«Enseguida, señor».

La imagen de Valentina con sus shorts blancos y su blusa blanca, húmeda y translúcida, se tatuaba en mi mente cada vez que cerraba los ojos. Había pasado la mayor parte de la tarde pensando en cómo podría invitarme a su casa, tal vez terminar lo que habíamos empezado en la alberca. Al final, recuperé la cordura y me encontré con Dom para tomar algo. Necesitaba distancia entre nosotros. Pero ahora ella estaba aquí. De todos los lugares posibles, había entrado en mi fiesta.

Mi mundo. Mis reglas.

Un resoplido me recordó que Nikki todavía estaba a mi lado. «Lo siento, Nikki. Mi cita está aquí».

Me dio una sonrisa brillante que la hizo parecer más joven, y por un momento no parecía ella misma. Cerrando el espacio entre nosotros otra vez, me miró con los ojos entrecerrados.

«¿Qué?», pregunté.

«Bueno, estoy condenada, Derek Cole. Estás enamorado». Me sonrió radiante. «Eso lo explica todo».

«¿Qué? Tengo que irme». Sacudí la cabeza, agarré las dos copas de champán y me dispuse a encontrarme con Valentina antes de que alguien más llegara primero.

«Como dije», la voz de Nikki se desvaneció en el fondo.

CAPÍTULO 15

Di que sí

VALENTINA

«Mierda».

«Valentina, lenguaje».

Annie me lanzó una mirada falsa de advertencia.

«¿Qué estás viendo?», intrigada me preguntó.

«Está aquí. ¿Por qué no me dijiste que estaría aquí? Y luciendo ridículamente sexy en un esmoquin», me alisé el vestido e ignoré los aleteos en mi estómago.

«Bueno, por supuesto que está aquí. Este es el evento del verano. ¿Crees que se pasa los días sentado en su casa, esperando el momento adecuado para abalanzarse sobre ti en la ducha?», se burló. «Por favor. Como si no se te hubiera pasado por la cabeza».

«Annie».

«Dios mío, sí se te ha pasado por la cabeza». Se puso una mano sobre la boca, con los ojos brillantes.

«Oh, aquí viene».

«Vayamos a otro lado. Jalé su brazo, pero clavó los talones y no se movió.

«Es malo para mí, ¿recuerdas? Pisé fuerte el suelo con el pie y mi tacón alto raspó el hormigón de color.

«Bueno, no lo sé. Pasó la prueba de Max, ¿no?».

Ella lo saludó con una señal de su mano.

«Sin mencionar que ustedes dos tienen una conversación pendiente. Sé que no se lo has dicho», me susurró.

«Ha sido una semana muy ocupada. No tuve tiempo».

«Bueno, esta es tu oportunidad», hizo un gesto hacia Derek.

«Pensé que eras tú, Valentina». La voz de Derek era puramente sexual cuando dijo mi nombre.

Me di la vuelta para enfrentar la situación, por así decirlo.

«Hola».

«¿Champán? Noté que te gustó el Veuve Clicquot de la otra noche».

Le entregó una copa a Annie y esperó a que yo tomara la otra.

«Gracias». Acepté la copa y bebí un sorbo para calmar mis nervios.

«Bueno, Nikki y yo tenemos trabajo que hacer». Annie me dio una palmadita en el brazo. «Pórtate bien. Y no olvides que a las diez tienes que mostrar el vestido en la sala de subastas». Se fue antes de que pudiera rogarle que no me dejara sola con Derek Cole.

«No sabía que estarías aquí». Derek se acercó.

«Entonces, ¿tu novia también es tu organizadora de eventos?». Las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas. Podría haberme pateado a mí misma por preguntar. Ni siquiera había querido que sonara tan malicioso.

«Ella solo es mi organizadora de eventos». Me dirigió una sonrisa que me debilitó las rodillas. «Ese es un vestido increíble».

«Gracias, pero no es mío. Está en la lista de la subasta para esta noche».

«Qué lástima. No puedo imaginar a nadie que lo use mejor que tú». Me miró a los ojos sin apartarse. Tan cerca, sus ardientes ojos azules brillaban bajo las luces láser.

«Hasta ahora me había estado preguntando cómo iba a pasar la noche. Y ahora estás aquí». Se frotó la nuca de esa manera sexy que ahora me resultaba tan familiar. «Baila conmigo».

«No estoy aquí para entretenerte». Intenté sonar insultada, pero la verdad era que ya me tenía bajo su hechizo. El salón en sí no ayudaba. Todo a nuestro alrededor insinuaba cosas prohibidas y sexo.

«Está bien». Levantó las manos en señal de rendición. «Pero soy tu anfitrión. Al menos déjame mostrarte los alrededores».

«Puedes mostrarme dónde está la sala de subastas». Apreté mis muslos.

Aparecieron líneas entre sus cejas mientras miraba mi vestido. No lo culpaba. El vestido era increíblemente sexy con el poder de hacerme sentir demasiado atractiva, incluso hacerme pensar que podría tener a un chico como Derek Cole.

«Bien», dijo. «Ven a tomar algo conmigo primero. Luego te llevaré a donde quieras».

Bueno, eso sonaba bastante inofensivo. Estábamos en un lugar público. No podía hacer nada estúpido, como arrojarme sobre él. Además, teníamos una conversación pendiente. Cuando no me moví, me mostró una de sus sonrisas tan sensuales.

«Vamos», me ofreció su brazo. «Ya hemos tomado café antes. Esto es más o menos lo mismo».

«Según tu definición, he tomado café con incontables desconocidos», me reí.

«No me refería a eso». Se frotó la mejilla bien afeitada. «No puedo orientarme bien cuando estoy cerca de ti».

«Puedo tomar algo».

«Creo que te gustará la galería VIP, pero tal vez más tarde». Hizo un gesto hacia la barra en el medio de la sala, donde ya lo esperaba un cóctel.

Estar tan cerca de él era una tortura; una muy deliciosa, pero tortura, al fin y al cabo. Tomé otro sorbo de champán y luego me di cuenta de que todo se había ido. Con una gran sonrisa en su rostro, Derek tomó la copa vacía y la puso en la barra, lo que provocó que el barman se acercara a nosotros y sirviera más champán en mi copa.

«Gracias de nuevo por el almuerzo de hoy», dije.

«Fue un placer». El olor de su colonia hizo que se me doblaran las rodillas.

«Tengo algo que decirte». Me acerqué a él.

«Hola, ahí estás», Annie se colocó entre nosotros. «Nikki quiere hablar contigo antes de la subasta», envolvió su brazo alrededor del mío. «¿Te importa?», le preguntó a Derek.

«En absoluto», él dejó escapar un suspiro. «Solo estábamos tomando una copa».

«Genial», me atrajo hacia ella.

«Gracias por la bebida», me despedí con un movimiento de mi mano.

«Un placer», asintió con ambas manos en los bolsillos, luciendo como un James Bond de la vida real.

De alguna manera, logré apartar mi mirada de él y seguir a Annie hasta el otro extremo de la

habitación.

«Annie, te juro que tus fiestas se están volviendo cada vez más raras. ¿Qué se supone que debo hacer exactamente en esta sala de subastas? Tienes que admitir que suena pervertido», observé a las dos chicas en lencería bailando a ambos lados de la entrada de la habitación.

«Saca la cabeza de la cuneta por un minuto. Todo lo que tienes que hacer es sostener tu número a la altura de la cintura y pavonearte de arriba a abajo por la pasarela. Encantarás a la gente».

«¿Y no crees que eso es extraño?».

«Relájate. Son principalmente mujeres. ¿Ves?», me hizo pasar a lo que supuse que era la sala de subastas, que ya estaba repleta de mujeres que llevaban puestos elegantes vestidos.

«De todos modos, ¿cuánto cuesta este vestido?».

«Cinco mil. Intenta no derramar nada sobre él». Hizo un gesto con la mano hacia Nikki, que estaba de pie junto a la plataforma elevada, hablando con las otras modelos.

«Terminemos con esto de una vez».

Tal vez esto no fuera tan malo. Rodeada de mujeres hermosas, podía fácilmente mimetizarme con el fondo. Estudié los movimientos de Nikki, cómo se comportaba con tanta gracia y confianza. No parecía inmutarse en absoluto de que la hubiera visto desnuda hace unas semanas. Tal vez no me reconoció.

«Entonces, como dije, esperen mi señal antes de comenzar a caminar por la pasarela. Permanecerán allí durante la subasta. Cuando termine, saldrán por donde entraron. Súper fácil. ¿Alguna pregunta?», ella me miró a los ojos.

«No», murmuré junto con las otras mujeres.

«Genial. Hagan una fila detrás de la cortina y comenzaremos».

Desearía haber terminado la segunda copa de champán, me quedé de pie frente a la elegante pasarela que Nikki había preparado. Mis piernas temblaban un poco mientras veía a la primera modelo presentarse para la subasta. Por primera vez en semanas, las mariposas en mi estómago no tenían nada que ver con mi ardiente casero. Tal vez Annie tenía razón y necesitaba sacar mi mente de la cuneta. Pero todo este evento me parecía pervertido, como si las mujeres estuvieran desfilando para ser vendidas. Claro, solo los vestidos estaban a la venta. Pero una parte de mí no podía dejar de pensar, en particular, en un multimillonario sexy que pujaba por mí.

Finalmente, fue mi turno. Esperé el asentimiento de Nikki y luego salí al escenario. Respiré profundamente y caminé hacia el lugar que Nikki me había indicado. En el momento en que encontré una pose que no me pareció demasiado forzada y me sentí algo cómoda, Derek apareció en mi visión periférica. Esa apariencia de James Bond era letal en él. Hice lo mejor que pude para ignorarlo, pero no importaba. Su mirada oscura se mantenía fija en mí. Cada vez que ajustaba las mangas de su chaqueta de esmoquin, se me erizaba el vello de la nuca. Sin ninguna razón en absoluto, mi mente evocó un montón de escenarios diferentes, donde Derek irrumpía en el último minuto y me compraba para pasar la noche.

«Lo estás haciendo muy bien. Definitivamente luces bien el papel», dijo Nikki en voz baja, mientras alisaba los tirantes de mi vestido. «Y déjame ver esos dientes blancos perlados. No te preocupes. No dejaré que él haga nada estúpido». Se alejó del escenario para comenzar la subasta.

Hice todo lo posible por no moverme nerviosamente mientras las mujeres del público miraban el vestido de arriba abajo, y me quedé parada en el lugar marcado mientras llegaban las ofertas. Nikki había empezado con una oferta alta, cinco mil, el valor real de la prenda. Pero a algunas de las mujeres no les importó. Subieron la oferta como si estuvieran pagando con dinero

del Monopoly. Siguieron haciéndolo hasta que la mujer mayor del traje de esmoquin ofreció seis mil. Todo en ella gritaba dinero antiguo y moda de diseñador. Este vestido le pertenecía.

«Se va a la una. Se va a las dos». Nikki hizo una pausa para lograr un efecto dramático mientras escudriñaba la sala en busca de nuevos compradores.

Justo cuando pensé que todo había terminado, Derek levantó la mano.

«Siete mil».

Nikki bajó la mirada y podría haber jurado que puso los ojos en blanco.

«¿Tengo siete mi quinientos? ¿Katie?».

La mujer del traje de esmoquin, Katie, asintió.

«Ocho», Derek miró a Katie a los ojos.

«Ocho mil quinientos». Katie se rió entre dientes, completamente divertida.

El resto de la sala retumbó mientras las otras mujeres se reían y comentaban. Mis mejillas se sonrojaron. ¿Estaba haciendo esto por mí? ¿La gente podría darse cuenta de que me estaba mirando?

«Quince mil», desvió su mirada hacia mí.

Una descarga de adrenalina me recorrió el cuerpo porque juré que la mirada en sus ojos decía que estaba dispuesto a pagar cualquier cantidad de dinero, no solo por el vestido, sino también por mí.

Nikki se tocó el puente de la nariz antes de mirar a Katie, quien negó con la cabeza una vez. Nikki se encogió de hombros como diciendo que no podía competir con el multimillonario en la sala. «Se va a la una, se va a las dos. Vendido a nuestro amable anfitrión».

Me quedé de pie en medio del escenario con el corazón latiendo con fuerza en mis oídos y garganta. Esta oferta no significaba nada. Derek y la lujuria en sus ojos no significaban nada. Esto era solo un juego para los ricos, ¿verdad? Si ese fuera el caso, ¿por qué Derek me miraba como si le perteneciera?

«¡Vamos!», dijo Annie en voz baja. «Muévete».

Salí de mi fantasía perversa y de alguna manera logré bajar del escenario sin caerme de cara. Dios mío, Derek tenía una manera de ponerme nerviosa. Para cuando Annie me encontró detrás de las cortinas de terciopelo, mi pulso había vuelto a la normalidad, pero mi mente todavía estaba dando vueltas por todas las malas ideas que Derek me metió en la cabeza con sus locas ofertas.

«Déjame averiguar dónde puedes cambiarte tu vestido de quince mil dólares». Ella negó con la cabeza. «Ve a tomar algo. Pero no vayas demasiado lejos».

«Está bien», asentí y caminé con dificultad hacia la barra, sintiéndome agotada ahora que la adrenalina me había abandonado.

Aunque el barman no había visto la subasta, parecía saber que necesitaba un trago con urgencia. Tan pronto como llegué a la barra, me sirvió una copa de champán.

«Gracias», tomé un sorbo.

Cuando levanté la mirada, me encontré con la sonrisa lobuna de Derek.

«Baila conmigo».

«¿De qué se trató todo eso?», le pregunté.

«Baila conmigo», insistió.

«¿Por qué? ¿Porque pagaste una cantidad de dinero demencial por este vestido?».

«No. Porque quieres hacerlo».

Me dirigió su habitual sonrisa ardiente y segura de sí mismo.

Miré el reloj sobre la barra. Faltaban quince minutos para la medianoche. Teníamos un poco de tiempo. Sin mencionar que realmente quería bailar con él. Y tenía que saber sobre los planes

de Bridget. Tan pronto como asentí en señal de rendición, tomó mi copa y la dejó sobre la barra. Luego me acompañó hasta las puertas dobles del otro extremo de la habitación. Un portero de brazos enormes se puso firme cuando nos acercamos a él. Sus ojos se posaron en mi muñeca, pero cuando abrió la boca, probablemente para decirme que no podía entrar, Derek levantó la mano.

«Ella está conmigo».

«Por supuesto, señor Cole», el hombre asintió y se hizo a un lado.

Esta era la vida con el señor Cole. Un pase de acceso total. La habitación de al lado era un mundo diferente al anterior y gritaba sexo un poco más fuerte. En lugar de mesas, había carpas de alberca de resort a lo largo de la pared. No había DJ aquí, sino una banda real tocando melodías de jazz. Cuando llegamos a la pista de baile, me dio la vuelta una vez y me acercó a él. Por supuesto, el hombre sabía bailar.

«Este lugar es increíble», dije, consciente de lo cerca que estaban mis labios de su cuello. Quería besarlo en los labios... al diablo con Bridget y con su estúpida promesa que hizo de no besarme hasta que yo se lo pidiera.

«¿Castigaste a Max hoy?».

¿Qué? La mención de Max disipó la tensión sexual que se acumulaba en mi interior y el dolor entre mis piernas. ¿Lo estaba haciendo a propósito?

«No. Después de todo, no fue su culpa. Fuiste tú quien me arrojó a la alberca».

Se rió, con su risa profunda y suave como la miel.

«Técnicamente, yo salté. Simplemente, tú estabas cerca». Su pulgar se deslizó bajo la línea de mi pecho, enviando una corriente de electricidad por mi espalda.

«¿Hay un lugar donde podamos sentarnos un rato?». Necesitaba hablar con él antes de que esto entre nosotros fuera más allá.

«Por supuesto, tengo una carpa privada en la otra habitación».

No había querido actuar de manera tan misteriosa, pero si quería gritarme o echarme después de que habláramos, no quería que toda esta gente nos mirara con lujuria. La sala VIP, estaba en otra sección del enorme almacén, era más pequeña e íntima que las dos anteriores. La melodía sensual y melancólica del violinista que tocaba se sumaba al ambiente decadente del lugar.

Su tienda era acogedora, toda decorada con muebles de cuero blanco y perfumada con un ligero aroma a vainilla. Bajo el brillo de la pequeña lámpara de araña del techo, mi vestido parecía rojo escarlata. Tragué saliva y alisé la tela alrededor de mi cintura. Este era el peor lugar para contarle los planes de su ex, pero ya no había vuelta atrás. Me senté en el sofá y algunas almohadas cayeron al suelo.

«Oh, lo siento». Me incliné para recogerlas.

«Déjalo». Me agarró los dedos, luego se desabrochó la chaqueta del esmoquin con su mano libre antes de sentarse.

Por costumbre, o por cobardía, me moví lentamente hacia mi izquierda para hacer espacio. Me dio una sonrisa brillante que decía *buen intento*.

«Decídete, Valentina. No puedo soportarlo más».

Me derretía un poco cada vez que decía mi nombre. Apreté las piernas y me moví un poco más. El sofá no era lo suficientemente grande para los dos.

«No sé a qué te refieres», a sus pies, yo ya era un charco ardiente de deseo no realizado.

«¿Quieres besarme o no?», se deslizó sobre el cojín. «Pídemelo».

Ajusté mi peso en el asiento. Él apretó más su agarre en mis dedos. Dios, incluso si hubiera querido huir, no creía que mis piernas respondieran. Inclinando la cabeza para encontrarse con

mis ojos, frotó su pulgar por el interior de mi muñeca, donde mi pulso era claramente visible.

«Te deseo». Había querido decir algo más, pero por mi vida, no podía recordar qué.

«Lo suficientemente cerca, cariño», ahuecó mi nuca y capturó mi boca con un anhelo que envió una cinta de lujuria a través de mí.

El calor pulsaba entre mis muslos mientras la punta de su lengua acariciaba la mía. Me incliné y chupé suavemente. Tal vez no tuviera otra oportunidad de probarlo. Me recostó en el sofá y aterricé sobre una cama de suaves y sedosos almohadones decorativos. Un gemido escapó de sus labios, haciendo que mis nervios se disolvieran. El saber que él me deseaba tanto como yo a él alimentó mi lado atrevido. Mi mano temblaba de anticipación mientras la deslizaba dentro de su chaqueta y amasaba los duros músculos debajo de su camisa. Tiré de ella, mis dedos ansiaban tocar su piel.

«Eres tan hermosa».

Plantaba sensuales besos en mi cuello y en los duros pezones atrapados debajo de mi vestido.

Más temprano esta noche, el vestido me había quedado perfecto, pero ahora se sentía apretado y me estorbaba. Derek debió haber leído mis pensamientos porque en el instante en que pensé en quitarme el vestido, él se estiró detrás de mí y jaló la cremallera, lo suficiente para liberar mis pechos.

Su boca encontró mi pezón tenso justo cuando la tela se deslizó hacia abajo un par de centímetros. Gemí contra su sien. Una noche, todo lo que necesitaba era una noche para sentirme viva de nuevo. Mañana, él me odiaría, pero por ahora, él estaba aquí y me deseaba. ¿Qué daño podría causar? Después de todos estos años, necesitaba esto. Lo necesitaba a él. No lo detuve cuando me subió el vestido y me frotó las piernas al subirlo. Estaba completamente a su merced. Apretó mi nalga. Dios, necesitaba más que eso.

Sus ojos se clavaron en los míos.

«Dime qué quieres. ¿Hasta dónde?».

«No esperes más». Suspiré, dejando caer una rodilla a un lado.

«Jesús». Deslizó su mano desde mi cadera hasta debajo de mi ombligo y luego más abajo.

El calor de sus dedos largos trajo una nueva ola de sensaciones.

«Por favor». Estaba tan excitada por él que no podía esperar.

Él asintió mientras sus dedos se hundían entre mis pliegues. Estaba tan mojada por él. Mi creciente necesidad respondía a su respiración entrecortada contra el valle entre mis pechos. Tener a un hombre hermoso como Derek deseándome era puro éxtasis. Y descubrí que ya no tenía la fuerza de voluntad para rechazarlo.

«Ay, cariño, no tienes idea de lo que me provocas». Sus dedos pasaron más allá de mi entrada, justo cuando su boca descendió sobre la mía nuevamente para amortiguar mi grito.

«Solo desearía que me dejaras entrar estando en un lugar menos concurrido», me besó con fuerza.

Sus palabras no se registraron. ¿Qué quería decir? Oh, mierda, todavía estábamos en la fiesta. Me giré hacia la entrada de la carpa, pero él ya había bajado las cortinas. No tenía idea de cuándo había tenido tiempo o una mano libre para hacerlo.

«Ahora voy a tener que esperar mi turno». Hizo círculos con el pulgar alrededor de mi clítoris, enviando una corriente eléctrica por mis piernas.

«¿Qué?».

¿De verdad quería hacerme venir aquí? ¿Con toda esa gente afuera de la tienda?

Enterró sus dedos profundamente dentro de mí. Dejé que mi cabeza cayera pesadamente sobre las almohadas, junto con las pocas piezas de armadura que me quedaban. Todo a mi

alrededor quedó en silencio mientras el zumbido debajo de mi ombligo se hacía cada vez más fuerte. Lo besé de nuevo. El deseo se había convertido en calor, y el calor en un dolor glorioso. Completamente en sintonía con lo que necesitaba, deslizó sus dedos hacia afuera y luego hacia adentro mientras su pulgar continuaba su dulce tortura en mi entrada.

«Suéltate, Valentina».

«Derek».

Me agarré de sus hombros y me rendí por completo. El orgasmo que me atravesó fue una avalancha que no pude controlar.

«Dios mío», exclamé.

Ola tras ola de placer surgieron a través de mí. No tenía idea de que pudiera ser así. En el fondo de mi mente, consideré el hecho de que tal vez correrse en la mano del jefe del jefe del jefe del jefe de mi jefe no era una buena idea. Pero se sentía demasiado bien. Ni siquiera pude encontrar una razón para sentirme avergonzada. Quería más.

«Salgamos de aquí». Cubrió mi montículo con mis propios jugos. «Di que sí».

«Sí». Me encontré con su mirada azul.

CAPÍTULO 16

Déjalo ir

DEREK

«De todos los lugares en los que podrías haber dicho que sí, ¿por qué tenía que ser aquí?».

Agarré la mano de Valentina con fuerza mientras la empujaba detrás de mí hacia la sala de admisión general.

«No lo planeé exactamente». Luchó por recuperar el aliento. «Espera». Se detuvo en seco. «Tengo que devolver el vestido».

Me volví para mirarla. Dios, realmente se veía hermosa con ese vestido.

«Puedes devolvérmelo más tarde», le sonreí. Se sonrojó y mi pene se puso firme. «Envíale un mensaje a tu amiga y dile que te llevaré a casa», hice un gesto hacia mi chofer, que esperaba en la parte superior de la rotonda.

Por primera vez, Valentina no cuestionó mis intenciones ni mi prepotencia. En cambio, le envió un mensaje a Annie mientras se acurrucaba a mi lado con un ligero escalofrío.

«Tienes frío», me quité la chaqueta del esmoquin y se la puse sobre los hombros.

«Definitivamente el aire está frío».

No lo sentí, pero la abracé fuerte de todos modos, feliz por la excusa para mantener mis manos sobre ella. Cuando la camioneta se detuvo, le abrí la puerta y la ayudé a subir. Cuando di la vuelta alrededor del auto, mi chofer James ya me estaba esperando.

«¿Se va a casa, señor Cole?», preguntó.

«Sí. ¿Está lista la escolta?».

«Casi. Están terminando el montaje».

«Gracias. Buen trabajo». Subí y dejé que cerrara la puerta detrás de mí.

«Una bebida». Le entregué a Valentina una de las botellas de agua ocultas en el portavasos. Tomé la otra y guardé la consola que me separaba de ella.

«Decídete. ¿Me quieres borracha o sobria?». Su mirada bajó al espacio vacío entre nosotros antes de tomar un largo sorbo.

«Borracha antes, sobria ahora». Le planté un casto beso en la mejilla, aunque quería hacer mucho más que eso.

«Una escolta policial, ¿eh?». Se inclinó hacia delante para ver mejor el coche de policía que acababa de abrirse paso por el estacionamiento abarrotado para dejarnos paso.

«Idea de Nikki. El tráfico durante eventos como este puede ser imposible. Nos sacarán de aquí rápido».

Se sonrojó y mi pene empujó mi cremallera. *Jesús.* Obviamente, ella sabía por qué tenía prisa por llegar a casa, pero no quería hacer ni decir nada que la asustara o que la hiciera cambiar de opinión. Cuando alcancé su mano, me apretó los dedos, deslizando su pulgar por mi palma. Bien

podría haber estado acariciando mi pene, por la forma en que reaccionó mi cuerpo. Me forcé a respirar con normalidad y la miré de reojo. Ella miraba por la ventana, aunque todo a nuestro alrededor estaba completamente oscuro.

La carga eléctrica en el aire me metió todo tipo de malas ideas en la cabeza. Su olor se aferró a mi camisa de esmoquin. Cada vez que lo inhalaba, la veía en mi mente, la forma en que se derretía en mis brazos y se rendía a esta necesidad que ambos teníamos el uno del otro. Era tan jodidamente hermosa cuando se corría. ¿Cómo diablos encontré el autocontrol para mantenerme alejado durante tantos meses? Ahora que estaba aquí, no podía imaginar estar con nadie más. La necesitaba como necesitaba el aire.

Miré nuestras manos unidas. Ella se aferró a mí con todas sus fuerzas, completamente inconsciente de cómo sus nervios alimentaban mi deseo por ella. Acomodé mi peso en el asiento y me acerqué un poco más a ella, con los pantalones apretados y mi miembro en absoluta agonía.

«¿James?», me volví hacia el conductor.

«Sí, señor. Están ellos aquí ahora».

La sirena de emergencia sonó un par de veces para apartar los autos del camino y dejarnos pasar. Nuestro todoterreno avanzó y en cinco minutos exactos, salimos del estacionamiento de locos y nos dirigimos a casa. A mi lado, Valentina jugueteaba con la tela de su vestido. Podría besarla ahora mismo y hacerla olvidar. Pero cada vez que me veía besándola, también me veía desvistiéndola.

«Nunca te pregunté cómo te va con la cabaña».

«Genial». Ella bajó la mirada hacia sus manos y luego la levantó para encontrarse con la mía.

«Nunca te agradecí por ayudarme ese día».

«Tú lo hiciste. Quiero decir, por favor no pienses que te ofrecí la cabaña solo para poder… ya sabes».

«No creo eso en absoluto». Se inclinó más cerca de mí.

Su escote profundo me hizo olvidar mis palabras. Quería tocarla como lo había hecho en la recaudación de fondos. Presioné mi frente contra la suya y ella apretó mi mano; bien podría ser mi corazón. Ella entró en mi vida hace solo unas semanas, pero sentí como si hubiera esperado toda una vida por ella, por esto. Poniendo un dedo debajo de su barbilla, levanté sus labios hacia los míos.

«Estamos aquí, señor». James me miró a los ojos por el espejo retrovisor.

«Gracias». Asentí una vez.

Para cuando abrí la puerta de la casa, la necesidad urgente que nos había asaltado en la fiesta había disminuido a un nivel manejable. Valentina merecía más que una rápida voltereta en un club o en el asiento trasero de una camioneta. Nunca lo dijo, pero estaba seguro de que la última vez que tuvo sexo fue cuando Max fue concebido. O más o menos en esa época. De cualquier manera, había pasado mucho tiempo para ella.

«¿Tienes hambre?». Cerré la puerta detrás de nosotros y la atraje hacia mí.

«Podría comer». Ella asintió débilmente y tuve la impresión de que no tenía la capacidad de decirme que no esta noche.

Sentí lo mismo y me aterrorizó.

En la cocina encontramos una botella de champán, una tabla de quesos con capas de frutas y nueces y un plato de macarrones. Maldije en voz baja. Valentina sabía que yo no sabía que ella estaría en la fiesta. ¿Ya había adivinado que este bocadillo de medianoche era para mi invitada de la noche?

Con una gran sonrisa en su rostro, se paseó por la isla, como lo había hecho en la subasta en

vivo. Su otra mano se deslizó por el borde de la encimera de granito mientras observaba la tabla de charcutería excesivamente lujosa. La confianza le quedaba bien.

«Está bien».

«Está bien, ¿qué?», apoyé una cadera sobre la piedra fría.

«¿Qué pasa si me como el queso y bebo el vino?», preguntó con voz juguetona. «¿Me convierto oficialmente en *Sábado*?».

Sexy y segura, una combinación letal. Dios, estaba disfrutando de este lado de ella.

«No digas eso». Me pasé la mano por el cabello para ganar algo de tiempo. No podía pensar con claridad. Sus palabras de antes esta noche pasaron por mi mente. *Te deseo*. Ella estaba aquí y lista, y ahora un estúpido problema con el catering estaba a punto de arruinar mi noche. «Em sabe que tengo hambre después de una noche de fiesta». No sonaba ni suave ni convincente.

«Por supuesto». Levantó una ceja, apretando los labios para ocultar una sonrisa.

«Lo siento».

«No lo sientas. Sé quién eres. Sé que no puedes amarme. Somos de mundos diferentes. Pero no me importa. No esta noche. Te deseo». Su voz era baja y ronca. «Una noche. Eso es todo lo que tenemos».

Valentina y sus reglas. Pero ella estaba aquí. Y eso era un progreso. Tenía toda la noche para demostrarle que una noche no sería suficiente. Al menos no para mí. Merodeé alrededor del mostrador. Ella casi dio un paso atrás, pero se contuvo y se mantuvo firme, desafiándome.

«Así que, ¿me estás diciendo…?», pasé el dedo por la tela sedosa debajo de su ombligo, «que mañana…», nuestras respiraciones llenaron el pequeño espacio entre nuestras bocas cuando me incliné más cerca, «¿esto no tendrá ningún efecto sobre ti?».

Suspiró y asintió.

«¿Si lo tendrá?».

«Sí, eso es lo que te estoy preguntando», dijo con gran convicción mientras agarraba la solapa de mi chaqueta de esmoquin.

«Bien. Lo haremos a tu manera». Agarré la botella de champán. «Son tus reglas. Si una noche es todo lo que tenemos, entonces hagamos que cuente. Trae los macarrones».

«¿Adónde vamos?».

Se rió mientras agarraba el plato lleno de dulces.

«Quiero mostrarte algo».

Esperé junto a la puerta del patio mientras ella apilaba más comida en la bandeja.

«Te gusta la astronomía, ¿cierto?».

«Sí. ¿Cómo lo supiste?».

Su mirada se desvió hacia la mía.

«Trabajas para mí, ¿recuerdas?».

«Cierto». Se mordió el labio como si tuviera algo más que decir. «¿Adónde vamos?».

«Allá arriba». Hice un gesto hacia las escaleras que conducían a la terraza del dormitorio. La vista nunca dejaba de dejarme sin aliento. Esperaba que esta noche hiciera lo mismo con ella. En verdad, esperaba muchas cosas esta noche. Ninguna de las cuales tenía sentido porque Valentina era una complicación de proporciones épicas. Y, aún así.

«Oh, guau. Siempre me pregunté qué había aquí arriba». Su mirada se lanzó a través de la terraza, luego se elevó.

«Es mi dormitorio», le dije.

Inmediatamente, su mirada se desvió hacia la cama con dosel más allá de las puertas francesas dobles.

«Oh, no lo sabía».

Dejó tentativamente el plato de macarrones en la mesa del patio, mientras su atención se fijaba en la cabaña al otro lado de la alberca. Valentina había tomado una decisión sobre mí y sobre esta noche. Pero no se había olvidado de sus razones para no poder quedarse.

«Ven aquí. Esto es lo que quería mostrarte». Tomé su mano y la llevé hacia el telescopio que estaba en el otro extremo.

«Por supuesto que tienes un telescopio», ella se rió. «¿Puedo?».

«Por favor». Cuando el técnico vino a instalarlo ayer, nunca soñé que se lo mostraría tan pronto.

Ella echó un vistazo a través de la lente.

«Dios mío, puedo ver Saturno». Me miró por encima del hombro. «Espera, eso no puede ser. ¿Verdad?».

«Tú eres la experta. Dímelo tú». No podía apartar mis ojos de ella y de ese vestido que se pegaba a su trasero bien formado.

«Esto es increíble. No me extraña que siempre haya mujeres desnudas pavoneándose en tu casa. Tengo que admitir que estoy luchando contra el impulso de quitarme la ropa ahora mismo». Ella puso una de sus sonrisas de dos hoyuelos antes de volver su atención a las estrellas.

¿Me estaba tomando el pelo? Esperaba que no estuviera bromeando sobre la parte de desnudarse. La deseaba tanto que no podía respirar. Detrás de ella, la tomé por la cintura y le susurré al oído, «nunca traigo a nadie aquí arriba, pero me alegro de que esté teniendo este efecto en ti. Nunca luches contra el impulso de desnudarte frente a mí», luego, la giré para que me mirara.

«¿Por qué me trajiste aquí arriba?», ella colocó su mano entre nosotros.

«Quería mostrarte las estrellas».

«¿Por qué tienes que ser tan perfecto?».

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras daba un paso atrás.

«¿Qué pasa?», le pregunté.

«Hay algo que deberías saber». Alisó la tela de su vestido e inhaló profundamente. «La semana pasada, Bridget, tu esposa».

«¿Qué pasa con ella?», el nombre solo fue suficiente para ponerme nervioso.

«Me pidió un favor. Ella...», Valentina miró hacia arriba por un instante. «Me pidió que te convenciera de firmar los papeles del divorcio antes de fin de mes».

«¿En realidad por eso estás aquí?».

«Sí».

Mi mirada se dirigió hacia ella.

«Quiero decir, no. Sí, lo consideré por un momento, pero solo porque amenazó con echarme de la cabaña, anulando el contrato».

Se frotó las arrugas de la frente.

Me senté en el muro bajo y tragué el nudo en mi garganta. Parecía que no era el único que espiaba los registros laborales de Valentina. Bridget estaba realmente desesperada si pensaba que Valentina era la manera de conseguir lo que quería. La peor parte era que, en algún lugar no tan profundo de mi interior, estaba listo para decirle a Valentina que podía tener lo que quisiera siempre que pasara la noche conmigo, como había dicho que haría.

Puta mierda. «Deberías irte. Hemos terminado aquí».

«Derek, nunca te traicionaría». Entré en pánico. Ella puede ser tan aterradora. No podía decir que no. Pero juro que nunca hubiera intentado engañarte para que hicieras algo que no quieres».

Pasó los dedos por mi cabello. «No me odies».

Tragué saliva, sin atreverme a moverme. Si lo hacía...

«Necesito esto. Presionó sus labios contra mi sien».

El aroma de su perfume difuminó el lento ardor en mi estómago. Gemí, levantando mis dedos hasta sus caderas. Me incliné hacia atrás y la atraje hacia mis piernas. Su aliento en mi rostro me recordó nuestro primer beso, el mismo día que firmé los papeles del divorcio, el mismo día que Dom me pidió que esperara un poco más.

«¿Por qué estás aquí realmente?», acaricié su cuello.

Sus pechos hinchados tocaron la línea de mi mandíbula y me atrajeron más profundamente. Lo siguiente que supe fue que estaba cayendo. No me importaba lo que Bridget casi la había hecho hacer. Necesitaba a Valentina de la peor manera posible. Cerré los ojos y me concentré en el latido de su corazón.

«Porque te deseo. Aunque sea solo por una noche».

«Entonces, ¿por qué me has contado los planes de Bridget?».

La miré a los ojos. Necesitaba creer en sus palabras, creer que ella nunca haría nada para traicionarme como Bridget lo había hecho. «¿Por qué?».

«No quería que nada nos afectara esta noche», suspiró. «Has hecho tanto por nosotros. Mereces la verdad. Mereces ser feliz».

Su sonrojo envió una repentina oleada de deseo desde mi erección hasta los dedos de mis pies. El lamentable intento de Bridget de poner a Valentina en mi contra no había funcionado. Valentina estaba aquí por mí. Me deseaba.

«Dilo. Necesito que digas las palabras».

«Quiero estar contigo», se relajó contra mí.

«Me tienes». Solté un suspiro, envolviéndola con mis brazos. Se me puso la piel de gallina mientras mordisqueaba el borde del escote de su vestido. La miré a los ojos y me estiré detrás de ella para jalar la cremallera. Si la anticipación pudiera matar...

«Ha pasado mucho tiempo para mí». Pasó sus manos sobre mis hombros.

«Lo tomaremos con calma». No podía recordar la última vez que tuve sexo estando sobrio. O la última vez que necesité a alguien con tanta urgencia. Besé sus labios suavemente. «Ha pasado mucho tiempo para mí también».

Cuando el vestido se amontonó a sus pies, miró hacia abajo como para hacer un último intento por mantener su ropa puesta. Tomé sus dos muñecas y las sostuve en su espalda baja. Surcos rojos cubrían su pecho donde el corpiño la había ceñido toda la noche. Froté mis pulgares sobre su piel para aliviarla. Hipnotizado, observé cómo sus pechos se agitaban en mis manos. Dios, estas bellezas eran más hermosas de lo que había imaginado. Lamí una punta de color rosa rojizo.

Ella está aquí por mí.

Repetí las palabras una y otra vez en mi cabeza mientras deslizaba una mano sobre su ropa interior de encaje. Estaba tan jodidamente mojada. De vuelta en la recaudación de fondos, casi me desmoroné cuando mi mano encontró su coño desnudo. Quería verlo, probarlo. Enganché mis pulgares sobre sus bragas y las dejé caer al suelo.

«Estás a salvo conmigo». Pasé mis dedos sobre su suave entrada.

Antes de que terminara de pronunciar las palabras “Lo sé”, me incliné y presioné mis labios contra su capullo. Había pensado solo darle un beso. Pero el aroma era tan embriagador que no pude resistir la tentación de deslizar mi lengua por sus pliegues y probarlo de verdad. Sus suaves suspiros y gemidos hicieron que mi pene se endureciera en mis pantalones.

«Yo también quiero verte».

«Voy a necesitar tu ayuda». Jadeé y me incliné hacia atrás para darle acceso.

Ella jugueteó con el broche superior de mi camisa de esmoquin. Cuando no salió, frunció el ceño con frustración y luego se movió hacia abajo para desabrocharme los pantalones. Dios mío, era tan excitante. Una Valentina desnuda desvistiéndome con tanta urgencia, la misma urgencia que yo sentía, era más que erótico.

Cuando liberó mi erección, emitió un sonido que parecía algo entre un jadeo y un gemido áspero. Juraría que cada vez que me miraba así, me sentía a tres metros de altura. Se lamió los labios y lentamente se acercó a mí y me acarició. Agarré su cabello en la nuca y la atraje para besarla mientras seguía excitándome hasta el frenesí. Al principio, pensé que quería sentirse cómoda con mi tamaño, pero luego se sentó sobre sus talones y pasó la lengua desde la base de mi pene recorriéndolo completo.

«¿Estás tratando de malditamente matarme?», dejé escapar un suspiro.

«Lo siento», se rió.

«Nunca te lamentes». Capturé su boca y la besé con fuerza, mientras me quitaba los gemelos y los pendientes del esmoquin y los arrojaba sobre su ropa interior.

Con una sonrisa triunfante, me quitó la camisa de vestir junto con mi camiseta interior por encima de mi cabeza. Una brisa rozó entre nosotros, aunque no hizo nada para disminuir el calor que me quemaba. Ella dio un paso hacia mí nuevamente, su suave piel finalmente tocó la mía.

«No puedo creer que esté aquí contigo», tocó mi mejilla.

«No tienes idea de cuánto tiempo he fantaseado con este momento. Tenerte viviendo tan cerca ha sido pura tortura», coloqué mi muslo entre sus piernas y empujé suavemente contra ella.

«Derek», gimió mientras sus ojos se cerraban.

Amasé sus nalgas. Quería tocar y besar cada centímetro de ella. Una noche no era suficiente, pero un paso a la vez. Me puse de pie y me puse a trabajar en las horquillas de su cabello. Con mis brazos sobre su cabeza, ella tenía acceso completo a mí. Suspiró, y luego sus manos y sus suaves labios estuvieron por todo mi cuerpo, dejando un rastro de besos ardientes.

Agarrando mi pene, di un paso atrás para ver su cabello caer sobre sus hombros. La vista de ella era más de lo que podía soportar. La levanté por la cintura y la llevé a mi dormitorio.

«¿Por qué me hiciste esperar tanto?». La dejé caer sobre el colchón.

Ella negó con la cabeza, dejando que sus piernas se separaran ligeramente. Valentina era una visión con su cabello esparcido sobre ella, sus pechos subiendo y bajando, la caída de su cintura y esos muslos musculosos. Casi alcancé el clímax con solo mirarla. Ella estaba aquí. Después de todo este tiempo, Valentina estaba en mi cama.

Me acerqué a la mesilla de noche y saqué un paquete plateado. Su mirada vagó desde mi rostro hasta mi pecho. Esa mirada ardiente suya hizo todo tipo de promesas mientras me veía desenrollar el condón sobre mi erección. Mi pene se sacudió de excitación y una dolorosa necesidad que ya no podía controlar. La agarré con más fuerza antes de alisar el látex y arrodillarme entre sus piernas. Pasé mi mano por su muslo y le planté un beso con la boca abierta en el vértice de su sexo. Arqueó la espalda cuando mi lengua se abrió paso a través de los pliegues. Chupé, saboreándola toda, lenta y constantemente.

«Te necesito ahora». La parte interior de su muslo se frotó contra el costado de mi cara, y eso fue todo lo que pude soportar.

Subí hasta su ombligo, tomé un puñado de su pecho y acaricié su pezón mientras chupaba con fuerza el otro. La miré a los ojos y apoyé mis brazos a ambos lados de ella.

«¿Estás teniendo dudas?», tragó saliva mientras su mirada se dirigía rápidamente hacia abajo

entre nosotros.

«Te necesito tanto que... me asusta». Presioné mi erección contra su entrada húmeda.

«Yo también».

Se apoyó en sus codos y encontró mis labios para un beso profundo.

Entré en ella con toda la fuerza del deseo que sentía. Una miríada de historias estalló en mi cabeza sobre todas las veces que me senté a su lado en la cafetería, incapaz de tocarla o sentir su piel así, todas las veces que pasé solo en esta habitación deseando tener más para darle. Empujé más profundamente dentro de ella mientras dejaba que todas esas noches de frustración se derritieran. Ella se apretó a mi alrededor mientras sus caderas subían para encontrarse con las mías. Me tenía al borde. Estaba cerca, pero no exactamente donde yo estaba. Sosteniendo su cintura, moví una rodilla debajo de ella y bombeé con fuerza. Una vez más. Y otra vez.

«Te sientes tan jodidamente bien», me incliné para chupar sus pezones. «Córrete para mí».

«¿Qué? No, no puedo», jadeó.

«Lo hiciste antes». Disminuí la velocidad, ladeando la cabeza para mirarla a los ojos.

«No sé qué fue eso». Sus mejillas se pusieron de un rojo brillante. «Quiero decir que sí. Solo que...», ella negó con la cabeza.

«Relájate. Tenemos toda la noche». Agarré una almohada y la metí debajo de su trasero. «Shh». Me deslicé completamente hacia afuera, luego volví a entrar en ella.

«Derek». Pasó sus uñas por mi espalda y mis nalgas.

«Estoy aquí, cariño», susurré contra su cuello mientras un calor líquido me invadía. «Déjalo ir».

Se apretó a mi alrededor. Mantuve el ritmo que había marcado antes. Cada vez que embestía contra ella, sentía sus paredes resbaladizas apretarse alrededor de mi pene. Ella ya estaba allí, pero demasiado asustada para tomar lo que necesitaba. Era tan terca. Capturé su boca nuevamente y la besé con fuerza, mientras movía su mano, para que pudiera frotar su coño.

«Siente lo mojada que estás».

Ella arqueó sus caderas y hundió su cabeza en el colchón. Ver su orgasmo me puso al borde. Bombeé más fuerte hasta que cada gramo de deseo en mi cuerpo se agotó, hasta que sus manos cayeron a un lado y se derritió bajo mi cuerpo.

CAPÍTULO 17

Sigues siendo nada

VALENTINA

El borde de la cama California King estaba en el otro extremo de la suite. Miré a mi alrededor mientras intentaba recordar cómo habíamos terminado en el sofá. Mi pulso se aceleró al recordar lo que acabábamos de hacer.

«¿Champán?», Derek se cernió sobre mí.

«Mmm», no podía encontrar mi voz. Mis piernas tampoco respondían. Me di vuelta sobre mi vientre y mi mano aterrizó a mi lado en el suelo. Estaba en una especie de subidón. El aroma terroso que nos rodeaba, la suave tela de chenilla del sofá que acariciaba mi piel, incluso el color pálido de las frías baldosas de mármol travertino se amplificó… resultaba más vívido, más claro.

Un líquido frío y burbujeante se deslizó por mi espalda. Un momento después, la boca de Derek estaba sobre mí, bebiendo el vino que se acumulaba a lo largo de mi columna vertebral.

«Si eso está destinado a levantarme, está teniendo el efecto contrario», me estiré lentamente, mientras él continuaba pasando un rastro de besos por mi espalda.

«Sabes increíble».

«No siento las piernas», me senté y me quedé frente a la chimenea.

A mi izquierda, las montañas Catalina eran una sombra distante bajo las estrellas brillantes. Esta noche no podía ser más perfecta. Mi cabello caía sobre mi hombro, rizado y desordenado. Pasé mis manos por él para alisarlo, pero me di por vencida después de unos cuantos intentos. Arreglar el rizo una vez que se asentaba era imposible.

«Te ves tan hermosa». Se sentó a mi lado, colocando un macarrón en mi pierna desnuda. Sus ojos eran de un azul brillante mientras permanecían allí. Su mano subió por mi muslo y contuve la respiración. «Ha sido una noche infernal».

Dios, no pensé que pudiera verse más atractivo, pero lo estaba. Una energía serena emanaba de él. Se sentía cómodo en su propia piel, aunque estaba tan desnudo como yo. Mis dedos rozaron el costado de su rostro y se curvaron alrededor de sus labios, rojos e hinchados por los besos. Quería preguntarle si siempre había sido así para él. Porque yo sí podía decir honestamente que nunca había tenido sexo así. Nunca.

Besó la palma de mi mano cuando llegué a sus labios.

«¿Tienes idea de lo que me haces? Estar contigo es algo que nunca he sentido antes». Exhaló.

Su cálido aliento acarició mi piel, haciendo que mis pezones se endurecieran bajo su mirada. Me quité el macarrón del muslo y me lo metí en la boca. Principalmente, porque tenía hambre, pero también para aliviar la energía nerviosa que se acumulaba en la boca de mi estómago. Nunca había tenido a un hombre mirando mi cuerpo desnudo de esta manera, ni de ninguna otra, para el caso.

«Esta fue una agradable sorpresa». Sus dedos calientes se deslizaron por mi montículo.

Así, me excité de nuevo, todos los pensamientos de estar desnuda se olvidaron. Me incliné hacia él, forzándome a respirar profundamente, mientras las vibraciones bajaban desde mi pecho hasta mi vientre. Lo deseaba de nuevo.

«No sabías que iba a estar en la fiesta».

«¿Qué?». Bajé la mirada y me di cuenta de que estaba hablando de mi depilación brasileña. «Lo hago por mí. Me gusta cómo se siente». Mis mejillas se pusieron calientes.

«A mí también me gusta». Su pulgar trazó un amplio círculo sobre mis labios exteriores. Temblé y presioné mi frente contra la suya. Lo quería dentro de mí otra vez, llenándome como antes.

«¿Tienes frío?», trazó la piel de gallina en mi hombro.

Las puertas de la terraza estaban abiertas de par en par, dejando entrar el aire fresco de la noche. Afuera, el cielo se había vuelto de un tono oscuro rosado, mezclado con nubes grises infladas. Si tuviera que adivinar, diría que faltaba menos de una hora para el amanecer.

«Soy una chica del desierto», dije. «Hace mucho frío para mí».

«Está bien. Me ofrecería encender la chimenea. Pero estamos en pleno verano. Me niego». Se puso de pie con la diversión escrita en todo su rostro. Me acompañó hasta la cama, retiró las sábanas y me hizo un gesto para que entrara. Tenía al menos sesenta minutos. Nuestra noche no había terminado oficialmente todavía, así que entré.

Mis ojos lo siguieron por la habitación mientras traía el plato de golosinas de la mesa de café a la sala de estar. Su dormitorio era más grande que la cabaña, con techos abovedados y una chimenea, construida para dar la bienvenida al desierto y la abundante luz del sol. Puso todo en su mesa de noche y se sentó a mi lado, usando tres almohadas mullidas para apoyarse. Yo tenía otras cuatro en mi lado de la cama.

Inclinándome sobre él, tomé otro macarrón. Cuando traté de alejarme, me mantuvo en mi lugar. Estar en sus brazos era mejor de lo que jamás imaginé. Su calor corporal aumentó a algo entre caliente y abrasador, y me derretí en él. Un rastro de su colonia de la noche anterior todavía permanecía en su piel, ahora fusionada con sudor y sexo.

«¿De dónde eres?», le pregunté.

Me apoyé en mi codo, mientras su mano dibujaba suavemente un amplio círculo en mi espalda baja. Me distraía, pero hice mi mejor esfuerzo para concentrarme. Quería saber todo sobre él.

«Atlanta». Me dedicó una sonrisa sexy.

No me había dado cuenta antes de que una pequeña arruga aparecía en su ojo derecho cada vez que se ponía encantador.

«Del sur profundo, ¿eh?», comenté.

«Sí, señora», dijo arrastrando las palabras.

«¿Hermanos, hermanas?».

«Cuatro hermanos».

«¿Cuatro? Vaya, son muchos niños. ¿Cómo se llaman?».

«Matt, Tyler y los gemelos, Wesley y Zack».

«¿Eres el mayor?».

«Sí. ¿Cómo lo supiste?».

Me encogí de hombros.

«Caminas por ahí como si llevaras el peso del mundo. Los primogénitos siempre tienen esa cosa. Como si tuvieran que arreglarlo todo. Como si todo fuera culpa suya.

«Para alguien que creció siendo hija única, sin duda sabes mucho sobre hermanos». Se rió, con su risa profunda y suave como la miel.

«Tengo muchos primos. Cincuenta para ser exactos», respondí.

«Vaya. Son muchos niños».

Asentí. «Mi madre es la mayor de ocho hermanos».

«¿Eso pasa hoy en día?», frunció el ceño.

«No está tan lejos de cinco».

«Buen punto», se rió.

«¿Qué hay de la escuela? ¿Adónde fuiste?». El tiempo se nos escapaba y yo tenía una larga lista de preguntas.

«Sabes, estas son cosas que generalmente se tratan en una primera cita. Si no hubieras sido tan terca, te habría llevado a un lugar agradable para cenar y habría respondido a todas tus preguntas», me sonrió.

«No estaba siendo terca, solo realista. Realmente no eres del tipo de citas».

«No lo soy», se encogió de hombros. Me dolía el pecho al oírlo decirlo, pero al menos estaba siendo honesto. Con una suave sonrisa, puso un dedo bajo mi barbilla y me levantó la cabeza.

«NC State. Hice mi maestría en Georgia Tech».

«NC State, ¿eh?». No sabía nada sobre las escuelas de la costa este.

«¡Vamos, Pack!». Hizo un gesto con la mano que parecía una señal de gánster tonto. Derek Cole siendo lindo provocaba un aleteo por todo mi pecho.

«Habría imaginado una de las escuelas de la Ivy League. Princeton o alguna similar», dije.

Mis dedos recorrieron su paquete de seis, ¿o era un paquete de doce? Dios. Me mordí el labio, amasando sus músculos, dejando que mi mano se metiera debajo de las sábanas. Sus muslos estaban duros, como troncos de árboles, y súper largos. Mi brazo estaba completamente estirado y todavía no había llegado a su rodilla.

«Mi papá quería que fuera a Princeton. Ahí fue donde él estudió. Pero NC State me ofreció un lugar en su equipo de béisbol. Y yo tenía muchas ganas de jugar, así que acepté ir con ellos». Su pecho se expandió mientras se obligaba a respirar con normalidad.

Cerró los ojos y se humedeció los labios. Sonreí cuando me di cuenta de que su cambio de humor tenía que ver con que mi mano estaba a centímetros de su erección.

«¿Eras bueno en el béisbol?», deslicé mi mano desde su pierna hasta su ombligo y froté el vello allí.

«Era bueno». Colocó su mano libre detrás de su cabeza para dejarme seguir con mi pequeño juego tonto, mientras su otra mano se movía más abajo por mi espalda.

Una onda eléctrica lenta giró desde la yema de su pulgar hasta llegar a mi interior. Seguí los planos de su hombro. Anoche, no había tenido tiempo de mirarlo realmente. Pero ahora podía ver grupos de pecas en la curva de su brazo. Su piel se veía completamente blanca bajo mis dedos.

Ladeó la cabeza. «Nos vemos bien juntos».

«Entonces, en algún momento entre la práctica de béisbol y la tarea, ¿decidiste comenzar tu propia empresa?».

Separó los labios mientras el azul de sus ojos casi desaparecía. Envolví mis dedos alrededor de su miembro y los deslicé hacia abajo para sentir su longitud.

«Sí», susurró con voz ronca mientras cambiaba su peso hacia mí.

Lo hice de nuevo, mano arriba y abajo, sujetándolo fuerte.

«Jesús, Valentina». Soltó un suspiro.

Se sentía duro, muy duro. Me excitaba saber que yo era quien lo provocaba. Pronto me di

cuenta de que no tenía el autocontrol para jugar este juego. Puse mi pierna sobre la suya y froté mi clítoris contra él. Ahora que sabía lo bueno que podía ser, quería más, mucho más.

«Lo estabas haciendo tan bien». Su risa gutural era exasperante. Lo golpeé en el pecho e intenté alejarme, pero me mantuvo en el lugar a su lado, su corazón latía contra mi mejilla.

«¿Qué te pasó?». Mi pregunta salió de la nada.

«¿Qué quieres decir?». Alargó la mano hacia su copa, tomó un largo sorbo de champán y la volvió a dejar. Obtener información personal real de él no iba a ser fácil.

«¿Por qué dejaste de ir a trabajar?». *¿Y por qué te estás divorciando y cuándo será definitivo?* No, un momento. No necesitaba saber eso. El acuerdo era solo por una noche.

«La junta me echó después de ver fotos de la cabaña. No luché. Pensé que sería mejor para la empresa si me tomaba un tiempo libre. Dejar que Bridget manejara las cosas hasta que el divorcio fuera definitivo».

«¿Pero ella lo ha estado alargando? Escuché que dejaste de ir a la oficina hace casi siete meses».

Asintió, frunciendo los labios. Este era un tema delicado para él. No debería haber llegado allí. Miré hacia mis manos, con las mejillas sonrojadas.

«Oye». Me ahuecó la cara. «Te prometo que la he superado. La única razón por la que aún no estamos divorciados es porque ella quiere mi empresa. No podía dejar que la tuviera. Pero eso fue antes. Ahora decidí que ya es hora de dejarlo ir. Firmé los papeles... Hiciste bien tu trabajo.

Hice una mueca y me alejé de él.

«Yo nunca...».

«Estoy bromeando. Lo siento. Eso no fue gracioso. Firmé hace semanas y no tiene nada que ver contigo».

Él levantó la mirada, con los labios apretados.

«Casi nada que ver contigo. Pero ahora estoy esperando que mi abogado me dé luz verde.

«¿Luz verde?», como pude ignoré su comentario. ¿Había firmado porque quería estar conmigo?

«Está haciendo su debida diligencia para asegurarse de que esta sea mi única salida».

«¿Qué pasó entre ustedes dos?». No pude evitarlo. Quería saber.

Cambió su peso en la cama y se inclinó un poco más hacia arriba. Su mano había caído a mi costado. Sentí frío sin su toque, pero seguí adelante.

«Quiero saber», susurré, sentándome sobre mis tobillos a su lado. Como un imán, mi mano encontró su vientre. Toda piel suave y músculos duros.

«Ella me engañó».

«¿Qué?». ¿Quién en su sano juicio engañaría al gran Derek Cole?

«La cabaña era su estudio de arte. Dormía allí de vez en cuando. Ya sabes, cuando la inspiración la golpeaba con fuerza». Puso los ojos en blanco ante eso. «Una mañana, entré y la vi teniendo sexo con nuestro contador. Tan estereotipado. Quería matarlos a los dos».

«¿Fue entonces cuando hiciste un agujero en la pared de un puñetazo?», lo deduje, y acuné su mejilla. Mi corazón dolía por él.

Asintió, dejó escapar un largo suspiro y colocó tres dedos largos sobre mi clavícula.

«Me rompí los malditos dedos. Ni siquiera me di cuenta hasta que Em me encontró».

«Lo siento mucho». Cubrí su mano con la mía, sosteniéndola firmemente contra mí.

«Me lo merecía».

«Nadie merece ser tratado así». Me acerqué un poco más a él. Sentí su costado cálido en mi muslo cuando se inclinó hacia mí también. Lo deseaba más que nunca. Quería demostrarle que

se lo merecía todo. «Sin importar lo que hubieras hecho».

«No nos amábamos. Me casé con ella porque era conveniente tenerlo todo en un paquete perfecto. Ya sabes. Mi empresa, mi vida y mi esposa. Todo en una bonita caja. Era demasiado vago para salir y encontrar una verdadera compañera. Bridget era tan buena como cualquiera. Más importante aún, ella había mantenido a CCI funcionando como una máquina bien engrasada».

«No tenía que haberte engañado. Qué descaro en exigir tu empresa después de lo que hizo». Mi cuerpo se tensó junto a él.

Se veía tan destrozado la primera vez que entró pisando fuerte en la cafetería... y con razón. Su vida entera se había derrumbado, o, mejor dicho, Bridget se la había destrozado. Ojalá hubiera tenido el valor de hablar con él ese día, de ofrecerle un poco de consuelo, pero incluso tan destrozado como estaba entonces, seguía siendo intimidante como el infierno.

«Ahora sé que nunca la amé. Lo que más me dolió fue la traición. Le confié mi vida y ella la arrojó a la basura como si no fuera nada. Además de eso, está tratando de quitarme algo por lo que trabajé tan duro».

«Tu abogado tiene razón. No puedes dejar que te quite lo que es tuyo. No puedes dejar de luchar contra ella por esto. Úsame».

«¿Qué?». Giró su cuerpo hacia mí. Sus dedos recorrieron mi brazo, rozando el costado de mi pecho.

«Trabajo allí, ¿recuerdas?». No estaba segura de cómo podía ayudar, pero parecía una buena idea. «No lo sé. Podría ir a su oficina y ver si puedo encontrar algo que puedas usar en su contra».

«Te lo agradezco». se rió. «Pero no es necesario. Dom lo tiene bajo control».

«Ojalá pudiera ayudar».

«Has hecho más de lo que jamás sabrás. Estos últimos meses, has sido mi única constante».

«¿Yo?».

Él agachó la mirada. ¿Se estaba sonrojando?

«Tú eras la razón por la que seguía yendo a la cafetería. Había una fuerza en ti. La forma en que te sentabas allí todas las mañanas, a la misma hora, durante exactamente una hora. La primera vez que te vi sentada junto al ventanal...», forzó una sonrisa, deslizando sus cálidos dedos hacia mi pezón y alrededor de la curva de mi pecho, «sentí que me estaba adentrando en un océano oscuro. Eras un faro en la distancia. Todos los días, volvía a sentarme a tu lado y trataba de encontrar el camino de regreso».

«¿Y lo hiciste?», parpadeé ante el escozor en mis ojos. ¿Cómo podía alguien causarle tanto dolor?

Él asintió, con los ojos brillando con lágrimas no derramadas cuando encontró mi mirada. No sabía qué decir a eso. Nunca se me ocurrió que yo podría ser la razón por la que seguía volviendo al Café Triste. Pasé mis manos por su cabello y besé su mejilla. La luz del sol se reflejaba en los charcos de agua de lluvia en la terraza y tocaba el borde de la cama. Una patada en el estómago hubiera dolido menos. La mañana había llegado. No importaba cuánto hubiéramos intentado que durara. Nuestro tiempo se había acabado.

Él sujetó mi cintura con más fuerza. «No te vayas todavía».

Palmeó mi pecho y tiró de mi pezón endurecido. El deseo se acumuló rápidamente entre mis piernas. Estaba usando mi propio cuerpo contra mí. Pero yo tenía mi noche. Hoy lo que yo quisiera no importaba.

«Pasa el día conmigo», susurró mientras alcanzaba un paquete plateado en su mesilla de

noche.

«Realmente no puedo». Tragué saliva, viéndolo ponerse un condón. Parecía tan varonil y en control cuando lo hacía. Dios, lo deseaba.

En un movimiento rápido, mi cabeza estaba en la almohada, y él estaba dentro de mí, llenándome por completo. El calor palpitaba en el vértice de mi sexo y ahuyentaba todos los pensamientos de hacer lo correcto. Maldita sea, el hombre sabía lo que hacía.

«Sabes que no puedo», le toqué la cara. Su barba incipiente le daba un toque sexy a su look matutino.

Con sus ojos fijos en los míos, desafiándome, se balanceó lentamente contra mi creciente necesidad. Dios mío, se sentía bien. No jugaba limpio. ¿Cómo podía tener tanto control sobre mí? Un gemido escapó de mis labios cuando volvió a entrar en mí y luego se detuvo. Mis caderas subieron para encontrarse con él, pero las detuvo con sus manos.

La noche anterior, se había compadecido de mí, como si comprendiera mi necesidad. Me había hecho llegar al clímax en un tiempo récord al menos cinco veces. Pero ahora se tomaba su tiempo, balanceando la fruta frente a mí, dejando que el éxtasis creciera, solo para dejarlo morir nuevamente. Repitió el ejercicio dos veces más. Mi vagina dolía, pero él se negaba a darme alivio.

«Muévete», supliqué con desesperación.

«Pasa el día conmigo». Era una orden. El hombre no sabía aceptar un no por respuesta. Succionó mis dos pechos con fuerza, pero cuando intenté moverme, me mantuvo en mi lugar. «Dilo».

«¿Me estás invitando a una cita?». Inhalé.

«Sí, señora». Su mirada se fijó en mí expectante.

Solo Derek podía hacer que "*señora*" sonara sexual. Se meció de nuevo, fuerte y rápido. Estaba siendo torturada. El azul de sus ojos se hizo más fino alrededor de sus pupilas mientras se cernía sobre mí completamente quieto y completamente enloquecedor. Su respiración era regular, pero de vez en cuando, su pecho se contraía. A él lo afectaba nuestra conexión tanto como a mí.

Moví mis brazos desde debajo de él y concentré mi atención en sus abdominales, rozando mis dedos sobre el hueso de su cadera y la apretada línea en V alrededor de su ombligo. Mi mano libre alcanzó el suave vello castaño de su pecho. Su piel era cálida y tersa, pero debajo era sólido como un roble. Maldita sea, ¿por qué tenía que ser tan increíblemente sexy?

Mirando con los ojos empañados, sonrió antes de tomar mis muñecas con una mano y ponerlas sobre mi cabeza, presionándome contra mí. Me tenía en un agarre fuerte y estaba lista para arder.

¿Cuánto tiempo podría seguir así, realmente? Tenía mucho autocontrol. Así que probablemente podría hacerme esto todo el día. La idea no sonaba tan mal. De hecho, sonaba increíble. De cualquier manera, obtendría lo que quería. ¿Quién era yo para decirle que no?

Asentí.

«Dilo».

«Saldré contigo», murmuré.

«Prométeme que no te escaparás en el último minuto».

«Te lo prometo».

Me dedicó una sonrisa lobuna. Quería darle una bofetada, pero entonces soltó mis caderas y se introdujo en mí con una precisión asombrosa, y me encontré buscando otro orgasmo. Cuando sentí que mi centro se tensaba, me puse rígida debajo de él. Correrme durante el sexo era algo

nuevo para mí. Todavía no podía creer que el sexo pudiera ser tan bueno.

«Relájate», me susurró al oído, «ya te llegará. Solo tienes que ser paciente». Su cálido aliento recorrió mi cuello, dejando un rastro de piel de gallina a su paso. Apretó mi trasero y se hundió más profundamente en mí. Luego, una y otra vez, hasta que, como prometió, un orgasmo largo y satisfactorio me atravesó.

«Derek», susurré, o tal vez fue más fuerte que un susurro. No lo sabía y no me importaba. Mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras el calor me recorría en oleadas que hacían temblar todo mi cuerpo.

Se derrumbó sobre mí, todo sudoroso y completamente agotado. «Nunca te dejaré ir, Valentina». Enterró su rostro en mi cuello.

Nuestros cuerpos todavía estaban conectados cuando lo sentí relajarse. Cerré los ojos. Después de unos segundos, no pude encontrar la fuerza para abrirlos de nuevo.

«Lo prometiste. No lo olvides». Sus palabras quedaron amortiguadas por mi piel. Asentí antes de quedarme dormida. La pesadilla habitual se coló en mis sueños. Él estaba allí otra vez. Sus ojos fríos, furiosos y letales. Había cometido un error. Abrí la boca para disculparme, pero el dolor me impidió hablar. Todo lo que vi fueron chispas en mi cabeza, seguidas de oscuridad.

No eras nada cuando te encontré. Y sigues siendo nada.

Me desperté con una sacudida. ¿Qué demonios? Me di vuelta y encontré a Derek durmiendo, mientras un mechón de cabello suave descansaba sobre su frente. Lo volví a colocar en su lugar y lo besé en la mejilla. Al menos ahora que había sacado esta cosa del sexo de su sistema, me dejaría tranquila. Mi corazón se aceleró. Sí, hace unas horas todavía estábamos disfrutando del resplandor del increíble sexo que tuvimos. Pero ¿cómo se sentiría al respecto a la luz del día?

Sigues siendo nada. El padre de Max me había dicho esas palabras hace más de seis años, pero todavía dolían.

Maldita sea. Tenía que irme.

Lentamente, me deslicé fuera de la cama. De pie, desnuda en medio de la habitación, miré a mi alrededor en busca de algo que ponerme. Salí y encontré su chaqueta de esmoquin y el vestido que había comprado en la recaudación de fondos. Sacudí la cabeza, recordando la subasta de la noche anterior y cómo me había hecho entrar en su tienda una hora después. Nos habíamos ido con tanta prisa que olvidé la bolsa de ropa que había traído conmigo.

Tomé el vestido y lo colgué en el gancho de la puerta del armario. O al menos supuse que era el armario. No tuve tiempo de explorar. A toda prisa, dejé su esmoquin en la cama y me puse su camiseta blanca. Todavía tenía el aroma característico de Derek. Me abracé a mí misma, inhalándolo, sintiendo calor por todas partes. Quería arrastrarme de nuevo a la cama con él. Pero, oficialmente, nuestra noche había terminado.

Con un suspiro, dejé caer los brazos a los costados y caminé con dificultad hacia la mesa de café para buscar papel y bolígrafo. Garabateé una nota y la prendí con alfileres en el vestido. Un mensaje de texto hubiera sido más rápido, pero él se merecía algo más íntimo. Le froté la manga de su camiseta y salí de puntillas a la terraza, echando una última mirada a su figura dormida.

Los hombres como Derek Cole no existían. Cualquier fantasía que hubiera vivido la noche anterior había terminado.

CAPÍTULO 18

Es solo café

DEREK

Valentina se había ido.

«Maldita sea».

Miré con enojo su letra pulcra y las manchas de su firma.

Tuve que tomar prestada tu camiseta. Espero que no te importe. Gracias por una noche inolvidable.

¿Por qué pensé que estaría a mi lado cuando me despertara? Me froté la barba incipiente de la mejilla. Valentina tenía una forma de hacerme hervir la sangre. La noche anterior había superado todas mis fantasías sobre ella. Miré la cama. Cuando le pedí que pasara el día conmigo, quise decir que lo pasáramos en la cama, desnudos. ¿Por qué se había ido?

Arrugué el papel, maldiciendo en voz baja. Si Valentina pensaba que podía romper la promesa que me había hecho, le esperaba una gran sorpresa. Me dirigí al baño para darme una ducha, caliente, para variar, la primera desde que Valentina se mudó. Después de ponerme un par de jeans y una camiseta, bajé las escaleras.

En la cocina, Em tenía el desayuno preparado en la encimera. Me dio una sonrisa cómplice y me detuvo antes de que llegara a la puerta del patio.

«Buenos días. Noté que la habitación de invitados estaba vacía, así que pensé que era seguro comer aquí».

«Buenos días», entré tranquilamente en la cocina, tratando de parecer que no tenía prisa.

«Entonces, finalmente se salió con la suya».

«¿Qué quieres decir?».

«Hace media hora, descubrí a Valentina haciendo el paseo de la vergüenza». Sirvió café en la taza que estaba frente a mí.

Debió haber sido todo un espectáculo. Me hubiera encantado verlo. Valentina corriendo por el césped sin nada más que mi camiseta blanca, con el pelo suelto. Dios, me golpeó fuerte. Todo en lo que podía pensar ahora era en volver a verla, preferiblemente desnuda. Y eso me dio una idea.

«La veré de nuevo hoy».

Em sonrió ampliamente. «Eso es inesperado».

«Voy a necesitar tu ayuda». Me deslicé sobre un taburete de la barra. Em me lanzó una de sus miradas, como diciendo que no tenía tiempo para jugar a ser cupido.

«Pídele al conductor o a los guardias que te ayuden. Necesito preparar de nuevo un almuerzo en el mirador. Pensé que también podríamos ver una película».

Se puso una mano sobre el corazón y asintió. «Lo haré».

«Si necesitas ayuda, ni siquiera debes pedírmela. Solo sal y contrata a alguien». Habíamos tenido esta conversación varias veces antes. No sabía cómo lo hacía todo.

«Bueno, querido muchacho, si esta chica sigue haciéndose la difícil, tal vez yo también lo necesite».

Sacudió la cabeza, reprimiendo una sonrisa. Por alguna razón, toda esta situación le parecía divertida.

«Creo que finalmente ha encontrado a su media naranja... alguien con quien tener una verdadera conexión», me dijo.

«Disfruto de su compañía. Eso es todo». El calor recorrió mi cuerpo mientras me dirigía a la puerta.

Maldita sea, Valentina. ¿Por qué todas estas huidas?

Toqué la puerta de la cabaña y crucé los brazos sobre el pecho preparándome para sus excusas. Ella había prometido pasar el día conmigo. Yo estaba allí para cobrármelo.

«Te fuiste», dije tan pronto como abrió la puerta.

Ella miró hacia atrás, un hoyuelo se formó junto a su boca. «

Buenos días», se apoyó en el marco de la puerta y sonrió.

Alcancé su cintura. Tenía algo más que decir, pero la besé en su lugar. Sus manos rodearon mi cuello, mientras presionaba sus pechos contra mi cuerpo. Su pequeño gemido contra mis labios hizo que mi pene se pusiera firme.

«Tenía que regresar por Max. La madre de Annie necesitaba irse a casa, susurró. «Además, realmente necesitaba una ducha. No te enojes», me acarició el costado de la cara.

Mi enojo, o lo que fuera que sentía antes de que abriera la puerta, se desvaneció. «No estaba enojado. O, lo estaba. Pero tienes el poder de hacer que todo lo malo desaparezca». ¿Por qué eso se sintió como una confesión?

Se rió, sacudiendo la cabeza, como si no me creyera. Si Max no estuviera en la otra habitación, ella ya se habría quitado ese vestido de flores.

«¿Tienes hambre?», me preguntó.

«Muero de hambre». La acerqué más y besé el punto blando detrás de su oreja.

Ella puso sus manos sobre mi pecho. «Jamón y huevos con café es todo lo que puedo ofrecerte ahora mismo».

Arqueó una ceja determinada.

«Bien. Lo entiendo. Max es como la kriptonita. Parece que desarrollas superpoderes cuando él está cerca», me ajusté los pantalones y le hice un gesto para que me guiara.

«Así no es como funciona la kriptonita», se rió de nuevo y me lanzó una mirada sexy por encima del hombro.

«Todo lo que sé es que mis poderes persuasivos disminuyen cuando él está cerca».

La seguí a la cocina.

Cuando me senté en su mostrador, colocó una taza de café y un plato frente a mí. De alguna manera, se veía más hermosa que el día anterior.

Tomé una cucharada de huevos. «¿Qué tiene esto? Está increíble».

«Queso de cabra».

Se sentó a mi lado y tomó un largo sorbo de su café. «Acostúmbrate a tus flaqueantes poderes. Él va a estar con nosotros todo el día, como lo prometí».

Comí más huevos. El queso de cabra estaba realmente bueno. «Él toma siestas, ¿verdad?». Miré su escote para aclarar lo que quería decir. Y también, porque no podía evitarlo. Ahora que sabía cómo se veía debajo de la ropa, era difícil no excitarme al verla.

«No, no lo hace».

Tomé un largo sorbo de mi café. Era de prensa francesa y tenía un sabor muy parecido al de un americano cuádruple. «¿Por qué dejaste de ir a la cafetería?».

Sonrió y recordé que, anoche o esta mañana temprano, le había confesado que ella era la razón por la que iba a la cafetería todas las mañanas.

«Me mudé con Annie por unas semanas mientras buscaba una casa. Ya no tenía tiempo para tomar café. Además, sus espresso son caros. Este es decente, ¿verdad?». Bebió de su taza. «Le agrego leche al vapor y casi sabe como un latte».

«Sí, es bastante bueno», asentí. El café con leche sin grasa era su bebida preferida. Había pasado muchos días mirando las letras '*light*' garabateadas con marcador negro en su taza. Pero ese pequeño detalle no era nada comparado con todas las otras pequeñas cosas que no sabía sobre ella. «Bueno, anoche te conté todo. Es tu turno».

«¿Qué quieres saber?», se encogió de hombros.

«¿De dónde eres?», ambos nos reímos ante esa pregunta. Después de una noche increíble, parecía absurdo que no supiera algo tan básico.

«De aquí. Mexicana de tercera generación».

«¿Qué significa eso?», pregunté.

«Significa que mis abuelos emigraron a los Estados Unidos. Mis padres nacieron aquí».

«Ah, ya entiendo. Son de segunda generación. Eso te convierte en…».

«Tercera generación».

«No sabía que la gente llevara un registro de eso». Negué con la cabeza.

«Es una realidad». Se reclinó en su silla. «¿Tú no sabes de dónde vienes?».

«Seguro. Pero no es de un solo lugar. Tengo ascendencia irlandesa y escocesa por parte de mi madre, y griega e italiana por parte de mi padre. Soy un poco mestizo, en realidad».

«Creo que he escuchado este chiste antes». Se colocó la mano debajo de la barbilla, con una gran sonrisa sexy en su rostro.

«Sí, básicamente soy un borracho enojado».

«No lo eres», me dio una palmada en el bíceps.

En cierto modo lo era, hasta que ella llegó.

«Pero estamos hablando de ti». Fingí que mi pene no había reaccionado a su risa.

Ella miró hacia otro lado. Un poco de rojo se deslizó por sus mejillas mientras exhalaba lentamente. Así que tal vez Max no era kriptonita en toda su extensión. Alargó la mano hacia mi plato, pero yo se lo gané. Me levanté y lo enjuagué en el fregadero, sintiendo su mirada ardiente sobre mí.

«Está bien. ¿Qué más? Veamos. Mamá es artista. Enseña en el centro comunitario. Papá es un policía retirado».

«¿Entonces artista más policía producen un friki de la informática?». Me senté y apoyé los brazos en mis muslos. Su perfume floral me hizo desear que estuviéramos de nuevo en mi cama.

«Aparentemente», dejó escapar un suspiro y lentamente bajó la mirada hacia mi boca.

«¿Lo amabas?», alcancé su mano.

¿Qué carajo? ¿De dónde había salido eso? No podía estar celoso del cabrón que la había dejado hace seis años, aunque quería entender qué había pasado allí. No tenía celos, solo curiosidad.

«¿Qué? ¿A quién?».

«Dijiste que había pasado un tiempo desde la última vez que tuviste sexo. ¿Me equivoco al suponer que han pasado unos seis años?».

Se apartó y agarró su taza, con los ojos centrados en el café. Qué pendejo fui. Pero, ¿qué tenía de especial el padre de Max para que ella hiciera este voto de castidad solo porque había desaparecido? Realmente quería saberlo.

«No te equivocas».

«¿Esperabas que regresara?», tragué saliva, odiando que este tipo me acelerara el pulso. ¿Por qué tenía miedo de su respuesta?

«No».

La convicción detrás de su negación me sacudió el estómago, aunque la ira y el miedo en su voz eran difíciles de pasar por alto. Como si el regreso del padre irresponsable de Max fuera su peor pesadilla.

«No solo se fue, como dijiste».

Sacudió la cabeza.

«¿Tan malo fue?».

Asintió y se miró las manos. Me levanté lentamente. Confiaba en mí lo suficiente como para compartir su pasado, pero tenía miedo de que, si me movía demasiado rápido, volviera a escapar. Levanté su barbilla con mi dedo índice, esperando ver lágrimas. Pero no estaba llorando. Se había quedado sin lágrimas por el idiota. Bien. Lo que fuera que ese tipo hubiera hecho, Valentina no merecía cargar con esto sola.

Un ardor lento se arremolinó en mi estómago y mi puño picaba por golpear la cara de ese cabrón. Tal vez era bueno que no supiera quién era o dónde vivía. ¿Se había ido de la ciudad? ¿La había abandonado para siempre? ¿O todavía andaba por ahí? Tucson no era un lugar muy grande. Si quería seguir al tanto de Valentina, no sería tan difícil. ¿Era esa la verdadera razón de su voto de castidad?

«¿Él...?».

«Estoy listo», Max anunció desde la sala de estar, luciendo el cabello mojado y peinado hacia un lado. Se acomodó una mochila en el hombro y nos miró a ambos expectantes. Se parecía mucho a ella.

Valentina me empujó. Se puso de pie tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Tenía toda la intención de llegar al fondo de esto. Pero por ahora, tener su confianza era suficiente.

«¿Te gusta hacer senderismo?», le pregunté a Max.

«Me encanta», se dirigió a la puerta.

«No. El desayuno primero», ella señaló un taburete del mostrador.

«Está bien». Max dejó caer su mochila y se sentó.

En cuanto Valentina le puso un plato delante, empezó a comer, masticando solo la mitad de cada bocado. En dos minutos, se había zampado la comida, bebido el vaso de leche de un trago y saltado de la silla. Cuando Valentina terminó de enjuagar la taza, ya estaba listo para salir.

«Supongo que nos vamos ahora». Me levanté y le ofrecí la mano a Valentina.

«Esperemos que no se enferme». Ella miró mis dedos. Después de unos segundos de deliberación, aceptó mi oferta. «Derek».

«Es solo un paseo». Le besé la parte superior de la cabeza, tratando de contener esa cosa que hervía en mi pecho.

Una caminata de domingo por la mañana con ella y Max se sentía bien, familiar. El paseo hasta el mirador nos llevó una hora entera en lugar de los veinte minutos habituales. Max seguía saliendo del camino para tocar las plantas, trepar una roca o seguir a los lagartos hasta su escondite. El chico sabía los datos más locos sobre el desierto y todo tipo de animales. Cuando cuestioné uno de sus datos, sacó un libro de su mochila y pasó a una página donde, de hecho, un

águila real estaba acechando un ciervo como comida.

«Oh, Dios mío», Valentina miró hacia otro lado.

«Es solo una imagen, mamá. No le gusta la sangre», me susurró y cerró su libro sobre carroñeros del mundo.

«Esta ha sido una caminata muy instructiva», le guiñé un ojo a Valentina mientras iba detrás de Max, que había seguido adelante para trepar a una enorme roca rodeada de altos saguaros y chollas saltarinas.

«Oye, mira eso», gritó cuando llegó a la cima. Rápidamente rebuscó en su bolso y sacó un par de binoculares. «Mamá. Cúbrete los ojos».

«¿Qué?», la risa de Valentina era contagiosa. «¿Qué es?».

«Sí. Es un buitre. Y eso es carne». Rebuscó en su bolso nuevamente y sacó un libro sobre buitres esta vez.

«Déjame ver eso», me subí a su lado.

«Justo ahí», señaló hacia adelante.

«No me lo creo. Eso es bastante repugnante», me volví hacia Valentina.

«Qué asco», se cubrió la boca, mirando a su alrededor como si esperara que el cadáver cayera a sus pies.

«Supongo que es verdad lo que dicen. El mundo es un lugar completamente diferente cuando se ve a través de los ojos de un niño», salté de la roca.

«Prefiero mi vista con menos carroña», ella hizo un gesto. «No sé por qué papá sigue comprándole esos libros desagradables».

«Pero eso fue bastante genial. Nunca había visto eso antes». Me reí entre dientes, mirando de nuevo a Max, que seguía escrutando los cielos con sus binoculares.

«¿Qué rayos?», exclamó. «Mamá, ¿podemos ir allí? Mamá. Es una casa de juegos». Se deslizó hacia abajo y salió corriendo con su mochila rebotando por todos lados.

«¿Una qué?», preguntó Valentina.

«No tengo idea», miré mi reloj. Honestamente no tenía idea. Todavía era demasiado temprano para que mi sorpresa llegara hasta aquí. «Pero estoy seguro de que Em tuvo algo que ver con eso».

Cuando llegamos al mirador, Max estaba saltando en un barco pirata inflable. Así que por eso Em se había divertido después de que le dije que estaba viendo a Valentina nuevamente. Ella sabía que un día entero con Valentina significaba que también pasaría tiempo con Max.

Al otro lado del camino, las persianas cubrían la pérgola junto al palo verde. Dentro, Em tenía una mesa llena de fruteros y bandejas de pasteles. Se había saltado el champán que le había pedido.

«Esto es genial. Gracias». Valentina me dio un beso rápido en la mejilla. Entró en la carpa y regresó con dos vasos de agua.

«Es un placer». Bebí del vaso que puso en mi mano.

Durante los siguientes cinco minutos, nos quedamos allí mirando a Max saltar alrededor del barco pirata inflable. Cuando me volví para mirarla, su sonrisa se desvaneció.

«¿Por qué estás haciendo esto? Estoy segura de que hay otras chicas mucho menos complicadas que yo».

«En primer lugar, yo no hice esto. Por mucho que me gustaría atribuirme el mérito, todo esto fue gracias a Em». Me incliné más cerca. «Sinceramente, todo mi plan consistía en traerte aquí para convencerte de que tu nueva regla de no tener sexo es una tontería». Le cogí la mano cuando ella intentó alejarse de mí. «Y, en segundo lugar, no eres complicada».

«Eres muy terco», el brillo de su piel era más que una distracción.

«¿Crees que alguna vez tendrás más hijos?», besé las yemas de sus dedos. No tenía idea de por qué quería saberlo.

«Creo que sí», ella asintió. «Siento que me perdí algo por no tener hermanos. No quiero que Max sea hijo único».

«¿Hermanos? Más de uno, ¿eh?», levanté ambas cejas.

«Sí. ¿Y tú? ¿Te ves con hijos?».

«Definitivamente». Me froté la nuca. La respuesta salió de mí antes de que tuviera tiempo de pensarla. «No lo sé. Hasta ahora, no le había dado mucha importancia. Pero creo que sí, que sí quiero tener hijos». Me devané los sesos buscando la razón que me había llevado a esa conclusión, pero no se me ocurrió ninguna. «¿Qué vas a hacer mañana?».

«Trabajar», ella arqueó una ceja. Se dio cuenta de que yo estaba tramando algo malo.

«¿A qué hora?».

«A las ocho y media. ¿Por qué?», se rió.

«¿Me cerrarías la puerta en la cara si te traigo un latte por la mañana?».

«Derek». Su tono de voz me recordó que su regla de no tener sexo todavía estaba vigente.

«Es solo café». Levanté las manos para mostrarle que mis intenciones eran honestas. No lo eran, exactamente.

Ella me miró con los ojos entrecerrados mientras examinaba mi rostro. Le di mi mejor mirada inocente, pero ella no se la creyó. Su hoyuelo apareció por una fracción de segundo. ¿Qué era lo que no estaba diciendo?

«Anda. ¿De qué tienes miedo? ¿Crees que un latte te hará querer arrancarte la ropa?», le guiñé un ojo.

«Ya quisieras», ella se rió y se alejó de mí.

«No tienes idea, cariño», la acerqué más a mí.

«Mmm». Pasó su mano por mi pecho y por mi cabello. «¿Por qué pensé que me harías fácil el día?».

«Ven a verme esta noche», le susurré al oído. «Esto entre nosotros no va a desaparecer pronto. Lo sabes tan bien como yo».

«Lo sé», agarró la parte delantera de mi camiseta y dejó escapar un suspiro entrecortado.

«Mamá», Max corrió hacia nosotros. «Mira. Es una pantalla gigante».

Em tenía una sincronización impecable. Mi gran sorpresa estaba aquí. Todavía nos quedaban un par de horas antes de la puesta del sol, pero la instalación de la pantalla llevaría un poco de tiempo. Aunque no pudiera tocar a Valentina como quería, tenía mi respuesta. Ella sabía que nuestro tiempo no podía terminar.

«Veremos una película aquí. Es muy bonito de noche».

«Vamos a ver qué películas tienen», Max se alejó de nuevo.

«Esto es demasiado. No puedo creer que hayas tenido tiempo para organizar todo esto». Observó cómo dos de mis guardias de seguridad instalaban el proyector frente a nosotros.

Con una risita, metí ambas manos en los bolsillos de mis jeans. «Ojalá fuera tan hábil como crees que soy. *Las Nubes*, así se llama la casa, venía con el equipo».

«¿Las Nubes?».

«Sí. El dueño anterior me trajo aquí cuando estaba tratando de decidirme por el lugar. Tan pronto como salieron las estrellas y comenzó la película, me convencí. Hice una oferta esa misma noche. Sin embargo, nunca encontré el tiempo para venir aquí después de esa noche». Respiré profundamente y exhalé. Había estado demasiado concentrado en el trabajo, demasiado

ocupado revolcándome en mi propia miseria. Hasta hoy.

Valentina me apretó el brazo. Esos ojos marrones suyos estaban llenos de anhelo. «Es hora de seguir adelante».

Con el pecho apretado, asentí una vez, luchando contra el impulso de abrazarla, besarla. «¿Y tú? ¿Estás lista para seguir adelante?».

Max corrió hacia ella y la jaló del brazo antes de que tuviera tiempo de responder. «Ven, mamá. Mira todas las películas que tienen».

Valentina dio unos pasos detrás de él. Cuando se volvió hacia mí, las arrugas de su frente desaparecieron, justo cuando apareció su hoyuelo.

«Puedo aceptar ese latte».

CAPÍTULO 19

La señora Cole lo sabe

VALENTINA

Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando le abrí la puerta a mi casero y jefe. Mi corazón dio un pequeño baile de alegría. Allí estaba, luciendo muy sexy y sosteniendo dos tazas de café con el logo del Café Triste en ellas.

«Buenos días», se inclinó para darme un beso rápido en la mejilla.

«Buenos días», traté de sonar tan casual como él. «Max sigue dormido».

«¿Cuánto tiempo tenemos?».

«Unos treinta minutos». Salí y cerré la puerta detrás de mí. «Luego tengo que ir a trabajar».

«Los tomo», me entregó la taza con grandes letras "*Light*". «Vamos a sentarnos junto a la piscina».

«Sabes que me estás robando mi tiempo de yoga», bebí un sorbo del latte ligero.

«Yoga, ¿eh? Eso explica muchas cosas». Me dio una de sus sonrisas de quitarme la ropa.

«Puedo mostrártelo alguna vez, si quieres».

«Me encantaría verlo». Soltó un suspiro.

El calor se apoderó de mis mejillas. ¿Cómo es que todo era sobre sexo con él? ¿O era yo? «No quise decir..., oh, olvídalo».

«Eso va a ser difícil. La imagen mental que pintaste ya me está provocando cosas», me guiñó el ojo.

Igualmente. Este asunto de no tener sexo iba a ser brutal, especialmente porque no podía dejar de pensar en la noche del sábado. No podía dejar de pensar en sus labios en mi piel y en mi vagina. Dios mío, tenía un serio problema.

«Entonces, ¿cómo se llama?», preguntó tan pronto como nos sentamos, desactivando los pensamientos sexys en mi cabeza.

Por la forma en que lo había preguntado, lo hacía sonar como si hubiéramos estado hablando de esta persona todo el tiempo. Desafortunadamente, sabía exactamente a quién se refería. ¿El padre de Max era el motivo de la visita de Derek esta mañana?

«¿Quién?», pregunté.

«El ex». Apretó la mandíbula por un momento.

«Alex Maio. ¿Por qué quieres saberlo?».

Se encogió de hombros y bebió un sorbo de su americano cuádruple. Pero yo no me creía su actitud indiferente. Algo en el padre de Max lo molestaba. ¿Estaba celoso? La idea me provocó un revoloteo de mariposas en el estómago. ¿A Derek Cole le importaba tanto? ¿El sábado por la noche había sido algo más que sexo para él?

«¿Por qué sigues con esto?», pregunté.

«No me gustan los misterios». Derek envolvió sus cálidos dedos alrededor de los míos. «¿Qué pasó?».

Su toque era suave, pero el músculo a lo largo de su mandíbula se tensó más cuando no hablé. Había venido aquí para obtener respuestas. Para ser justos, no estaba pidiendo nada que no me hubiera dado ya. Había compartido tanto conmigo la noche que pasamos juntos. De repente, quise contarle toda la historia.

«Se enojó cuando le conté sobre Max. Me insultó. Me dijo cosas desagradables». Me froté el pecho para aliviar la presión. «Dijo que había arruinado su vida. Él…». Nunca le había contado a nadie lo que realmente había sucedido con Alex. Me avergonzaba haberme puesto en esa situación, no haber visto a Alex como era desde el principio.

«Continúa. Está bien». Me escuchó pacientemente, sosteniendo mi mano.

«Dijo que solo me embaracé para engañarlo y tener una relación que no quería. Yo tenía diecinueve años. Un bebé era lo último que quería. Juro que esa no era mi intención en absoluto», aparté la mirada, sintiéndome ya más ligera.

«Se necesitan dos para hacer un bebé». Puso su dedo debajo de mi barbilla y ladeó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de compasión y muy serenos. «Deja de culparte. Es un cobarde». Por un momento, se mordió el interior del labio inferior. Cuando habló, sus palabras fueron suaves, como si estuviera susurrando un secreto. «Ayer tuve la impresión de que le tenías miedo. ¿Por qué?».

Ahora sabía lo idiota que era y por qué no podía imaginarme estar en otra relación después de Alex.

«Tenía muy mal carácter», me ardían las puntas de las orejas. Había esperado que Derek nunca descubriera lo cobarde que era, lo pequeña que era.

«¿Te golpeó?».

«Sí», agaché la mirada y tragué una bocanada de aire. De repente, el pesado yunque que había estado enterrado en mi pecho durante años se levantó. Me recosté en la silla. ¿Cómo me las arreglé para llevar eso conmigo durante tanto tiempo?

«Lo siento», miré a Derek.

«Esto no fue tu culpa, cariño».

«Fue una bendición que no quisiera tener nada que ver con nosotros. Max creciendo con alguien así..., no puedo imaginar qué hubiera pasado». Un escalofrío me recorrió ante la idea de Max con alguien tan violento como Alex. «¿Podemos hablar de otra cosa?».

«¿Qué tal ese latte?», me dio una sonrisa sexy como el demonio.

«Genial, gracias. Extraño su café». No me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba sentarme con Derek en la cafetería todas las mañanas, haciéndonos compañía en silencio.

«Yo también». Apoyó los brazos sobre los muslos y observó mi rostro.

En algún lugar detrás de nosotros, una cascada amortiguaba los sonidos del tráfico matutino. El mundo real parecía tan lejano. Alex y todo lo que había sucedido hace seis años se sentían tan lejanos. Miré a Derek por encima de mi latte. Su cuerpo y su rostro estaban completamente relajados, mientras que su mirada permanecía centrada en la vista de la ciudad debajo de nosotros. Suspiré y él apretó la taza de café, sus largos dedos clavándose en ella como si fuera el cuello de alguien. El cuello de Alex.

Había sido tan débil, dejando que Alex me tratara como lo hizo. Odiaba que Derek ahora supiera eso de mí.

«Ya no soy esa persona, ¿sabes?», añadí

«Saliste de eso. Eso demuestra quién eres realmente. Una mujer fuerte y decidida que se lo

merece todo», tomó mi mano y se la llevó a los labios.

¿Fuerte? Sonreí. Él pensaba que yo era fuerte. Una burbuja llena de vértigo rebotó en mi vientre. Miré mi reloj. Podría quedarme aquí todo el día. Pero tenía que ir a trabajar.

«¿Nos vemos mañana?», preguntó cuando me puse de pie.

Levanté la vista justo a tiempo para ver un rayo de sol tocar su rostro. Dios, el hombre era magnífico. Quería besarlo con tantas ganas, pero besarlo llevaría a más, y tenía un día completo por delante. Mierda. ¿Había dicho nada de sexo *y* besos, o solo nada de sexo? Pasé una mano por mi cabello, mirando al cielo en busca de respuestas. Ya no podía mantener mis propias reglas. No habría daño en un beso, ¿verdad?

¿Qué estoy haciendo?

«Está bien». Hice lo mejor que pude para ignorar el deseo que sentía, el calor acumulándose entre mis piernas y el sudor corriendo por mi espalda.

Sacudió la cabeza una vez. Y en un movimiento fluido, dejó su silla, me rodeó con sus brazos y me besó. Un beso largo y abrasador que me hizo olvidar por qué Derek y yo no éramos una buena idea. Él no era Alex.

Todo razonamiento se desvaneció. Enterré mis dedos en su cabello. Quería sus manos sobre mí, pero él las mantuvo alrededor de mi cintura. El hombre era imposible. ¿Cómo podía excitarme así y no intentarlo más? Deslicé mi lengua por sus labios. Era una invitación. Me agarró más fuerte, pero su atención se mantuvo en mi boca. ¿Por qué?

Ah, claro. Por mi estúpida regla de no tener sexo.

Con la respiración entrecortada, presionó su frente contra la mía. «Si te sientes inclinada a cambiar las reglas de nuevo, ahora sería un buen momento, cariño», mordisqueó el punto blando detrás de mi oreja y mis rodillas se doblaron. «Dilo».

Una imagen de él desabrochando mi vestido y colocando sus manos en mi espalda baja destelló en mi mente. Sentí su tacto y su lengua lamiendo el champán de mi piel ardiente...

Bueno. Eso no ayuda.

Ambos nos quedamos quietos, enlazados en esta red de deseo. Tenía mis manos en su cabello. Y él me abrazaba con fuerza mientras luchaba por recuperar el aliento. Era un callejón sin salida.

Él quería que lo dijera. Y no, no tenía reparos en rogarle que tuviera sexo. Pero, una vez más, lo que yo quería era irrelevante aquí. Si no me iba en los próximos cinco segundos, mi determinación se desmoronaría. Si Derek se cansaba de mí, y eso era solo cuestión de tiempo hasta que lo hiciera, mi corazón no sería lo único en juego. También tenía que pensar en Max y en la vida familiar que le había prometido a mi hijo.

Uno, dos, tres...

«Tengo que irme», me tragué el nudo en la garganta.

«Tienes que irte». Me soltó y se metió las manos en los bolsillos. A través de sus pantalones, podía ver cuánto me deseaba. No necesitaba una pista tan grande para saber que yo lo deseaba con la misma intensidad.

Cuatro, cinco.

Maldita sea.

Me di la vuelta y me fui.

Su suspiro me acompañó hasta volver a la cabaña.

«ESTOY ENAMORADA DE ÉL», le confesé por los auriculares.

Annie había pasado los últimos treinta minutos interrogándome sobre la noche del sábado. Quería todos los detalles sucios, que no podía darle. Estaba en el trabajo. Además, revivir esa noche me hizo casi jadear por el pequeño altavoz que tenía cerca de los labios.

Resumí mi historia. Le conté cómo volvimos a su casa, tomamos champán, comimos chocolate casero y luego procedió a compensar más de seis años de celibato.

«¿Cuántas veces te corriste?», preguntó.

«Oh, Dios mío. ¿Por qué me preguntas eso? Cinco», susurré rápidamente. Tal vez fueron seis.

Me obligó a que le dijera algunos detalles más, pero nunca le conté que Derek se había sincerado conmigo. Ese momento era nuestro. Durante unas horas, nos habíamos sentido como si fuéramos una pareja real, una que tenía sexo por la mañana y compartía secretos. También le conté sobre el domingo, cómo exploramos el desierto en su increíble patio trasero, almorzamos y vimos una película para niños bajo las estrellas.

Max había estado en el cielo cuando vio llegar la camioneta con todo el equipo de proyección. Entre la caminata, la comida y la película, Derek me había mostrado un lado diferente de él, su lado amoroso y despreocupado.

Me había enamorado de Derek Cole. Y eso me asustaba muchísimo.

«Oh, cariño». La voz de Annie había pasado de ser burlona y preguntona, a suave. «Lo sé».

«El sábado, me convencí de que solo necesitaba una noche con él. Ya sabes, desahogarme. Pero él es más de lo que pensaba, y es genial con Max».

Su respiración rompió la estática por un segundo antes de que el silencio se instalara nuevamente, en lo que parecía un largo tarareo de "*te lo dije*". Ella me había advertido que Derek estaba fuera de mi alcance. Maldita sea. ¿Por qué no dije que solo podíamos estar juntos una semana, o tal vez un año, toda la vida? Dios, ¿a quién engañaba? Derek nunca aceptaría una relación que durara más de una semana. No después de lo que pasó con su ex. ¿O sí?

Bridget había logrado matar cualquier indicio que él hubiera tenido de establecerse con una familia. Me pasé el dorso de la mano por la cara, me di la vuelta en la silla para asegurarme de que estaba sola y luego me escondí detrás del monitor.

«En cierto modo, me alegro de que te hayas sacado eso de la cabeza», dijo Annie. «Seis años es demasiado tiempo para vivir sin sexo».

«No había sido gran cosa hasta que lo conocí», froté el dobladillo de mi falda entre mis dedos. «Nunca me había sentido así por alguien. Ni siquiera... ya sabes».

«Lo sé. ¿Quieres que nos veamos para un almuerzo tardío?».

«No puedo», hojeé el contrato que tenía frente a mí. Había estado leyendo la misma fórmula en la Sección B durante la última media hora. «Todavía tengo que leer un par de contratos antes de salir de aquí esta tarde. ¿Lo dejamos para otra ocasión?». Saqué una nota adhesiva del bloc, la pegué en el margen y escribí una nota para mi jefa. «Mierda, ella viene hacia acá». Me hundí más en mi silla.

«¿Quién? ¿Su ex?», me preguntó Annie.

«Sí. Te llamaré más tarde», apagué el auricular.

«Buenos días, señorita *Dorva*», dijo Bridget.

«Soy 'de Cordoba'». Puse los ojos en blanco cuando miró hacia atrás.

«¿Qué?», un rizo grueso rebotó frente a su rostro y lo volvió a colocar en su lugar de la misma manera que lo había hecho la semana pasada cuando la conocí. El gesto me había parecido casi elegante entonces, pero ahora que sabía lo que le había hecho a Derek, todo en ella

parecía falso. Hasta sus rizos, su maquillaje perfecto y su manicura francesa acrílica.

La miré a los ojos, apostando a que su color también era falso. No lo era. Maldita sea. La verdad era que ella coincidía con Derek en apariencia y nivel de sofisticación. Compartían el mismo estilo de vida, el mismo círculo social. Pero ella coincidía con el Derek Cole que todos conocían, no con el realista y genuino que yo había llegado a conocer en las últimas semanas. Nada de lo que él decía era calculado.

«Mi apellido». Me mordí el labio. No debería haberla corregido. Independientemente de lo que hubiera hecho, todavía necesitaba este trabajo. Mi pulso se aceleró y mis orejas se sintieron calientes. ¿Sabía que le había contado a Derek sobre sus planes?

«No puedo repetirlo». Agitó una mano frente a ella en señal de restarle importancia. Por un momento, me miró con cierto desdén en sus ojos. La semana pasada, apenas me había mirado. Ahora, me observaba, como si intentara leer mis pensamientos.

«Christopher está en una reunión todo el día hoy, y quería asegurarme de que supiera que el miércoles es su día de trabajar desde casa. Es parte de una iniciativa ecológica con la que Derek y yo nos comprometimos este año».

Eso último sonaba a demasiada información. La parte de *Derek y yo* me dolió un poco.

«Christopher ya habló conmigo sobre el horario de días variables. Él pensó que debería tomar el martes».

«Miércoles», repitió, con los labios fruncidos y las mejillas rojas. A la mujer no le gustaba que la contradijeran. «Asegúrate de tener lo que necesitas para terminar tus informes desde casa».

«Sí, lo siento. Lo haré». Mi voz tembló. Esperé a que me preguntara sobre nuestro pequeño supuesto arreglo.

Por suerte, sonó su teléfono. Sin despedirse ni preguntar si Derek había aceptado los términos del divorcio, se alejó con el móvil pegado al pelo. «Bridget Cole», respondió.

Todavía estaba conmocionada por la conversación con Bridget cuando Annie me devolvió la llamada a mi teléfono personal. Con manos temblorosas, me quité los auriculares y presioné el botón verde de la pantalla. «¿Annie?».

Un golpe en mi escritorio me hizo levantar la mirada y ver los dedos de Bridget chasqueando a centímetros de mi cara. *Camina conmigo*, me dijo sin que saliera sonido de su boca mientras seguía hablando por teléfono.

Silencié el móvil y di grandes pasos para seguirle el ritmo. Vaya, era alta. Cuando llegamos a la sala de descanso, cogió un sobre de la compañía y me lo entregó.

«Voy tarde. Llévalo a mi oficina». Se fue de nuevo sin decir una palabra más.

Desactivé el silencio del móvil y me lo llevé a la oreja. «Estoy de regreso».

«Ella lo sabe», dijo Annie al otro lado de la línea.

«¿Quién sabe qué?».

«El ex», susurró. «Tomaré el almuerzo con una clienta aquí, para ponernos al día con los chismes del fin de semana mientras come. Tú y Derek Cole están en toda la sección de sociales».

«¿Quién lee el periódico hoy en día?». Mucha gente. Yo sabía eso. Simplemente no estaba lista para enfrentar esta noticia en particular.

«Lo sé, ¿verdad? Mira. Te voy a enviar una foto de la publicación. El título es difícil de leer. Pero dice que Derek Cole pagó tres veces el precio del vestido que llevas puesto. Suena como si hubiera pagado por una noche contigo. Dios mío».

Miré la pantalla y esperé a que saliera la foto. Apenas me reconocía en ella. Y, por supuesto, Derek se veía más atractivo de lo que recordaba. Una lenta sonrisa mostraba en mis labios.

Cuando lo seguí fuera de la fiesta, solo me había preocupado por el orgasmo que me cambió la vida en su tienda y que nos dirigíamos a su casa para hacerlo todo de nuevo. En la foto, la lujuria en su expresión me secó la boca. No me había dado cuenta de que me deseaba tanto.

«¿Sigues ahí?», ella dejó escapar un suspiro fuerte.

«Sí. Lo estoy viendo. Así que nos vieron salir juntos. ¿Cuál es el problema?».

«El problema es que la *Sra. Cole* lo sabe. ¿Cómo podría no saberlo? Mírale la cara».

Tenía razón. Pero Annie no sabía nada sobre la infidelidad de Bridget. ¿Cómo podía Bridget estar enojada porque su esposo siguiera adelante con su vida? ¿Era esta foto la razón por la que se había molestado en venir hasta mi escritorio para decirme que tenía que trabajar desde casa el miércoles? ¿Solo quería evaluarme? Se me revolvió el estómago. Probablemente se estaba preguntando qué veía Derek en mí.

«Puede que tengas razón. Está actuando de forma extraña esta mañana, como si no me hubiera pedido que me acostara con Derek y que él aceptara su acuerdo de divorcio. ¿Crees que nos va a echar de la cabaña o que me va a despedir? ¿Por qué no lo pensé bien?». Me froté las arrugas de la frente. ¿En qué estaba pensando? Bueno, justamente era eso. No lo había pensado. Mi cerebro había dejado de procesar racionalmente en el momento en que Derek se acercó a nosotros en la fiesta. El hombre tenía un don con las palabras *y* con las manos. «¿Qué voy a hacer?».

«¿Le contaste a Derek acerca de Bridget?».

«Sí». Me dirigí a la oficina de Bridget para dejar el sobre que me había dado. No quería darle otra razón más para que me despidiera.

«¿Se enojó?».

«Al principio. Pero luego…». Un escalofrío recorrió mi columna. Todavía podía sentir sus dedos en mi piel mientras deslizaba el vestido por mis hombros.

«Bueno, lo hecho, hecho está. Solo mantén la cabeza gacha en el trabajo. Y lo más importante, Valentina, mantente alejada de Derek Cole».

Mantener la cabeza gacha en el trabajo no sería un problema en absoluto. Mantenerme alejada de mi casero era un asunto completamente distinto.

CAPÍTULO 20

Enamorado de ella

DEREK

Hablando del diablo y el diablo aparece en tu puerta. ¿Qué demonios?

Después del café con Valentina, mi mañana transcurrió, como era de esperar, sin incidentes. Sin embargo, mi tarde prometía ser un poco más interesante.

«Déjalo pasar», hablé por el intercomunicador de la casa. «No le digas lo del camino privado. Mándalo aquí. Hablaré con él».

Dejé el teléfono y caminé hacia la terraza. Valentina aún no había regresado. Con una rápida mirada a mi reloj, bajé las escaleras. Faltaba una hora para que volviera a casa con Max. En mi cabeza se sucedieron diferentes escenarios sobre por qué Alex Maio, después de todo este tiempo, estaba aquí buscando a Valentina. Su sincronización resultaba impecable. ¿Era una coincidencia que él regresara a su vida, en el minuto en que ella comenzara a salir con alguien más?

¿Era eso lo que estábamos haciendo?

En la sala de estar, Em tenía un bourbon esperándome. Bebí un trago, tratando de ordenar mis sentimientos. Tener a este idiota en mi casa me molestaba muchísimo. Pensé en Valentina y el terror en sus ojos cuando me contó sobre el padre de Max. Se sentía responsable por lo que había sucedido entre ellos. ¿Cómo podía creer que quedarse embarazada de un imbécil inútil era su culpa?

Él le había hecho eso.

No era de extrañar que renunciara a los hombres después de que esa relación terminara. Él se había asegurado de que nunca más pudiera confiar en nadie. Sonreí mientras el deseo, ahora familiar, fluía por mi pecho. Ella confiaba en mí. Lo suficiente como para hablarme de él, y eso me llenaba de satisfacción, incluso si el deseo de hacer lo que fuera necesario para hacerla feliz me asustaba muchísimo. Pero ya no podía negarlo. Mis sentimientos por Valentina habían pasado de lujuria a algo más que no podía entender del todo. Lo que sea que sentía por ella explicaba los celos irracionales que ardían en mis entrañas cada vez que pensaba en Alex Maio. El control que tenía sobre ella. Sus sentimientos por él. Incluso si esos sentimientos eran principalmente inquietud. Miré hacia abajo a mis puños cerrados y forcé la respiración tranquila. Antes de que me enojara y me molestara con este tipo, necesitaba averiguar por qué estaba aquí. Este no era el momento de perder los estribos. Necesitaba manejar esta situación sabiamente.

El peor miedo de Valentina tocó a mi puerta. Cruzándome de brazos, me quedé de pie junto a la puerta del patio y esperé a que Em lo hiciera pasar. El imbécil no era nada extraordinario. Parecía tener más o menos la misma edad que Valentina, tenía el pelo hasta las orejas, ojos oscuros en una cara ovalada.

Y un alma oscura, sin duda.

Entró en la gran sala, inspeccionando el lugar con una mirada de incredulidad, había una especie de presunción en él, como si supiera algo que yo no sabía. ¿De verdad creía que tenía derecho a Valentina?

«Buen día, señor», dijo con una voz ronca y de fumador que me hizo preguntarme si tal vez era mayor de lo que pensaba. Con una sonrisa encantadora, extendió la mano. «Alex Maio».

«Derek Cole». Agarré su mano. ¿Se enojaría Valentina si le rompía los dedos?

Se me erizaron los pelos de la nuca. Todo en Alex gritaba peligro. ¿Cómo demonios Valentina se había enamorado de un idiota como ese?

«Estoy aquí por Valentina. ¿Está por aquí?». El tono implicaba que eran viejos amigos. Por alguna razón, asumía que yo no sabría nada de él. Respiré profundamente para tranquilizarme.

Valentina no había dicho mucho cuando habló de él. Pero su lenguaje corporal llenó los espacios en blanco para mí. Tenía una historia ensayada de lo que le pasó al padre de Max porque la amenazó de alguna manera. Su encanto era calculado, de una manera narcisista. Cualquiera que se tomara tanto tiempo y esfuerzo para parecer amigable se preocuparía por mantener las apariencias. Ciertamente, hizo los cálculos cuando Valentina le contó sobre el bebé que esperaba. Abandonar a una novia lo marcaría como un imbécil de proporciones épicas. Lo cual, en efecto, lo era. Pero no quería que la gente supiera eso de él. Alex Maio no era el gran misterio que yo había hecho que pareciera.

«Ella no está en casa».

«¿Cuándo volverá?». Él mantuvo sus ojos en las diversas chucherías alrededor de la habitación.

No quería decirle que estaba en el trabajo. Si él estaba aquí ahora, no sabía su horario. Quería que siguiera siendo así. Quería que se fuera. Su mirada se posó en mi bebida en la mesa de café. Una chispa de antojo golpeó sus ojos mientras iba a sentarse junto a ella.

«No te sientes. No te quedarás».

Sus grandes ojos oscuros se clavaron en mi dirección.

«¿Disculpe?».

«Me escuchaste».

Estaba volando a ciegas aquí. Hace un par de días, cuando Valentina me habló de él, le pedí a Dom que hiciera una verificación de antecedentes del hombre. Sobre todo, necesitaba satisfacer mi curiosidad. Nunca imaginé que el imbécil se presentaría en mi puerta tan pronto. No sabía casi nada sobre él.

«Sé quién eres. Y lo que hiciste».

Apreté los dientes. Mi voz estaba mezclada con tanta ira que no la reconocí. Caminé hacia él, de pie, yo era unos quince centímetros más alto. Quería quitarle esa petulancia de la cara a puñetazos.

«Lo que no sé es porqué estás aquí».

«Estoy aquí para ver a mi familia». Abrió los brazos.

Me cansé de su farsa.

«Seamos claros. No tienes familia aquí. ¿Qué quieres?».

Esa sonrisa petulante tiró de sus labios de nuevo, y algo se retorció en mi estómago.

«Está bien. Directo al grano. Me gusta». Escudriñó la gran sala mientras caminaba hacia la puerta del patio, estirando el cuello para ver el patio trasero. «Bonita casa la que tiene aquí. Debe tener mucho dinero». Señaló con un dedo largo hacia la alberca. Quería agarrarlo por el cuello y echarlo.

Puse ambas manos en mis caderas. Necesitaba relajarme. No podía ver la cabaña desde aquí.

«Ese no es asunto tuyo». Me acerqué más en caso de que intentara salir.

«Pero es por eso que estoy aquí. Para hablar de negocios». Se frotó la mandíbula, humedeciéndose los labios. Cuando se acercó a mí, su fuerte colonia asaltó mis fosas nasales.

«Escúpelo».

«¿Sabe lo difícil que es mantenerse alejado de mi familia? Es por su propio bien, pero aún me duele, profundamente. Sabe de lo que estoy hablando. Ese cuerpo apretado de ella». Su lengua rozó sus dientes, haciendo un fuerte clic. «Ella es tan dulce». Se frotó el pecho con la mano.

«¿Cuánto?». Quería que este idiota saliera de la vida de Valentina para siempre.

«¿Lo ve? Sabía que era inteligente. Val, siempre tuvo debilidad por los hombres inteligentes.

¿*Hombres*? No pude evitar estar molesto con Valentina. Por mi vida, no podía entender qué veía en este tipo. Un completo idiota sin ningún respeto por su propio hijo o por ella. Al menos sus intenciones eran simples. Quería dinero.

«¿Por ser usted?», observó la habitación de nuevo. «Cincuenta mil».

«De acuerdo».

Sus ojos se iluminaron mientras una sonrisa desagradable se dibujaba en su boca, todo el encanto había desaparecido hacía tiempo. Este era el verdadero Alex. Dio un par de pasos largos, estiró el cuello hacia el pasillo que conducía a la cocina y se dio la vuelta. Como si esperara que un carrito de dinero entrara en la habitación.

«Te daré cinco mil ahora. El resto cuando firmes una declaración jurada donde renuncies a la custodia de Max».

«¿Quién?», frunció el ceño y arrugó la nariz. «Ah... claro. El niño».

«Vas a concederle la custodia total. Y te mantendrás alejado de ella. Porque si no lo haces, te daré una paliza».

«Estoy de acuerdo. Cien más diez por ciento». Se frotó la barba incipiente de la mandíbula. «Cincuenta mil por el niño. Y otros cincuenta por Valentina. Entienda. Va a ser muy difícil para mí renunciar a esa dulce p...».

No llegó a terminar. Me rendí a la rabia y le di un puñetazo. Su cara golpeó la puerta del patio, dejando rastros de sangre. Mi mano palpitaba de dolor, pero la satisfacción valió la pena. Demasiado para manejar la situación sabiamente. El fuerte crujido que hizo su cabeza al golpear la ventana hizo que Em entrara corriendo en la habitación.

«Yo me encargo de esto», le dije.

Tras una rápida mirada nerviosa a Alex, se apresuró a volver a la cocina.

El idiota se levantó lentamente, apoyándose en la puerta de cristal. Su rostro se puso rojo mientras luchaba por lidiar con el dolor y recuperar el aliento. No esperaba que yo hiciera eso. ¿Qué demonios pensaba? Que podía entrar en mi casa, insultar a Valentina y pavonearse con cincuenta mil dólares de mi dinero.

Con una sonrisa lasciva, levantó una mano en señal de rendición y se dirigió hacia la puerta.

A mitad de camino, se dio la vuelta y se abalanzó sobre mí. Fue directo a mi estómago, golpeando con su cabeza me dejó sin aire. Tropecé varios pasos hacia atrás antes de recuperar el equilibrio. Se estrelló contra mí otra vez. La mesa auxiliar se derrumbó bajo nuestro peso, los libros y otros objetos se esparcieron por el suelo.

Cuando me recuperé, agarré la parte delantera de su camisa y le di un golpe en la cara. Esta vez no esperé. Mi puño volvió a impactarle en la mandíbula, y luego dos veces más. Su nivel de fuerza no era rival para mí. No, no era una pelea justa y no me importaba una mierda.

Me dio un golpe, lento y fuerte. ¿Podía siquiera ver a través de ese ojo hinchado? Otro golpe. Lo esquivé fácilmente. En su siguiente puñetazo, dejé que me golpeara. El fuerte golpe de su puño contra mi mandíbula resonó en mi cabeza junto con las palabras de Valentina cuando me contó lo que le había hecho. ¿Había sido esto lo que sintió cuando la golpeó? ¿O fue mucho peor? Lo golpeé de nuevo.

Esta vez, giré mi brazo para conectar con su costado y dejar que recibiera toda la fuerza de mi gancho de derecha. Mis nudillos se sentían en carne viva y un líquido cálido cubría la piel, pero seguí atacándolo hasta que cayó al suelo, casi inconsciente. Sin aliento y sintiéndome profundamente insatisfecho, esperé a que se recuperara. Temblando de ira, me lanzó una mirada oscura y furiosa, con el labio curvado. Él sabía que esta era una pelea que no podía ganar.

«Intentemos esto de nuevo». Me levanté y me eché hacia atrás. «Recibirás tus cincuenta mil a cambio de la custodia total de Max. Y si alguna vez regresas… husmeando en mi casa… pidiendo más dinero… si siquiera pronuncias el nombre de Valentina, te llevaré al hospital primero. Y luego a la cárcel. ¿Está todo claro?». La rabia recorrió mi cuerpo de una manera que nunca había sentido.

Él asintió.

«Dilo», ordené.

«Está todo claro», dijo con los dientes apretados.

«Mi abogado se pondrá en contacto contigo cuando los papeles estén listos para que los firmes. También presentará una orden de alejamiento en tu contra. En lo que a ti respecta, Valentina nunca existió.

Puso los ojos en blanco.

«No quieras joderme». Me acerqué más, con los puños a los costados.

Se limpió la sangre del labio. «Todo esto por esa chica. Debe haberte hecho algo bueno». Me sacudió el dedo índice. «Recuerdo...».

Al menos, el cabrón no me decepcionó. Mi pulso se aceleró cuando lo agarré por el cuello y lo arrastré a través de la habitación hacia la entrada principal. Abrí la puerta con mi mano libre y lo arrojé afuera. Exactamente como había querido hacer en el momento en que entró. Me alegré de haber esperado. Tuvimos una charla productiva. Y ahora ya no sería un problema para Valentina o Max.

En la entrada, tres guardias de seguridad estaban firmes. Em debió haberlos llamado. Bien. Ahora sabía que la casa estaba fuertemente vigilada.

«Asegúrense de que nunca más ponga un pie en esta propiedad», les dije a los guardias.

«Sí, señor», dijeron todos al unísono.

El pequeño capullo estaba muerto de miedo. Eso resultaba inteligente de su parte. La puerta estaba a casi un kilómetro de la casa. Me quedé de pie junto al umbral mientras los guardias lo escoltaban fuera de la propiedad y esperé hasta que todo lo que pude ver fue el polvo que dejaron las llantas de su auto a su paso.

Agotado, caminé con dificultad subiendo los escalones de entrada. Em se movía a mi alrededor, tratando de ponerme algún tipo de ungüento en las manos. Al final, se conformó con darme una bolsa de hielo para que me la pusiera en los nudillos.

«¿Va a decirme de qué se trató todo eso?», dejó una bebida fresca en una de las mesas de la terraza.

«Solo estoy terminando un viejo asunto». Respiré profundamente para aliviar el ardor en mis pulmones y lavé el mal sabor de boca con un trago de bourbon.

«¿Por qué tengo la sensación de que esto tiene algo que ver con Valentina? Me pareció

conocido. ¿El padre de Max?».

La miré a los ojos y asentí. Ella dejó escapar un suspiro fuerte. Pero, aparte de eso, se compadeció de mí y no se detuvo en el asunto. Tal vez no tenía por qué entrometerme en la vida de Valentina de esa manera. Pero no podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo ese imbécil la aterrorizaba de nuevo. La única razón por la que había seguido adelante con su vida, por la que vivía en paz, era porque estaba segura de que el padre de Max no quería tener nada que ver con ellos. No quería que le arrebataran esa paz.

Si hubiera encontrado una manera de llegar a Valentina, no tenía ninguna duda de que habría jugado esa carta. Sacudirla de nuevo para que pagara. Lo consideré alguien que no tendría reparos en utilizar a Max para su propio beneficio. Sin duda volvería porque Valentina estaba conmigo. Un día de pago fácil, probablemente pensaría. No me arrepentía de haberme involucrado.

El sonido ahora familiar de la grava crujiendo bajo los neumáticos me llamó la atención. Em murmuró algo al salir, y eso me recordó lo asustada que había estado cuando comenzó la pelea.

«Em», la llamé, «no tienes de qué preocuparte. Él no va a volver».

«No después de esa paliza», ella se rió entre dientes. «La pregunta es, ¿cómo se enteró de usted y de Valentina?».

«No lo sé. Hasta donde sé, Annie es la única que sabe dónde vive Valentina. Ni siquiera sus padres lo saben».

«Cómo lo supo en realidad», me señaló con el dedo antes de irse. «Tiene que tener cuidado».

Junto a la cabaña, Valentina y Max entraron, llevando bolsas de la compra. Si hubiera venido directamente a casa, se habría topado con Alex. No se merecían esto. Ahora entendía su comentario del otro día. *Realmente era una bendición que él no quisiera tener nada que ver con nosotros. Que Max tuviera que crecer con alguien así…*

Al igual que hizo conmigo, probablemente mostró su verdadera cara después de que Valentina se embarazara. En su mente, ya no podía usarla. Así que no tuvo problemas en mostrarle su verdadero yo. El hijo de puta la golpeó. Debería haberlo golpeado hasta dejarlo hecho papilla.

Las risitas de Max me trajeron de vuelta al presente. No podía escuchar lo que decían, pero algo que había dicho impulsó a Valentina a perseguirlo. Cuando lo alcanzó, le hizo cosquillas hasta que se movió fuera de su alcance. Su pequeña mochila rebotó por todos lados mientras corría hacia la casa. Se detuvo en su porche y me miró. Le saludé con la mano y ella me devolvió el gesto con una sonrisa brillante que hizo que mi corazón se acelerara y, maldita sea si mi pene no reaccionó.

Como había dicho Em, últimamente todo lo que hacía tenía algo que ver con Valentina. Mi ira y celos hacia Alex, la necesidad insaciable de estar con ella, protegerla y hacerla feliz. Todo surgía del mismo lugar.

Estaba enamorado de ella.

CAPÍTULO 21

Di que me crees

VALENTINA

El miércoles, Derek pasó a dejarme otro latte. Nos sentamos en el porche de la cabaña, bebiendo nuestros cafés, mientras una llovizna irregular formaba hoyos en los charcos frente a nosotros. Tal como solíamos hacer cuando nos conocimos en la cafetería. Excepto que ahora él me miraba y yo le devolvía la mirada. Y no podía dejar de pensar en la noche del sábado.

«¿Has estado golpeando paredes otra vez?», señalé los cortes en sus nudillos.

«Choqué contra una pared», se encogió de hombros.

«¿No me vas a contar qué pasó?».

«Hoy no». Me besó la mano, provocando un aleteo de piel de gallina en mi brazo.

«¿Cuándo me vas a dejar invitarte a una cita de verdad?».

«¿Qué?». Casi escupí mi bebida. ¿Una cita de verdad? ¿Como una pareja? La imagen de la noche que pasamos juntos todavía estaba muy vívida en mi mente. La idea de repetir algo de eso hizo que mis piernas se sintieran débiles. Sin embargo, esto se sentía diferente, como si él quisiera algo más que sexo.

Dejó escapar un largo suspiro. «¿Te gustaría salir conmigo? Esta noche».

¿Quiero? Sí.

Crucé los brazos sobre el pecho. «No puedo. Le prometí a Max que cocinaríamos la cena juntos».

Bajó la cabeza y se frotó la nuca. La mirada triste que me dirigió me envolvió el corazón y me apretó con fuerza. Lo último que quería era lastimarlo, pero no podía cambiar mis planes con Max.

«¿Se permiten extraños?», arqueando una ceja me dedicó una de sus encantadoras sonrisas. «Entonces, ¿almorzamos?».

«¿Hoy?».

Mis ojos se posaron en mi reloj. «¿En cinco horas?».

Asintió.

«Dime qué le pasó a tu mano». Tenía una idea bastante clara de lo que había pasado.

Ayer, cuando Max y yo llegamos a casa, vi a Alex salir de la propiedad. No sabía si me había visto. Ciertamente no lo demostró, pero eso no importaba. La descarga de adrenalina me golpeó tan rápido y fuerte que todo lo que pude ver fueron manchas oscuras. Todo lo que había pasado el día que le dije que estaba embarazada volvió a mi mente. Los puñetazos en la cara porque había arruinado su vida, los gritos y su descripción de lo que nos pasaría a mi familia y a mí si alguna vez le decía a alguien que Max era suyo.

Al final, la vocecita de Max me sacó de mi ataque de pánico. Entonces vi a Derek en su

terraza, tomando una copa como si nada pasara, y me convencí de que me lo había imaginado todo. En un instante, todos los pensamientos sobre Alex se desvanecieron. Cuando Max y yo entramos en la cabaña, me sentí a salvo. Pero los nudillos en carne viva de Derek eran la prueba de que no había alucinado con Alex. De alguna manera, nos había encontrado.

«Oh, ahora estamos negociando». Se sentó un poco más erguido, con una sonrisa lobuna en su rostro. «¿Cómo vas a hacerme hablar?».

«Si me lo dices, te veré para almorzar. Hoy trabajo desde casa. Solo tengo una hora, así que tendremos que quedarnos en casa».

«¿Estás segura? Si nos quedamos aquí, podemos terminar haciendo otra cosa».

La lujuria en su expresión prometía que este almuerzo se convertiría en otra maratón de sexo alucinante.

«¿Qué podrías hacerme que no hayas hecho ya?».

Inclinándose hacia delante, ahuecó mi rostro y besó mis labios. Me fundí en él y maldije mi propia estúpida regla de no sexo.

«Cariño, hay mucho más que no hemos hecho. Me gustaría conocer mejor ese pequeño y apretado trasero tuyo... y estos». Su dedo índice rozó la curva de mi pecho. «Una noche no es suficiente. ¿Me crees ahora?».

«Oh». Asentí y me alejé de él. El mediodía no podía llegar lo suficientemente rápido.

«Te veré a las once», se apartó y se puso de pie.

Tragué saliva para contener el zumbido en mi pecho. «Mediodía. Tengo muchos informes que hacer». Alcancé su mano sana y la sostuve fuerte. «Ahora dime qué pasó. Fue por Alex, ¿no?». En el fondo, quería que dijera que no.

«Tenía la esperanza de que no lo descubrieras». Apretó la mandíbula y me miró a los ojos.

«Lo vi irse. ¿Qué quería?».

«Nada». Una profunda mueca se dibujó en su frente. Sacudió la cabeza una vez y me regaló una de sus sonrisas. «Pero es el mayor imbécil que he conocido. Espero que entiendas que no todos los hombres son así».

«Eso ya lo sé». Puse una mano sobre su pecho y él la cubrió con la suya. Su corazón latía con fuerza contra mi palma. Y eso era todo lo que necesitaba para saber que era diferente.

«¿Estás segura? Me pregunto si es por eso que huyes tan rápido. Porque asumes lo peor de los hombres. De mí».

«No de ti». Las lágrimas me picaban los ojos. No lloraba por Alex. Lloraba por mí y por todo el tiempo que había perdido por su culpa. «Tú eres diferente».

«No dejaré que te haga daño». Me apartó el pelo del hombro y dejó que sus dedos se quedaran ahí. «Lo prometo».

Envolví mis brazos alrededor de su cintura y enterré mi cara en el hueco de su cuello. Me abrazó fuerte hasta que dejé de llorar.

«Ven cuando estés lista». Besó mi cabeza y me levantó la barbilla. «Se ha ido para siempre».

Asentí y se dio la vuelta para irse. Mi mirada lo siguió mientras caminaba tranquilamente de regreso a su casa con las manos en los bolsillos de sus jeans y los bíceps abultados. Solté un suspiro, me limpié la mejilla con la manga de mi camiseta y entré. En la cocina, Max estaba sentado comiendo un tazón de cereal que se había servido él mismo. El tazón estaba lleno hasta el borde. Cada vez que tomaba una cucharada, caían trocitos de granola del plato a la encimera.

«Veo que ya estás listo para salir. Subamos al coche».

«Está bien. Estoy terminando mi tarea», dijo.

Mi corazón se derritió un poco. Los estudiantes de preescolar no tenían tarea, especialmente

en verano. Pero no lo cuestioné. En cambio, lo vi trazar letras con un crayón. Pasó un brazo alrededor de mi cintura y siguió trazando. Nos merecíamos esta felicidad.

«Vamos, mamá. Vamos a llegar tarde».

«Sí. Coge tus zapatos».

Nos arrastramos hasta el coche uno al lado del otro. Cuando Max vio a Derek en su terraza, lo saludó con la mano. «Me agrada».

«Sí, a mí también», suspiré.

Llevé a Max al campamento de verano y regresé en veinte minutos exactos. Con revoloteos haciendo estragos en mi estómago, repasé rápidamente la lista de tareas que tenía para el día. De vez en cuando, miraba el reloj de la computadora y el aleteo se extendía desde mi pecho hasta debajo de mi ombligo. Quería estar con él tan desesperadamente.

Un momento. ¿Qué? ¿Acepté una llamada para un encuentro sexual con Derek? Oh, mierda.

Enterré mi cara en mis manos. Tenía razón, una noche no era suficiente. Si fuera honesta, me estaba quedando sin razones para alejarlo. A Max le gustaba y Derek era genial con él. Más importante aún, Derek quería estar conmigo. Merecía una segunda oportunidad. La pregunta era, ¿Bridget nos dejaría tenerla? ¿Qué haría si Derek no presentaba sus papeles de divorcio firmados para el viernes? Tragué el nudo en mi garganta y dejé el pensamiento a un lado. Él había dicho que se ocuparía de las cosas con Bridget y confiaba en él. En unas pocas semanas, un mes como máximo, estaría libre nuevamente.

Dos horas y cuarenta y dos minutos después, envié mis informes a Christopher. Miré el reloj hasta que los números se volvieron borrosos. Faltaban dos horas para la hora del almuerzo, pero no podía esperar ni un minuto más. Corrí al baño y me preparé en un tiempo récord, poniéndome un sencillo vestido camisero con cinturón. Oh, mierda, iba a tener una cita de verdad con Derek Cole, el jefe del jefe del jefe de mi jefe.

Mi corazón amenazaba con atravesar mi pecho por la expectación. Sacudí las manos delante de mí mientras paseaba por la sala de estar.

Relájate. Es solo una cita.

¿Por qué era tan importante? El reloj sonó y casi me salgo del cuerpo. Dios mío. Ya eran las once en punto. Con la lluvia cayendo sobre mí, corrí por el césped en dirección a la casa principal. Ninguna lluvia fría podría disipar el deseo que sentía por él. Lo necesitaba.

Un escalofrío me recorrió cuando llegué a los escalones que conducían a la gran terraza y a su dormitorio. La sonrisa malvada que tiraba de un lado de mi boca se convirtió en una sonrisa abierta mientras comenzaba a subir los escalones.

Dios, ¿tengo que ser tan obvia?

Me di la vuelta y corrí escaleras abajo. Respiré profundamente, me ajusté el vestido y me dirigí hacia la puerta del patio que conducía a la gran sala. Estaba abierta, pero llamé de todos modos, sintiéndome de repente como una intrusa.

Entré en la sala de estar y grité.

«¿Hola?».

«Hola». Una voz femenina llegó del desván.

Se me cayó el estómago. Todo mi mundo se derrumbó. La voz me sonaba familiar. ¿Era Nikki?

«Valentina», dijo Derek desde lo alto de las escaleras. Tenía el pelo mojado y se veía muy sexy con su camiseta blanca y sus jeans tan finos. Una gran sonrisa se formó en su rostro mientras bajaba corriendo las escaleras.

Nikki bajó del desván y se encontró con él en la sala de estar, donde me quedé congelada.

Una mujer semidesnuda y sudorosa le haría eso a cualquiera.

«¿Qué diablos, Nikki?», Derek se apartó de ella, con el ceño fruncido, mientras su mirada pasaba de ella a mí. En su defensa, el horror se reflejó en su rostro antes de alcanzarme.

«Valentina».

Mi corazón se desaceleró hasta llegar a un doloroso latido sintiéndolo hecho una bola apretada. No podía respirar. ¿De verdad no sabía que ella estaba en su casa?

«Cariño, ¿quién es?», preguntó Nikki.

Ella sabía quién era yo. Era *Sábado*. Y estaba aquí el día equivocado. Miré mis manos, sabiendo que no podía estar enojada con Derek. Nunca dijo que éramos exclusivos. En cambio, estaba furiosa conmigo misma. Por permitirme pensar que él querría una relación seria conmigo. Obviamente no era así. Simplemente tenía un lugar disponible en su rotación semanal. Y aquí estaba la prueba.

Nikki corrió a su lado y le susurró algo al oído. No podía escuchar lo que estaba diciendo y no me importaba. Me dolía el pecho mientras caminaba con dificultad hacia la puerta.

«Cuando yo regrese, tendrás que haberte ido». La voz de Derek retumbó dentro de la casa.

Para cuando llegué al césped, mis piernas se sentían más fuertes. Eché a correr. En la bifurcación del camino, tenía la cabaña a mi derecha y el camino de entrada a mi izquierda. Giré a la izquierda. Necesitaba poner distancia entre nosotros. Un fuerte trueno seguido de un relámpago en la distancia me hizo correr aún más rápido hacia mi auto. Antes de llegar, choqué contra un roble. O al menos eso sentí. Derek se interpuso entre mi Civic y yo.

«Déjame explicarte». La mirada triste y suplicante en sus ojos me atravesó. «Por favor...».

«Creo que las cosas se explicaron por sí solas allí. Déjame ir». Lo esquivé, pero él me extendió el brazo.

«No hasta que hablemos».

Me dirigí hacia la cabaña, pero él me bloqueó de nuevo. En el segundo intento, se agachó y me agarró las piernas. Me cargó sobre su hombro y me dejó sin aire. Levanté la cabeza y me di cuenta de que nos dirigíamos de nuevo a su casa.

«En serio no vas a hacer esto», dije con los dientes apretados.

«No corras más, Valentina».

Mientras la lluvia continuaba en un implacable aguacero, él corrió por la gran escalera hacia su dormitorio. Con cada paso, mi estómago rebotaba contra su duro hombro. Extendí las manos para disminuir el golpe, pero su espalda estaba mojada y resbaladiza. Tan pronto como llegó al rellano, disminuyó el paso. Se detuvo frente a su puerta para respirar un poco, como si estuviera considerando a dónde llevarme a continuación. Cuando intenté bajar, pasó junto a las mesas y sillas y me dejó caer sobre su cama. En dos segundos exactos, estaba encima de mí y tenía mis dos muñecas inmovilizadas sobre mi cabeza.

«Suéltame». Las lágrimas corrían por mis mejillas.

«Lo haré. Pero por favor. Escúchame primero. No sabía que ella estaba aquí. Y seguro como el infierno que no la invité». Todo su cuerpo me enjauló mientras me observaba atentamente, esperando mi reacción a esta nueva información. El agua goteaba de su cabello sobre mi cara, pero no se movió.

«Di que me crees. No he estado con nadie. No desde que te vi por primera vez en la cafetería».

Quería creerle. Se había sorprendido cuando vio a Nikki en su sala de estar. El nudo en mi estómago se aflojó lentamente y dejé escapar un suspiro. Inclinó la cabeza y dejó escapar un pequeño gemido antes de inclinarse para besarme, un beso profundo y absorbente.

Ahora que sabía que no iba a escapar, me soltó de su agarre. El aire frío se filtró a través de mi ropa mojada. Pero no podía moverme. Especialmente, no cuando se detuvo al pie de la cama y se quitó la camiseta. Sus zapatos y jeans vinieron después. ¿Por qué se estaba desnudando?

«Quítate la ropa.

«¿Qué? El deseo se acumuló instantáneamente entre mis piernas mientras el calor familiar se desplegaba lentamente en mi vientre, dejándome débil. «No».

«Está todo mojado. Te vas a resfriar». Desapareció por una de las puertas del otro lado de la cama y regresó con una toalla blanca y esponjosa en la mano, todavía gloriosamente desnudo. Maldita sea, qué buen aspecto tenía.

«No me importa». Me crucé de brazos. Me costó mucho mantenerme firme mientras estaba sentada en su cama, temblando.

«Hazlo o lo haré yo». Me envolvió con la toalla caliente y luego me sacó de la cama.

Cerré los ojos y me deleité con la dulce oleada de lujuria pura que se deslizó hasta los dedos de mis pies. Habían pasado demasiados días desde la última vez que estuvimos juntos. Desabroché el primer botón, consciente de cada centímetro de su piel a mi alcance. Disminuí la velocidad de mis movimientos y levanté la mirada para encontrarme con la suya. Si me quitaba el vestido, mi regla de no tener sexo se iría por la ventana. ¿O se había ido por la ventana esta mañana?

Me jaló el cinturón atado con un lazo alrededor de mi cintura, y su respiración se entrecortó cuando mi vestido camisero se abrió para exponer mis pechos desnudos. Sí, la regla de no tener sexo se había ido por la ventana esta mañana.

«Me estás matando», murmuró. «Dime que lo has reconsiderado».

«Tenías razón. Una noche no es suficiente».

Acunó mi cuello y su boca descendió hambrientamente sobre la mía. En un borrón de manos y brazos, me quitó el resto de la ropa y me llevó de espaldas a la cama. Cuando se arrodilló frente a mí, me dejé caer en el colchón y simplemente me quedé mirando. Su sonrisa me dijo que planeaba hacerme pagar por hacerlo esperar tanto. Cerré las piernas antes de que pudiera posicionarse donde quería. No tenía ganas de rendirme tan fácilmente, o tal vez solo sacó a la rebelde en mí.

«¿Por qué me haces trabajar tan duro por ti?». Sus ojos se posaron en mi coño.

«Estoy en tu dormitorio... desnuda. No soy yo quien te hace trabajar duro por mí». Me lamí los labios.

«Estar desnuda te queda bien». Envolvió sus dedos alrededor de mis muñecas y me atrajo hacia él. Cuando estuve a su alcance, su lengua presionó suavemente y acarició mi boca hasta que mis labios se separaron para él.

Como imanes, mis manos fueron a sus hombros y subieron hasta su nuca. Me encantaba su piel suave y la fuerza de sus músculos tensos debajo. Hundí mis dedos en su cabello y respiré su almizcle, ese olor que era solo suyo. Palmeó mis pechos, capturó ambos pezones entre las yemas de sus dedos y aplicó una pequeña cantidad de presión. Mierda. Mi clítoris reaccionó de inmediato, dolorido por la necesidad. ¿Qué fue eso? Dejé escapar un suspiro que sonó como algo entre una súplica y un suspiro.

«Te sientes tan bien, tan suave». Amasó mis pechos. Mi pulso se aceleró con anticipación. Me mordí el labio y esperé. Tan pronto como relajé mis hombros, él acercó mis pezones y los bajó para besarlos. Nuevamente, me los pellizcó y dejó que la presión aumentara. «Muéstrame dónde lo sientes», susurró.

Dios mío, ¿mostrar qué?

Mi mano buscó el punto húmedo en mi ropa interior de encaje.

«No». Me bloqueó con el codo. «Muéstrame».

El deseo doloroso en mi interior aumentó. No estaba segura de cuánto más podría soportar esta dulce agonía. Abrí mis piernas para él y me dejé caer de espaldas en la cama, innegablemente bajo su hechizo. Esa sonrisa exasperante suya apareció cuando enganchó sus dedos en mis bragas y me las quitó.

«Mejor déjame besarlo». Se inclinó y plantó un beso justo en mi clítoris.

Asentí a pesar de que realmente no me había pedido permiso. Ahuecó mi trasero, amasándolo mientras me acercaba más a él. Sus labios presionaron contra mí expertamente, suaves y llenos. En unos momentos, era un charco de sensaciones. Palmeó mi coño, y ni siquiera se me ocurrió sentir vergüenza por eso. Cada una de sus embestidas aterrizaba en perfecta sincronización con su lengua electrizante. Arqueé la espalda, lista para arder.

«Suéltate, cariño», susurró contra mi vagina. Su aliento caliente sobre mi sexo me envió a un torbellino de éxtasis. Lentamente, un fuego líquido caliente brotó de mi interior y se arremolinó hasta los dedos de mis pies. Clavé mis uñas en su hombro y cabalgué hasta el último trocito de mi orgasmo.

«Derek».

«Estoy aquí». Se sentó sobre sus talones, pasando una mano por mi muslo, a través de mi vientre y mis pechos. «Nunca he sentido una piel como la tuya».

Respirando entrecortadamente, tomó un envoltorio de su mesita de noche. Se puso el condón con movimientos precisos. Me incorporé y mis manos aterrizaron en su pecho, amasando todo lo que podía alcanzar, sus abdominales duros como una roca, su espalda musculosa y su trasero firme.

Su mirada se encontró con la mía, y luego lo vi en sus ojos. Me deseaba tanto como yo lo deseaba a él. Lentamente, pasó una mano por mi pierna y se subió a la cama para enjaularme con su cuerpo como lo había hecho antes. Excepto que esta vez, ambos estábamos desnudos y hartos de esperar. Se hundió con fuerza en mí, llenándome por completo. La necesidad aumentó de nuevo. ¿Cómo era posible?

«Eres tan hermosa». Agarró mis caderas, se apartó y me guió hasta quedar boca abajo. Amasó mis nalgas y se frotó contra mí, dejándome sentir lo duro que estaba por mí. «Y te sientes tan jodidamente bien».

La burbuja que se acumulaba en mi pecho finalmente estalló. Me reí, sintiéndome mareada y completa. Nada más importaba. Estábamos destinados a estar juntos. Cualquier problema que tuviéramos fuera de este dormitorio, podríamos resolverlo. Lo amaba, y algo me decía que él me amaba. Había visto la desesperación en sus ojos cuando pensó que me iba, cuando pensó que no le creía.

«¿Qué pasó con el almuerzo que prometiste?», me volví para mirarlo por encima del hombro.

«Esperando abajo. Podemos parar si quieres». Su voz sonaba tensa y entrecortada.

«Oh, no, por favor, no pares».

«Gracias a Dios». Presionó sus labios en mi hombro antes de entrar en mí por detrás. Enterré mi cara en las sábanas, dejando escapar un suspiro, esperando el clímax que ahora sabía que llegaría.

«Cariño. Eres la única que quiero. Di que me crees», susurró en mi oído, llegando más profundo con cada embestida, haciendo que mi deseo latiera más fuerte.

Aumentó la velocidad y me apreté cada vez más fuerte a su alrededor hasta que sentí que ese ardor dentro de mí se encendía, una liberación intensa y ardiente. La paz y la felicidad que sus

palabras me trajeron fueron mejores que cualquier orgasmo. Bueno, bastante cerca.

«Te creo». El edredón amortiguó mis palabras. «Te amo».

CAPÍTULO 22

Una verdad diferente en sus ojos

DEREK

Yo era consciente de que parecía un idiota, sonriendo como si estuviera a dos segundos de empezar a cantar. Pero no podía evitarlo. La hora del almuerzo era ahora mi momento favorito del día. Bueno, pasarlo con Valentina lo era. Simplemente no podía tener suficiente de ella. Y por una vez, parecía contenta con nuestro arreglo. La urgencia de escapar había abandonado sus ojos. Esto me complació más de lo que hubiera imaginado.

Con una gran sonrisa todavía en mi rostro, miré mi reloj mientras bajaba las escaleras. Era casi mediodía, lo que significaba que Valentina llegaría pronto a casa. El tintineo de vasos en la sala de estar me hizo detenerme en seco. La última vez que un invitado no invitado llegaba a la casa, casi pierdo a Valentina. Aunque tenía que admitir que el sexo de reconciliación había sido fenomenal. Mis pantalones se apretaron al pensar en ella ese día, en los pequeños sonidos que hacía cada vez que se corría.

Sin embargo, sin importar lo bueno que fuera el sexo ese día, no podía arriesgarme a otro de los juegos tontos de Nikki. Seguridad tenía instrucciones específicas de no dejarla entrar. Todavía no podía entender cómo había entrado a escondidas la última vez. Miré la hora de nuevo. Quienquiera que estuviera en la sala de estar tenía que irse rápido.

«Vaya, qué sorpresa. ¡Estás vivo!», Dom me sonrió desde el carrito del bar.

«He estado ocupado». Le di una palmadita en la espalda más fuerte de lo necesario. «Veo que sigues bebiendo mi alcohol».

Se encogió de hombros y tomó un largo trago de whisky. «Siempre tienes la mejor mierda. Han pasado dos semanas. ¿Dónde diablos has estado?».

«Estoy esperando compañía, así que dime rápido qué quieres».

«Pensé que tenías los viernes libres», se rió.

«Vete a la mierda. ¿Qué quieres?».

No le había contado a Dom sobre Valentina a propósito. No entendería lo que significaba para mí. Además, lo más probable es que me aconsejara que no me lo tomara en serio. Demasiado tarde para eso. En ese momento, no podía pasar más de un día sin verla. La necesitaba desesperadamente.

«Estoy saliendo con alguien», solté.

Pensándolo bien, él tenía que saberlo. Todavía necesitaba que redactara los papeles de la custodia de Max y arreglara el pago para Alex Maio.

«¿Nikki?».

«No. Ella no», me reí. «Pero la conocerás en unos minutos».

«Ay, amigo. Mírate. ¿De verdad estás enam...?», sacudió la cabeza. «Ni siquiera puedo

decirlo».

«Puedes decirlo. Estoy enamorado de ella».

«Bueno. Nunca pensé que vería el día. Nuestro chico está enamorado». Me dio una palmadita en la espalda. «Supongo que es verdad lo que dicen. No puede llover todos los días».

«¿Qué quieres decir?», mi sonrisa se desvaneció.

Terminó su whisky de un trago. «¿Quieres primero las buenas noticias o las malas?».

«Siempre las buenas noticias primero».

Dom volvió a la barra, sirvió dos whiskys y me puso uno en la mano. Apretó los labios y me hizo un gesto para que me sentara. «Esto va a llevar un rato».

Me senté y bebí un sorbo, la sangre me corría por las venas. No hacía falta ser un genio para saber que esto tenía que ver con Bridget y el divorcio. Pero, hombre, Dom tenía una forma de dramatizar las cosas.

«Dilo ya». Dejé mi vaso en la mesa de café.

«Ten paciencia. Esta es una historia muy larga», se aclaró la garganta. «Bueno, te dije que iba a husmear en las finanzas de Bridget, ¿no? No pude encontrar nada malo. No tiene deudas de tarjetas de crédito ni grandes derroches de dinero, aunque la mujer seguro que gasta mucho dinero en Louis Vuitton».

«Sí, lo sé».

«De todos modos, eso es exactamente lo que llamó mi atención».

«¿Los LV?».

«No, el hecho de que después de gastar un par de cientos de miles de dólares en Las Vegas el mes pasado, nada de ese dinero apareció en su cuenta. Entonces, ¿de dónde sacó el dinero, ¿no?».

Asentí, recordando por primera vez la mirada en los ojos de Bridget cuando estábamos de luna de miel. La euforia de ganar lo era todo para ella. Había perdido mucho de mi dinero esas dos semanas que estuvimos en Montecarlo. Pero nunca se me ocurrió que eso fuera algo más que para pasar el tiempo o para desahogarse.

«Resulta que tiene una cuenta en las Bahamas. Esta cuenta está bajo una Sociedad de Responsabilidad Limitada de la que no sabía nada, pero aun así pude obtener los estados de cuenta».

«Ni siquiera voy a preguntar cómo».

«Tengo mis métodos. De todos modos, esta cuenta recibe pagos todos los meses, por la misma cantidad».

Sus ojos estaban llenos de emoción.

Exhalé, observándolo atentamente. Dom había armado el rompecabezas. ¿Bridget tenía problemas de dinero? Me senté un poco más cerca del borde de mi asiento.

«Ahora, antes de que te diga de dónde viene el dinero, ¿puedes adivinar cuándo empezaron a llegar los pagos?». Arqueó una ceja, luciendo muy satisfecho consigo mismo.

Un ardor lento se encendió desde la boca del estómago hasta el pecho. Sí, había superado la traición de Bridget. Pero esto era algo nuevo. «No puede ser desde que yo la contraté».

«No. Justo después de que te casaste. Y quiero decir justo después. Como esa misma noche después, amigo».

Todo este asunto del matrimonio había sido idea de Bridget. En ese entonces, había estado tan distraído por CCI, que no podía ver más allá de la puerta de mi oficina. Ella había estado conmigo en cada paso del camino mientras trabajábamos para aumentar nuestros ingresos y alcanzar la meta fijada para el año. Por más que me esforzaba, no podía recordar cómo nos

habíamos involucrado románticamente. Una noche tuvimos sexo en mi oficina y, de repente, ella estaba planeando nuestra boda. También había estado muy apurada.

«¿De dónde viene el dinero?», pregunté.

«Principalmente de CCI, pero también de tus cuentas personales».

Me pellizqué el puente de la nariz. «Me ha estado robando. Todo este tiempo, ¿ha estado follando con nuestro contador y me ha estado robando? Explícame cómo es que esta es la buena noticia».

«Ya voy a eso. A pesar de los altos pagos mensuales, su cuenta en el extranjero está casi vacía. Escucha esto: todo el dinero ha estado fluyendo a otra cuenta en ese mismo banco. No tengo ni idea de a quién pertenece la cuenta ni qué tipo de actividad ha visto; el día que envié una consulta a mi contacto, rápidamente me informó que no existía tal cuenta».

Caminó de un lado a otro por un momento, con las cejas fruncidas. ¿Tenía miedo? Esto era algo que rara vez veía en Dom. «Luego, encontré mi auto cerca de la frontera mexicana de Nogales, completamente desmantelado».

«¿Qué pasó? ¿Por qué no me llamaste?».

«No fue necesario. Me encargué de ello. Y tuve ayuda. Más o menos». Sus mejillas se pusieron rojas, como si estuviera recordando algo.

«Pero mejor el auto que tú, ¿no? Lamento lo de tu auto».

«Sí. Estaban tratando de demostrar algo. Y no te preocupes. Ya lo reemplazaste».

«¿Y ahora qué? ¿De vuelta al punto de partida?». Me senté en el sofá y me pasé una mano por el cabello. Estábamos dando vueltas en círculos. Se nos había acabado el tiempo.

«No exactamente. No necesitamos saber qué hay en la cuenta. Es perfectamente obvio que Bridget se metió con un usurero, uno grande».

«¿Estás seguro?».

«Confía en mí. Reconozco a una banda cuando la veo. Quiero decir, ¿quién más sería capaz de actuar tan rápido cuando comencé a investigar sus negocios?».

«Esto es cosa de la mafia, Dom».

Él asintió. «No jodas. Supongo que su novio la presentó. Investigué un poco sobre Jacob. Ya se había metido en líos como este antes». Se encogió de hombros y tomó otro sorbo de su bebida. «Supongo que su repentino amor surgió de su interés mutuo en el juego».

«Han estado fomentando la adicción del otro». Terminé su pensamiento. Así que ese era el gran secreto de Bridget. La razón por la que necesitaba quedarse en CCI. Era una maldita adicta. «¿Cómo no nos enteramos de que este idiota era adicto? Estoy seguro de que hicimos una verificación de antecedentes antes de que lo contrataran».

«Yo lo revisé. Tú no hiciste ninguna».

«Bridget lo descartó rápidamente». Cerré los ojos, apretando la mandíbula.

«No es que hubiera hecho una diferencia», dijo. «Comprobamos antecedentes, no si son o no amigos de la mafia».

«Así que pensó que, si se quedaba conmigo, nadie cuestionaría nunca porqué estaba desviando fondos fuera de la corporación». ¿Estaban juntos cuando él vino a trabajar para mí? ¿Era este su plan desde el principio? ¿Estafarme para que dejara mi propia empresa? Me entró calor. «¿Crees que este era su plan desde el principio?».

«¿Quién diablos sabe? Ella ya ha cancelado todas las bonificaciones del año». Dom resopló y volvió a llenar mi vaso, lo que me recordó que esa era la buena noticia.

«Mierda. Mierda. Mierda». Me puse de pie de un salto.

«Te entiendo, amigo». Se bebió de un trago su bebida. «Esa tipa es una cabrona. Supongo

que va a exprimir la empresa hasta dejarla seca y luego venderla por kilos».

«O peor, la sacará de la bolsa. Pero por muy jodido que sea, creo que podemos utilizarlo en nuestro beneficio».

Una oleada de esperanza me invadió.

«Pagaré su deuda con la mafia. Y a cambio, tendrá que renunciar a todo lo demás. Mi empresa, la pensión alimenticia y cualquier otro vínculo que pueda pensar que tiene con mi familia o conmigo. Quiero a esa mujer fuera de mi vida para siempre».

«Derek».

«No, Dom, esto funcionará. Porque si se niega, pediré una auditoría y acabará en la cárcel».

«No lo sé. Basándome en los pagos mensuales que se desbordan de su cuenta, estamos hablando de un par de millones».

«Lo pagaré». Puse ambos brazos en mis caderas. Había terminado con toda esta mierda del divorcio.

«Derek, siéntate». Respiró profundamente para calmarse. «Todavía no has oído las malas noticias».

«Dímelas». Me apoyé en el apoyabrazos. ¿Cuánto peor podrían ponerse las cosas realmente?

«Tu sentencia de divorcio llegó esta mañana. Aparentemente, el abogado de Bridget presentó un acuerdo de divorcio firmado por ti, en el que le cedes la propiedad de CCI».

Manchas de luz brillante explotaron frente a mí. Apoyando los codos en las rodillas, presioné las palmas de mis manos sobre mis ojos. Mi estómago se revolvió de disgusto por Bridget y su maldita traición.

«¿Falsificó mi firma?», pregunté con los dientes apretados, mirándolo a los ojos.

Dom negó con la cabeza una vez. «Eso fue lo que pensé al principio. Pasé por el juzgado antes de venir aquí. Confirmaron que la firma es tuya. Me puse de pie de un salto y corrí hacia la biblioteca, dando dos pasos a la vez. Hojas al azar volaron del escritorio mientras destrozaba mi oficina, hojeando los papeles que había sobre mi escritorio, buscando los malditos documentos. El acuerdo que había firmado hace cuatro semanas había desaparecido. Alguien había entrado en mi casa y lo había robado. Traté de no pensar en lo que eso implicaba. Alguien cercano a mí me había traicionado.

«¿Cómo consiguió ese acuerdo firmado? Lo tenía aquí». Mis piernas se sentían pesadas mientras bajaba las escaleras.

«Ella afirma que un empleado se los entregó. Fuera de la sala del tribunal, se me acercó y dejó escapar que tuvo que pagar una cantidad considerable por ellos».

«¿Te dio un nombre?». Me froté el pecho y me mordí el interior del labio.

«Sí, espera. Lo tengo en mi bandeja de entrada. Tuve que anotarlo. No es un nombre fácil de recordar». Rebuscó en su bolsillo trasero en busca de su teléfono. «Debes tener cuidado con esto, Derek. ¿Desde cuándo Bridget ofrece información que puede incriminarla en un tribunal de justicia? Ella es muchas cosas, pero perra tonta no es una de ellas. No sé cómo esto la beneficiaría. Pero estoy seguro de que lo hace. De alguna manera. Toda esta situación apesta».

Mis manos temblaban mientras él revisaba el correo electrónico en su móvil. Solo otra persona sabía sobre el divorcio. Solo una persona tenía acceso a mi vida… y a Bridget.

«Aquí está. Sí, no había forma de que recordara esto. Valentina de Cordoba. ¿La conoces?». Debió haber leído algo en mi rostro cuando me miró. «Honestamente, hombre, no tengo forma de confirmar nada de esto. Podríamos mirar las transmisiones de la cámara, pero eso llevará mucho tiempo. Esto salió de la nada. Todavía no tengo un plan, pero se me ocurrirá algo. Lo prometo. Esa mujer no se saldrá con la suya».

El nombre de Valentina todavía resonaba dolorosamente en mis oídos. Cerré los ojos y todo lo que podía ver era rojo. «Revisa tu correo electrónico nuevamente».

«¿Qué debo revisar?».

«Revisa tu maldito correo electrónico nuevamente». Mi voz resonó en la habitación.

«Está aquí. Mira». Me mostró su teléfono. Cuando encontró mi mirada, su boca se abrió. «Oh, hombre, Derek. Lo siento mucho».

Yo era el idiota más grande. Me lo merecía por creer que su actuación de niña dulce era real, por pensar que sus sentimientos por mí eran honestos. Que no le importaba mi dinero. ¿Sobre qué más había mentido? ¿Había mentido sobre la necesidad de un lugar donde vivir? ¿Sobre Alex Maio? Jesucristo. ¿Lo había enviado a pedir dinero? Había estado volando a ciegas ese día porque solo sabía lo que ella me había dicho sobre él. Pero él ciertamente sabía cómo tocarme los botones. Sabía exactamente qué decir para hacerme perder el control, para que corriera a salvarla.

Me convirtió en un imbécil patético.

Esperaba que se perdiera nuestra cita para almorzar. Quería que desapareciera porque no sabía qué le haría si aparecía ahora. Enterré mi cara en mis manos, cerré los ojos con fuerza. Cuando los abrí, Valentina estaba parada al otro lado de la ventana, luciendo como un ángel. La mujer que pensé que había entrado en mi vida para salvarme no había estado aquí por mí en absoluto.

Su cabello volaba al viento, hoyuelos adornaban su sonrisa, como una especie de ángel oscuro. Se movía lentamente. ¿Por qué no lo vi antes? La forma en que vacilaba a cada paso, calculando mi reacción. Lo hacía ahora. Su andar era como un acecho, como un depredador tras su presa. Yo. Me froté los ojos. Era tan difícil de creer.

Todas esas veces que fingió escapar. Como un idiota, la perseguí cada maldita vez. Tiró mi empresa a la basura. ¿Y por qué? ¿Dinero? Le habría dado cualquier cosa que me pidiera. ¿No lo demostré el día que envió a Alex? Todo lo que tenía que hacer era pedirlo y yo habría puesto el mundo a sus pies. No tenía por qué ir y venderme de esta manera.

Fui un tonto por creer que sintió mi dolor cuando le conté sobre Bridget y cómo estaba a punto de perder mi empresa. Todo fue una maldita actuación. Nada de eso le importó nunca. Me puse de pie de un salto. Necesitaba verlo en sus ojos.

En dos zancadas, cerré el espacio que nos separaba. Le agarré la nuca y la obligué a mirarme. Un gemido escapó de sus labios, despertando en mí el deseo que ya me resultaba familiar, pero no me eché atrás. Ignoré el puchero de sus labios y sus pequeñas manos amasando mis abdominales. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando puse mi pulgar debajo de su mandíbula para evitar que apartara la mirada, desesperado por encontrar una verdad diferente en sus ojos.

CAPÍTULO 23

¿Pagaste por mí?

VALENTINA

Cole me lanzó una mirada oscura cuando crucé el umbral. Mis piernas y manos temblaron al verlo. Nunca lo había visto tan furioso. Por la mirada en el rostro de su amigo, él tampoco. Di un paso atrás. ¿Debería dejarlos lidiar con lo que fuera que estuvieran pasando? Abrí la boca para hablar, pero las palabras no salían. ¿Qué podía decir? Debería irme, pero eso sería como huir. En las últimas semanas, Derek me había demostrado que huir nunca era la respuesta.

Lo que fuera que estuviera pasando, podríamos enfrentarlo juntos. Sonreí. Juntos sonaba bien. Incluso si todavía no habíamos abordado nuestros sentimientos después de que lo dijera, estaba enamorada de él. Había considerado que tal vez no se tomó en serio mi confesión porque, bueno, lo había dicho justo después de un orgasmo alucinante. Pero ese no era el motivo por el que lo había hecho. Quería que supiera que estaba enamorada de él. Sacarme eso del pecho me había hecho sentir bien. Le había dado tiempo para digerir la noticia, pero ahora teníamos que hablar de ello. Tal vez no en este momento, especialmente con él lanzándome dagas.

Entré en la sala de estar y saludé con la mano al hombre que estaba junto a Derek. Era casi tan alto como Derek, con ojos azul cobalto y cabello oscuro y ondulado. Su piel era solo un tono más clara que la mía. El hombre era intimidante, pero en este momento, no parecía ni la mitad de aterrador que su amigo.

«¿Está todo bien?», pregunté cuando ambos hombres me miraron como si acabara de cometer un crimen atroz.

Derek caminó hacia mí, una vena palpitaba en su sien, sus ojos estaban húmedos. Mi respiración se entrecortó. Con un doloroso jalón, agarró mi cuello. Su rostro estaba a solo un par de centímetros de distancia mientras sus ojos examinaban los míos. ¿Había estado llorando? Quería decirle que lo amaba, pero no podía pronunciar las palabras. Su agarre sobre mí era demasiado fuerte. Presionando mis palmas sobre su pecho y abdominales, lo empujé. Su corazón latía tan fuerte que su pecho se tensaba, como si estuviera a punto de partirse. Él mismo estaba a punto de perder el control.

«Derek», dijo su amigo, «tomemos un segundo para pensar en esto».

«No hay nada que pensar. Ahora lo tengo todo muy claro». Cuando me soltó, apretó los puños con tanta fuerza que una de sus costras se desgarró y sangró.

Ya había estado aquí antes. Bajé la guardia y, de alguna manera, terminé de nuevo donde había comenzado, en el lado receptor de la ira de un hombre. Y al igual que la primera vez, no tenía idea qué había hecho mal.

Dijiste que eras diferente. Dijiste que podía confiar en ti.

El odio en sus ojos era demasiado para mí. Me di vuelta para irme, pero Derek dio un paso

largo y agarró mi muñeca. Jalé mi brazo, pero él agarró mi otra muñeca con su mano libre y me sostuvo cerca de él. Su respiración era irregular y olía a licor.

«Nunca estuviste de mi lado, ¿verdad? Todo ese acto inocente, que me dijeras la verdad sobre Bridget, fue todo una mentira. Has estado trabajando para ella todo este tiempo». Sus ojos buscaron mi rostro de nuevo.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. «Te dije la verdad esa noche. Nunca haría nada para lastimarte». Miré detrás de él a su amigo.

Derek me jaló mis manos para atraer mi atención hacia él. «Respóndeme». Apretó su agarre. «¿O actuaste por tu cuenta? Viste la oportunidad de ganar algo de dinero y la aprovechaste. ¿Fue eso? ¿Viste lo tonto que era en tus manos y decidiste que podías salirte con la tuya?». Sus ojos estaban rojos e hinchados por las lágrimas no derramadas. «Por tu culpa, lo perdí todo. Maldita sea, Valentina, le diste mi empresa. Tiraste mi vida entera a la basura como si fueran desechos del día anterior. A pesar de la ira en su expresión, su tono vaciló mientras sus labios se cernían sobre los míos.

«Te lo prometo. Nunca haría nada para lastimarte. Te amo». Presioné mi frente contra la suya.

«Qué conveniente. ¿Ahora sientes algo por mí?». Sacudió la cabeza. «¿O fue Alex Maio? ¿Él te hizo hacer esto?».

«¿Alex? ¿Qué tiene que ver con todo esto? Nunca me dijiste por qué pelearon los dos».

«No finjas. Di la verdad. Por favor». Su pulgar frotó la parte interna de mi muñeca.

«¿Qué te dijo?», le pregunté. Alex era capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería. Lo había visto de primera mano.

«Me pidió cincuenta mil dólares a cambio de ti. Para que te entregara, o lo que sea que tengan los dos». Frunció los labios y bajó los brazos, obligándome a arrodillarme.

«¿Cómo puedes pensar eso de mí? Por favor. Me estás lastimando». Jalé mis manos justo cuando me soltó. Perdí el equilibrio y caí al suelo. Por un momento, pensé que extendería la mano para atraparme en sus brazos, pero no lo hizo. Me dejó caer.

«Y como una idiota, acepté pagar». Su expresión de dolor me rompió el corazón.

«Basta, Derek». Su amigo se interpuso entre nosotros. Me ofreció la mano, pero la aparté de un manotazo.

«¿Pagaste por mí?», encontré la mirada de Derek y me puse de pie, frotando los raspones de mis palmas. Esperaba que mis ojos mostraran el mismo odio que los suyos. «¿Por qué? ¿Porque no me acostaría contigo? Maldito seas, Derek, no soy un objeto. No puedes comprarme como un vestido de diseñador en una subasta». Quería golpearlo, lastimarlo. No podía pensar que Alex tenía ese tipo de control sobre mí. O que yo estaría de acuerdo con algo tan repulsivo.

Se apretó la frente con un puño, con los bíceps tensos como si estuviera haciendo todo lo posible por no perder el control.

«Pensé que me conocías. ¿Cómo puedes creer algo de esto sobre mí?».

«Sin duda fuiste muy complaciente después».

«No tienes que ser tan hiriente». Golpeé su pecho con fuerza, pero fue como golpear una pared. Me dolió más a mí que a él. Me rodeó con sus brazos, me sujetó los brazos a los costados y enterró la cara en mi cabello. Su aliento caliente me marcó.

Con un gruñido, se apartó para mirarme fijamente. «¿Qué hay del dolor que me has causado? ¿Eh? ¿Pensaste en eso? ¿Pensaste en mí?». Por un segundo, su mirada se posó en mi boca y pensé que iba a besarme.

«Cuando Nikki estuvo aquí y todo parecía indicar que me habías traicionado, me pediste que

creyera en ti, y lo hice. Ahora te toca a ti. Tienes que creerme también. O al menos escucharme. Dame la oportunidad de explicarme».

«No tengo que hacer nada por ti». Me soltó, agarró un vaso de la mesa y lo arrojó al otro lado de la habitación. Golpeó la pared y los fragmentos se esparcieron por todas partes. «Sal de mi casa. Ahora».

«Derek». Su amigo le puso una mano en el brazo.

«Me traicionaste. Te dejé entrar. Y me pagaste de la peor manera posible». Caminó con dificultad hasta el sofá y se apoyó en el apoyabrazos. «Sal de aquí». Sus palabras resonaron por toda la habitación.

Gracias a la ira que sentía, mis piernas lograron sacarme de su casa con cierta dignidad. Quería suplicarle de nuevo. Pero me di cuenta de que no tenía idea de lo que pensaba que le había hecho a su empresa. Insistir con el asunto no ayudaría a ninguno de los dos. Lo mejor que podía hacer era hacer lo que me había pedido y marcharme. Crucé el césped lo más rápido que pude sin echar a correr. Detrás de mí, Derek seguía lanzando más cosas contra la pared.

CAPÍTULO 24

Supera a Derek Cole

VALENTINA

Entré en la cabaña y cerré la puerta de golpe detrás de mí, jadeando mientras luchaba por recuperar el aliento y retener el desayuno. Mis manos temblaban violentamente. Me aparté el cabello pegado a la cara y corrí a mi habitación para sacar mi gran maleta de debajo de la cama. Perdida en un torbellino de lágrimas y acusaciones, tiré la maleta sobre el colchón y arrojé toda mi ropa dentro. Me dolía la cabeza, pero no podía bajar el ritmo. No había tiempo para regodearme en la autocompasión. Si me apresuraba, podría tener todo lo esencial empacado antes de tener que recoger a Max del campamento.

Max. ¿Cómo iba a decirle que había perdido nuestro hogar? Le había fallado. No podía darle la familia que quería durante más de dos semanas. Maldita sea. Nada de esto habría sucedido si no hubiera bajado la guardia, si no hubiera dejado entrar a Derek, si no me hubiera enamorado de él. Si. Si. Y ahora volvíamos al punto de partida, y una vez más, todo era culpa mía. Mi estúpida culpa. Como antes, cuando Alex me dejó y tuve que volver corriendo a casa de mis padres con el rabo entre las piernas.

Pero no tenía elección. Mi orgullo no importaba. La seguridad de Max, su felicidad, eso era todo lo que me importaba. Fui a su habitación y puse su ropa y sus lápices de colores en una bolsa.

En menos de tres horas, estaba fuera de la cabaña de Derek y en la fila para recoger a Max en la escuela. Todavía me temblaban las manos, pero al menos había parado de llorar. Me miré en el espejo retrovisor y usé una toallita para limpiar el rímel corrido. Los ojos rojos podían pasar por alergias, me dije, esperando que Max no recordara que nunca me había visto sufrir de alergias.

«Hola, mamá». Se subió al auto. Sonaba como un niño grande, pero no lo era. «Te ves triste, mami».

«¿Yo? No. Solo estoy cansada. Tuve un día duro en el trabajo». Esperé a que se abrochara el cinturón antes de poner el coche en marcha. Era ahora o nunca.

«Oye, ¿ya sabes lo que estaba pensando? Creo que deberíamos ir a ver a la *abuela* este fin de semana. No la hemos visto en semanas». Bajé el tono de voz alegre cuando no dijo nada. «¿Verdad?».

«Es una gran idea. Extraño a la *abuela*. Vamos ahora». Sonaba emocionado.

«¿Sabes qué? Sí, vamos ahora». Levanté la vista y recé una pequeña oración.

Salí del estacionamiento y me dirigí al oeste hacia Casa Grande. Tenía cuarenta y cinco minutos para decidir qué decir a mis padres. Suponiendo que todavía tuviera un trabajo, necesitaría al menos dos semanas para encontrar un nuevo lugar donde vivir. ¿Bridget me dejaría conservar mi trabajo, aunque no la ayudara a conseguir la empresa de Derek? Ahora entendía por

qué no me había insistido con eso el lunes. Ya había encontrado una forma de conseguir CCI, pero ¿cómo lo hizo? ¿Y por qué Derek pensaba que yo tenía algo que ver con eso?

Pero no podía preocuparme por eso ahora. Primero, necesitaba asegurarme de que Max y yo tuviéramos un lugar donde quedarnos. Necesitaba hacer una lista.

1. Tragarme mi orgullo y pedir a mis padres que nos dejaran quedarnos con ellos por unas semanas. Al menos dos.

2. Encontrar un nuevo lugar.

3. Pedir a mis primos que me ayudaran, otra vez, a mover mis cosas.

4. Programar la recogida con Em.

5. Superar a Derek Cole.

Mentalmente dibujé dos líneas debajo de su nombre, frotándome la sien.

¿Qué pasó, Derek? ¿Qué hice para que me odies?

Miré a Max por el espejo retrovisor. El agujero en mi pecho se hizo más grande cuando vi su rostro inocente. Tragué el nudo en mi garganta y me concentré en el camino que tenía por delante. Lo que pasara con Derek ya no importaba. Max era mi única prioridad. Cuando entré en la entrada de la casa de mamá, tenía un plan, más o menos. No tenía idea de si me ayudaría a superar lo de Derek, pero al menos ayudaría a que Max y yo volviéramos a la normalidad.

«Bueno, esta es una gran sorpresa», dijo mamá desde el umbral, con los brazos abiertos mientras esperaba que Max corriera hacia ella.

«Pensamos que sería bueno venir a visitarlos el fin de semana». Fui una idiota por mentirles. Primero, sobre los arreglos de vida poco convencionales con Derek y ahora, sobre la verdadera razón de nuestra visita. Sin embargo, mamá no me cuestionó en absoluto, lo que se sintió como un puñetazo en el estómago.

«¿Ves? Sigo diciéndole a tu papá que mi sopa nunca falla. Cada vez que preparo mi sopa de carne especial, aparecen visitas. No puedo creer que te haya traído esta vez. Entren. Ya casi está lista».

Ayudé a mamá a poner la mesa, luego le llevé a papá su cerveza e incluso serví una para mí. Me animó, mostrándome una gran sonrisa. El tipo estaba feliz de tener un compañero de tragos. ¿O era lástima lo que había en sus ojos? Bebí un largo trago de mi cerveza y me senté.

«¿Cómo va ese elegante trabajo tuyo?», preguntó. «¿Estás feliz?».

Yo estaba feliz. «Genial».

«Tienes que conocer a Derek Cole». Max me salvó de tener que explicar mi “es genial”, aunque su comentario abrió una nueva caja de Pandora.

«Ah, ¿sí? ¿Quién es él?». Mamá puso un tazón de sopa de carne frente a mí.

Tragué saliva con fuerza y miré hacia abajo, parpadeando rápidamente. «Es el dueño de la casa que estamos alquilando. Es agradable».

«Su verdadero nombre es Derek Weston Cole… y… tiene el gato más genial. Se llama Pirate. Es tierno y viene a nuestra casa, y podemos alimentarlo». Max se sentó sobre sus talones en su silla y procedió a contarles a mamá y papá todo sobre Derek, cómo jugamos béisbol el fin de semana pasado y almorzamos junto a la alberca. Y… Dios mío.

«¿Él tiró a tu mamá a la alberca?», papá frunció el ceño. Abrió la boca, pero mamá le dio un codazo en el brazo.

Se me cayó el estómago. Recuerdos de las manos de Derek sobre mí cuando estábamos bajo el agua se arremolinaban en mi cabeza. «Sí, solo me empujó». Exhalé por la nariz y me encogí de hombros.

Mamá y papá intercambiaron una mirada significativa. Así de simple, toda mi farsa había

terminado. Sabían por qué estaba aquí. Sabían que Derek era más que mi casero, que estaba aquí porque algo había salido mal. Me había enamorado del tipo equivocado. Otra vez. Como si no hubiera aprendido la lección antes.

Cuando terminó la cena, mamá nos mandó a Max y a mí a nuestras habitaciones para prepararnos para ir a dormir. Ni siquiera me dejó ayudar con la limpieza. Algunas cosas nunca cambiaban, o al menos cuando yo estaba en casa, las cosas volvían rápidamente a ser como antes. Tenía diecinueve años otra vez, con un bebé recién nacido, perdida y confundida. Hice lo que me dijeron, me di una ducha larga y me lavé los dientes. De vuelta en mi habitación, vi que papá ya había traído mi equipaje. Si la maleta de gran tamaño no confirmaba sus sospechas, no sabía qué lo haría. ¿Por qué empacaría toda nuestra ropa para una visita de fin de semana? Me puse mi ropa de dormir y me dejé caer boca abajo sobre la almohada, agradecida de que amortiguara mis sollozos. Mi corazón estaba roto, y ninguna lista en el mundo podría arreglar eso. Un suave golpe en la puerta me hizo volver. Antes de responder, mamá abrió la puerta y dejó un plato en mi mesita de noche: galletas y chocolate caliente. Ese era su remedio para todo. Me acurruqué, demasiado avergonzada para contarle lo que pasó. Se sentó en la cama y me frotó el brazo. Con los ojos hinchados, miré el reloj. Medianoche. Había dormido casi cinco horas. Las lágrimas volvieron a correr por mis mejillas. Ya no tenía control sobre ellas.

«Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Lo sabes». Arregló mis almohadas para que pudiera sentarme y luego me ofreció una galleta.

«Volví a joderlo todo». Me levanté y se la acepté.

«No digas eso, Val. La vida pasa. Eso es todo».

Se puso cómoda en la cama. De la misma manera que la noche en que le dije que estaba embarazada y que mi novio estaba prácticamente muerto. Sí. Iba a ser otra noche larga.

«¿Quieres hablar de eso?».

«Conocí a alguien», mi voz era apenas un susurro.

«¿Cómo es?», me dio una sonrisa amable. «¿Es este el amigo del que Max ha estado hablando toda la noche?».

Asentí. «Todo era perfecto. Pero él simplemente se volvió contra mí. No estoy segura de lo que pasó». Me limpié la cara. Tenía las mejillas hinchadas y pegajosas.

«¿Lo amas?», ella agitó la mano. «Por supuesto que lo amas».

«Soy una idiota. Nunca debí dejar que se acercara».

«Me alegro de que lo hicieras. Significa que finalmente te perdonaste a ti misma. He estado preocupada por ti todo este tiempo. Te rompieron el corazón hace más de seis años y, así de repente, decidiste que ya no eras digna de amor».

«Yo no hice eso».

Se rió, apartando el cabello de mi rostro. «Estabas tan decidida a hacer tu penitencia. No había forma de llegar a ti. Traté de explicarte que la vida sucede, que todos cometemos errores. Traté de hablar contigo tantas veces, pero no quisiste escucharme». Sus palabras estaban llenas de paciencia y comprensión. «Mereces una segunda oportunidad en el amor tanto como cualquier otra persona».

¿Penitencia? ¿Eso era lo que había estado haciendo? ¿Castigarme por enamorarme de alguien a quien no le importaba?

No. Me había mantenido alejada de los hombres todos estos años porque quería centrarme en Max. Él me necesitaba. Mamá lo hacía parecer como si estuviera usando a Max como excusa. ¿Tenía razón al decir que no me había perdonado por lo que pasó?

En cierto modo, Derek me había ayudado a encontrarme a mí misma de nuevo. Me había

demostrado que todavía era capaz de enamorarme. Que merecía más. «Bueno, te alegrará saber que lo intenté. Me esforcé mucho. Pero ahora se ha ido». Me limpié la nariz con la parte superior de mi pijama.

«Habla con él». Me dio una palmadita en la mano.

¿Hablar con él? Sonaba tan simple. ¿Cómo podía hacer eso cuando él no podía soportar verme? Cada vez que cerraba los ojos, todo lo que podía ver era el odio en su mirada. Las lágrimas volvieron a aparecer, aumentando la presión en mi pecho. Incluso si no podía amarme por lo que había sucedido, no quería que me odiara de esa manera. Dolía demasiado.

«Él no quiere verme».

«Por ahora. Dale tiempo. Si es tan bueno como dice Max y si realmente merece tu corazón, cambiará de opinión. Y tendrás la oportunidad de decirle lo que piensas».

Negué con la cabeza. «No lo viste como yo lo vi. Estaba tan enojado, fuera de control».

«Me parece que estaba sufriendo tanto como tú». Levantó la mano cuando abrí la boca para hablar. «No hablemos de eso ahora. Creo que ya has pasado por suficiente por una noche. Duerme. Las cosas estarán mucho mejor por la mañana. Te lo prometo». Me besó en la mejilla. «Lo solucionaremos, ¿de acuerdo?».

Dobló la sábana sobre mi pecho y metió el borde debajo del colchón. Como solía hacer cuando yo era pequeña para mantener alejados a los monstruos. Al salir, encendió la luz de noche y se fue guiñándome un ojo. Cerré los ojos e inmediatamente sus palabras comenzaron a dar vueltas en mi cabeza. Todo lo que había pasado antes era un revoltijo de imágenes. Me había dicho tanto, me había culpado de tanto. No podía recordar nada. Recuperar a Derek era imposible, pero al menos tenía que intentar limpiar mi nombre. Tal vez lograr que me odiara un poco menos.

Al diablo con la lista. Bueno, por ahora. Primero, tenía que averiguar cómo lograr que Derek volviera a creer en mí. Un ardor lento se arremolinó en mi estómago al pensar en el disgusto que había visto en su rostro cuando me preguntó si Alex me había metido en esto. Dios, llegó a esa conclusión muy rápido.

El regreso de Alex no podía ser una coincidencia. ¿Por qué vino a buscarme después de todo este tiempo? ¿Por qué ahora? ¿Cómo sabía siquiera dónde encontrarme? Si hubiera venido a la casa de mis padres, papá no estaría aquí. Estaría en la cárcel del condado o en el hospital, por eso nunca le conté a papá lo que Alex me hizo. Papá lo habría matado. ¿Se acercó a Annie? No. Ella me lo habría dicho. Aquí faltaba una gran pieza del rompecabezas.

Me sequé la mejilla y me concentré en lo que sí sabía. Derek había perdido su empresa y yo era la culpable. Alex estaba conspirando, pero no lo suficientemente inteligente como para hacer algo así por su cuenta. Odiaba que a los ojos de Cole yo fuera igual que Alex, una mentirosa.

Mi pulso palpitaba en mi garganta. Me incorporé. No huiría más. No me castigaría por creer en las mentiras de Alex. Caminé por la habitación mientras me frotaba las sienes. *Piensa*. Engañar a Derek para que renunciara a su empresa habría requerido mucha habilidad. Bridget. Esto tenía Bridget escrito por todas partes. ¿Pero cómo lo logró?

Derek se merecía algo mejor que esto. Aunque ya no me quisiera, no quería que siguiera pensando que lo había traicionado. Esta vez no iba a esconderme debajo de mi cama y dejar que mis padres lo arreglaran todo por mí. Una oleada de calma me invadió y todo se aclaró. Tenía que averiguar cómo Derek perdió CCI y sabía por dónde empezar.

CAPÍTULO 25

Culpable o no

DEREK

Me desplomé en el sillón y me sujeté de los apoyabrazos. Cualquier cosa para evitar que fuera a la casa de Valentina y la obligara a decirme la verdad.

O una mejor mentira.

Hazme creer en ti de nuevo.

En este punto, aceptaría cualquier cosa. El dolor que me infligió la traición de Bridget no era nada comparado con lo que sentía ahora. Este dolor era mil veces peor. Valentina había traicionado mi amor por ella. Y, aun así, me negaba a creer que me vendería tan fácilmente. Esta no podía ser la verdadera ella. ¿Parecía confundida por mis acusaciones? Me pellizqué la nariz, cerrando los ojos con fuerza. Todo lo que había sucedido la noche anterior, todo lo que le había dicho era un gran borrón. En mi rabia, había perdido todo sentido de la realidad y no podía pensar con claridad. ¿Le di la oportunidad de explicarse?

«Me alegra ver que ha vuelto a la normalidad». Em dejó el resto de mi desayuno en la mesa. Las líneas de expresión alrededor de su boca decían que no creía que esto fuera normal o que estaba contenta.

Le di un mordisco a los huevos. Sabían a cartón, a pesar del cerdo desmenuzado a la parrilla que había añadido. «No sé a qué te refieres».

«*Miércoles* está abajo, preguntando por usted. Y usted está aquí arriba. Escondiéndose». Em sirvió café en una taza.

«Dile que estoy en una reunión».

Cuando no dijo nada, la miré. Estaba mirando en dirección a la cabaña. Arrojé mi tenedor sobre la mesa, incapaz de digerir más huevos.

«Tranquilo, Derek. Se ha ido».

«¿Se ha ido? ¿Cómo que se ha ido?». Una fuerte sacudida se revolvió dolorosamente en mi estómago.

«Quiero decir, le pidió que se fuera de su casa. Y se fue». Tomó la bandeja vacía y me dejó para continuar con mi fiesta de autocompasión.

«No quise que se mudara». Me di la vuelta en mi silla. Em simplemente se encogió de hombros sin mirar atrás.

Tomé mi teléfono y marqué su número, agarrándolo fuerte. Cada timbre sonaba más largo y más fuerte que el anterior. Pero ninguna maldita respuesta.

«¿Hola?», respondió finalmente un hombre.

Fruncí los labios. Manchas rojas nublaron mi visión y mi último ápice de lógica. Eso no le llevó mucho tiempo. Apreté el botón de finalizar, arrojé mi servilleta sobre la mesa y me dirigí a

la cabaña de Valentina. No es que Em me mintiera. Solo necesitaba verlo por mí mismo. ¿Realmente se había ido? ¿Para estar con Alex Maio?

Esta mañana me desperté deseando que la noche anterior hubiera sido una pesadilla. Pero todo había sido real. Abrí la puerta de un empujón y apoyé mi hombro en el marco. Los muebles todavía estaban allí. Un aire siniestro cubría cada centímetro de la sala de estar y gritaba lo que ya sabía.

Valentina se había ido.

Mis ojos se posaron en la pared que habíamos pintado juntos. En ese entonces, había estado agradecido de que hubiera tapado el agujero por mí. Sin duda lo hizo para ganarse mi confianza, para hacerme creer que podía arreglar todo lo que estaba jodido en mi vida. Entré en la sala de estar. Su aroma aún flotaba en el aire y se me hizo un nudo en el estómago.

Ladeé la cabeza y tracé con los dedos la decoloración de la pared. Mi pulso se aceleró, intensificando el latido en mi cabeza. Por culpa de Valentina, el trabajo de mi vida ahora estaba en manos de una maldita adicta. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Bridget vendiera la empresa por kilos? ¿Antes de que toda mi gente se quedara sin trabajo? Si ya había cancelado las bonificaciones del año, como dijo Dom, estábamos hablando de meses. Un año, como máximo.

Maldita sea. Los había decepcionado a todos. No sabía qué me dolía más, si la pérdida de CCI, que Valentina fuera la culpable o la posibilidad de que todavía estuviera involucrada con ese imbécil de Alex. Cerré los ojos con fuerza. Imágenes de su rostro engreído, su sonrisa burlona cuando había hablado de Valentina y los *hombres* en su vida parpadearon en mi cabeza. Apreté mi mano en un puño y golpeé la pared una y otra vez, hasta que el yeso se desmoronó. Con los brazos apoyados en mis rodillas, miré fijamente el agujero enorme en la pared. Allí. Ahora la cabaña lucía como debería volver a verse.

De la nada, Pirate entró y fue directo al dormitorio de Max, como si fuera el dueño del lugar. Me apoyé en la pared con los nudillos sangrando y tragando aire mientras veía al gato desaparecer en la habitación de al lado.

«¿Desde cuándo entras aquí? Te desterraron de esta casa, ¿recuerdas?», pregunté cuando regresó para frotarse la cabeza en mis pantalones. Lo seguí hasta la cocina. «¿Te estaban alimentando?». Pirate maulló en respuesta. Sacudí mi mano para aliviar el dolor sordo, mientras buscaba en los armarios debajo del fregadero. Encontré varias latas de comida para gatos allí y una ola de esperanza me invadió. ¿Qué tan mala podía ser? Si todo esto era una actuación, ¿por qué perder el tiempo en alimentar a mi gato? Tiré la comida en un plato que ella guardaba con las latas y lo dejé en el suelo para Pirate.

«¿Qué piensas? ¿Es tan mala como dicen?». Cojeó hacia mí y se acurrucó alrededor de mi pierna. «Yo tampoco lo creo». Me senté en el suelo a su lado y le rasqué las orejas mientras comía.

Cuando mis piernas se entumecieron por estar sentada en el azulejo, me levanté, pero no pude obligarme a irme. En cambio, caminé con dificultad hacia su dormitorio y su cama arrugada. Me la imaginé haciendo espacio en el colchón para su maleta, metiendo sus cosas a toda prisa. ¿Cuánto tiempo le tomó alejarse de mí? Revisé el armario y los cajones. Todo vacío. Un peso pesado me tiró hacia abajo. Me tapé la nariz para detener las lágrimas, pero fue inútil.

¿Adónde fuiste? Por favor, no vuelvas con ese cabrón. No le importas.

Agotada, me acosté en su cama y enterré mi cara en sus sábanas. Su olor todavía estaba en la almohada, su calor. Inhalé y, por primera vez desde la noche anterior, mis pulmones no dolían con cada respiración. Los minutos pasaron, o tal vez me quedé allí tumbado durante horas. Me quedé en su cama y repetí nuestra conversación una y otra vez en mi cabeza. O al menos lo que

podía recordar de ella.

Parecía sincera cuando dijo que no sabía de qué estaba hablando, e incluso se sorprendió por mis acusaciones. Cerré los ojos, recordando su rostro y todas las cosas que había dicho. ¿Era miedo lo que había en sus ojos? Hice una mueca y me mordí el interior del labio. ¿Estaba diciendo la verdad? Dios, quería creerle tanto.

Valentina, ¿huiste porque eres inocente o porque eres culpable?

Un escalofrío me recorrió y me tapé con las sábanas. Cuando lo hice, una camiseta blanca cayó al suelo. Era mía, la que había tomado prestada la primera noche que estuvimos juntos. Ciertamente no actuó como alguien que le estuviera haciendo un favor a su novio. No, esa noche fue real. Ella me deseaba. La forma en que temblaba bajo mi toque, consumida por él. Nadie podía fingir eso. Nadie podía besar así y no sentir nada.

¿En qué estaba pensando al acusarla de conspirar con Bridget y Alex? Podría argumentar que estaba cegado por la rabia. Pero eso no era excusa. Fui un verdadero idiota por decirle todas esas cosas. Ella también había dicho que me amaba. ¿Por qué diría eso si no era verdad? Una sonrisa se dibujó en mis labios.

Me puse de pie, salí corriendo de la cabaña y regresé a la casa. Nada de esto tenía sentido. Valentina me amaba. No podría haberme traicionado. Si estaba diciendo la verdad, tenía la intención de averiguarlo. Fui un idiota por creer en la palabra de Bridget. Ella era una adicta. En este punto, ella dejaría a su propia madre debajo del autobús solo por sentir el subidón una vez más en la mesa de póquer.

En mi computadora, ingresé mi código de acceso, me senté y esperé a que se descargaran los videos de las últimas dos semanas. Apoyé los codos en el escritorio y enterré mi cara en mis manos. ¿Por qué la mandé lejos?

Cuando se completó la descarga, configuré los archivos para que se reprodujeran automáticamente y escaneé la pantalla en busca del rostro de Valentina. Oprimí pausa cuando ella apareció por primera vez, con una falda tubo gris y una blusa azul oscuro. Ese había sido su primer día en mi empresa, en mi edificio. Gracias a ella, había comenzado a sanar ese día. Saber que estaba allí, rodeada de todo lo que había construido, me había sentido en paz. Mierda. Esto sería más fácil si ella estuviera aquí. Este vacío en mi pecho no amenazaba con ahogarme cuando ella estaba cerca. Metí la mano en mi bolsillo trasero y saqué mi teléfono. Quería escuchar su voz. Culpable o no, la quería de vuelta. Toqué el ícono de *Recientes* y vi su nombre de inmediato. Tal vez ella respondería esta vez y explicaría qué diablos estaba pasando. La pantalla de la computadora siguió avanzando rápidamente. Me recliné, me pellizqué la nariz mientras mi mirada pasaba del video a su nombre. Y luego, allí estaba ella otra vez. Una de las transmisiones mostraba a Valentina entrando a la oficina de Bridget para dejar un sobre interno. Hice una pausa y rebobiné la imagen. La resolución no era muy buena, pero podía ver bien su expresión. No parecía sospechosa ni preocupada. Simplemente había dejado el sobre y había salido. Sin nota ni nada. ¿Estaban los papeles del divorcio en ese sobre? ¿Así fue como me vendió? En cinco segundos, había tirado mi empresa a la basura.

Tiré el teléfono sobre el escritorio. No podía ser ella. Me pasé una mano por el pelo, mirando su rostro en la pantalla.

«Si me pregunta, todo suena demasiado perfecto para ser real». Em se paró frente a mí. ¿Cuánto tiempo había estado parada allí?

«¿Qué quieres decir?».

«Está sufriendo, y eso es comprensible. Ha estado buscando este tipo de conexión con alguien durante mucho tiempo. Sé que lo ha hecho. Es por eso que duele tanto. Le abrió su

corazón y volvieron a lastimarlo de nuevo». Me dirigió su característica mirada por encima de sus anteojos, con una dosis extra de lástima. «Es difícil ver las cosas con claridad, pero hay que darle tiempo».

Me froté los ojos. Todo parecía estar bajo una niebla oscura: mis pensamientos, el rostro de Valentina y cada pieza de evidencia que la apuntaba con el dedo.

«Si esta hubiera sido su intención desde el principio, creo que habría tomado un camino diferente. Robar no parece ser su estilo». Em se encogió de hombros.

«¿Quién sabe cuál es su estilo?».

«Todo lo que sé es que esto no cuadra. O más bien, cuadra demasiado perfectamente. Piénselo». Em apretó los labios.

«Eso es lo que he estado haciendo toda la mañana. Pero los detalles son muy confusos. No hay nada que me muestre si ella estaba diciendo la verdad». Me froté la sien.

«No necesita recordar lo que pasó anoche. Solo mire ahí dentro». Señaló mi corazón. «Vea lo que encontrará. ¿Eh?».

Sonrió y se fue.

CAPÍTULO 26

Bridget ganó

VALENTINA

Miré mi móvil sobre la encimera de la cocina de mamá. Me picaban las manos por cogerlo y llamar a Derek. Pero ¿qué le diría? Era demasiado pronto. Probablemente ni siquiera me respondería. Agarré el batidor y batí la masa más rápido.

«Guau, tranquila. Queremos que tenga trozos. Creo que ya está bien». Mamá me apartó para hacerse cargo. «Siéntate. Me estás poniendo nerviosa».

«Lo siento». Me dejé caer en uno de los taburetes de la cocina.

«Esta mañana te ves mejor».

«No me siento mejor». Apoyé la cabeza en mis manos y me tragué las lágrimas.

«Dale tiempo». Echó la masa en la máquina para hacer waffles. «Entonces, ¿por qué está tan enojado?».

«Cree que lo hice perder su empresa».

«¿Cómo?».

«Ni idea». Me encogí de hombros. «Pero tengo que averiguar qué ha pasado. No puedo defenderme si no sé de qué soy culpable, ¿no? Estaba pensando en llamar a Em, su ama de llaves».

«¿Ama de llaves? Qué elegancia». Me miró de soslayo por encima del hombro.

«No sabes ni la mitad». Dejé escapar un suspiro.

«¿Te molesta?».

«¿Qué?».

«Ya sabes, que es rico y blanco. Mira nada más, el tipo tiene dos nombres de pila».

Me reí y sacudí la cabeza una vez. Con una sonrisa triunfante, mamá dirigió su atención a los waffles. El olor a calabaza y canela estaba por toda la casa.

«Estoy orgullosa de él. Ha logrado mucho. Y ni siquiera tiene treinta años», suspiré. «Tenemos tanto en común. Es difícil creer que crecimos en extremos literalmente opuestos del país».

Mamá me miró con las cejas levantadas, la que guardaba para ocasiones especiales. Como si me estuviera haciendo decir toda la verdad.

«Aparte de lo de anoche, ¿te hace feliz?».

«Sí». Una sonrisa brotó de mis labios y asentí. «Es inteligente, amable y generoso. Y alto y tan increíblemente sexy».

Mierda. ¿Acabo de decir eso en voz alta?

«Oh. No me di cuenta de que las cosas fueran tan serias. ¿Ustedes dos ya…? Ya sabes». Se puso una mano sobre la boca para ocultar su sonrisa.

«Mamá». Me sonrojé y toqué mi frente contra la encimera y me cubrí la cabeza con mis brazos.

«Bueno, bien por ti, cariño. Ya era hora».

La miré de reojo, levantando ambas cejas. ¿Por qué pensé que estaría enojada conmigo?

«Ve a llamar a esa señora Em. Averigua qué pasó». Se secó las manos en su delantal antes de colocarme el cabello detrás de la oreja, como solía hacer cuando era pequeña. Ahora que tenía a Max, me daba cuenta de que siempre sería su niña. Así como Max siempre sería mi niño.

«Mereces ser feliz. No te rindas ahora». Señaló hacia el pasillo. «Anda, ve a tu habitación».

Salté del taburete y tomé mi teléfono. Mamá se ocupó del desayuno mientras yo corría de regreso a mi habitación. Llamé a la casa de Derek, sabiendo que Em contestaría.

«Buenos días, Valentina», dijo ella.

Su alegre saludo me desconcertó por un minuto. ¿Cómo sabía que era yo? Ah, claro. El identificador de llamadas.

«Um. Buenos días, Em».

«¿Quieres que vaya a buscar a Derek?».

«No», solté. Mi corazón dio un par de vuelcos cuando dijo su nombre. «Quería preguntarte cuándo sería un buen momento para ir a buscar mis cosas».

Y también, ¿acaso escuchaste algo de la conversación de Derek con su amigo anoche? ¿Alguna idea de por qué piensa que lo traicioné?

Mierda. Debería haber escrito algo antes de llamar. No tenía idea de cómo plantear la pregunta. La estática zumbó durante lo que pareció una eternidad.

«Es tu casa. No necesitas mi permiso, querida. Ven cuando quieras».

«Oh. Gracias». Respiré hondo y me froté las manos húmedas en los pantalones del pijama. «¿Cómo está?».

«Como era de esperar. Mal». Hizo una larga pausa. «Deberías venir a verlo. Hablar».

«No puedo. Ni siquiera sé por qué está enojado conmigo», negué con la cabeza frenéticamente, aunque ella no podía verme.

«Derek firmó sus papeles de divorcio hace un mes. Alguien los tomó y se los vendió a Bridget». Su pequeña risa apenas se podía escuchar a través del altavoz.

¿Eso era todo? Había pasado toda la noche diseccionando nuestra conversación, estrujándome el cerebro en busca de algo que pudiera haber pasado por alto, alguna pista que me dijera qué lo había trastornado. La respuesta era tan simple. ¿Por qué Derek no se tomó el tiempo de ofrecerme dos oraciones para aclarar las cosas? Quería abofetearlo, golpearlo en el pecho otra vez.

«No fui yo». Apreté los dientes, secándome las mejillas y la nariz. «Lo amo demasiado. Nunca podría hacerle eso».

«Lo sé. Y creo que él también quiere creerlo».

«¿Y Nikki?». Estaba llegando al límite, pero aparte de mí, solo Em y Nikki tenían acceso a su casa... y a su dormitorio. Sentí un dolor punzante en el estómago. Me senté en la cama y respiré profundamente. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Derek volviera con ella?

«¿Crees que fue ella?», preguntó.

«¿Quién más ha tenido acceso a su casa?».

El largo silencio en la línea era como una serpiente pitón enroscada alrededor de mi pecho. Cierto. Cole traía a una chica nueva cada noche. Cualquiera de ellas podría haberlo hecho. Pero Nikki era la única que se atrevía a aparecer sin invitación. Sin duda sentía que tenía algún tipo de derecho sobre él.

El recuerdo de los orgullosos pechos de Nikki en la sala de estar de Derek todavía me dolía, pero me obligué a pensar en el día que estuvo en su casa. La segunda vez que me la encontré. Estaba en el desván mientras él estaba arriba dándose una ducha. Tenía una mirada sospechosa. ¿No? Estaba sudada y semidesnuda sin ninguna buena razón. Después de nuestra pelea y sexo de reconciliación, Derek y yo nunca volvimos a hablar de Nikki. Pero si Derek y Nikki no habían tenido sexo ese día, ¿por qué estaba semidesnuda? ¿Lo hizo para despistarnos?

Bueno, había funcionado de maravilla. Salí corriendo de la casa, llevándome a Derek conmigo. Si ella quería volver al desván y tomar lo que necesitara, habría tenido mucho tiempo para hacerlo después de que nos fuéramos. Habíamos pasado horas en su dormitorio ese día. Un cálido aleteo tocó mi pecho, pero dejé de pensar en eso. Tenía que concentrarme en Nikki.

«¿Podrías darme su número?». Mi corazón latía con fuerza.

«Por supuesto, querida. Un segundo», Em no dudó. «Tendré que revisar los registros de seguridad».

¿Realmente tenía las agallas para llamar a Nikki y enfrentarla? Tenía que hacerlo.

Por Derek.

Por nosotros.

ESTE FUE UN ERROR COLOSAL.

Más temprano en la casa de mamá, había estado en un estado de euforia de "recuperemos a Derek". La verdad era que ni siquiera sabía si él me amaba lo suficiente como para quererme de vuelta. Estaba loca por pensar que Nikki podría ayudar. ¿Qué podría hacer para cambiar las cosas? ¿Confesar haber robado los papeles del divorcio y posiblemente ir a la cárcel? No era muy probable.

No podía seguir adelante con esto. Agarré mi bolso y me di vuelta para irme. Demasiado tarde. Ella ya estaba aquí.

Y Derek estaba con ella.

Me quedé congelada junto a la barra de condimentos. Mis manos, todo mi cuerpo, ansiaban abrazarlo, suplicarle.

No fui yo.

Quería gritarle. Nuestras miradas se cruzaron. Me observó fijamente durante lo que parecieron horas. Abrí la boca para hablar, pero antes de poder pronunciar una sola palabra, Derek centró su atención en Nikki y la mesera. Nikki se apoyó en el mostrador y pidió sus bebidas, lanzándome miradas. ¿No me reconoció? Por supuesto que sí. Su sonrisa maliciosa lo decía todo. ¿Por qué lo había traído ella aquí?

Mi cerebro gritaba corre. Pero mis piernas no se movían. Apreté mis manos en puños y deseé que se volviera hacia mí y me dijera que me creía, que lo sentía.

«¿El baño está por aquí?», Nikki señaló la parte trasera de la cafetería.

La mesera, que no podía dejar de mirarlos con lujuria, asintió. Sí, eran una pareja impresionante. Tal vez todo esto era lo mejor.

«Toma asiento, cariño», le dijo a Derek. «Será en un minuto».

«No me quedaré», gruñó.

Como una estatua, o una idiota, me quedé quieta y me sujeté a la barra detrás de mí para no caer desplomada al suelo. Cuando la mesera le entregó las bebidas a Derek, él le dio las gracias y caminó lentamente hacia mí. La sangre caliente me bajó a los pies y cada respiración me cortaba,

como si hubiera inhalado pequeños cuchillos en mis pulmones en lugar de aire.

«Disculpa», dijo.

«¿Cómo?». Me moví hacia él y lo miré de reojo.

Su pecho subía y bajaba a un ritmo constante. Si estaba enojado conmigo, no lo demostró. De hecho, ni siquiera aceptó reconocerme. Cualquiera que nos viera parados allí nunca adivinaría que Derek y yo teníamos historia. Que pasábamos una noche entera haciendo el amor y madrugando tomando café. Que él conocía todos mis secretos y yo los suyos.

Dejó las bebidas, abrió el moca de Nikki y vertió la mitad del recipiente de azúcar en él. El líquido caliente se derramó de la taza cuando pinchó el café con un palillo y lo mezcló. Como antes, éramos extraños de nuevo. Como si no me hubiera derrumbado con mi café con leche hace un mes, cuando me había ofrecido su cabaña.

Se me encogió el estómago al darme cuenta de que esto sería lo que seríamos si él no hubiera vuelto a la cafetería ese día. Si no me hubiera dado un montón de servilletas de papel y me hubiera preguntado qué había pasado. Si no me hubiera sincerado con él. Pero todo eso ya había pasado. No podíamos deshacerlo, al igual que yo no podía deshacer mis sentimientos por él.

«Mierda». El palillo para revolver se rompió en su mano y lo arrojó a la basura. Y con eso, salió corriendo, dejando atrás ambas bebidas.

Nikki salió del baño y se dirigió directamente a la barra de condimentos. Con las manos en las caderas, escudriñó la habitación antes de volverse hacia mí. «Bueno, eso salió bien».

«Soy Valentina». Sonó como una confesión.

«Sé quién eres». La bomba rubia agarró su café con leche y se dirigió a mi mesa mientras todos la miraban con curiosidad. «Nos conocimos la semana pasada en el evento benéfico. Nunca olvido una cara. Nikki Swift». Me ofreció su mano delgada.

«Oh», fue todo lo que pude decir. Le estreché la mano y me senté lentamente en la silla frente a ella. Sí, estaba fuera de mi alcance aquí.

Metió la mano en su bolso y sacó una banda elástica para el pelo. La gente que nos rodeaba se quedó mirándola mientras se recogía el pelo brillante en una coleta alta. Me dedicó una sonrisa amable. Si estaba intentando calmarme los nervios, funcionó. ¿Cómo lo hacía?

Se mordió el labio por un momento, agarró una servilleta de la mesa y presionó sus labios contra ella. «Estás aquí para hablar de Derek Cole».

«Sí».

«La situación se volvió caótica anoche, lo sé». Sus palabras francas me sobresaltaron.

«Él piensa que es mi culpa. Pero sé que fuiste tú». No estaba segura de que fuera ella, pero quería ver su reacción.

«No puedes probar eso». Una sonrisa elegante cubrió su rostro.

Traducción: Fui yo.

«No». Bajé la mirada.

«Tú y Derek». Ella tomó un sorbo de café. «Mmmm». Frunció los labios y escupió el café de nuevo en la taza. «¿Qué le puso a mi café?».

«Azúcar», me encogí de hombros.

«Odio el azúcar. Él lo sabe», ella se rió. «Siempre me sorprende cómo el amor puede convertir a una persona normal e inteligente en un tonto patético».

«Disculpa». No era así como pensé que iría la conversación. Tenía una lista de cosas que quería decirle, preguntas que iba a hacer que respondiera.

«Sí, tú y Cole con tus ojos de cachorro triste». Se volvió hacia la mesera y articuló, «*¿Puedo ordenar otro?*». La chica asintió y se puso a trabajar en su café. «Necesito un moca

desesperadamente. Derek me mantuvo despierta toda la noche».

Hice una mueca. Sus palabras explotaron en mi cabeza y se repitieron una y otra vez. Ella había pasado la noche con él. Me quedé completamente quieta y pretendí que lo que sea que hicieron anoche no me afectaba.

Ella ladeó la cabeza. «Relájate. Él solo necesitaba un poco de compañía. Pasamos toda la noche sin hablar de ti. Aunque él quería hacerlo. Sobre todo, bebía y maldecía. Y yo escuchaba». Ella me guiñó el ojo. «Soy buena oyente».

«¿Por qué lo hiciste? Arruinaste su vida».

«Dinero».

«Espera. Alguien te pagó para que hicieras esto. ¿No fue idea tuya?».

«Bridget», sacudió la cabeza una vez. «Fue una jugada idiota. Sí. Y lo lamento profundamente. Derek no se lo merecía, pero necesito el dinero, y él tiene mucho».

Por supuesto, había sido Bridget. Ahora todo tenía sentido para mí. Debió darse cuenta de que no estaba jugando su estúpido juego, así que decidió enviar a Nikki a robar los papeles del divorcio firmados. Eso tenía que ser. Cuando vio nuestra foto en la sección social del periódico, debió asumir que Derek y yo estábamos juntos. Por lo menos, sabía que tenía acceso a su casa. Apuesto a que no le costó mucho encontrar una manera de culparme de todo. Y Derek se lo creyó. Ciertamente, la visita de Alex no ayudó en mi caso.

«Siento que no vaya a recuperar su empresa. Y ahora me odia». Enterré mi cara en mis manos.

«Todavía tiene tanto dinero que ni siquiera sabe qué hacer con él. Déjame darte un consejo gratis». Ella acomodó su peso en la silla.

«¿Por qué el consejo gratis?».

«Derek es un buen tipo. Se merece ser feliz». Dirigiendo su atención a la mesera, se levantó y fue a buscar su nuevo café. «Ve a verlo. Y esta vez, trata de hacer un mayor esfuerzo para hablar con él. Te lo serví en bandeja de plata hace un momento y desperdiciaste tu oportunidad».

«Lo trajiste aquí a propósito».

«Sí, lo traje aquí a propósito. Dios, no tienes remedio». Se sentó en su silla, apoyando un brazo en la mesa.

«¿Por qué?».

«Esta vez Bridget ganó. Y créeme, ganó. Más de lo que cree». Sus mejillas se pusieron rojas. «Pero ustedes dos todavía pueden hacer que esto funcione».

Levanté una ceja y negué con la cabeza. Ella no había estado allí ayer cuando me echó de su casa. Cuando sus ojos me mostraron cuánto me odiaba. O aquí hace cinco minutos. Apenas podía soportar estar cerca de mí el tiempo suficiente para poner azúcar en su taza.

De un solo golpe, Nikki arruinó la vida de Derek y me rompió el corazón.

«¿Siempre eres así de despistada? Él te ama».

«No lo sabes».

«Él no se acostó conmigo. Esa debería ser tu primera pista».

Cerré los ojos. *Dejé de imaginarlos juntos. Dolía demasiado.* Dejando los celos de lado, quería ayudarlo. Tenía que haber algo que pudiéramos hacer. Miré a Nikki mientras bebía un sorbo de su moca. Esta era una de las chicas que Derek tenía en rotación. Pero la necesitaba. Así que me mordí el labio y me tragué mi orgullo.

«Pareces una persona decente. Ayúdalo».

«No soy una persona decente. Y no es tan fácil. No querrás meterte con Bridget». Reflexionó un momento. «Déjame pensarlo. Tal vez se me ocurra algo antes de irme». Se puso de pie y se

dirigió a la puerta.

«¿Adónde vas?», pregunté.

Se detuvo en la puerta. «A casa. Hace tiempo que debía haberme ido». Su sonrisa la hacía parecer más joven. «Ciao».

«Espera. ¿Vas a ayudar o no?».

«Te llamaré si encuentro algo».

Cuando llegó a la acera, un policía acababa de terminar de escribirle una multa de estacionamiento. Ella aminoró el paso y puso una sonrisa radiante. No pude escuchar lo que le dijo. Pero él se sonrojó, murmurando la palabra "*lo siento*" varias veces mientras rompía la multa por la mitad y le abría la puerta del conductor. ¿Cómo lo hacía? Al menos ahora estaba de nuestro lado. Parecía genuina cuando dijo que ayudaría.

Mi pulgar se posó sobre el nombre de Derek en mi móvil. Necesitaba saberlo, pero no estaba segura de que me escucharía.

Sal de aquí.

Sus palabras todavía resonaban en mi cabeza. No quería volver a pasar por eso.

Arrojé el teléfono sobre la mesa. Nikki tenía razón. Bridget había ganado.

CAPÍTULO 27

El toque de una mujer

DEREK

Dejar que Nikki me convenciera de ir a tomar un café fue una mala idea. Peor aún fue aceptar ir al Café Triste de todos los lugares. Sí, ese era nuestro lugar. Pero no tenía idea de que Valentina estaría allí, con un par de pantalones cortos que mostraban sus piernas bien formadas. Mis rodillas se debilitaron cuando la vi allí de pie por primera vez, con los ojos rojos e hinchados como si hubiera estado llorando. Como el día en que mi resolución de mantenerme alejado de ella se derrumbó y hablé con ella.

¿Por qué no corrió como lo había hecho ese día? Como siempre lo hacía. En cambio, se quedó allí de pie. ¿Por qué? Para que pudiera ver en qué imbécil sin mente me había convertido por su culpa. Había querido abrazarla con todas mis fuerzas, saborear sus labios, enterrar mis manos en su cabello y... Jesús. Había estado tan cerca de decirle que no me importaba si me había hecho perder mi empresa. No me importaba Alex ni el dinero. Solo la quería de vuelta.

Mi móvil sonó. Respondí sin mirar la pantalla del teléfono. Mis ojos estaban pegados a la cara de Valentina en la transmisión de video en mi computadora portátil. «¿Qué?».

«Dom, aquí». No se ofendió por mi tono.

«¿Qué pasa?».

«Más malas noticias, me temo. Acabo de recibir las finanzas de Valentina. Recibió un depósito por ciento cincuenta mil dólares hace dos semanas».

¿Qué diablos contestaba a eso?

No tenía nada. En cambio, respiré fuerte en el altavoz del teléfono.

«El dinero todavía está allí, amigo». Soltó un largo suspiro antes de continuar. «Si tenía prisa por pagar su deuda, seguro que ahora se está tomando su tiempo. ¿No crees?».

«¿Qué quieres decir?».

«La cantidad, más o menos unos pocos centavos, es lo que le debe al Hospital Regional de Tucson».

«Realmente necesitas averiguar la diferencia entre buenas y malas noticias». Me senté en mi silla.

«¿Crees que estas son buenas noticias?».

«Tal vez. No lo sé. ¿Puedes enviarme todo lo que tienes? Y avísame si hace algo con el dinero».

«Por supuesto. ¿Algo más?».

«No. Eso es todo. Gracias». Presioné el botón para finalizar.

¿Entonces Valentina hizo todo esto para pagar las facturas del hospital? Sabía lo de la deuda. Había sido la razón por la que perdió el contrato de alquiler de su otra casa... y la razón por la

que nos conocimos. Si no se hubiera derrumbado ese día, nunca habríamos encontrado una razón para hablarnos. Algunas cosas estaban destinadas a ser, supongo. Quería creer que esta cosa con Valentina no había terminado. Más que nada, no quería que terminara así.

A pesar de lo ordenadas que estaban todas las pruebas en su contra, algo todavía no cuadraba. Había llegado a conocer bastante bien a Valentina en las últimas semanas. Su mayor defecto eran los malditos planes que tenía para todo. Planes a los que se aferraba con una resolución impía, sin importar lo que pasara. ¿No era esa la razón por la que había venido a vivir a la cabaña? Si estaba haciendo esto por Max, simplemente no tenía sentido.

Mi computadora sonó cuando llegó el correo electrónico de Dom. Hice clic en la factura del hospital. Fue un puñetazo en el estómago. No tenía idea de que Max había pasado por una cirugía el año pasado. Y yo estaba aquí, preocupado solo por el estado de mi pene.

Dios, soy un cabrón.

Enterré mi cara en mis manos. No podía estar equivocado con ella. Sentándome, abrí el archivo del historial de pagos que Dom me envió. Había hecho un pago esta semana por la misma cantidad que el mes anterior. A este ritmo, pagaría el saldo en unos veinte años. Apuesto a que eso estaba en su lista en algún lugar.

¿Por qué no había usado el dinero para pagar la factura del hospital? Esa era la pregunta de los ciento cincuenta mil dólares. Dom tenía razón. Si tenía prisa, sus acciones ahora no tenían sentido. A menos que no supiera que lo tenía. Yo, por mi parte, nunca reviso los saldos de mis cuentas. Está bien, eso era una puta exageración, pero era algo.

Maldita sea, solo quería que volviera a casa. Respiré profundamente y solté el aire. Pensé en ella gritando mi nombre aquella primera noche que estuvimos juntos. Se había entregado a mí por completo y sin reservas. Su rostro y la mirada de sus ojos estaban tan vívidos en mi mente. Nadie podía fingir ese tipo de pasión. Pasándome las manos por el pelo, lo jalé para obligarme a salir de ese estado. O Valentina era la mayor estafadora de todos los tiempos, o me faltaba una gran pieza de este jodido rompecabezas.

Tal vez en lugar de intentar demostrar su inocencia, debería estar buscando al verdadero culpable. Anoche había estado tan concentrado en lo que había hecho Valentina, que no me había parado a pensar en las otras personas en mi vida. Bridget estaba en el centro de todo esto. La única que tenía más para ganar al final.

Las palabras de Dom resonaron en mi cabeza. *¿Desde cuándo Bridget ofrece voluntariamente información que pueda incriminarla en un tribunal de justicia?*

Se había apresurado a señalar a Valentina con el dedo. ¿Estaba ella detrás de todo esto? Tenía que estarlo. Por mucho que odiara admitirlo, ella era la única que conocía todos mis defectos y debilidades, especialmente cuando se trataba de mujeres. Valentina no encajaba en el perfil de alguien de quien me enamoraría. Cuando Valentina me dijo que Bridget le había ordenado que me hiciera firmar los papeles del divorcio, supe que lo había hecho por despecho. Sin duda se había cabreado cuando descubrió que Valentina vivía en la cabaña. Lo había hecho para abrir una brecha entre nosotros, para quitarme ese último trocito de felicidad en mi vida. No, si Bridget hubiera querido realmente contratar a alguien para que me hiciera entregar mi empresa, habría contratado a alguien con mucha más habilidad que Valentina. Alguien que, según Bridget, era mi tipo.

Puta madre. Nikki Swift.

Cogí mi móvil y llamé a Dom.

«Sí», respondió.

«¿Has comprobado las finanzas de Nikki?».

«No. Quiero decir, pensé que no era lo bastante inteligente como para orquestar nada de esto».

«Dom, nunca subestimes a una mujer en una misión», agarré mi teléfono.

«Mierda. Me pondré manos a la obra».

«No», dije. «Tráela. Ya he acabado de andar jodiendo con ella *y* con Bridget».

Su risa resonó al otro lado de la línea. «Bienvenido de nuevo, amigo. Dame una hora».

Me había imaginado a Dom apareciendo con Nikki esposada o con algún otro tipo de restricción. En cambio, entró con una sonrisa idiota estampada en su rostro y Nikki, con un vestido negro ajustado, un par de pasos delante de él. Esperé en la sala de estar, listo para una pelea. Dios, tenía razón antes sobre nunca subestimar a una mujer con un plan. Ahora que había decidido dejar de actuar, Nikki se veía diferente, más joven. La pregunta era, ¿qué quería ahora?

«No te sorprendas tanto, cariño. Realmente me gustas. Estoy aquí para ayudar». Me dio una sonrisa torcida.

«Ella estaba de camino hacia aquí cuando me encontré con ella». Dom se apoyó contra la pared, mirando a Nikki como si la acabara de ver por primera vez.

«¿Por qué el repentino cambio de opinión?». Me volví hacia él.

«Tu esposa es una maldita perra», Nikki irrumpió. «Decidió estafarme mis doscientos cincuenta mil dólares. Pero dejando eso de lado, esta mañana alguien me demostró que tienes algo real aquí. Valentina...». Levantó las manos cuando avancé hacia ella. Valentina y Max estaban fuera de los límites. «¿Ves lo que quiero decir?».

«¿Tú le entregaste a Bridget los papeles de divorcio firmados?».

«A cambio de ti». Me dio un medio asentimiento y una sonrisa brillante. «Y doscientos cincuenta mil dólares. Pero después de que obtuvo lo que quería, decidió que tú eras suficiente. Y yo habría estado de acuerdo, excepto que anoche me di cuenta de lo mucho que amas a Valentina».

Abrí la boca para negar mis sentimientos por Valentina, pero era inútil. Estaba enamorado de ella. «¿Qué quieres?».

«Necesito el dinero que Bridget me prometió y uno de tus apartamentos fuera del país. París estaría bien. A cambio, tendrás mi plena cooperación».

«Será difícil convencer a Bridget de que renuncie a CCI, a menos que tengamos algo con lo que negociar», dijo Dom. «¿Qué nos puedes dar?», se dirigió a Nikki.

«Jacob, su novio. Lleva registros de todo el dinero que han robado. Una vez lo oí amenazándola con eso mientras almorzábamos. El idiota le estaba pidiendo más dinero. No tengo idea de qué ve en él». Se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco. «El amor es para los tontos».

«Apuesto a que puedo llegar a él», Dom tecleó en su móvil. «Si podemos conseguir esos documentos, tendremos lo suficiente para enviarla a la cárcel. Será más fácil que demostrar que robó los papeles del divorcio».

«¿Por qué le hiciste esto a Valentina?», pregunté.

«Primero, tienes que entender que no fui yo». Se sentó al final del sofá. «Bridget se volvió loca cuando le dije que estabas enamorado de Valentina. La foto de la gala benéfica tampoco ayudó. La mirada en tu rostro, esa mezcla de amor y lujuria. Bridget estaba enojada. Era como si ya no estuvieras bajo su control».

«¿Para qué exactamente te contrató Bridget?».

«Quería que firmaras el acuerdo. Tenía que entregarle CCI de una forma u otra», ella arqueó una ceja. «¿Me perdonarás alguna vez, cariño?».

Incluso después del divorcio, después de todo lo que había hecho, Bridget todavía pensaba que tenía algún derecho sobre mí. Dios, fui un maldito idiota por darle tanto poder sobre mi vida. Un idiota holgazán. Con mi nariz enterrada en los asuntos de la CCI, me convertí en un blanco fácil para ella y Nikki. Sentí un sabor a bilis en el fondo de mi garganta. Bridget había ido demasiado lejos esta vez. Pero una cosa a la vez. Valentina era inocente. En este momento, eso era todo lo que importaba. No me había traicionado. Era una víctima en todo esto.

«¿Qué hay con Alex Maio?», pregunté.

«¿Quién?», me miró perpleja.

«El ex de Valentina».

«Oh, ese. Esa no fui yo. Bridget me pidió que hablara con él, pero es un verdadero delincuente. No quería estar asociada con él. No tengo idea de dónde lo encontró Bridget. Sin embargo, le entregué un mensaje. Bridget me pidió que concertara una reunión y le dijera que tenía una propuesta de negocio lucrativa para él». Se miró las manos un momento antes de levantar la vista. «Lo siento, pero no sé qué clase de negocio desagradable tenía en mente».

«Tengo una idea bastante clara», me froté la barba incipiente de la mejilla.

El muy cabrón hizo bien su papel. Había unido un par de frases y, así de fácil, me hizo creer que Valentina se acostó conmigo por dinero. Y no solo eso, sino que también consideré que lo había hecho por él. ¿Cómo conseguiría que Valentina me perdonara? Saqué el móvil del bolsillo trasero. Necesitábamos hablar. No, esto era algo que necesitaba hacer en persona. Arrojé el teléfono en el sofá y me encontré con Dom en el carrito del bar.

«Está bien». Dom se sirvió una bebida. «Si la pista de Nikki resulta, deberíamos poder lograr que Bridget te devuelva tu compañía. Solo dame tiempo para pensar en un plan». Se volvió hacia mí, mirando a Nikki al otro lado de la habitación. «¿Es malo que me excite todo esto? Hay algo en que una mujer lo admita, ¿sabes?».

«¿En serio? Casi arruinó mi vida».

«No digo que esté interesado en ella. Solo digo que es interesante. Pero volvamos a ti».

«¿Qué pasa con mi dinero?», Nikki se puso de pie.

«Si no recupero a CCI, no se te pagará».

«¿Qué pasa con su cuenta en las Bahamas? Apuesto a que hay algo allí que puedes usar». Haciendo pucheros, colocó sus brazos sobre su pecho.

Dom negó con la cabeza una vez. «Sabemos sobre eso. Es mejor que nos mantengamos alejados de esto. ¿Qué más tienes?».

Sin la confesión de Nikki, recuperar la CCI sería un infierno, si no es que imposible. Mi mirada se posó en Nikki mientras se acomodaba en el sofá. Debería estar enojada con ella, pero ese ya no era yo. Tenía que mantenerme concentrado y salvar lo que quedaba de mi vida.

«Sé lo que estás pensando, cariño», me sonrió, «pero con la cantidad de chicas que tuviste desfilando por tu casa en los últimos seis meses, realmente no puedes probar que fui yo quien tomó tus documentos. No voy a ir a la cárcel por esto». Tomó la bebida que Dom le ofreció. «Ahora estoy de tu lado. Te soy más útil aquí que tras las rejas».

«Tiene razón», dijo Dom.

Nikki se movió en su asiento, con los ojos abiertos y brillantes. «Esta es mi parte favorita. Vamos a pensar ideas». Bebió un sorbo de su vaso, dio una palmadita al cojín a su lado y le hizo un gesto a Dom para que se sentara. ¿Por qué no pides una auditoría?», le preguntó.

«A menos que sepamos lo que buscamos, podría pasar un año antes de que descubramos cómo está malversando dinero», dije.

Mi primer instinto había sido hacer precisamente eso. Pero al ritmo en que Bridget estaba

implementando cambios dentro de la empresa, no quedaría nada para cuando reuniéramos pruebas suficientes en su contra. El tiempo no estaba de nuestra parte. Lo que necesitábamos era una confesión. Algo que la hiciera reconsiderar.

«¿Puedes pagar su deuda de juego?», preguntó Nikki.

«Ella tiene la sartén por el mango». Negué con la cabeza. «¿Por qué conformarse con un par de millones de dólares, cuando puede quedarse con todo?».

«Tienes razón», Dom se sentó junto a Nikki.

«Eso es todo, lo tengo». Nikki juntó las manos y se puso de pie de un salto. «Les dije a ambos que me necesitaban. Tenemos que hacerle creer que ya no tiene la sartén por el mango».

«¿Cómo hacemos eso exactamente?». Me dejé caer en el sofá frente a ella, exhausto y deseando que Valentina estuviera aquí. Pero eso era culpa mía. La había despedido.

«¿Derek? ¿Sigues con nosotros?», Dom intercambió una mirada significativa con Nikki.

«Lo siento. ¿Qué?».

«Dije que tendremos que echar otro vistazo a las cuentas en el extranjero de Bridget», dijo Nikki.

«No, a menos que quieras que ese lindo Mercedes tuyo termine en el lado mexicano de Nogales». Hice un gesto hacia Dom.

Se bebió de un trago su bebida antes de hablar.

«Tiene razón. Eso es cosa de mafiosos. No podemos tocar eso».

«Puedes. Solo necesitas el toque de una mujer». Movió los dedos y alcanzó la pierna de Dom.

«¿Has hecho esto antes?».

«Solo prepara tu chequera, Derek. Yo me encargaré del resto». Besó a Dom en la mejilla y luego se volvió hacia mí.

«¿Puedo irme?».

La miré con enojo. «No querrás volver a traicionarme, Nikki. No habrá una segunda oportunidad para ti».

«Te llamaré cuando tenga algo». Se despidió con una señal de la mano antes de salir. «Ciao».

«Es una buena amiga», Dom la observó hasta que salió por la puerta.

«Espero que sepa lo que está haciendo. Puedes encargarte de todo esto con Bridget, ¿verdad?», pregunté.

Dom asintió y sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima. «Tengo algo de lo que ocuparme».

«¿Sí?,¿De qué?».

«Necesito recuperar a Valentina».

CAPÍTULO 28

Un largo día

VALENTINA

El lunes, el tráfico en Tucson era horrible. Después de estacionar el Civic, me dirigí al lector de credenciales con mi identificación en la mano. De alguna manera, logré llegar con un minuto de ventaja. Me costaría acostumbrarme a este viaje de una hora desde Casa Grande. Para empeorar las cosas, no tuve tiempo de tomarme un café en casa ni de parar a tomar uno de camino. Mierda. Iba a ser un largo día.

Dejé mi bolso en mi escritorio y encendí mi portátil antes de dirigirme a la sala de descanso. No había pegado ojo la noche anterior. El café no era una opción hoy. La máquina de café expreso que teníamos en la oficina cuando empecé a trabajar había sido retirada la semana pasada. La que la reemplazó era desagradable. Pero ofrecía un café caliente, con cafeína y listo para beber.

Uno a uno, todos los lujosos beneficios que Derek tenía para sus empleados se habían reducido a lo mínimo. No más sala de juegos y definitivamente no más comidas gratis. Bridget se había apiadado de nosotros y se había detenido en el café. Este era gratis, pero teníamos que pagar veinticinco centavos por la taza. No había pensado en traer un termo de mi casa, así que me quedé con las ganas de pagar la "cuota de membresía".

«Buenos días», saludé a la chica que estaba frente a mí.

Todavía era bastante nueva, así que no conocía a todos por su nombre. Pero ella me había sonreído antes. Aunque parecía que hoy no estaba de humor para hacerlo. Me miró de arriba abajo y salió de la sala de descanso sin decir una palabra. Dios, necesitaba mucho café para despertarme por la mañana, pero yo no estaba *tan* mal.

Tres tazas de café después, mi cerebro se despertó y también mi vejiga. Miré el reloj de la computadora. Eran casi las diez. Sintiéndome orgullosa de mí misma por no haber estallado en lágrimas en tres horas consecutivas, caminé hacia el baño. También había pasado casi una hora sin pensar en Derek, su olor, sus ojos o sus manos sobre mí.

Maldita sea.

Acelerando el paso, corrí al baño de mujeres. Entré en el cubículo al final de la fila y me apoyé en la pared, a punto de romper mi récord de tres horas sin llorar. Me obligué a respirar, lentamente. Todo lo que pasó el fin de semana pasado había ocurrido tan rápido que todavía no me había recuperado del latigazo cervical. En ese momento, todo lo que sabía con certeza era que Bridget había ganado. Tal como había dicho Nikki. También había dicho que Derek me amaba. Ojalá fuera cierto. Pero ella no tenía forma de saberlo.

Pensé en sus ojos crueles cuando entré por primera vez en su sala de estar el viernes. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me hizo llorar de nuevo. Nunca quería volver a ver ese lado de

él. Lo que teníamos, o casi teníamos, estaba roto y no podía arreglarse. ¿Cómo podría lograr que volviera a confiar en mí? Todo lo que podía hacer ahora era dejarlo todo atrás, empezar de nuevo y perdonarme por haber cometido un error con él.

«Las mamás no son perfectas», había dicho mamá cuando me encontró llorando de nuevo en mi habitación.

«Bueno, la mía hace un gran trabajo al no demostrarlo», le dije, sintiéndome muy agradecida de que no me juzgara por nada de esto. Tenía razón, por supuesto. Max no necesitaba una madre perfecta. Necesitaba una madre sana y feliz. Tendría que trabajar duro en la parte feliz, pero con el tiempo, llegaría allí.

Pero ¿cuánto tiempo tomaría? ¿Un día, un mes, un año? ¿Cómo puedo superar a Derek?

Busqué en el bolsillo de mis pantalones y saqué la lista de '*Superar a Derek Cole*' que había escrito el sábado después de mi charla con Nikki.

1. Encontrar un nuevo apartamento. Algo cerca de las afueras de la ciudad. Y lo más lejos posible de Derek.

2. ¿Empezar a buscar un nuevo empleo?

3. ¿Dejar que Annie me organice una cita a ciegas?

4. ¿Superar a Derek?

Era una lista a medias. Nunca había tenido que idear un plan para desenamorarme. Arrugué el papel en mi puño y lo volví a meter en mis pantalones. Por primera vez desde que tengo memoria, no tenía ningún plan y la idea me aterrorizaba.

La puerta del baño se abrió con un chirrido y entraron dos mujeres. Sus susurros silenciosos resonaron en la pared detrás de mí.

«Oh, sé de quién estás hablando, de la chica nueva, ¿verdad?», preguntó una de las mujeres. Tenía una voz de niña.

Puse los ojos en blanco. ¿La chica nueva? ¿Qué hay de la chica que había estado programando como un demonio tus estúpidos informes de uso? Caminé de puntillas hacia atrás y me subí al inodoro para que no vieran mis pies. Una reacción infantil, pero no necesitaba más incomodidad en mi vida. Pensé que había hecho un buen trabajo manteniendo la cabeza gacha. ¿Había molestado a alguien? ¿Cómo?

«Sí. Esa», dijo la otra mujer. Ya estaba ocupando uno de los cubículos.

«¿Ella y el hermoso Derek Cole? ¿Cómo pudo?», dijo la 'Voz de Niña'.

«Lo sé. Pobre Bridget. Tuvo que solicitar el divorcio. Pero está pidiendo mantener el control de CCI».

«Bien por ella. Si esa rompe hogares buscaba un ascenso rápido, se va a topar con un muro».

«¿Un ascenso? En serio». El fuerte ruido metálico de la puerta del cubículo al abrirse fue seguido por el agua corriendo. «Yo lo habría hecho gratis. Vamos. No me mires así. No has visto al hombre en jeans. Existe la palabra guapo y luego está el atractivo Derek Cole».

Ambas se rieron y salieron del baño.

Me dejé caer en el inodoro, pensando en Derek bajando las escaleras con jeans gastados, cabello mojado y sin camiseta.

Saqué mi lista arrugada de "Superar a Derek Cole" y agregué otro punto.

5. Dejar de imaginarte a Derek desnudo.

No. Borra eso.

5. Dejar de pensar en él. Punto.

Las cosas habían tomado un giro para peor, por decir lo menos. Para cuando encontré el valor para salir del baño, la noticia del romance ilícito de Derek se había extendido como malware por

la oficina. De la noche a la mañana, me había convertido en la razón de su divorcio. No importaba que fuera Bridget quien lo había engañado y le había robado CCI. Lo que yo sabía que era verdad no importaba. Mis compañeros de trabajo ya habían digerido cualquier mentira que Bridget les había dicho, y la habían juzgado. Los murmullos y las miradas fueron suficientes para hacerme correr. Pero no hui como siempre. Necesitaba este trabajo.

Durante el resto de la tarde, me quedé en mi cubículo tanto como pude. No me conocían. Con una sonrisa, pensé en Derek jugando a la pelota con Max. Ellos tampoco lo conocían. Explicar lo que realmente había sucedido era inútil.

«Hola». Christopher se apoyó en la pared del cubículo, con los labios apretados.

¿Había escuchado las noticias? Mierda. Esto sería más fácil si Derek no estuviera tan enojado conmigo. Su enojo era lo único que realmente dolía en todo esto.

«¿Cómo estás?», preguntó.

«Estoy bien», mentí. «¿Y tú?».

Se detuvo por un momento, abrió la boca, solo para cerrarla de nuevo. «Acabo de recibir noticias de Bridget. Ha decidido que no eres una buena opción para esta empresa. Lo siento. Quiere que te vayas de aquí al final del día. Um. Te acompañaré cuando estés lista, ¿de acuerdo?», dijo todo de una vez.

«Christopher, realmente necesito este trabajo», le supliqué.

«Lo siento, chica. Pero ¿en qué estabas pensando? ¿Tú y Derek? Digo, sí, es tan atractivo como cualquiera. Pero ¿en serio? ¿Pensabas que no se enteraría? La mirada decepcionada en su rostro hizo que se me encogiera el estómago. Lo había decepcionado.

«No fue así. Te lo prometo. Esa nunca fue mi intención». Me puse de pie y le tomé el hombro, pero retiré mi mano casi de inmediato. Solo nos conocíamos desde hacía unas semanas. Y aunque habíamos conectado desde el principio, no éramos tan cercanos. «Lo siento. Yo...».

«No necesitas disculparte conmigo». Hizo un gesto de desdén con ambas manos. «Recoge tus cosas. Solo tienes un par de horas para limpiar tu escritorio». Se pellizcó la nariz. ¿Estaba llorando? Toqué su brazo y me abrazó con fuerza. «Lo siento mucho. Traté de hacerla cambiar de opinión. Simplemente no hay forma de hacerla entrar en razón».

«Gracias por decir eso». Mis brazos estaban presionados a mis costados. Me estiré lo mejor que pude y le di una palmadita en la espalda.

«Por supuesto». Respiró profundamente, levantó las manos en una especie de disculpa y se fue.

¿Cómo iba a decirles a Max y a mis padres que había perdido mi trabajo? No. Que me despidieron por acostarme con el marido del jefe del jefe del jefe de mi jefe.

Una cosa es patética. Y luego está la patética Valentina.

Bajé la mirada y cerré los ojos con fuerza. Bridget no necesitaba una excusa para despedirme. Había difundido los chismes sobre Derek y yo por despecho. Rompernos no era suficiente para ella. ¿Por qué? Me escondí detrás de mi monitor y puse mi cara entre mis manos.

Y aquí pensé que lo peor había pasado. Me había permitido pensar que Derek y yo podíamos estar juntos. Y ahora estaba de nuevo en el punto de partida: abandonada, sin trabajo y viviendo con mis padres. Tenía diecinueve años de nuevo.

Aturdida, recogí la caja que Christopher había dejado en mi escritorio y dejé caer mis cosas en ella. No tenía mucho, un par de marcos de fotos, notas, libros que había traído sobre programación y bocadillos. La gente pasaba por mi cubículo, mirándome y evitando el contacto visual cada vez que los miraba. Yo era ese espectador de accidentes automovilísticos del que no podían apartar la vista. Quería arrastrarme debajo de mi escritorio y no salir nunca. Este día no

podía terminar lo suficientemente pronto.

El zumbido colectivo de los teclados y la gente charlando cesó por completo, y la habitación quedó inquietantemente silenciosa. Como esos primeros segundos después de que se apagan las luces y todos se quedan atónitos y sin palabras. Luego, como si las luces figurativas hubieran vuelto a encenderse, todo el piso estalló en voces fuertes. No podía entender lo que decían, pero sonaban emocionados. Me senté más cerca del borde de mi silla para echar un vistazo por encima del panel del cubículo. Se me escapó un jadeo cuando mi asiento se volcó y me arrojó sobre la alfombra gastada. ¿Qué demonios? Me puse de pie de un salto.

Derek entró por la puerta que conducía al vestíbulo principal, sus ojos inspeccionando la habitación. Un guardia de seguridad lo alcanzó y le entregó una placa. Derek le dijo algo al hombre y apoyó una mano suavemente sobre su hombro, como si fueran amigos. Me agaché. *Mierda.* Cuando volví a mirar, el círculo a su alrededor se había vuelto más amplio que el pasillo. Los labios de Derek alternaban entre un «Hola, ¿cómo estás?», y su sonrisa infantil a medida que aparecía más gente. Dios, se veía bien con un traje. Me llevé los dedos a la boca.

Se había dejado crecer el pelo desde que me mudé a la cabaña, lo que le daba ese aspecto de rebelde sin causa. Se lo había peinado hacia atrás, pero algunos mechones se negaban a someterse y le caían sobre la frente. Cogí la caja y la tiré al suelo con frustración.

¿Por qué estaba aquí?

Usando mi monitor como escudo, eché otro vistazo a tiempo para verlo caminar tranquilamente por el pasillo. Parecía tranquilo, no furioso como el viernes. Su paso era relajado, con las caderas sueltas y sexy. No pensé que fuera posible, pero se veía más hermoso que la primera vez que irrumpió en la cafetería donde nos conocimos.

Mis ojos se detuvieron en él. Podría quedarme allí todo el día, simplemente observándolo desde la distancia, como lo hice durante tantos meses. Pero ya no era esa chica. Quería salir corriendo y saltar a sus brazos, besarlo hasta que dijera que me creía.

No estaba enojada. O lo estaba. Pero tú tienes el poder de hacer que todo lo malo desaparezca. Me lo había dicho una vez, después de nuestra primera noche juntos. Si iba y hablaba con él, ¿me escucharía? ¿Podría hacer que todo lo malo desapareciera? Dios, lo extrañaba. Me asustaba ver cuánto.

Salí de mi cubículo. Tenía que hablar con él. Pero antes de que siquiera me alejara de mi cubículo, salió del círculo de personas y se dirigió a la oficina de Bridget. Esta no era una visita al azar. Tenía un plan. Escudriñando los rostros frente a él, sus ojos se encontraron con los míos al otro lado de la habitación. Sostuvo mi mirada y me detuve en seco.

No me ofreció un hola. Ni una sonrisa. Al final de la fila, se alejó de mí como si no me hubiera visto. Las lágrimas me picaron los ojos y me alegré de que todo lo que había comido hoy fuera la tostada seca que mamá me puso en las manos esta mañana cuando salía por la puerta. Hablar con él no ayudaría. Él me odiaba y no había nada que yo pudiera hacer para solucionarlo. ¿Estaba aquí para despedirme él mismo?

No podía venir aquí y echarme delante de todos. Sería demasiado cruel. Tenía que salir de aquí. No podía permitir que me humillara de esta manera. Bridget ya se había ocupado de eso. ¿Qué más quería?

«Uno, dos», conté en voz baja mientras arrojaba lo último de mis cosas en la caja. Mis manos temblaban incontrolablemente. Ocho, nueve, diez, corrí hacia la salida.

CAPÍTULO 29

Corazón delator

DEREK

«Primero los negocios, luego el placer». Dom me agarró del brazo.

«Lo sé». Miré por encima del hombro y vi a Valentina salir corriendo. Por supuesto, iba a hacer que la persiguiera. «Maldita sea, Valentina». Retrocedí y fui tras ella.

«Derek, ¿qué pasa con Bridget?», gritó Dom detrás de mí.

«Encárgate de eso. Tú eres el abogado».

Valentina tenía una caja en sus brazos, lo que la hizo ir un poco más despacio. Gracias a Dios por los pequeños favores.

Di zancadas más largas para cerrar el espacio entre nosotros. Estaba cerca de la puerta cuando la agarré del codo y la obligué a mirarme. Soltó la caja, mirándome con los ojos muy abiertos y esa boca bien formada suya ligeramente abierta. Cayeron marcos de fotos y papeles esparcidos por el suelo, pero no se inmutó.

«No corras más, Valentina». Ahuequé su nuca. Mi corazón latía muy rápido por la carrera y el miedo de verla alejarse de mí. Otra vez.

«No me hagas esto, por favor».

«¿Hacer qué?». La miré a los ojos. La ira en sus ojos ya no estaba allí. No como la había visto el viernes por la noche cuando se cayó al suelo. Fui un idiota por no ayudarla a levantarse. Pero el dolor me había cegado a todo lo demás.

«Tenía un lindo discurso preparado. Iba a ser muy encantador y todo eso. Pero ahora que te tengo en mis brazos otra vez, todo lo que quiero hacer es besarte. Dios, cuánto te extrañé».

Miré por encima de mi hombro hacia la galería de operaciones, donde todos estaban de pie alrededor de sus cubículos y nos miraban boquiabiertos. La puse detrás de mí y nos acompañé hasta la sala de siestas junto a los baños. Abrí la puerta con el hombro y ella me dejó entrar.

«¿Qué...?».

La puerta se cerró y me incliné para cubrir su boca con la mía, una mano en su cintura, la otra en su cabello. Sus labios eran tan dulces y suaves como recordaba. Besarla de nuevo fue como un vaso de agua después de un día en el desierto sin nada para comer o beber. El calor se acumuló debajo de mi ombligo cuando envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y su lengua aterciopelada pasó tentativamente por mis labios.

Sí, cariño.

Mordí su labio inferior, profundizando el beso. Si continuaba, las cosas se iban a poner realmente vergonzosas para mí. Mi pene tenía mente propia cuando Valentina estaba cerca. Presionando mi frente contra la suya, agarré sus hombros y la aparté.

«Si estás aquí para despedirme, es demasiado tarde». Ella jadeó.

«¿Parece que estoy aquí para despedirte?», murmuré contra sus labios. «No. Estoy aquí para disculparme. Por ser el idiota más grande. Debería haberte escuchado. Debería haberte creído». Las palabras no eran suficientes para decir cuánto lo sentía. Me había comportado como un completo idiota. Ella no se merecía nada de eso. «No tenías que irte así».

«Me echaste». El dolor en sus ojos me hizo querer golpear una pared. Pero estaba allí para mostrarle que había crecido. No para mostrarle lo imbécil que podía ser.

«Nunca quise que te fueras de la cabaña. Pero puedo entender por qué pensaste eso. Lo siento». Dejé escapar un largo suspiro, dándome cuenta de lo mucho que quería decirle esto. «Te amo. Vuelve a mí. Por favor».

«¿Y tu compañía?».

Me reí. «Te estoy confesando mi amor, ¿y esto es todo lo que tienes que decir?».

«Sabes lo que siento por ti», dijo con una sonrisa de dos hoyuelos.

Pasé las yemas de mis dedos por su mejilla. «Dilo». Bajé mis manos a su caja torácica, justo debajo de la línea de sus pechos. Ella sonrió, entendiendo lo que quería decir. Sería tan fácil pasar el resto de mi vida jugando este juego con ella.

«Yo también te amo». Ella dio un paso hacia mis brazos. «Te amo, hombre testarudo. Ahora dime cómo vamos a recuperar tu compañía».

«Me gusta cómo suena eso». La rodeé con mis brazos por la cintura y la levanté.

Cuando llegamos a la puerta, ella me empujó por los hombros. «¿A dónde vamos?».

«A recuperar nuestra compañía».

«Bájame, entonces. Todos aquí se han divertido mucho hablando de nosotros hoy. No les demos nada más de qué hablar».

«¿Te importa lo que piensen?». La solté y tomé su mano en la mía.

«No». Un hoyuelo tocó su mejilla. Ella negó con la cabeza, como si el pensamiento no se le hubiera ocurrido hasta ahora. «No nos conocen».

«Somos solo nosotros. Nada más importa».

Apretando la mano de Valentina, abrí la puerta de la pequeña habitación y regresé a la oficina de Bridget. Corrección: mi oficina. Nadie se molestó en apartar la mirada cuando pasamos. Seguí esperando que alguien sacara las palomitas de maíz. Valentina apretó mi mano, con su costado pegado al mío. Cuando volteé a verla, su mirada se movió entre nuestras manos y los cubículos.

Solo podía imaginar el tipo de escrutinio al que Bridget la había sometido hoy. Ese era su estilo. Rumores. Habríamos llegado antes, pero Nikki tardó más de lo que había dicho en traernos el documento que necesitábamos. Esperarla toda la mañana había sido un infierno. Dom, por otro lado, estaba a favor de idear un plan mejor y quería esperar unos días más. De ninguna manera iba a permitir que eso sucediera.

Pasé mi brazo alrededor de Valentina y besé su sien. Ella me sonrió, sacudiendo la cabeza.

«Vamos a estar bien», susurré. «Se siente tan bien tenerte en mis brazos otra vez».

Todo lo que quería hacer era llevarla a casa. Pero como Dom había dicho, primero los negocios, luego el placer. Definitivamente estaba planeando la parte del placer más tarde. Cuatro días era un tiempo muy largo. La necesidad de estar con ella era abrumadora.

Decir que nos encaminamos hacia el medio de una tormenta de mierda era un eufemismo. La voz del abogado de Bridget resonó por el altavoz del teléfono, pidiéndole que se calmara. La mirada enloquecida en sus ojos era algo que nunca había visto. De hecho, no creía haberla visto perder el control de esa manera. Era seguro asumir que Dom ya le había contado sobre la declaración jurada.

Cuando cerré la puerta, Dom se paró a mi lado. «No creo que ella comprenda completamente

el tipo de mierda en la que está metida».

«Es ella». Señaló con el dedo a Valentina. «Ella es la que me trajo los papeles del divorcio firmados. Dijo que tú le habías pedido que me los trajera».

«Pensé que habías dicho que ella pidió dinero a cambio de los papeles», interrumpí su perorata.

«Derek, no lo hice». Valentina se volvió hacia mí con ojos implorantes.

«Lo sé». Apreté su mano. Algo se retorcía dentro de mí cada vez que veía llorar a Valentina. Caminé alrededor de mi escritorio y me senté. Estar de vuelta en mi silla se sentía como volver a casa.

«Siéntate, Bridget».

«Esta es mi empresa ahora. No puedes solo entrar y…».

«Siéntate, maldita sea». Alcé mi voz. Ella se sobresaltó de sorpresa, sabiendo que había llegado a mi límite. Sus ojos se abrieron de par en par mientras se acomodaba en el asiento frente a mí, con la espalda perfectamente recta.

«Sí, CCI ahora es legalmente tuya. Pero hablemos de todas las cosas ilegales que tuviste que hacer para obtenerla».

Se escuchó un clic en el altavoz del teléfono. Su abogado había abandonado el barco. Me volví hacia Dom, quien simplemente se encogió de hombros.

«Vaya abogado tienes», le dijo a Bridget. «Pero algo me dice que ya conoce todos tus sucios secretitos».

«No te voy a devolver la empresa», entrecerró los ojos y me dio una sonrisa maliciosa.

«Sí, lo harás», sonreí. «Por tu actitud anterior, supongo que Dom ya te contó sobre la declaración jurada que vas a firmar donde aceptas renunciar a tu derecho a tener CCI. Porque no puedes, en buena conciencia, tomar algo que tu exmarido trabajó tan duro para construir».

«Este negocio prosperó gracias a mí», se burló.

«También se está yendo al carajo por ti», Dom arrojó una pila de papeles frente a ella.

«CCI estaba en camino de convertirse en lo que es hoy cuando te contraté. No era tuya para que te la adueñaras». Negué con la cabeza. ¿Qué razonamiento jodido la hizo pensar que podía robarme?

«Llevas casi un año robándole a Derek. No tardé mucho en encontrar el rastro del dinero que has estado desviando a tu cuenta en las Bahamas». Dom arrojó un papel que aterrizó suavemente en el escritorio frente a ella. Sus ojos se abrieron cuando miró la lista de nombres que había en él.

«¿Lavado de dinero? Eso es de mal gusto. ¿Qué más tengo aquí? Jacob fue de mucha ayuda esta mañana», comentó Dom.

«Ese maldito idiota». Se pellizcó la nariz.

«Es tu maldito idiota». Sonrió él. «Con fuerte atracción por Nikki».

Ella frunció los labios y se agarró al apoyabrazos. Miré a Valentina en la parte trasera de mi oficina. Sus ojos estaban serenos, segura de que haría lo correcto. Quería ser el hombre que Valentina pensaba que era: un hombre que perdona. Perdonar a Bridget era la única manera de salir de este lío.

Nuestro plan había sido sacarle una confesión para poder realizar una auditoría de manera legal y eficiente, lo que la llevaría a la cárcel, dejándome a mí a cargo de CCI. Un simple plan de venganza rápida. Bridget obtendría exactamente lo que se merecía. Pero eso no era lo que debía ser. La había culpado por destruir nuestro matrimonio durante tanto tiempo, que me había convencido de que yo era la víctima aquí. Ella también había sido una víctima. Y si yo merecía

una segunda oportunidad con Valentina, tal vez debería hacer todo lo que estuviera en mi poder para brindarle a Bridget la misma oportunidad.

«Lamento haberte dejado sola en todo esto», le dije a Bridget.

Sus ojos se alzaron hacia mí.

«Un esposo medianamente decente habría visto que estabas luchando con una enfermedad. Te fallé como esposo y como amigo. Por eso, lo siento».

«¿De qué estás hablando?», preguntó.

«Está hablando de tu problema con el juego». Dom siempre tenía una forma de decir las cosas de manera simple. «Lo que te llevará a la cárcel».

Negué con la cabeza. «Este es el trato que vas a aceptar, Bridget. CCI seguirá como está. Siendo mío. Y a cambio, no presentaré cargos por malversación de fondos. Además, no tienes que devolver el dinero que ya has tomado para saldar tu deuda».

Se rió, provocando un sonido estridente que hizo que Valentina apartara la mirada. Sí, Bridget podía dar miedo.

«¿Así de fácil? ¿Vas a dejar que me vaya?».

«Sí. Todos merecemos una segunda oportunidad». Miré a Valentina a los ojos desde el otro lado de la habitación. Ella recompensó mi buena acción con una sonrisa. «Eso es lo que te estoy ofreciendo».

Bridget siguió mi línea de visión hasta que estuvo cara a cara con Valentina. Valentina cambió su peso, pero no retrocedió.

«Aún les debo mucho dinero», Bridget se desplomó en su silla.

«Lo sé. También lo resolveré. Siempre que busques ayuda y te mantengas lo más lejos posible de nosotros». Alcancé el teléfono y marqué la extensión del mostrador de seguridad.

«Oye, Derek. Esto no es de lo que hablamos», Dom se acercó.

«Cambié de opinión». Me encogí de hombros. «Todd, ¿cómo estás?», dije cuando el guardia de seguridad respondió. Todd había estado conmigo desde el principio. Era leal a mí. «¿Podrías venir a mi oficina? La Sra. Bridget se va y necesitará ayuda con sus cosas».

Antes de que Bridget tuviera tiempo de discutir mi decisión, Todd apareció en mi puerta. Bridget miró a su alrededor buscando algo para llevarse. Pero esta era mi oficina. Nada aquí le pertenecía. No tenía otra alternativa que aceptar mi oferta. Sus ojos se posaron en la lista de nombres que tenía frente a ella. Solo Dios sabía lo que ese trozo de papel significaba para ella. Todo lo que Nikki pudo decirnos fue que ese era nuestro boleto de salida. Con un suspiro, firmó la declaración jurada que Dom había puesto frente a ella.

«Gracias», apretó la mandíbula y se fue con Todd, sin decir nada más.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, un gran peso se levantó de mi pecho. Al perdonarla, había encontrado una razón para perdonarme a mí también. Finalmente era libre.

«Hiciste lo correcto». Las palabras de Valentina me trajeron de vuelta.

«Me perdonaste tan fácilmente. Me di cuenta de que necesitaba hacer lo mismo y dejarlo pasar». Asentí con la cabeza hacia su rostro sonriente.

«Soy Dom, por cierto». Dom le ofreció su mano, arruinando nuestro momento. «No nos habían presentado antes».

«Lo sé. Encantada de conocerte».

«Borra esa sonrisa de tu cara». Corrí a su lado. «Ella está comprometida».

«¿Lo estoy?», ella levantó una ceja.

«Está bien. Voy a dejar que ustedes dos tortolitos resuelvan las cosas», Dom volvió a mi escritorio, agarró el montón de papeles y los metió en su maletín.

«¿Cómo encontraste evidencia tan rápido?», preguntó Valentina.

«No la encontré», la miró con picardía. «Nikki le robó esta lista a Jacob. El documento por sí solo no tiene valor para nosotros. Pero pensamos que, si podíamos hacer creer a Bridget que teníamos la cooperación total de Jacob, se daría cuenta de que ya no tenía la sartén por el mango. Dueña o no, igual terminaría en la cárcel».

«Me dio la impresión de que esa lista era más de lo que Nikki dijo», tomé el papel.

Dom asintió.

«¿Qué son esos?», Valentina señaló la gran pila de papeles.

Dom se rió entre dientes.

«Estos son archivos de otro caso en el que estoy trabajando. Un corazón delator. Se consiguen siempre».

«Dios, corrimos un gran riesgo aquí. Si ella los hubiera visto, ese habría sido el final», dejé escapar un largo suspiro.

«Honestamente, amigo. Creo que tu generosa disculpa la hizo reconsiderar. Eso fue muy conmovedor». Se secó una lágrima fingida.

«Vete a la mierda», dije.

Valentina se rió.

«Tiene razón. No creo que ella se lo esperara. La confundió».

«Ah… *Dom tiene razón*…». Ella acaba de pronunciar mis dos palabras favoritas». Se puso una mano sobre el corazón.

Le lancé mi mirada de, "*no, en serio, amigo, vete a la mierda*".

«Está bien, tengo que irme. Tengo que estar en el juzgado en una hora. Pero nada tan emocionante como tu divorcio». Con un guiño a Valentina, salió corriendo.

«Ese tipo es un lío», ella le frunció el ceño.

«Sí, será mejor que te mantengas alejada de él». La rodeé con mis brazos por la cintura.

«Pensé que era tu amigo». Su risa fue música para mis oídos.

«Vámonos». No podía esperar a llevarla de vuelta a mi cama. «Como tu nuevo jefe, te doy el resto de la semana libre».

«No eres mi jefe. Me despidieron hoy».

Me miró con esos ojos color chocolate, tan llenos de amor y lujuria. Sí, esa era la mirada. La que decía que me deseaba. La que hacía que mi sangre hirviera de necesidad.

«¿Es por eso que llevabas esa caja contigo?», pregunté. Bridget la había despedido hoy, y todavía pensaba que dejarla ir era lo correcto. Dios, estaba enamorado de ella.

«Es mejor así. Los contratos son aburridos. Hay una vacante en el grupo de desarrollo. Sé que estarás genial allí».

«¿En serio? Me encantaría».

«Tendrías que trabajar de cerca con el tipo a cargo allí. Y serían muchas horas, trabajando hasta la mañana a veces».

«Ah, sí. Este tipo parece un tipo duro. ¿Quién es?».

«Yo», le guiñé un ojo. «Hablaremos de eso más tarde. Vayamos a casa», dije entre besos. «Necesito estar dentro de ti ahora mismo».

Se sonrojó y dejó escapar un pequeño gemido. Cuando murmuró que estaba bien, tomé su mano y salí de mi oficina. En el piso, fuimos recibidos con vítores y aplausos.

«Bienvenido de nuevo, Cole», gritó alguien.

«¿Puedes creer a esta pandilla de vagos?». Me volví hacia Valentina. «Harán lo que sea para librarse de hacer su trabajo. Vuelvan a sus escritorios», grité a la sala en general.

La risa de Valentina envió una oleada de calor a través de mí. Aceleré el paso, con prisa por llegar a casa.

CAPÍTULO 30

Cásate conmigo

VALENTINA

La vista desde la cama de Derek era espectacular, especialmente desde mi lado de la cama con su hermoso perfil contra los brillantes rayos del sol. Cambié mi peso para verlo mejor y su agarre se apretó sobre mi pecho. El hombre no bromeaba cuando dijo que no me dejaría ir. Ni siquiera mientras dormía.

Me quería en su vida. Y esto aquí era sin duda algo de lo que yo quería ser parte. Pero quería más de él. Aunque había dicho que me amaba, no habíamos hablado de lo que éramos exactamente o hacia dónde nos dirigíamos.

Anoche había tenido toda la intención de sacar el tema, pero de camino a casa cometí el afortunado error de señalar que nunca había estado en ninguna otra parte de su casa excepto su dormitorio y la sala de estar.

«¿Es así?», dijo con una media sonrisa y un brillo en los ojos.

En ese momento, no tenía idea de lo que tenía en mente. Pero la expresión de su rostro hizo que mis piernas se doblaran un poco. En cuanto cruzamos el umbral, me besó y me llevó a la biblioteca en el desván.

«Esta es mi oficina». Me sentó en su escritorio y me quitó los pantalones. Me reí y me puse a trabajar en su corbata, emocionada con el juego.

Pensé en el resto de la visita. El calor se apoderó de mi rostro cuando pensé en cómo habíamos dejado nuestra ropa esparcida por toda la casa, cómo sus manos y labios habían estado por todo mi cuerpo mientras me llevaba de una habitación a otra. Para cuando encontramos el camino de regreso a su dormitorio, era casi de mañana y yo estaba demasiado cansada para hablar.

Me moví de nuevo, apartando sus dedos de mi pecho. Esta vez, su mano se deslizó por mi costado y agarró mi nalga con un fuerte apretón. Cuando miré hacia arriba, me saludó con una gran sonrisa.

«Sigues aquí», dijo.

«No más huidas». Me había hecho prometerle anoche. Y por primera vez en mucho tiempo, no sentí la necesidad de escaparme. «Pero hoy tengo que volver a casa».

«Cariño, estás en casa».

Sus palabras me derritieron el corazón.

«Max me está esperando. Anoche le envié un mensaje a mamá para avisarle que me quedaría aquí, pero tengo que volver hoy».

«Está bien. Iré contigo».

«¿En serio?», arqueé una ceja. «Si lo haces, tendrás que conocer a mis padres».

Él asintió.

«Quiero conocer a tu familia». Sus labios rozaron mi hombro, poniendo la piel de gallina en mi brazo. «Me gustaría que tú también conocieras a mis padres».

«¿En Atlanta?». Mi estómago se apretó. No estaba lista para eso.

«Sí», se rió. «No te asustes tanto. Te prometo que son personas completamente normales. Y te van a amar».

«¿No preguntarán qué pasó con Bridget?», si eran del equipo Bridget, nuestro primer encuentro sería muy incómodo.

«Nunca estuvieron realmente de acuerdo con ese matrimonio. Cuando se enteraron del divorcio, se sintieron aliviados».

El tono de su voz me hizo feliz. Bridget, el divorcio… nada de eso le hacía daño. Realmente la había superado y todo lo demás que había pasado entre ellos.

«¿Y cómo me presentarías?». Traté de mantener un tono ligero, aunque me moría de ganas de saber si ahora me consideraba su novia.

«¿Cómo te gustaría que te presentara?».

«¿Saben de tus otras novias?», bajé la mirada hacia mis manos.

«No», me ahuecó la cara. «Eres la única mujer que quiero en mi vida. Si eso es lo que estás preguntando».

«Sí. Eso es lo que estoy preguntando», lo miré a los ojos.

Necesitaba sacarme esto del pecho y dejarle en claro cuál era nuestra posición. Dolería. Pero si no podía darme esto, estaba lista para alejarme. Él me amaba. Lo había demostrado. Pero lo que sentía por mí y lo que podía ofrecerme en una relación eran dos cosas diferentes.

«Derek, si todavía quieres continuar con tu asunto ese de novia de lunes a viernes, no puedo ser parte de eso. No lo haré».

«Eres la única para mí. Te lo prometo. No quiero a nadie más». Me acarició la mejilla.

«Te creo». Por ahora, el estatus de novia sería suficiente. «Entonces, ¿qué tan normales estamos hablando?».

«¿Mis padres?».

«Sí. ¿A qué se dedican?», me senté sobre mis talones a su lado con mi muslo rozando la longitud de su torso.

«Mamá era asesora financiera, pero se jubiló el año pasado». Su sonrisa se desvaneció. «Ella quería que me hiciera cargo del negocio, pero eso no era para mí. Afortunadamente, mi hermano Wesley dio un paso al frente. Así que ahora estamos bien».

«Ah. ¿Y tu papá?».

«Papá es pediatra. Como dije, normal».

«Tu normalidad y mi normalidad no son exactamente lo mismo».

«Está bien. Es justo. Pero no tienes nada de qué preocuparte. Sé que te amarán». Me jaló suavemente del pelo y lo apartó de la cara.

«Tienes razón. Debería comportarme como toda una mujer».

«Sí. Deberías».

Me dio una de sus sonrisas.

Me incliné hacia delante y mordisqueé su labio inferior antes de darle un beso húmedo.

«Vamos a buscar a Max».

«Sus cosas ya están en su habitación al final del pasillo».

Se rió por un momento, como si recordara una broma privada.

«Em dijo que tu madre estaba de acuerdo en entregar todas tus pertenencias. Pero se puso

firme cuando se trató de su nieto».

«Esa es la *Abuela*. Le preocupaba que yo no pudiera volver a amar».

Agaché la mirada y tracé con los dedos sus abdominales increíblemente excitantes. Quería que supiera hasta qué punto eran profundas mis inseguridades.

«Creo que ella y Em tuvieron una buena charla ayer». Tomó un mechón de mi cabello y lo dejó enroscarse alrededor de sus dedos. «Ella está emocionada por ti. Te mereces ser feliz, Valentina. Nunca lo olvides».

«Lo sé». No podía dejar de sonreír. Este hermoso hombre me deseaba. Iba a ser muy fácil compartir mi vida con él. «¿Estás listo para ir a conocerlos?».

Él asintió, colocando una mano en su nuca, sus bíceps abultados.

Lo estaba haciendo a propósito. Sacudiendo la cabeza, coloqué una pierna por el borde de la cama y me levanté. Si no me alejaba de él, me convencería de quedarme en la cama todo el día. La idea sonaba increíble, pero teníamos cosas de las que ocuparnos primero. Cuando lo miré, me observaba con ojos ardientes. Había olvidado que estaba desnuda debajo de las sábanas. Se arrastró sobre la cama hacia mí. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que esta necesidad urgente que sentíamos el uno por el otro desapareciera? Si la sonrisa lobuna en sus labios fuera una indicación, diría que probablemente nunca.

«Ciertamente sabes cómo llamar mi atención». Su erección me hizo agua la boca. «Eres increíblemente hermosa». Me acarició el pecho.

Mis pezones ya se habían endurecido bajo su mirada. Mi determinación se estaba desmoronando, pero lo empujé un poco. «Necesito una ducha».

«Yo también». Se bajó de la cama para unirse a mí, tan alto más allá de treinta centímetros.

Pasé mis manos sobre su vientre plano. El hombre era atractivo como el infierno. Era real y era mío.

«Mmmm, Valentina. Cuando me miras así...». Su respiración era irregular y su voz ronca. «Tienes cinco segundos para meterte en la ducha, o te llevaré de vuelta a la cama».

Me gustaba tener tanto control sobre él, saber que no era la única afectada físicamente. Se acercó a mí y me moví para quedarme fuera de su alcance. Su risa me siguió hasta el baño, donde me quedé asombrada, usando el marco de la puerta como apoyo.

«¿Qué pasa? ¿Viste una araña?». Me acarició el cuello con la nariz.

«Nunca había visto tu ducha antes. Es enorme».

«Bueno, déjame mostrarte la ducha». Sus dientes rozaron mi hombro y una cálida sensación de hormigueo se apoderó de mis pies.

La habitación era fácilmente más grande que la cocina y la sala de estar de la cabaña juntas. En el extremo derecho, las ventanas del piso al techo enmarcaban las montañas a lo lejos. A mi izquierda había una puerta que supuse que era el baño. Más allá de eso estaba el tocador y el área del lavabo.

«¿Ducha o tina?», preguntó. «De cualquier manera, planeo hacerte el amor en esta habitación ahora mismo».

«Está bien». Respiré profundamente.

Observé la enorme tina, ubicada contra la pared de enfrente y ocupaba solo una pequeña parte de la habitación. Tendríamos que probarla pronto. La ducha no tenía puertas, solo una regadera de lluvia sobre nuestras cabezas y vaporizadores a lo largo de la pared, que fácilmente tenía unos dos metros de largo. Dios, incluso su ducha era sexy.

El agua tibia se deslizó por mi cabello y mi espalda. Presionando un montón de botones, abrió los chorros laterales. El rociador me hizo cosquillas en el trasero y las piernas. En el banco

de baldosas junto al toallero de pie, encontré botellas de champú y gel de baño. Tenía razón. El aroma era de limón y verbena. Vertí un poco de jabón en una esponja vegetal y lo froté contra mi vientre para crear una abundante espuma. Cuando me di vuelta, él estaba allí, a centímetros de mí. Sus ojos oscuros decían que había esperado lo suficiente. Se inclinó para besarme, una mano en mi nuca, la otra por todo mi cuerpo, esparciendo el jabón por mi pecho y bajando hasta mi coño. Así de repente, mi cuerpo lo anhelaba. No tenía su autocontrol. Dejé caer la borla y enterré mis dedos en su cabello. Su boca caliente se movió desde mis labios hasta las cimas de mis senos. Compartir la misma agua se sentía tan íntimo. Quería esto, todas las mañanas de todos los días. Encontró mi boca de nuevo, nuestras lenguas se tocaron suavemente mientras amasaba mi trasero. Deslizó sus manos hacia abajo, me agarró por la parte posterior de mis muslos y envolvió mis piernas alrededor de su cintura. Su erección se frotó contra mí, y la sensación casi me hizo perder el control. Agarré sus hombros musculosos para apoyarme, ajusté mi peso y él entró en mí con una fuerza que ya esperaba de él: familiar y posesiva. Empujó dentro de mí con un propósito, profundizando nuestra conexión, y su boca nunca dejó la mía.

Una ola de calor blanco ondeó y se extendió desde mi vagina hasta mi ombligo. En esta posición, estimuló ese punto profundo dentro de mí. Fue una tortura pura. No quería que terminara nunca.

«Ahora», susurré.

Su risa retumbó entre nosotros mientras me llevaba hacia la pared. Fría y resbaladiza, la baldosa presionaba contra mi piel, pero no me importó porque toda mi atención estaba en su erección y la forma en que me llenaba. Froté su pecho, absorbiendo el calor que emanaba de su cuerpo. Me aferré a su cuello y relajé mi cuerpo, dejándolo sostener mis piernas mientras trabajaba para darme el alivio que ansiaba. Continuó haciéndolo hasta que el dolor dentro de mí se convirtió en fuego líquido y me entregué a él. Mi gemido resonó a nuestro alrededor, seguido por su propio gemido contra mi hombro.

«¿Qué me has hecho?», me soltó.

Hice ademán de levantarme por mi cuenta, pero mis piernas se sentían como gelatina cuando cayeron al suelo. Con una pequeña risita, me inmovilizó contra la pared con su cuerpo mojado. No iba a ir a ninguna parte. No es que quisiera hacerlo.

«Cásate conmigo», susurró en mis labios.

«¿Qué?».

La mirada en sus ojos lo decía todo. Este no era el Derek intimidante y seguro de sí mismo. Había abierto su corazón y me había mostrado lo que guardaba en su interior. Encontré miedo en sus ojos. Como si tuviera el poder de romper su corazón en un millón de pedazos. Él era mío.

«Cásate conmigo. Por favor».

«Oh».

CAPÍTULO 31

Epílogo

VALENTINA

Días más tarde…

Me desperté en mitad de la noche con una de mis habituales pesadillas. Resultó que encontrar al hombre de mis sueños no ahuyentaba automáticamente al hombre que visitaba mis pesadillas.

Haciendo una mueca, me toqué la mejilla con la mano fría para aliviar el dolor fantasmal. *Se ha ido*, me dije. Alex Maio ya no podía hacerme daño. Estaba a salvo.

Con una ligera sonrisa, me di la vuelta para alcanzar el cálido cuerpo de Derek, pero su lado de la cama estaba vacío. Me senté y encendí la luz. Las sábanas estaban arrugadas, como si él también hubiera dado vueltas en la cama antes de levantarse. El reloj de su mesita de noche marcaba que eran casi las cinco de la mañana.

Correcto. Derek y yo nos habíamos saltado toda la parte de las citas de nuestra relación. Conocía todas las caras y los sonidos sexys que hacía cuando estaba a punto de correrse, pero hasta ahora, no tenía idea de que fuera madrugador. Ahora que lo pensaba, tenía sentido. Los multimillonarios no empezaban el día a las ocho de la mañana como el resto de los mortales.

Me quité las sábanas de encima y fui a buscarlo. Tal vez no había tomado su café todavía y yo podía acompañarlo. A mitad de las escaleras, vislumbré el diamante canario de tres quilates que me había regalado cuando me propuso matrimonio hacía unos días. Todavía no podía creer que alguien como Derek Cole me quisiera tanto. Todavía estaba disfrutando de mi propia felicidad cuando escuché su voz retumbando en la cocina.

«Ella no es una cazafortunas, mamá. Ni siquiera la conoces». Tenía el móvil apoyado sobre la taza de café.

Por la forma en que miraba la pantalla, tuve que asumir que su madre estaba en FaceTime. Por alguna razón tonta, apreté la espalda contra la pared para que no me viera. ¿Había dicho mamá? Esa sola palabra saliendo de los labios de Derek me sobresaltó y me hizo guardar silencio.

«Derek, he estado en mi línea de trabajo durante décadas. ¿Sabes cuántas jovencitas aparecen cuando un hombre supera la marca del millón de dólares? ¿Y mucho más cuando se trata de los mil millones?».

«Dios, mamá. Gracias por el voto de confianza. Hay una pequeña posibilidad de que le guste por lo que soy. ¿Has pensado en eso?».

«Por supuesto. Solo que no quiero que te cieguen unas piernas largas».

«¿Qué?». Inhaló ruidosamente, como si se le estuviera acabando la paciencia. «¿La hiciste investigar?».

«Soy tu madre. Solo quiero lo mejor para ti. No creo que esta jovencita sea lo que necesitas.

Necesitas a alguien que se parezca más a ti».

«¿Y qué es eso?», se burló. «Una chica sureña. Déjame adivinar. Tienes a alguien a quien debería conocer».

Miré mis manos. Su madre me había investigado. ¿Y ya había decidido que no era lo suficientemente buena para su hijo?

«De hecho, la tengo. Anabelle Copenhaver está de regreso en la ciudad. Su familia tiene pedigrí y es poderosa en Atlanta. Ella debe heredar todo eso. Es perfecta para ti. Siempre lo he pensado y tú lo sabes. Pensé que ahora que tu fiasco de matrimonio con Bridget había terminado, lo reconsiderarías. Derek, es hora de que vuelvas a casa. ¿No crees?».

«No necesito más dinero». Apretó los puños y se inclinó sobre el fregadero.

«No se trata del dinero».

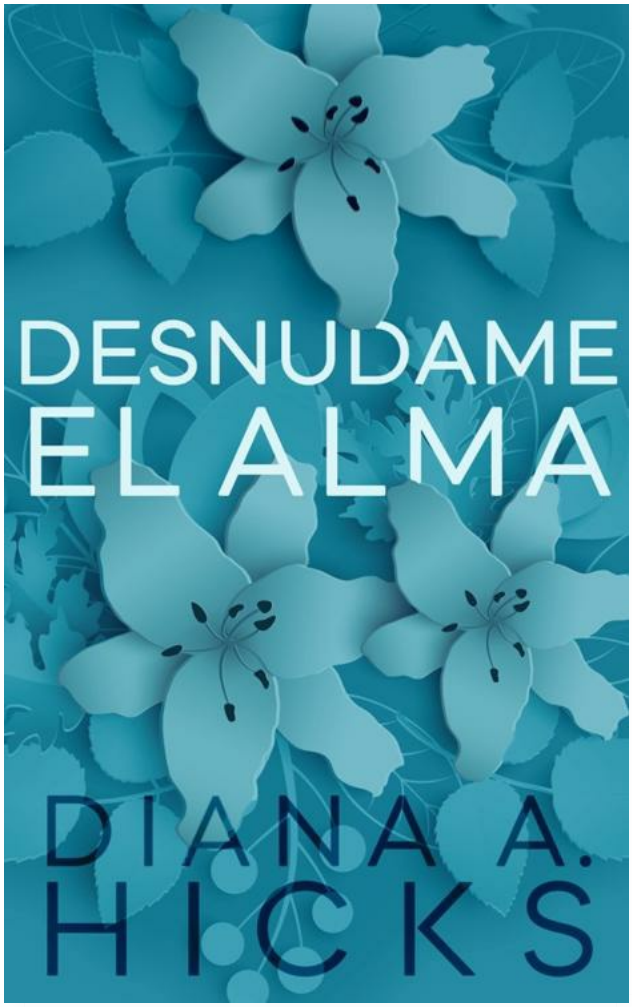
«Mamá, me gustaría mucho tener tu bendición. Por favor, reconsidéralo».

«Lo siento, Derek. No puedo. No puedo, en buena conciencia, dejar que cometas otro error. Te estás apresurando en este matrimonio porque todavía estás dolido por lo que pasó con Bridget», exhaló un suspiro. «Es demasiado pronto para casarse de nuevo».

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Una cosa era no sentirme digna de alguien como Derek, y otra muy distinta escuchar a su madre expresar mis inseguridades más profundas. Casi podía imaginarme el tipo de mujer que quería para su hijo. Una belleza sureña con el pelo rubio suelto y los brillantes ojos azules. Y lo que era más importante, alguien con pedigrí y una fortuna familiar. ¿Eso era algo que existía en estos días? ¿Cómo demonios lo podría saber?

El mundo de Derek y el mío bien podrían existir en universos diferentes. Su propia madre había dicho que era hora de que se fuera a casa.

Días, mi final de cuento de hadas duró solo había durado días...



La historia de amor de cuento de hadas de Derek y Valentina concluye en *Desnúdame el alma*. Descubre qué sucede después de que Cenicienta consigue a su príncipe en esta apasionante lectura al conocer a los suegros.

¡Descarga hoy mismo DESNÚDAME EL ALMA!